

Arthur C. Clarke
y Paul Preuss

VENUS

PRIME IV

EL ENCUENTRO
CON MEDUSA

La última aventura en la
serie de bestsellers de
ciencia ficción por el autor de
2001: una odisea espacial

Lectulandia

Basado en el relato corto «A Meeting with Medusa» (1971) de Arthur C. Clarke.

Recuperada de su misión en Marte, Sparta es huésped de la Junta Espacial. Pero la relajación es efímera ya que emprende una investigación interplanetaria de la propia Junta Espacial. Miembros del Espíritu Libre, un culto religioso que intenta conseguir el control de todos los mundos de nuestra galaxia, se han infiltrado en la Junta Espacial. A medida que se acerca la fecha de una misión tripulada a las nubes de Júpiter, las sospechas de Sparta aumentan. Está segura que la misión ha caído en manos de los miembros del Espíritu Libre, y está decidida a impedirlo.

Lectulandia

Arthur C. Clarke & Paul Preuss

El encuentro con Medusa

Venus Prime IV

ePub r1.0

Rusli 24.12.13

Título original: *The Medusa encounter. Venus Prime IV*
Arthur C. Clarke & Paul Preuss, 1990
Traducción: Carme Camps

Editor digital: Rusli
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Stephana McClaran compartió amablemente diarios y fotografías de sus viajes por el Nepal y la India, lo cual le agradezco.

PRÓLOGO

Se hallaba tendida sobre la mesa de operaciones. Hombres y mujeres enfundados en película plástica transparente estaban inclinados sobre ella, manejando instrumentos negros. El fétido olor a cebolla amenazaba con asfixiarla. Su ojo mental involuntariamente veía complejos compuestos de sulfuro, mientras el círculo de luces que había sobre ella empezaba a girar formando una espiral dorada.

William, es una niña.

Cuando la oscuridad se cerró a su alrededor, asió con más fuerza la mano que sujetaba, intentando no caerse.

Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento.

Se iba alejando, deslizándose por la espiral. Soltó la mano a la que se aferraba. A su alrededor, las formas giraban en el torbellino. Las formas eran señales. Las señales tenían significado.

El significado la engulló. Intentó gritar, avisar a gritos. Pero cuando la negrura se cerró en torno a ella, sólo permaneció una imagen: nubes, rojas, amarillas y blancas, hirviendo en un inmenso torbellino, tan grande como para tragarse un planeta. Entonces se soltó, y cayó interminablemente en ellas...

Blake no podía ver lo que sucedía: habían colocado una cortina de tejido opaco para impedirle ver el cuerpo de Ellen. Estaba asustado. Cuando ella le había soltado la mano, cayendo inerte sobre la sábana, pensó por un momento que había muerto.

Pero la vena azul de la garganta aún palpitaba; su pecho todavía subía y bajaba bajo el camión; el cirujano y sus ayudantes siguieron con su trabajo como si nada insólito hubiera ocurrido.

—Está dormida —dijo uno de ellos.

Blake reprimió el asco cuando vio las tenacillas y abrazaderas, el escalpelo y las tijeras bajar relucientes y reaparecer por encima de la cortina manchados de sangre. El cirujano se movía con rápida precisión, haciendo lo suyo en la parte media de Ellen. De pronto, se detuvo.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó en tono enojado, con la voz sorda por la máscara de película transparente.

Blake vio que un ayudante lanzaba una nerviosa mirada en su dirección. El joven cirujano también se volvió para mirarlo; no habían querido que estuviera presente, pero Ellen se había negado a dejarles empezar si él no se encontraba allí. El cirujano levantó algo plateado y viscoso con las tenacillas y lo dejó caer sobre una bandeja.

—Biopsia. Quiero saber qué es esto antes de que cerremos.

El técnico se apresuró a marcharse. Entretanto, el cirujano se inclinó, sacó más

material de este tipo y lo arrojó a una bandeja más grande, que sostenía su ayudante. Blake lo miró con fascinación; en la bandeja, el plateado tejido parecía una medusa varada en la playa: temblaba y era iridiscente.

El cirujano aún estaba limpiando y sacando lo que quedaba del material extraño cuando el técnico le entregó el análisis. Blake vislumbró gráficos, listas de relaciones y pesos moleculares en las páginas, e imágenes estereógrafas en falso color.

—Está bien, será mejor que cerremos —dijo el cirujano—. Quiero a esta mujer bajo vigilancia intensiva hasta que sepamos lo que el comité de investigación dice sobre esto.

Blake se quedó contemplando la brillante ciudad de cristal y el Noctis Labyrinthus que se extendía más allá, un laberinto azul medianoche bajo las inmóviles estrellas: pináculos de roca y profundos barrancos.

Ellen yacía profundamente dormida bajo una tosca sábana; su corto pelo rubio le enmarcaba el rostro sin arrugas. Tenía los gruesos labios ligeramente separados, como si estuvieran saboreando el aire. Ni tubos ni cables estorbaban en su delgada carne: las sondas de supervisión flotaban sin tocar su delicado cráneo, sus pequeños senos y su esbelto abdomen. Los silenciosos gráficos que estaban sobre la cama mostraban funciones tranquilizadamente normales. La habitación estaba serena y cálida, casi pacífica.

En el umbral de la puerta apareció la silueta de un hombre alto, impidiendo que entrara la luz del pasillo. Blake vislumbró el reflejo en la pared de cristal y se volvió, esperando ver a uno de los médicos.

—¡Usted!

—Ella necesita salir de aquí. Su vida podría depender de ello.

El hombre permanecía en la oscuridad; sus ojos azules brillaban en su oscuro rostro. Llevaba el pelo gris cortado a pocos milímetros de su cuero cabelludo, y vestía el uniforme azul de jefe de la Patrulla de la Junta Espacial.

—No.

—Emplearé el tiempo necesario para razonar con usted, Blake...

—Qué enorme favor —dijo Blake acalorado.

—... durante dos o tres minutos. ¿Ha visto lo que le han sacado?

—He... visto algo. No sé lo que era.

—Usted sabe que ella no es como los demás.

—No importa. Lo que ella necesita es tiempo para recuperarse.

—Aquí es vulnerable. Nos la llevaremos a Marte. Los archivos dirán que la inspectora Troy sufrió una apendicectomía corriente, pasó el período de ocho horas de recuperación en el hospital, y se marchó alegremente. Eso es lo que los médicos también dirán.

El rostro de Blake se ensombreció.

—Siempre tiene argumentos, ¿verdad, comandante? O se hace a su manera o no se hace.

—Le he dejado elegir otras veces. ¿Cree que cometió un error confiando en mí?

Blake vaciló.

—Quizá no en París.

—Le prometí que le llevaría a donde estaba ella, y lo hice. Muchas vidas se salvaron gracias a ello. Confíe en mí otra vez, Blake.

—¿A usted qué le importa? —Blake se encogió de hombros, frustrado—. Ambos sabemos que no puedo detenerle. Pero yo me quedo con ella.

La sacaron de la ciudad en una camioneta precintada, tomando una ruta que los turistas de Labyrinth City nunca veían, a través del túnel que conducía hasta el puerto de la lanzadera. Efectuaron un traslado rápido y silencioso hasta la cabina de un aeroplano espacial. En deferencia a Ellen, la trayectoria fue baja y lenta, aplicando pocas ges durante una larga elevación para salir de la atmósfera sutil, y por fin alcanzaron la órbita de la estación de Marte.

Pero el aeroplano no se acopló a la estación. Un reluciente cúter blanco con la banda azul y la estrella dorada del Control de la Junta Espacial circuló «anclado» medio kilómetro desde la bahía de acoplamiento del lado de las estrellas de la gigantesca estación espacial. Mientras el aeroplano espacial se acercaba cautelosamente a él con los reactores de maniobra, un tubo a presión salió de la escotilla principal del cúter y se cerró herméticamente sobre la esclusa de aire del aeroplano espacial.

Ellen, Blake y el comandante fueron las únicas personas que atravesaron el tubo. La tripulación del cúter les acomodó; la cuenta atrás duró media hora. Ellen permaneció dormida todo el rato.

Justo antes de que el cúter despegara de la órbita, Blake venció su resentimiento e hizo una pregunta al comandante.

—¿A dónde vamos?

—A la Tierra —respondió.

—¿A qué parte de la Tierra?

—Por razones que pronto conocerá, no voy a decírselo.

Primera parte

EL NAUFRAGIO DE UNA REINA: *LA QUEEN*

1

Se hallaban en un precipicio de roca oscura sobre un ancho río. El aire era frío y el cielo de un azul claro y limpio. La luz tenía el color del otoño.

El pelo de ella era del color de la paja, y relucía a la luz de octubre; su abrigo — negro, de lana y con el cuello alto— le iba desde el corto cabello hasta las botas altas, ocultando el resto y absorbiendo toda la luz que caía sobre ella. La negrura sólo quedaba mitigada por una bufanda de seda azul oscuro, tejida con finas rayas de hilo rojo y amarillo, que llevaba atada ligeramente alrededor de la garganta. Sus pequeñas manos aferraban los extremos de la bufanda, que estaban anudados y tenían borlas.

Ella miró a los hombres que se hallaban cerca, con una sonrisa tan tentadora y esperanzada que el corazón de él se dilató y le dolió.

—¿Estarás siempre conmigo? —susurró Sparta.

—Siempre —dijo Blake. La brisa revolvió su pelo castaño y un mechón le cayó sobre la frente cubriéndole el rostro con fría sombra, pero sus ojos verdes brillaban—. Mientras me quieras.

—Te quiero —dijo ella—. Y te querré.

Al otro lado de las anchas aguas danzaba un trémulo reflejo de luz solar. Si la luz tuviera sonido, habrían oído campanillas de cristal. Sparta cogió la mano de Blake y tiró de ella. Él caminó a su lado a lo largo de la pared, sujetándole levemente la mano y mirando atrás, hacia la gran casa que había en lo alto de la colina.

La mansión del rey del acero coronaba un pequeño pico sobre el Hudson. Era una mole de basalto, con chimeneas decoradas por exóticos granitos y calizas procedentes de Vermont e Indiana, tejado de pizarra y ventanas de vidrio de color. El viejo filibustero que había hecho construir aquel lugar había obtenido sus ganancias en una época diferente; se habría sobresaltado, pero no necesariamente hubiera desaprobado los usos que se habían dado a su finca durante los últimos dos siglos.

Verdes y recortados céspedes, húmedos bajo el sol de octubre, se alejaban en pendiente de la casa, terminando en el borde de un acantilado y el neto límite de los bosques. En el frente, un largo sendero de grava se retorcía a través de los árboles y daba la vuelta ante la entrada principal.

Tras el muro de piedra que rodeaba el lugar, ocultos entre los apretados troncos de árboles y follaje otoñal, había láseres, trincheras cubiertas, armas antiaéreas...

La limusina robot gris avanzaba lentamente por el sendero, el crujido de sus neumáticos más audible que el susurro de sus turbinas. Cuando se detuvo, las grandes puertas de la mansión se abrieron y salió el comandante. Cuando vio al hombre, mucho menos corpulento, que bajó del asiento trasero del coche, su rostro se arrugó al sonreír leve pero cálidamente.

—¡Jozsef! —bajó la escalinata, tendiéndole una mano.

Se encontraron en mitad de la escalera.

—Cuánto me alegro de verte.

Su apretón de manos fue el preludio de un rápido y firme abrazo. Ambos tenían la misma edad, pero en todo lo demás eran diferentes. El traje de tweed de Jozsef llevaba parches en los codos y era ancho en las rodillas; esto y su acento centroeuropeo sugerían que era un intelectual desplazado, un académico, un habitante de las aulas y las bibliotecas. La camisa a cuadros y los tejanos descoloridos que vestía el comandante indicaban que se encontraba más cómodo al aire libre.

—Me sorprende verte en persona —dijo el comandante. Tenía un débil acento canadiense, y su voz poseía la textura de las piedras de playa al crujir cuando desciende el oleaje—. Pero me alegro.

—Después de analizar el material que me enviaste, pensé que sería conveniente compartir algunas de mis ideas contigo personalmente. Y... he traído una nueva droga.

—Entra.

—¿Está adentro?

—No, están en los terrenos. ¿Quieres verla a ella?

—Yo... Todavía no. Sería mejor que no vieran el coche... —añadió Jozsef.

El comandante habló bruscamente a su equipo de muñeca y la limusina robot se alejó hacia el garaje. Los hombres subieron la escalinata y entraron en la casa, cruzando el resonante vestíbulo artesonado hasta la biblioteca. Los miembros del personal, de uniforme blanco, les saludaban con un movimiento afirmativo de cabeza y se apartaban de su camino.

—Ya hace tres semanas que la rescatásteis de Marte —dijo Jozsef—. Es asombroso cómo pasa el tiempo.

—¿Rescatamos? —el comandante sonrió—. Raptamos es una palabra mejor. Y «persuadido» a Blake para que viniera.

—No te molestaste en persuadir a sus médicos —observó Jozsef.

—No me gustaba mucho el cirujano jefe.

—Sí, bueno... Aunque es muy arrogante, da la impresión de que ha hecho un buen trabajo —dijo Jozsef—. Ella parece estar bien.

—Su cuerpo, dirás.

—Sus sueños no son síntomas de enfermedad; son la clave de todo lo que nos

enfrenta.

—Eso me explicaste.

—Una vez que comprendamos qué es lo que sabe, pero que no sabe que sabe, triunfaremos al fin.

—Quizás entonces le dirás quién eres —sugirió el comandante.

—Tengo ganas de que llegue ese día.

—Sabes que estoy contigo, Jozsef —el comandante clavó la mirada en el hombre mayor—. Cueste lo que cueste.

Más allá del muro que daba al río, los árboles crecían hasta la cima del acantilado. Oculto por los bosques, un magneplano pasó silbando por la pista de la orilla del río. Un halcón se instaló en la copa de un roble rojizo, plegando con cuidado sus angulosas alas, ajeno al hombre y a la mujer que caminaban a unos metros de distancia, a la altura de sus ojos.

—¿Qué le dijiste cuando él te pidió que te unieras a las fuerzas?

—Lo que te dije, que no.

—Nunca te has podido resistir a las explicaciones.

—Oh, di explicaciones —sonrió—. Nací rico, dije, y eso me arruinó. Le dije que era insubordinado por naturaleza y no era propenso a aceptar la disciplina arbitraria de un grupo de... de personas que no eran evidentemente más inteligentes o más experimentadas o que merecieran más respeto que yo. Que ya sabía todo lo que quería saber del combate: los disfraces, el sabotaje y algunas otras artes negras, y que si él quería contratarme podía hacerlo como asesor en cualquier momento, pero que no tenía ningún interés en pasar otra vez por un entrenamiento básico, ponerme un extraño traje azul y cobrar un sucio salario sólo para participar en su diversión.

—Eso debió de impresionarle —dijo ella, con sequedad.

—Dejó las cosas claras —respondió él sin alardear—. Que no soy ningún soldado, que no me interesa morir ni matar.

—Mi héroe —dijo ella, acercándose a su lado, tirándole de la mano y entrelazando sus dedos con los de él—. ¿Qué te interesa?

—Ya lo sabes. Los libros antiguos.

—¿Y además de los libros antiguos?

Él sonrió.

—Un poco de ruido y humo puede ser divertido.

—¿Además de hacer explotar algunas cosas?

—Me interesa que nos mantengamos vivos —respondió él.

Ella miró hacia el espeso bosque de olmos y robles que se introducía en el césped.

—Ven aquí conmigo —susurró ella, sonriendo—. Tengo necesidad de vivir un poco...

Las altas ventanas de la biblioteca daban al césped. Jozsef se volvió; había estado observando a los dos jóvenes junto al muro.

—¿Qué haremos con él?

—Darle otra oportunidad. Después de esta mañana, dejarle ir —dijo el comandante; se hallaba junto a la chimenea, calentándose ante el crepitante fuego.

—Dijiste que podías reclutarle...

—Lo intenté, pero el señor Redfield es un hombre independiente —sonrió levemente—. Le enseñaron bien.

—¿No es peligroso dejarle ir?

—El bienestar de ella es importante para él. De lo más importante.

—Está enamorado de ella, quieres decir —la expresión de Jozsef era invisible debido al resplandor que entraba por la alta ventana—. ¿Tiene idea de cuánto daño se le puede hacer a ella?

—¿La tiene alguno de nosotros? —no hacía frío en la estancia de alto techo, pero el comandante siguió calentándose las manos ante el fuego.

—Sí, bueno... —Jozsef tironeó de la carne de su papada y se aclaró la garganta—. Si le dejamos ir, hay que aislarle.

—Me ocuparé de ello —la voz fue un susurro, al atravesar el nudo que tenía en la garganta.

—¿Puedes garantizarlo?

—No absolutamente... —el comandante volvió sus ojos azules, de expresión dura, a su compañero—. Tenemos poca elección, mi viejo amigo. Podemos explicarle algunas cosas, pedirle que venga...

—No podemos decirle más de lo que ya sabe. Ni siquiera ella debe saberlo.

—Ella aceptará el caso, pero es posible que él no quiera que lo haga.

—Si él se niega, ya sabes lo que debemos...

—Detesto estas drogas —dijo el comandante con vehemencia—. Odio utilizarlas. Van contra los principios que tú mismo me enseñaste.

—Kip, estamos metidos en una lucha que...

—La memoria de un hombre... de una mujer... mintiendo. Es peor que no tener ningún recuerdo.

Durante varios segundos, Jozsef observó al hombre curtido por la intemperie; se hallaba de pie junto a un resplandeciente fuego, pero parecía no poder calentarse. ¿Qué invierno estaría reviviendo en su memoria?

—Está bien —dijo el comandante—. Si no se une a nosotros en este... en este asunto de Falcon, le aislaré.

Jozsef asintió y se volvió hacia la ventana. La pareja que antes estaba junto al muro había desaparecido entre los árboles.

Cayeron sobre las hojas del otoño, jadeando y riendo como niños. El olor del mantillo era fuerte como el de una bodega; este olor embriagaba, les llenaba de alegría de vivir. La respiración de ambos echaba vapor en el aire fresco. Llegó el momento en que la emoción entró en la corriente de su sangre como en el borde del primer rápido, y no se sintieron en absoluto como niños. El musculoso cuerpo de ella era de un blanco pálido, y contrastaba con el negro de su abrigo extendido sobre las hojas.

Había cámaras y micrófonos en el pequeño bosquecillo, igual que en todas las demás zonas de los terrenos. Sparta sabía que estaban allí, aunque suponía que Blake lo ignoraba. Buscó uno con los ojos y lo encontró reluciendo como un cristal de carbón en el tronco gris de un árbol. Lo miró por encima de su hombro.

Se expuso a los que observaban y escuchaban, en parte para desafiarles, pero sobre todo porque amaba a Blake; si ellos no le permitían tenerle de otro modo, le tendría así de todas formas.

Más tarde, él yacía cerca de ella, lado a lado; sentía un hormigueo en la piel y tenía en el rostro el rubor de la felicidad. A menudo la había imaginado, pero ahora la conocía por primera vez. Tenía la cabeza de ella sobre su brazo; el otro brazo sobre su piel, sin tocarla, lo bastante cerca para sentir su radiante calor. Pasó el dedo corazón por la línea de la cicatriz que iba desde el esternón hasta el ombligo, de color rosa pálido.

—Casi ha desaparecido —dijo—. Dentro de otra semana...

—Volveré a pasar por un ser humano —dijo ella, sin expresión en la voz. Sus ojos miraban las coloreadas hojas en lo alto, y a través de ellas la bóveda de oscuro cielo que se extendía más allá—. Y entonces abandonaremos este lugar.

—Ellen..., ¿entiendes lo que está sucediendo? —con la práctica le resultaba más fácil llamarla Ellen, aunque siempre pensaría en ella como Linda, el nombre que le dieron al nacer.

Sólo Sparta pensaba en sí misma como Sparta. Nadie más conocía su nombre secreto, igual que un humano no conoce el nombre secreto de un animal.

—Me parece que el comandante está cumpliendo su palabra. Son las vacaciones que me viene prometiendo desde hace tanto tiempo.

—Vacaciones —sonrió—. Muy descansadas —se inclinó sobre ella y le besó la comisura de sus gruesos y siempre separados labios—. Muy recuperadoras, pero ¿por qué no nos dice dónde estamos?

—Los dos sabemos dónde estamos: la reserva natural de Hendrik Hudson. Podríamos señalar las coordenadas en cualquier mapa.

—Sí, pero ¿por qué no nos dice el nombre del lugar? ¿Y por qué no nos deja ir y venir? La noche que llegamos aquí, cuando te quedaste dormida, me dijo que si

quería podía irme, pero que no podría volver. ¿Por qué este misterio? Estamos de su lado.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó ella, casi como afirmándolo.

Pero él se lo tomó como pregunta, y le sorprendió.

—Fuiste tú...

—De una sola cosa estoy segura —le atrajo hacia sí para que la cubriera, para sentir que su cálido peso la ocultaba del cielo—: Te quiero.

2

—El hombre que propuso la *Kon-Tiki* es Howard Falcon —dijo el comandante—. Él en persona pilotará la sonda de Júpiter.

Era la misma brillante mañana, pero nadie habría podido saberlo por el ambiente: una oscura y tranquila sala de reuniones en el sótano, con paredes, techo y suelo alfombrados con la misma lana marrón. La única iluminación procedía de unas lámparas de latón con pantalla sobre mesitas bajas, al lado de los sillones de cuero donde Sparta, Blake y el comandante se hallaban cómodamente sentados.

—¿Cómo consigue alguien alcanzar todo ese poder? —preguntó Blake.

—Falcon es... un ejemplar insólito. Esto lo explicará.

La tosca voz del comandante carecía de resonancia. En el oscuro centro en la habitación que lentamente desaparecía, una imagen había empezado a formarse, llenando el espacio con el paisaje en movimiento de las llanuras de altas artemisas de Arizona, vistas desde una gran altitud.

—Lo que hemos montado aquí sucedió hace ocho años.

La *Queen Elizabeth* se hallaba a más de cinco kilómetros por encima del Gran Cañón, avanzando muy despacio, a unos cómodos trescientos kilómetros por hora. Desde el puente del trasatlántico, Howard Falcon vio que la plataforma de la cámara se cerraba desde la derecha. Lo había estado esperando —nadie más volaba a esta altitud—, pero no le agradaba demasiado tener compañía. Aunque agradecía cualquier señal de interés público, también quería tener el cielo lo más despejado posible. Al fin y al cabo, era el primer hombre en la Historia que volaba en una nave de medio kilómetro de largo.

Hasta ese momento, el vuelo de prueba había ido a la perfección. Irónicamente, el único problema había sido la aeronave de transporte de cincuenta años atrás, la *Chairman Mao*, prestada por el Museo Naval de San Diego para operaciones de apoyo. Sólo uno de los cuatro reactores nucleares de la *Mao* seguía siendo capaz de funcionar, y la velocidad máxima del antiguo carro de combate apenas era de treinta nudos. Por fortuna, la velocidad del viento a nivel del mar había sido de menos de la mitad de ésta, de manera que no había sido difícil mantener aire inmóvil en la cubierta de vuelo. Aunque se habían producido algunos momentos de ansiedad durante las ráfagas, cuando soltaron las amarras el gran dirigible se había elevado suavemente, directo hacia el cielo, como si se hallara en un ascensor invisible. Si todo iba bien, la *Queen Elizabeth IV* no volvería a encontrarse con la *Chairman Mao* hasta dentro de una semana.

La situación estaba bajo control; todos los instrumentos daban lecturas normales.

El comandante Falcon decidió ir arriba y contemplar el encuentro. Cedió su puesto al segundo oficial y entró en el tubo transparente que atravesaba el corazón de la nave. Allí, como siempre, se sintió abrumado por la visión del mayor espacio cerrado construido por los hombres en la Tierra.

Los diez depósitos esféricos de gas, cada uno de ellos de más de treinta metros de diámetro, estaban colocados uno detrás del otro como una fila de gigantescas pompas de jabón. El duro plástico era tan transparente que se podía ver a través de toda la hilera y distinguir detalles del mecanismo elevador que se hallaba en el otro extremo, a medio kilómetro de donde él se encontraba. A su alrededor, como un laberinto tridimensional, el armazón estructural de la nave, los grandes cinturones longitudinales que iban desde el morro hasta la cola, los quince aros que formaban las costillas circulares de este coloso aerotransportado, cuyos diferentes tamaños definían su elegante perfil aerodinámico.

A esta velocidad comparativamente baja se producía poco ruido: sólo la suave acometida del viento sobre la envoltura y algún ocasional crujido de las juntas de las costillas y largueros —de titanio y compuesto de carbono-carbono—, que se acomodaban cuando la pauta de tensiones cambiaba. La luz sin sombras procedente de las hileras de lámparas en lo alto proporcionaban al escenario un aspecto curiosamente submarino.

Y para Falcon, el espectáculo de las bolsas de gas traslúcidas aumentaba esta sensación. Una vez, cuando se zambullía en el mar, había tropezado con un escuadrón de grandes pero inofensivas medusas que se abrían paso por encima de un arrecife tropical poco profundo, y las burbujas de plástico que daban a la *Queen Elizabeth* su fuerza de sustentación a menudo se las recordaban, en especial cuando el cambio de presión las hacía arrugarse y arrojar nuevos reflejos de luz.

Avanzó por el eje de la nave hasta que llegó al elevador delantero, entre las bolsas de gas uno y dos. Al subir a la cubierta de observación, advirtió que hacía un incómodo calor.

La *Queen* obtenía casi una cuarta parte de su fuerza ascensional de las cantidades ilimitadas de calor sobrante producido por su planta de energía de fusión fría en miniatura. En realidad, en este vuelo de prueba ligeramente cargado, sólo seis de las diez células de gas contenían helio, un gas cada vez más raro y caro; las restantes células estaban llenas de simple aire caliente. Aun así, la nave transportaba doscientas toneladas de agua como lastre.

Utilizar las células de gas en modo de aire caliente creaba problemas técnicos para refrigerar las vías de acceso; evidentemente, habría que trabajar un poco más en ello. Falcon dictó un breve memorando a su micrograbadora.

Una refrescante ráfaga de aire le dio en la cara cuando salió a la gran cubierta de observación, bajo la deslumbrante luz solar que atravesaba el techo acrílico

transparente. Se encontró ante una escena de caos controlado. Media docena de trabajadores y un número igual de ayudantes superchimpancés estaba ocupados colocando la casi terminada pista de baile, mientras otros efectuaban la instalación eléctrica, arreglaban los muebles y manipulaban las complicadas persianas del techo transparente. A Falcon le resultó difícil creer que todo estaría a punto para el viaje inaugural, que tendría lugar al cabo de sólo cuatro semanas.

Bueno, no era su problema, gracias a Dios. Él era el capitán, no el director del crucero.

Los humanos le saludaron con la mano y los chimpancés le lanzaron grandes sonrisas; todos tenían bastante buen aspecto con los monos de trabajo azul y blanco de los patrocinadores de la *Queen*. Avanzó entre ellos a través de la ordenada confusión, y subió la corta escalera de caracol hasta el ya terminado *Skylounge*. Éste era su lugar favorito de la nave. Sabía que cuando la *Queen* se hallara de servicio, jamás volvería a disponer del salón sólo para él; se concedería cinco minutos de placer privado.

Conectó su intercomunicador y habló con el puente, confirmando que todo seguía en orden. Entonces se acomodó en uno de los confortables sillones giratorios.

Abajo, formando una curva plateada que complacía a la vista, se hallaba la ininterrumpida superficie de la cubierta de la nave. Él se encontraba situado en el punto más elevado de proa, vigilando la inmensidad del mayor vehículo jamás construido para luchar con la gravedad cerca de la superficie de un planeta. Las únicas naves más grande que ésta en el sistema solar eran los buques de carga espaciales que efectuaban las trayectorias entre las estaciones espaciales de Venus, la Tierra, Marte, las lunas y el Mainbelt; en ausencia de peso, el tamaño era un problema secundario.

Cuando Falcon se cansó de admirar la *Queen*, pudo volverse y contemplar el horizonte de aquel fantástico desierto, tallado por el río Colorado en el transcurso de mil millones de años.

Aparte de la plataforma de la cámara manejada por control remoto, que ahora había retrocedido y grababa el espectáculo desde la parte central de la nave, Falcon tenía el cielo para sí solo. Allí estaba, azul y vacío, aunque el horizonte era opaco, con la mancha marrón purpúreo que se había convertido en el color permanente de la atmósfera inferior de la Tierra. Lejos hacia el sur y hacia el norte, vio los rastros helados de los aeroplanos espaciales intercontinentales que ascendían y descendían, prohibidos específicamente en el corredor que atravesaba los desiertos cielos que hoy habían sido reservados para la *Queen*.

Algún día, las plantas de fusión baratas sustituirían a los combustibles fósiles de los que tantas cosas en la Tierra aún dependían para el mantenimiento económico, y las naves como la *Queen* surcarían la atmósfera suave y limpiamente, transportando

cargamentos y pasajeros. Entonces el cielo pertenecería sólo a las aves, las nubes y los grandes dirigibles. Pero ese día aún se hallaba a décadas en el futuro.

Como los viejos pioneros habían dicho, al principio del siglo xx, ésta era la única manera de viajar: en silencio y con lujo, respirando el aire que le rodeaba a uno y no aislado de él, y lo bastante cerca de la superficie para contemplar la siempre cambiante belleza de la tierra y el mar. Los aviones a reacción subsónicos del siglo anterior apenas habían sido mejores que coches para ganado, abarrotados con cientos de pasajeros sentados en columnas de a diez. Ahora, cien años más tarde, muchos más pasajeros podrían viajar con mayor confort, a una velocidad comparable, y con menos gasto real.

Pero no iban a viajar en la *Queen*; la *Queen* y sus proyectadas naves hermanas no eran para el transporte en masa. Sólo algunos de los miles de millones de personas del mundo disfrutarían del placer de deslizarse en silencio por el cielo con el mayor lujo, champán en mano, los acordes sinfónicos de una orquesta en vivo saliendo del escenario de la cubierta de observación... Pero una sociedad próspera y segura podía permitirse estas locuras, y en verdad las necesitaba..., como novedad y para entretenerse, como útil distracción de los agresivos asuntos comerciales interplanetarios, que con demasiada frecuencia amenazaban con acabar en guerra. Y había al menos un millón de personas en la Tierra cuyos ingresos discretos sobrepasaban los mil nuevos dólares al año; es decir, un millón de los dólares corrientes que todos los demás estaban acostumbrados a que les dedujeran de sus chips de crédito en toda transacción. La *Queen* no carecería de pasajeros.

El intercomunicador de Falcon sonó, interrumpiendo su ensoñación. El copiloto le llamaba desde el puente.

—¿A punto para la cita, capitán? Tenemos todos los datos que necesitamos de este trayecto, y los del video se están impacientando.

Falcon echó una mirada a la plataforma de la cámara, un cuarto de kilómetro más lejos, que ahora igualaba su velocidad y altitud.

—Está bien. Adelante, tal como acordamos. Observaré desde aquí.

Bajó la escalera de caracol del *Skylounge* y avanzó a través del bullicioso caos de la cubierta de observación, con la intención de obtener una mejor visión desde la parte central de la nave. Mientras caminaba sintió un cambio en la vibración bajo sus pies; las silenciosas turbinas perdían potencia y la *Queen* se iba deteniendo. Para cuando llegó a la parte posterior de la cubierta, la nave colgaba inmóvil en el cielo.

Utilizando su llave maestra, Falcon salió a la pequeña plataforma externa que resplandecía desde el extremo de la cubierta; allí había media docena de personas, y sólo unas bajas barandillas las separaban de la amplia extensión de la envoltura; y de la tierra, miles de metros más abajo del horizonte artificial en fuerte pendiente de la envoltura. Era excitante estar en ese lugar, y perfectamente seguro aun cuando la

nave viajara a gran velocidad, pues estaba protegida por el aire muerto tras la enorme ampolla dorsal de la cubierta de observación. No obstante, no se tenía intención de que los pasajeros tuvieran acceso a ella; la vista era demasiado vertiginosa.

Las tapas de la escotilla de carga delantera, como gigantescas trampas, ya habían sido abiertas, y la plataforma de la cámara se mantenía suspendida sobre ellas, preparada para descender. Por esta ruta viajarían en años venideros miles de pasajeros y toneladas de suministros. Sólo en raras ocasiones tendría que descender la *Queen* a nivel del mar para acercarse a su base flotante.

Una repentina ráfaga de aire lateral golpeó la mejilla de Falcon, y se agarró con más fuerza a la barandilla. El Gran Cañón podía ser un mal lugar para tener turbulencia, aunque no esperaba que hubiera mucha a la altitud en que se hallaban. Sin ansiedad centró su atención en la plataforma que descendía, ahora, a unos cincuenta metros por encima de la nave; el tripulante que pilotaba la plataforma robot desde el puente de la *Queen* era un operador sumamente experimentado; había realizado esta sencilla maniobra una docena de veces en este vuelo. Era inconcebible que tuviera ninguna dificultad.

Sin embargo, parecía estar reaccionando con bastante pereza. La última ráfaga había desviado la plataforma de la cámara casi hasta el borde de la escotilla abierta.

Seguramente el piloto habría podido corregir antes este... ¿Existiría algún problema de control? Era improbable. Estos controles remotos disponían de sistemas de seguridad a toda prueba. No se sabía que hubieran ocurrido accidentes. Pero volvió a suceder, se desvió a la izquierda. ¿Podía estar bebido el piloto? Por improbable que pareciera...

Falcon conectó su intercomunicador.

—Puente, dígame...

Sin previo aviso, fue golpeado en la cara con violencia por una racha de viento helado. Pero no era eso lo que había interrumpido sus órdenes al puente. Apenas había sentido el viento, pues se había quedado paralizado al ver con horror lo que estaba sucediendo con la plataforma de la cámara. El operador se esforzaba por mantener el control, intentando equilibrar la embarcación sobre sus reactores, pero lo que hacía sólo empeoraba las cosas. Las oscilaciones habían aumentado... veinte grados, cuarenta grados, sesenta grados...

Falcon recuperó la voz.

—¡Conecta el automático, estúpido! —gritó al intercomunicador—. ¡El manual no funciona!

La plataforma dio una vuelta de campana hacia atrás. Los reactores ya no la sostenían, sino que la hacían bajar velozmente, aliados ahora de la gravedad contra la que hasta entonces habían luchado.

Falcon no oyó el estrépito. Sin embargo, lo sintió cuando cruzaba a todo correr la

cubierta de observación hacia el ascensor que le bajaría al puente. Los trabajadores le gritaban con ansia, pues querían saber lo que sucedía.

Pasarían muchos meses antes de que conociera la respuesta a esa pregunta.

En el preciso instante en que iba a entrar en el ascensor, cambió de idea. ¿Y si fallaba la corriente? Aunque el tiempo era esencial, era mejor ir sobre seguro, aun tardando unos segundos más. Bajó corriendo la escalera de caracol que envolvía el ascensor. A medio camino hizo una pausa para ver si la nave había sufrido algún daño. Tenía una visión perfecta, y lo que vio le paralizó el corazón. Aquella maldita plataforma había atravesado la nave, de arriba abajo, rompiendo dos de las células de gas. Éstas se derrumbaban ahora lentamente, formando grandes velos de plástico que caían.

A Falcon no le preocupaba la sustentación, pues con el lastre se podía compensar fácilmente estando ocho células aún intactas. Mucho más grave era el daño producido en la estructura. Ya oía el enrejado de carbono-carbono y titanio a su alrededor, rugiendo como protesta bajo una repentina y anormal carga. Aunque los miembros de metal y fibra de carbono eran fuertes y flexibles, no eran más fuertes que sus juntas rotas.

La sustentación por sí sola no era suficiente. A menos que se distribuyera la carga de manera adecuada, la parte posterior de la nave se rompería.

Falcon echó a correr otra vez. Había bajado unos cuantos escalones cuando vio a un superchimpancé, uno de los ayudantes de la cubierta de observación, bajar por el eje del ascensor gritando asustado; se movía con increíble velocidad, una mano sobre la otra, por la parte exterior del enrejado del ascensor. En su terror, la pobre bestia había desgarrado su uniforme de la compañía, quizás en un intento inconsciente de recuperar la libertad de sus ancestros.

Falcon, que descendía lo más rápidamente que podía, observó con cierta alarma acercarse a la criatura. Un chimpancé enloquecido era un animal poderoso y peligroso, en especial si el miedo era superior a su entrenamiento contra el ataque a los humanos.

Cuando se aproximó, empezó a gritar una serie de palabras incomprensibles, y la única que Falcon pudo identificar fue «jefe», lastimera y repetida con frecuencia. Incluso en aquellos momentos, se dio cuenta Falcon, el chimpancé buscaba orientación en los humanos. Sintió lástima por la criatura, involucrada en un desastre humano incomprensible para ella, y del cual no tenía ninguna responsabilidad.

El animal se detuvo exactamente delante de él, al otro lado de la reja. No había nada que le impidiera pasar a través del armazón abierto si lo deseaba. Se acercó a él, con sus anchos y delgados labios separados y mostrando sus colmillos amarillos, aterrorizado.

Ahora su cara estaba a sólo unos centímetros de la de Falcon, y le miraba

fijamente a los ojos. Nunca se había encontrado tan cerca de un chimpancé, capaz de estudiar sus facciones con tanto detalle. Sintió la extraña mezcla de afinidad e incomodidad que todos los humanos experimentan cuando miran así en el espejo del tiempo.

La presencia de Falcon parecía haber calmado al animal; sus labios se cerraron sobre los colmillos. Falcon señaló el eje del ascensor hacia arriba, hacia la cubierta de observación. Dijo con voz clara y precisa:

—Jefe. Jefe. Vete.

Para su alivio, el chimpancé entendió. Hizo una mueca que podía haber sido una sonrisa y al instante se fue a toda prisa por donde había venido. Falcon le había dado el mejor consejo que podía darle. Si había alguna seguridad a bordo de la *Queen*, ésta se hallaba en esa dirección, hacia arriba.

El deber de Falcon se hallaba en la otra dirección.

Casi había alcanzado el final de la escalera cuando las luces se apagaron. Con un ruido de polímero que se desgarraba, el buque cayó con la proa hacia abajo. Todavía podía ver bastante bien, pues los rayos del sol entraba por la escotilla abierta y el enorme desgarrón de la envoltura.

Muchos años atrás, Falcon había permanecido de pie en la nave de una gran catedral, contemplando la luz que entraba por las altas ventanas y formaba manchas de resplandor multicolor sobre las antiguas piedras. El deslumbrante rayo de sol que penetraba por la estropeada estructura muy en lo alto le recordó aquel momento. Se encontraba en una catedral de metal y polímero que caía desde el cielo.

Cuando llegó al puente y pudo mirar afuera por primera vez, le horrorizó ver lo cerca que la nave se hallaba de tierra. Sólo mil metros más abajo estaban los hermosos y mortales picos de roca y el río de barro rojo, que se abrían paso hacia el pasado tallado en ellos. No había ninguna superficie nivelada donde una nave grande como la *Queen* pudiera descansar en equilibrio.

Una mirada al tablero de mandos le indicó que todo el lastre había desaparecido. Sin embargo, la velocidad de descenso se había reducido a unos pocos metros por segundo; todavía les quedaba una oportunidad.

Sin decir una palabra, Falcon se acomodó en el asiento del piloto y se hizo cargo del control. El tablero de instrumentos le mostró todo lo que deseaba saber; la velocidad era superflua.

En la parte de atrás, oía al oficial de comunicaciones dar un informe por la radio. Para entonces, todos los canales de noticias de la Tierra y los mundos habitados tenían preferencia, y podía imaginar la frustración de los directores de programas: se estaba produciendo el más espectacular naufragio de la Historia, ¡y no había ni una sola cámara que lo transmitiera en directo! Algún día, los últimos momentos de la *Queen* llenarían de pavor a millones de personas —como había ocurrido con la

Hindenburg un siglo y medio atrás—, pero no en tiempo real.

Ahora la tierra se hallaba a unos cuatrocientos metros, acercándose despacio. Aunque tenía plena potencia, no se había atrevido a utilizarla por miedo a que la dañada estructura se derrumbara. Pero ahora comprendió que no podía elegir. El viento les estaba llevando hacia una horcadura del cañón; allí el río era dividido por un pedazo de roca, parecido a la proa de algún gigantesco barco de piedra fosilizado. Si la *Queen* seguía su curso actual, quedaría atascada en aquella meseta triangular y se clavaría de tal manera, que al menos una tercera parte de su longitud colgaría sobre la nada; se rompería como un palo podrido.

Muy lejos, por encima de los crujidos de la estructura en tensión y el siseo del gas que se escapaba, se oyó el familiar silbido de las turbinas cuando Falcon abrió los propulsores laterales. La nave se tambaleó y empezó a girar hacia babor.

El chillido del metal que se desgarraba era casi continuo ahora, y el ritmo de descenso había aumentado amenazadoramente. Una mirada al tablero de control de daños le indicó que la célula número cinco acababa de desaparecer.

La tierra se hallaba a pocos metros de distancia. Ni siquiera entonces Falcon podía saber si su maniobra tendría éxito o fracasaría. Puso los vectores de empuje en posición vertical, proporcionándoles la máxima carga para reducir la fuerza del impacto.

El choque pareció durar una eternidad. No fue violento; simplemente prolongado e irresistible. Parecía que el universo entero les caía encima. El ruido de metal y laminado crujiendo se fue acercando rápidamente, como si alguna gran bestia se abriera paso comiéndose la nave moribunda.

Luego, el suelo y el techo se cerraron sobre Falcon como una morsa de banco.

La imagen holográfica desapareció de la sala de reuniones. Sparta, Blake y el comandante permanecieron sentados en silencio durante un momento, en plena oscuridad. Por fin, Sparta dijo:

—Una reconstrucción muy convincente.

—Sí —Blake se rebulló en su sillón—. Recuerdo haber visto videos cuando era pequeño, pero no eran como esto. Es como estar dentro de la cabeza del tipo.

—Sacamos mucha información de los registradores de vuelo, gran parte de ella de tipo confidencial —dijo el comandante—. Y tiene razón, también tuvimos acceso a la experiencia de Falcon.

—¿Tomando informes de los sobrevivientes con sonda profunda? —preguntó Sparta.

—Así es —respondió el comandante.

En la penumbra, sus pálidos ojos eran puntos de luz reflejados. Sparta le miró fijamente en la oscuridad. El rostro del hombre aumentó doce veces de tamaño bajo

la inspección telescópica de Sparta; los pequeños saltos de sus fríos ojos le traicionaban. Incluso su repentino olor acre le traicionaba. Ella sabía que el comandante y sus colegas utilizaban las mismas técnicas de sonda molecular profunda en ella, grabando sus sueños y pesadillas nocturnas para posterior reconstrucción, las que fácilmente podrían ser tan aterradoras como este «documental».

Los ojos del hombre se desviaron ligeramente en dirección a Blake, antes de volver a ella casi al instante. Reconocía sus sospechas, y al mismo tiempo le decía en silencio que esta información no podían compartirla con Blake.

Sparta dijo:

—Vuelva a pasar el incidente con el chimpancé, por favor.

El comandante lo hizo, accionando los controles del holograma. Casi al instante se hallaron de nuevo en el interior de la *Queen*. Aquella catedral de plástico y metal que se derrumbaba lentamente...

Falcon, que descendía lo más rápidamente que podía, observó acercarse a la criatura con cierta alarma. Un chimpancé enloquecido era un animal poderoso y peligroso, en especial si el miedo era superior a su entrenamiento contra el ataque a los humanos.

Cuando se aproximó, empezó a gritar una serie de palabras incomprensibles, y la única que Falcon pudo identificar fue «jefe»...

—Pare aquí —ordenó Sparta.

El holograma se congeló.

—¿Han analizado el habla del animal? —preguntó.

—Los investigadores del accidente lo intentaron. El recuerdo que tenía Falcon no era tan preciso. No lo suficiente como para recuperar las palabras.

—Está bien, adelante.

Incluso en aquellos momentos, se dio cuenta Falcon, el chimpancé buscaba orientación en los humanos. Sintió lástima por la criatura, involucrada en un desastre humano incomprensible para ella, y del cual no tenía ninguna responsabilidad...

Se acercó a él, con sus anchos y delgados labios separados y mostrando sus colmillos amarillos, aterrorizado. Ahora su cara estaba a pocos centímetros de la de Falcon. Éste sintió una extraña mezcla de afinidad e incomodidad...

Falcon señaló el eje del ascensor hacia arriba.

—Jefe. Jefe. Vete.

El chimpancé hizo una mueca que podía haber sido una sonrisa y al instante se fue a toda prisa por donde había venido...

—Es suficiente —dijo Sparta—. Puede parar.

—Pobres animales —dijo Blake.

—¿Qué analogía encuentra, comandante? —el tono de Sparta rayaba la burla—. ¿Podría tener algo que ver con el hecho de que no quedó de Falcon tanto como de mí, cada vez que han intentado matarme?

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Blake, exasperado.

El comandante hizo caso omiso de la pregunta.

—La siguiente escena que hemos reconstruido es mucho más reciente, grabada hace dos años en las oficinas de la Central de la Tierra de la Junta de Control Espacial. Los sujetos no sabían —tosió— que yo tenía acceso al chip.

—¿Por qué quiere ir a Júpiter?

—Como dijo Springer cuando partió para Plutón, «porque está ahí».

—Gracias. Y aparte de eso, ¿cuál es la verdadera razón?

Howard Falcon sonrió a su interrogador, aunque sólo los que lo conocían muy bien podían haber interpretado su leve mueca como una sonrisa. Brandt Webster era uno de los pocos que podía hacerlo. Era el Subdirector de Personal para Planes de la Junta de Control Espacial. Durante veinte años, él y Falcon habían compartido triunfos y desastres, sin excluir el mayor desastre de todos: el naufragio de la *Queen*.

Falcon dijo:

—La frase de Springer...

—Creo que alguien la dijo antes que Springer —le interrumpió Webster.

—... aún es válida, de todos modos. Hemos aterrizado en todos los planetas rocosos y muchos de los pequeños cuerpos; los hemos explorado, hemos construido ciudades y estaciones orbitales. Pero los gigantes de gas aún están intactos. Son los únicos retos auténticos que quedan en el sistema solar.

—Un reto muy caro. Supongo que has calculado todos los costes.

—Igual que lo hubiera hecho cualquiera. En la pantalla están los cálculos.

—Mmm.

Webster consultó su pantalla. Falcon se acomodó.

—Ten en cuenta, amigo mío, que no se trata de una empresa única. Es un sistema de transporte reutilizable, una vez se haya demostrado que puede utilizarse una y otra vez. Nos abrirá las puertas no sólo a Júpiter, sino a todos los demás gigantes.

—Sí, sí, Howard... —Webster contempló las cifras y silbó. No fue un silbido de alegría—. ¿Por qué no empezar con un planeta más fácil, Urano, por ejemplo? Tiene la mitad de la gravedad, y menos de la mitad de velocidad de escape. Y un clima más apacible, también, si apacible es la palabra correcta.

Webster había cumplido con su deber. No era la primera vez que Planes había pensado en los gigantes.

—Ahorrarás muy poco —replicó Falcon— si tienes en cuenta la distancia extra y los problemas logísticos. Más allá de Saturno, tendríamos que establecer nuevas

bases para suministros; en Júpiter podemos utilizar las instalaciones de Ganímedes.

—Eso, si podemos llegar a un acuerdo con los indoasiáticos.

—Se trata de una expedición del Consejo de los Mundos, no de una aventura del Consorcio. No existe amenaza comercial. La Junta Espacial simplemente alquilará las instalaciones indoasiáticas de Ganímedes que necesitemos.

—Lo que estoy diciendo es que será mejor que empieces ya a reclutar asiáticos de primerísima categoría para formar tu equipo. A nuestros malhumorados amigos no les gustará ver un montón de caras europeas fisgoneando en su patio trasero, las lunas de Júpiter.

—Algunas de las caras «europeas» son asiáticas, Web. Nueva Delhi sigue siendo mi dirección oficial. No creo que eso sea un problema.

—No, supongo que no.

Webster examinó a Falcon, y sus pensamientos se hicieron transparentes. El argumento de Falcon en favor de Júpiter parecía lógico, pero había algo más. Júpiter era el señor del sistema solar; a Falcon no le impulsaba un reto menor.

—Además —prosiguió Falcon—, Júpiter es un gran escándalo científico. Hace más de un siglo que se descubrieron sus tormentas de radio, pero todavía no sabemos cuál es su causa. Y la Gran Mancha Roja sigue siendo un misterio, a menos que seas uno de los que creen que la teoría del caos es la explicación a toda pregunta sin respuesta. Por eso creo que los indoasiáticos estarán encantados de apoyarnos. ¿Sabes cuántas sondas se han lanzado a esa atmósfera?

—Creo que unas doscientas.

—Eso sólo en los últimos cincuenta años. Si te remontas a la Galileo, 326 sondas han penetrado Júpiter, de las cuales casi una cuarta parte han resultado un fracaso total. Hemos aprendido mucho, pero apenas hemos arañado el planeta. ¿Te das cuenta de lo grande que es, Web?

—Más de diez veces el tamaño de la Tierra.

—Sí, sí, pero ¿sabes lo que eso significa realmente?

Webster sonrió.

—¿Por qué no me lo dices tú, Howard?

Cuatro globos se hallaban adosados a la pared del despacho de Webster, representando los planetas colonizados y la luna de la Tierra. Falcon señaló al globo de la Tierra.

—Mira la India, qué pequeña parece. Bueno, si despellejaras la Tierra y la extendieras sobre la superficie de Júpiter, con océanos y todo, parecería tan grande como la India aquí.

Hubo un largo silencio mientras Webster contemplaba la ecuación: Júpiter es a la Tierra lo que la Tierra es a la India. Se puso de pie y se acercó al globo de la Tierra.

—Has elegido el mejor ejemplo posible, ¿verdad, Howard?

Falcon se giró para mirarle a la cara.

—No se parece a lo de hace nueve años, ¿no, Web? Pero lo es. Realizamos esas pruebas iniciales tres años antes del vuelo de la *Queen*.

—Tú todavía eras teniente.

—Así es.

—Y querías dejarme prever el gran experimento, un viaje de tres días a través de las llanuras del norte de la India. Una gran vista del Himalaya, dijiste. Completamente sin ningún peligro, prometiste. Dijiste que eso me haría salir de la oficina y me enseñaría de qué iba todo.

—¿Quedaste decepcionado?

—Ya conoces la respuesta —la sonrisa de Webster dividió su redondo y pecoso rostro—. Sin contar mi primer viaje a la Luna, fue la experiencia más memorable de mi vida. Y tenías razón: totalmente sin peligro. No pasó nada.

La cara de Falcon pareció suavizarse al recordar.

—Planeé que fuera bonito, Web. La partida desde Srinagar justo antes del amanecer, porque siempre me ha gustado la manera en que esa gran burbuja plateada brillaba de repente con la primera luz del sol...

—Silencio total —dijo Webster—. Eso fue lo que más me impresionó. Nada de rugidos de los quemadores, como aquellos antiguos balones de aire caliente con propano como combustible. Ya era impresionante que hubieras conseguido meter un reactor de fusión en una botella de cien kilogramos, Howard, pero que también fuera silencioso..., suspendido sobre nuestras cabezas en la boca de la cubierta, alejándose diez veces por segundo... Imagínate qué milagro en acción me parecía eso.

—Cuando pienso en volar sobre la India, todavía recuerdo los ruidos del pueblo —dijo Falcon—. Los perros ladrando, la gente hablando a gritos y mirándonos, las campanas sonando. Siempre se podía oír, incluso cuando ascendías, incluso cuando todo aquel paisaje abrasado por el sol se extendía a tu alrededor y subías a donde se estaba fresco, cinco kilómetros más o menos, y necesitabas la mascarilla de oxígeno, pero por lo demás lo único que tenías que hacer era recostarte y admirar el paisaje. Por supuesto, el ordenador de a bordo hacía todo el trabajo.

—Y mientras tanto, recogía todos los datos que se necesitaban para diseñar el grande. La *Queen*.

—Todavía no le habíamos puesto nombre.

—No —coincidió Webster, un poco triste—. Era un día perfecto, Howard. Ni una nube en el cielo.

—El monzón no se esperaba hasta al cabo de un mes.

—El tiempo pareció detenerse.

—Para mí también, aunque supuestamente yo estaba acostumbrado. Me irritaba cuando los informes que la radio daba cada hora interrumpían mis ensoñaciones.

—Te lo aseguro, todavía sueño con aquel... —buscó la palabra— infinito y antiguo paisaje, aquellos pueblos, campos, templos, lagos, canales de irrigación, aquella tierra empapada de historia que se extendía hasta el horizonte, que se extendía más allá... —Webster se apartó del globo, rompiendo el hipnótico encanto—. Bueno, Howard, sin duda antes me convertiste al vuelo más ligero que el aire. Y ahora también adquiriré una idea del enorme tamaño de la India. Uno pierde eso de vista, al pensar en términos de satélites de órbita baja que dan la vuelta a la Tierra en noventa minutos.

El rostro de Falcon esbozó una mínima sonrisa.

—Sí, la India es a la Tierra...

—Lo que la Tierra es a Júpiter, sí, sí.

Webster regresó a su escritorio y permaneció un momento callado, jugueteando con la pantalla que exhibía los cálculos de Falcon sobre los parámetros de la misión de Júpiter. Luego levantó la vista hacia Falcon.

—Aceptando tu argumento, y suponiendo que dispusiéramos de fondos y cooperación, hay otra pregunta que tienes que contestar.

—¿Cuál es?

—¿Por qué iba a irte mejor a ti que a las... cuántas... 326 sondas que ya han hecho el viaje?

—Porque yo estoy mejor preparado —respondió Falcon con brusquedad—. Mejor preparado como observador y como piloto. En especial como piloto. Tengo más experiencia que cualquiera en el sistema solar en vuelos más ligeros que la atmósfera.

—Podrías servir de controlador, y permanecer sentado a salvo en Ganímedes.

—¡De eso se trata precisamente! —Falcon echaba chispas por los ojos—. ¿No recuerdas lo que mató a la *Queen*?

Webster lo sabía perfectamente. Se limitó a responder:

—Sigue.

—¡El retraso en el tiempo! Aquel pobre bobo que controlaba la plataforma de la cámara pensó que se encontraba en un rayo directo. Pero por alguna razón tenía su circuito de control conectado a través de un satélite, empleado como relé. Quizá no fue culpa suya, Web, pero debería haberlo sabido, debería haberlo confirmado y reconfirmado. Debería haber conectado un satélite de comunicaciones. Es un retraso de medio segundo en todo el viaje. Incluso en ese caso, no habría importado si hubiéramos estado volando en aire calmado, pero nos hallábamos sobre el Cañón, con toda aquella turbulencia. Cuando la plataforma se inclinó, el tipo lo corrigió al instante, pero para cuando los instrumentos a bordo de la plataforma recibieron el mensaje, la cosa ya se había inclinado para el otro lado. ¿Te imaginas conducir un coche por una carretera llena de baches con un retraso de medio segundo en la

dirección?

—A diferencia de ti, Howard, yo no conduzco mucho, y menos aún por carreteras accidentadas. Pero entiendo lo que quieres decir.

—¿De veras? Ganimedes está a un millón de kilómetros de Júpiter, un retraso de seis segundos en la señal. Un controlador remoto no servirá, Web. Es necesario que haya alguien allí para ocuparse de las emergencias cuando se produzcan..., en tiempo real —Falcon se irguió—. Déjame enseñarte algo. ¿Te importa que utilice esto?

—Adelante, usa lo que quieras.

Falcon cogió una postal que había sobre el escritorio de Webster. Las postales apenas se usaban en la Tierra, pero a Webster parecían gustarle las cosas obsoletas. Ésta mostraba una vista en tres dimensiones de un paisaje marciano; su reverso estaba matasellado con exóticos y costosos sellos del Correo de Marte. Falcon sostuvo la postal de modo que oscilara verticalmente.

—Es un viejo truco, pero es útil para explicarme. Pon tu pulgar e índice a ambos lados, como si fueras a cogerla, pero sin tocarla.

Webster se inclinó sobre su escritorio y alargó la mano, casi tocando la postal.

—Eso es —dijo Falcon—. Y ahora... —Falcon esperó unos segundos, y luego dijo—: ¡Cógela!

Un segundo más tarde, sin avisar, soltó la postal. Los dedos de Webster se cerraron sobre el aire vacío.

Falcon se inclinó y recogió la postal que había caído.

—Volveré a hacerlo —dijo—, sólo para demostrarte que no hay engaño. ¿De acuerdo?

Sostuvo la postal. Webster colocó sus dedos casi rozando su superficie. Una vez más, la postal resbaló de los dedos de Webster.

—Ahora pruébalo conmigo.

Webster salió de detrás de su escritorio y se colocó frente a Falcon. Sostuvo la postal un momento y luego la soltó sin avisar. Apenas se había movido cuando Falcon la atrapó. Su reacción fue tan veloz que casi pareció oírse un clic.

—Cuando me reconstruyeron —observó Falcon con voz inexpresiva—, los médicos realizaron algunas mejoras. Ésta es una de ellas —Falcon colocó la postal sobre el escritorio de Webster—. Y tengo otras. Quiero sacarles el máximo partido; Júpiter es el lugar donde puedo hacerlo.

Webster miró fijamente durante unos largos segundos la postal, que mostraba los improbables rojos y púrpuras de la escarpadura *Trivium Charontis*. Luego dijo con voz suave:

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo crees que requerirá?

—Con la ayuda de la Junta Espacial y la cooperación de los indoasiáticos, más el dinero de fundaciones privadas que podemos reunir..., quizá dos años. Quizá menos.

—Eso es muy rápido.

—He hecho con detalle gran parte del trabajo preliminar.

La mirada de Falcon se posó en la pantalla.

—Está bien, Howard: estoy contigo. Espero que tengas suerte; te la has ganado. Pero hay una cosa que no haré.

—¿Qué es?

—La próxima vez que viajes en globo, no esperes que yo vaya como pasajero.

El comandante apretó el botón; el holograma se convirtió en un punto oscuro y desapareció.

—Ellen, no sé tú, pero yo tengo hambre —dijo Blake—. No quiero hablar de esto con el estómago vacío.

—Tienes razón. Ya es hora de comer.

—No lo entiendo.

—El Espíritu Libre hizo a Falcon —dijo Sparta—. Lo rehicieron, debería decir. Cierra la boca, cariño —Blake había abierto la boca, incrédulo—, se te ve la campanilla.

El pétreo rostro del comandante casi sonrió, pero con esfuerzo; conservó su dignidad metiéndose un bocado de lechuga en la boca.

—Tú fuiste el primero que me dijo qué perseguían, ¿lo recuerdas? —dijo ella a Blake—. El Emperador de los últimos Días.

Sparta comió un bocado de su excelente comida, de la cual, como de costumbre, había cuatro o cinco veces demasiada cantidad. Aquel día, según anunciaba el menú impreso, había una selección de ensaladas, seguidas por una sopa de mariscos con tomate *en croute*, luego una selección de *quiches* individuales y *croque monsieurs* del tamaño de un dedo, y finalmente sorbete de naranja con galletas de vainilla, todo ello acompañado de varios vinos de los que Blake, Sparta y el comandante hicieron caso omiso, como de costumbre.

La gente que servía esta opulenta comida (y el almuerzo no era nada comparado con la cena) era joven, alegre e iba uniformada de blanco, hablaba con entusiasmo cuando se quería compañía pero siempre era notablemente discreta. Ese día permanecían casi invisibles.

Sparta y Blake vivían como invitados del comandante en esa extraña «casa segura», como él la llamaba, desde hacía una semana, cenando, a menudo solos, bajo los estandartes heráldicos que colgaban de las altas paredes del gótico salón principal. Los días soleados como éste, los rayos de dorada luz penetraban a través de los triforios de vidrios de color, ventanas que presentaban a dragones y doncellas con amplias vestiduras y caballeros con armadura. El hombre que había construido la mansión era a todas luces un entusiasta de Sir Walter Scott, o había soñado con Camelot.

—Creemos que habían elegido a Falcon como blanco antes del accidente —dijo el comandante, dejando su plato.

—¿Elegido como blanco? —Blake había tragado su verdura sin ahogarse, pero se mostró incrédulo; no menos porque este oficial de la Junta Espacial, este viejo tipo a quien al principio no había tomado más que por compañero de trabajo de Ellen, parecía saber tanto del Espíritu Libre como el propio Blake, información para cuya obtención Blake había arriesgado su vida.

—El mejor piloto de globos del mundo —dijo Sparta, como si fuera evidente—. Alguien comprendió, incluso antes de que lo hiciera Falcon, que para vivir en las nubes de Júpiter se necesita un globo.

—¿Qué tiene que ver Júpiter con esto? —preguntó Blake.

—No lo sé —dijo Sparta—. Pero en mis sueños no paro de ir a Júpiter...

—Ellen.

El comandante intentó advertirle que dejara el tema.

—Caer en las nubes. Las alas en lo alto. Las voces de las profundidades.

Blake miró al comandante.

—¿Sus sueños?

—Estamos trabajando a partir de la evidencia —dijo el comandante—. Piensa que incluso para la Junta de Control Espacial es casi imposible montar una operación de esta complejidad técnica, logística y política en dos años. Creemos que Webster debía de saber que Falcon quería ir a Júpiter antes de que Falcon se lo dijera.

—Exactamente, Blake. Antes de que él mismo lo supiera —dijo Sparta. Se volvió al comandante—. Sabotearon la *Queen*.

Su voz se volvió brusca.

—Siempre eres rápida sacando conclusiones...

—Nadie ha puesto jamás un enlace remoto a través de un satélite por accidente, ni antes ni después.

—Eso es una locura —dijo Blake—. ¿Cómo sabían que Falcon sobreviviría al accidente?

—Tienen la costumbre de correr grandes riesgos.

El comandante dijo:

—La plataforma de la cámara empezó a tener problemas en cuanto él estuvo en un lugar seguro. No antes.

Ella asintió.

—Debería haber sido el lugar más seguro, de calcularse las posibilidades. El propio Falcon lo pensó.

—Entonces realmente les salió mal —protestó Blake—. Falcon volvía a estar en los controles antes de que la *Queen* chocara. Estuvo a punto de salvar la nave.

—De todos modos el accidente les fue bien —dijo Sparta—. Quizá mejor de lo que esperaban.

—A diferencia de ti —dijo el comandante—, en su caso no quedó gran cosa de un ser humano pensante que después se interpusiera en su camino.

Blake, agitado, echó su silla hacia atrás y se levantó.

—Está bien, le he preguntado algo. Usted, que está ahí sentado, usted ¿personalmente representa a la poderosa Rama de Investigaciones de la Junta Espacial? ¿Qué quieren de Ellen? ¿Qué puede hacer ella que la Junta no haya hecho ya?

Antes de responder a Blake, el comandante indicó a las camareras que despejaran la mesa y sirvieran el siguiente plato.

—Hay algunas cosas que la Junta Espacial no hace bien —dijo—. Investigarse a sí misma es una de ellas.

—¿Está usted diciendo lo que me imagino?

—No suponga nada —dijo el comandante—. Y no se pierda la sopa de marisco con tomate.

Blake vaciló, y luego, con brusquedad, se sentó.

—Si quiere mi colaboración, señor —recurrir al sarcasmo era infantil, una demostración de la completa frustración de Blake ante el curso de los acontecimientos—, necesito saber que lo que está planeando no la expondrá a ella a más peligro del que ya corre.

—Antes de que hagamos ningún trato acerca de ella, Blake, quizás Ellen nos dirá lo que opina.

—Sin duda siento curiosidad. Me gustaría averiguar más cosas de Howard Falcon y la misión de la *Kon-Tiki*.

—Entonces, sigues en el equipo.

—No, no lo creo —dijo ella pensativa—. No creo que esto sea un deporte de equipo.

Blake pasó la tarde tratando de conseguir que le hablase de su curiosidad por Falcon, la cual a él le parecía basada en la más débil prueba circunstancial. Oh, sí, admitía que él había sido un gran teórico de la conspiración en su día, pero por su parte, había llegado a la conclusión de que el Espíritu Libre —los *prophetae*, los Atanasios, o como quisiera llamárseles— si bien admitía que eran un grupo de locos peligrosos, habían cometido tantos errores que estaban a punto de liquidarse entre ellos mismos. Ahora que la Junta de Control Espacial lo sabía todo acerca de ellos, ¿por qué Ellen tenía que seguir arriesgando su vida?

Ella le mimó, estuvo de acuerdo con él, lo hizo todo excepto prometerle lo que él le pedía: dimitir de la Junta de Control Espacial. Por otra parte, no dijo que no lo haría. Su amor y afecto hacia él parecían firmes. Pero a pesar de toda la pasión y los argumentos de él, alguna parte fría en el centro de Sparta era impermeable a su razonamiento.

Aquella noche se detuvieron frente a la puerta del dormitorio de ella y Blake hizo ademán de besarla. Ella respondió, apretando su tenso cuerpo de bailarina al duro cuerpo de él, pero se apartó cuando él intentó ir más lejos y entrar en la habitación.

—Te lo he dicho, hay cámaras y micrófonos ahí —dijo ella—. En tu habitación también.

—Casi no me importa.

—A mí sí —dijo ella—. Hasta mañana, cariño.

Cerró la puerta con firmeza e hizo girar la llave.

En la fría y oscura habitación, Sparta se desnudó y fue hasta la cama. En este siglo y cultura, la modestia apenas daba importancia a la desnudez, y sin duda su cuerpo a menudo se había hecho transparente para cualquiera que pudiera estar espíandola. No era por Blake por lo que le importaban los observadores; era por lo que observarían mientras ella dormía.

No quería que él compartiera sus visiones —sus pesadillas— como sabía que ellos hacían.

Con la ayuda de un mantra particular, que algunos llamarían plegaria, se esforzó por conciliar el sueño.

Blake abrió la estrecha ventana lo justo para que entrara el aire nocturno. Colgó su ropa con cuidado en el armario empotrado; era bastante presumido, decían algunos, y era cierto que le gustaba tener buena apariencia, cualquiera que fuera el papel que hiciera. Y como le observaban las cámaras, quería tenerlo todo en orden.

Se metió desnudo en la cama y se despezó bajo la fría sábana. Permaneció tumbado lleno de esperanza, de temor y de amor. «¡Ella me quiere!», y se tensó con renovada y frustrada lujuria.

Mucho tiempo atrás, cuando eran niños, se hallaban en la misma escuela, una escuela especial para niños corrientes a los que se enseñaba a ser algo más que corrientes. Se llamaba el proyecto SPARTA —proyecto para la evaluación y mantenimiento de recursos de aptitud específicos— y había sido creado por los padres de Linda, es decir, los padres de Ellen, para demostrar que todo ser humano posee múltiples inteligencias, y que cada una de ellas puede desarrollarse en un elevado grado mediante la estimulación y la orientación. SPARTA contradecía el prejuicio de que la inteligencia era algún misterioso ectoplasma llamado C. I., o que ese C. I., o coeficiente intelectual, era fijo, inmutable o real en cualquier sentido.

No todos los niños de SPARTA tenían la misma capacidad en todas las áreas —las personas se parecen menos unas a otras que los guisantes— pero todos los niños sacaban buenos resultados. Se convertían en competentes atletas, músicos, matemáticos, pensadores, escritores, artistas, seres sociales y políticos. Cada niño era excelente en uno o más de estos campos.

Pero para Linda y Blake, mientras crecían, esta educación extraordinaria no era más que la escuela, la escuela a la que iban tanto si querían como si no, y no se consideraban más que compañeros de colegio. Más tarde, cuando llegó la edad del sexo, la experiencia debería haberles hecho tratarse como hermanos.

No fue así en su caso. Ella había tardado más en comprenderlo —o había sido más reacia a admitirlo— pero estaban enamorados. Y, como es evidente, se atraían físicamente.

Él pensaba que había algo en tener relaciones sexuales con la persona a la que se

ama que no podía ser igualado por ninguna otra experiencia en la vida; sin amor, ni una gran inteligencia, ni una gran inventiva sexual, ni un gran sentimiento de amistad, ni toda la buena voluntad del mundo eleva a la persona a ese plano en el que todo parece maravilloso y en el que todas las cosas parecen buenas.

Así que Blake permaneció tumbado entre sus frescas sábanas de algodón, sonriendo como un necio a las estrellas visibles a través de la estrecha abertura que a modo de ventana había en la pared de piedra, soñando con Linda... Ellen. Y renovó su determinación de sacarla de todo aquello. No se dio cuenta del momento en que sus ensoñaciones se convertían en sueño nocturno.

Una hora más tarde, cuando la casa estaba a oscuras y el cuerpo de Sparta permanecía inmóvil y su mente se hallaba sumida en sus propias profundidades sin sueños, la puerta cerrada con llave de la habitación se abrió en silencio.

El comandante entró en la estancia e iluminó con el haz de una pequeña linterna los rincones, y luego hizo una seña hacia la puerta. Un técnico entró en la habitación y, mientras el comandante sostenía el rayo de luz en un lado del cuello de Sparta, apretó una pistola inyectora contra su piel. No hubo ningún sonido de protesta, ninguna prueba de sensación cuando la droga le penetró en la corriente sanguínea.

Las pesadillas de Sparta se reanudaron poco después.

La luna era como un gran barco que surcaba los fríos y ondulantes mares de las nubes de octubre. Algo perseguía a la luna. Él la oyó venir mucho antes de verla, una cosa negra con alas que batían la noche...

Esto no era un sueño. Blake abrió un ojo y vio una silueta negra que se deslizaba en silencio por el firmamento, pasando por delante de su ventana.

Apartó la sábana, bajó de la cama y se tumbó en el suelo.

No sabía cuánto rato había dormido —la luz de la luna que se reflejaba en la alfombra sugería que era más de medianoche—, pero sabía qué era lo que estaba fuera: un «Snark», un helicóptero de asalto, con las hélices y las turbinas conectadas en modalidad susurro, que se posaba suavemente en el amplio césped que había bajo la ventana de Blake.

¿Uno de los nuestros o uno de los suyos? Pero ¿quiénes eran ellos? ¿Quiénes éramos nosotros?

¿Y en qué bando estaba Blake? Permaneció tumbado y rodó por la alfombra iluminada por la luna hasta el armario. Dentro se vistió lo más de prisa que pudo; se puso unos pantalones oscuros de polilona, un jersey de lana y unas zapatillas deportivas, y se echó una cazadora de lona, todo ello de color negro, con muchos bolsillos, sobre los hombros.

Después de escapar de Marte, cuando acompañaron a Blake a esta habitación, había encontrado todas sus cosas ya limpias, planchadas y colgadas o guardadas en cajones. Muy considerados con la tropa. Sólo faltaban sus juguetes, sus herramientas para trabajar con cables, sus artículos de circuitos integrados, los trozos de plástico que guardaba.

No se lo reprochaba; aquel material era peligroso. Y de todos modos, en los días que estaba allí había conseguido reponerlo casi todo. Era impresionante la cantidad de productos químicos mortales y destructivos que se precisaban para mantener incluso el apartamento-estudio más corriente, y mucho más una gran finca. Por ejemplo, aquel grueso césped verde sobre el que el «Snark» se acababa de posar; esa clase de exuberante crecimiento no se conseguía sin generosas aplicaciones de nitrógeno y fósforo. En el cobertizo del jardinero, había productos altamente explosivos. En varios lugares había también circuitos eléctricos, escondidos en extraños rincones de la finca, en mecanismos de vigilancia y alarma raramente utilizados.

Blake sabía dónde se hallaban las cámaras. Sabía dónde estaban colocadas en su habitación y en la de Ellen, e incluso dónde estaban situadas en el bosque, entre los árboles. Ellen quería fingir que no conocía algunas de éstas; eso a él no le importaba. Entretanto, desarmaba todo lo que creía que las cámaras no podían verle desmontar;

robaba lo que sus anfitriones no echarían de menos y lo guardaba donde esperaba que no pudieran encontrarlo.

Detrás de unas tiras sueltas de molduras, en la parte inferior de los estantes, sacó los frutos de sus exploraciones y préstamos. Pasó un largo minuto montando piezas dispares antes de metérselas en los bolsillos. Por fin, cogió un rollo de cinta adhesiva de la percha donde tenía colgadas un puñado de corbatas de punto y se envolvió las manos con ella.

Se quedó de pie junto a la puerta del armario y aguzó el oído. Apenas podía oír los dos rotores del «Snark» que estaba en el césped. Abrió la puerta del armario y fue directo hacia la ventana, pues sabía que las cámaras ahora estarían sobre él, aunque antes había logrado esquivarlas. Atisbó por la ventana.

Tres pisos más abajo, los rotores del helicóptero susurraban en armonía en el límite de lo audible; los motores del «Snark» no estaban apagados, lo que significaba que estaba preparado para despegar inmediatamente.

Oyó un rasguño metálico y un chasquido en la puerta de su habitación...

Blake saltó sobre el alféizar. Se escurrió de lado a través de la ventana y quedó colgando por los dedos hasta que la punta de sus zapatos de goma encontraron un hueco profundo en la rústica albañilería. Se metió la mano derecha en el bolsillo y saco un pequeño paquete, que dejó debajo del marco de la ventana, antes de empezar a avanzar por la fachada de la mansión.

La luz de la luna era moteada y se movía constantemente, con lo que se producían unas irregularidades en la pared que no podían haber estado mejor diseñadas para ocultarle de la vigilancia visual ordinaria.

La habitación de Ellen se hallaba lejos, pero él había estudiado la ruta durante días. Había pensado, incluso antes de llegar a este lugar, que tal vez quisieran salir de él con prisas, y no a través de la puerta principal.

Dio la vuelta a la esquina de la casa antes de que el inevitable destello blanco y el estallido quebraran la noche. Alguien había asomado la cabeza por su ventana para mirar.

El fósforo produce una luz brillante. Simultáneamente, oyó el grito del hombre. No había suficiente carga para mutilarle, pero el material quemaba mucho y Blake no se sorprendería de que quienquiera que hubiera pisado la trampa explosiva necesitara un injerto de piel. Sólo sintió una leve punzada de culpabilidad. Ellos tenían que haber sabido que no debían entrar en su habitación en mitad de la noche sin llamar a la puerta.

Se encendieron luces en todo el recinto; el reflejo de la luna quedó oscurecido por un resplandor cien veces más brillante. La casa se vio cruzada por haces luminosos como el cielo nocturno de Londres durante los bombardeos. Blake se preparó para el fuego antiaéreo.

Pero al parecer aún le quedaban unos segundos. Movi6 al mismo tiempo sus manos cubiertas de cinta adhesiva y los pies calzados con zapatos de goma, lo m6s r6pidamente posible, hasta que encontr6 la ventana salediza de la habitaci6n de Ellen. Estaba cerrada con pestillo.

No habfa tiempo para sutilezas. Tenfa la mano izquierda y las puntas de los pies firmemente alojadas en las grietas de la obra de albañilerfa; con la mano derecha dio un puñetazo en el cristal, rasguñ6ndose el puño, por encima de la cinta adhesiva.

Cuando sacaba el cristal, se le ocurri6 por primera vez que sucedfa algo sospechoso. Muy sospechoso. No sonaron alarmas. Ni sirenas ni timbres. Todas las luces exteriores estaban encendidas, pero los cl6xones no habfan sonado. Ni siquiera el de la ventana.

—Ellen, soy yo —dijo, lo bastante alto para despertarla—. No hagas nada dr6stico.

Se introdujo a trav6s de la ventana, un poco m6s ancha que la de su habitaci6n, y aterriz6 agazapado en el suelo.

Ni timbres ni sirenas, y el helic6ptero no se habfa elevado. Un «Snark» tenfa capacidad por sfa mismo de encontrar a un tipo que trepa por una pared y dispararle. Entonces, no querfan matarle. Quiz6s esperaban que Ellen no se despertara.

Demasiado tarde para ello. Gracias a la blanca luz que penetraba por las ventanas, era evidente que su cama se hallaba vacfa. Caliente, con las s6banas hechas un ovillo donde ella habfa estado durmiendo hasta unos minutos antes, pero vacfa.

La puerta estaba entreabierta. ¿Se la habfan llevado, o ella les habfa oido —Blake sabfa que podfa oír cosas que los dem6s no podfan— y habfa escapado? ¿Habfa ido a rescatarle a 6l?

Se agazap6 y asom6 la cabeza por la puerta.

Una serie de balas de goma procedentes de una arma con silenciador golpearon el suelo y la jamba de la puerta, lo bastante duras como para agujerear la madera. Volvi6 a entrar rodando en la habitaci6n de Ellen, rebusc6 en el bolsillo...

—Salga de ahfa, señor Redfield, no vamos a hacerle daño.

... y lanz6 otro pequeño paquete al pasillo.

Esta vez el destello y el estallido fueron instant6neos, y 6l cruz6 la puerta casi con tanta rapidez como el destello. De ninguna manera iban a atraparle dentro de la habitaci6n.

Rod6 por la alfombra ardiente, se incorpor6 y pas6 por encima de la barandilla de la escalera, haciendo caso omiso de las llamas que se adhirieron a la parte trasera de su chaqueta, Salt6 medio piso hasta el rellano de abajo, volviendo a rodar cuando cay6, rodando escaleras abajo hecho un ovillo para apagar las llamas.

Lleg6 al corredor y se puso en pie, un poco mareado pero ileso.

Nadie le persegufa. Ens6ñales a adoptar ese tono superior. *Señor Redfield.*

Tuvo una inspiración. Quizás el «Snark» todavía se encontraba en el césped; quizá no se había movido desde que había aterrizado. Quizá no había nadie en él. Quizá todos estaban dentro persiguiéndoles a Ellen y a él, porque quizá pensaban que iba a ser fácil.

Tal vez él les enseñaría lo equivocados que estaban.

Echó a correr por el pasillo y de una patada abrió una puerta y entró en una habitación, una especie de despensa que daba a uno de los grandes vestíbulos de recepción de la mansión. Blake sabía que adondequiera que fuera las cámaras podían seguirle, así que no perdió el tiempo escondiéndose. Dio un puñetazo con el puño ya arañado en la cara de un caballero ataviado con una reluciente armadura —reluciente por la luz de los focos exteriores— y empezó a golpear, utilizando el antebrazo para retirar la emplomadura, hasta que hizo un agujero grande en la ventana de vidrios de colores, suficientemente grande para pasar a través de él.

Se hallaba lo bastante cerca del suelo para arriesgarse a saltar. Flexionó las rodillas y los tobillos para amortiguar el golpe. Se dejó caer desde el alféizar de piedra.

Cayó al césped, rodó y se puso en pie de un salto; no se había hecho daño con la caída de cinco metros. El «Snark» se hallaba allí mismo, a veinte metros, y sus rotores seguían susurrando. Cuando tuviera el control de aquella máquina formidable, podría hacer frente a un ejército. Luego, encontraría rápidamente a Ellen y saldrían de allí...

Corrió, sin molestarse en esconderse. No iban a dispararle; habían tenido oportunidad de hacerlo, y habían utilizado balas de goma. Si alguien subía por la puerta abierta del helicóptero en aquel momento, Blake decidiría qué tenía que hacer. ¿Precipitarse? ¿Correr? ¿Levantar las manos rindiéndose?

Se agazapó bajo las hélices.

Apareció una cara blanca, enmarcada en la oscuridad de la puerta abierta. Ellen. Ella le hizo señas.

El corazón de Blake le dio un vuelco.

—¡Lo has conseguido!

¡Ya se había apoderado del aparato! Cuando corrió hacia delante ella le tendió la mano. Su mano, delgada, fuerte y blanca..., su rostro, un pálido óvalo blanco enmarcado en el rubio cabello corto... el resto de su cuerpo iba cubierto de lona negra y era casi invisible en la oscuridad; lo único que Blake vio de ella fue una mano y un rostro sin cuerpo.

Le cogió la mano cuando subía al aparato, notando su apretón firme y familiar a través de la cinta adhesiva. Ella tiró de él para ayudarlo a subir, pero al hacerlo, se giró y él se tambaleó, perdió el equilibrio y casi antes de darse cuenta se encontraba tumbado de espaldas sobre el suelo de metal. Un hombre apareció en la oscuridad

detrás de ella. Blake intentó incorporarse, pero en la otra mano, oculta hasta entonces, Ellen sostenía una pistola hipodérmica. Ya había disparado su carga paralizante en la base del cráneo de Blake.

—Ellen...

Su boca perdió la capacidad de articular palabras. Su visión pareció reducirse mirando el rostro de Ellen, sus labios que se movían.

El rostro de la muchacha no reflejaba simpatía, ni amor; sólo mostraba una rígida sonrisa blanca en la que sus dientes relucían como colmillos y su lengua era húmeda y roja como hígado fresco.

—Estás empezando a estorbar, Blake. Estaremos un tiempo sin verte.

Ella se irguió. El hombre que estaba detrás de ella se adelantó e incorporó a Blake; lo arrastró hasta un asiento de lona y lo ató con fuerza. Blake no podía sentir nada excepto frío en los dedos de las manos y los pies. No pudo reaccionar para impedir que los expertos dedos del hombre le registraran todos los bolsillos, sus otros escondrijos, y encontrara todo lo que había podido esconder.

Ellen ni siquiera se había quedado para verlo. La última vez que la había visto era una forma en sombras que bajaba del helicóptero de un ágil salto.

En los lugares donde el día se aproximaba a las veinticuatro horas, Sparta habitualmente se levantaba un cuarto de hora antes de que saliera el sol; en otros lugares, tenía problemas para dormir.

Por el contrario, Blake a veces lograba dormir hasta media mañana, algo que Sparta envidiaba pero que no podía comprender. Aunque para entonces ya hacía suficiente tiempo que estaba con él y estaba acostumbrada a ello, así que no le pareció extraño que no apareciera a la hora del desayuno.

Lo que le pareció impropio de Blake fue que no apareciera para el almuerzo. Su apetito nunca, que ella supiera, le había permitido saltarse dos comidas seguidas.

Tampoco apareció nadie más para almorzar. El joven camarero rubio no tenía idea de dónde se encontraba el señor Redfield, ¿ha terminado con la ensalada, inspectora? La joven camarera rubia no sabía decir por qué, pero estaba segura de que el comandante regresaría pronto, ¿seguro que no quiere probar el vino, señorita?

Las reglas en aquel lugar no se expresaban con palabras pero eran muy claras: los invitados se ocupaban de sus propios asuntos. Y todos los demás se preocupaban de los de Sparta.

Cuando, al final de otra comida vergonzosamente opulenta, llegó el magnífico café *arábica*, Sparta se lo bebió sin entusiasmo.

Después del almuerzo, subió a la habitación de Blake. Fuera, tras la puerta, Sparta escuchó.

En las paredes de la habitación de Blake pudo oír el gorgoteo de cañerías antiguas, el estruendo de ollas y cazuelas procedente de la cocina de la planta baja y las voces de los que trabajaban en ella; hablaban de cosas sin importancia.

Las estrechas ventanas emplomadas de la habitación estaban abiertas; oía las cortinas que el aire agitaba. Oyó los pájaros de los árboles, sólo unos gorriones rezagados en su emigración hacia el Sur. Arriba notó el crujido de una teja de pizarra del tejado: desgastada durante siglos, calentada por el sol y expandida hasta que, en aquel momento, sus últimos granos unidos se tensaban perdiendo su integridad cristalina que se separaba y resbalaba por el empinado tejado hasta el desagüe de cobre que había sobre la ventana abierta de Blake, donde aterrizó con un débil sonido.

Sin embargo, no oía a Blake. No se hallaba en su habitación, ni durmiendo ni buscando algo en el armario ni en el cuarto de baño, afeitándose o lavándose los dientes. No estaba allí.

Esto era muy curioso. Sparta se inclinó hasta que su rostro estuvo al nivel de la cerradura, no para atisbar a través de su anticuado agujero —como sin duda parecería a los que la vieran— sino para oler el aire próximo al pomo de la puerta. Sparta

percibió el aroma de los característicos aceites y ácidos para la piel que Blake utilizaba, recién superpuestos al olor de limpiametales de siglos.

Otra cosa. Recordó la vieja adivinanza: «Veinte hermanos en la misma casa. Rasca su cabeza y morirán». Las cerillas. Un soplo de fósforo, muy débil.

Sparta se puso de pie. Como sabía que le observaban, decidió no entrar en la habitación.

La situación no era necesariamente mala. Blake había desaparecido en otras ocasiones. Después del incidente de la *Star Queen*, por ejemplo, cuando ella se había quedado en Puerto Hesperus y él había regresado a la Tierra. No supo nada de él durante meses y no le vio hasta que apareció avanzando hacia ella en la superficie de la Luna. En Marte, cuando él había insistido en trabajar en secreto y los dos estuvieron a punto de que les mataran. Pero siempre tenía una razón para desaparecer.

Otra cosa extraña; se preguntaba si existía alguna conexión.

Cuando había salido de la cama aquella mañana, había percibido un olor a masilla fresca. Uno de los cristales de su ventana había sido sustituido durante la noche.

Sparta pasó la siguiente hora paseando por la casa y los terrenos, decidida a parecer no preocupada. Blake no se hallaba en la biblioteca ni en la sala de juegos ni en la sala de proyecciones; no estaba en la sala de tiro del sótano ni en el gimnasio ni en las pistas de squash ni en la piscina cubierta. No le encontró en el invernadero. No estaba practicando ningún juego solitario. No jugaba a los bolos en el césped ni tiraba al plato. No se había llevado ningún caballo para cabalgar un rato. En el garaje de al lado de los establos, todos los coches de la finca se hallaban en el lugar de costumbre.

Pero una ventana grande del primer piso también estaba rota desde ayer; los vidrieros estaban sustituyendo una pieza del perlino vidrio de color.

A media mañana, Sparta se hallaba en el amplio porche trasero, apoyada en la rústica barandilla de pino barnizado, contemplando el bosque. Nada se movía aparte de alguna ocasional ardilla, alguna rata de campo o algún pajarillo. Y las hojas que caían. Sparta las contemplaba caer. Si escuchaba, oía el roce de cada una de ellas con el suelo cubierto de hojas.

Blake se había ido.

El comandante la encontró allí.

—¿Dónde está él? —preguntó con voz suave.

—Le dije que podía irse cuando quisiera. —Su voz era como un golpeteo de piedras, pero había algo hueco en ella. Esa mañana no llevaba su ropa de campo, sino su uniforme azul, con los impresionantes galones sobre el pecho—. Esta mañana, a primera hora. Le hemos sacado en el helicóptero.

Ella se apartó de la barandilla y clavó sus ojos azul oscuro en él.

—No.

—Tú estabas dormida. No has podido oír...

—No podía haber oído el helicóptero, estaba demasiado llena de sus drogas. Pero él no quería irse.

Los ojos del comandante eran de un azul más claro que los de ella.

—No puedo cambiar tu opinión.

—Me alegro de que lo sepa. Si quiere que esta conversación prosiga, comandante, deje de mentir.

El hombre hizo una mueca, una sonrisa abortada. Él mismo había utilizado aquella frase un par de veces.

—Ahora saben muchas cosas de mí —dijo ella—, así que es posible que sospeche que si se me mete en la cabeza, podría derrumbar esta casa y enterrar a todos en ella.

Su pálido rostro estaba rojo de ira.

—Pero no lo harías. No eres así.

—Si han hecho daño a Blake y lo descubro, haré todo lo que pueda para matarle a usted. No soy pacifista por principios.

El comandante observó un momento a la frágil e inmensamente peligrosa mujer. Luego, sus hombros se relajaron unos milímetros y pareció apartarse de ella.

—Nos hemos llevado a Blake de aquí a las cuatro de esta madrugada bajo fuerte sedación. Despertará en su casa de Londres con el falso recuerdo de haberse peleado contigo; creerá que le dijiste que estabas metida en un proyecto demasiado sensible y demasiado peligroso para que él se involucrara, y que por el bien de ambos insististe en que te dejara.

—No aceptaré eso —sabía que él mentía—. Me voy de aquí ahora mismo.

—Haz lo que quieras. Pero sabes tan bien como yo que es la verdad.

—Yo nunca he dicho semejante cosa ni nada que se le parezca...

—Deberías haberlo hecho.

Por una fracción de segundo, la furia del comandante estalló como la de Sparta.

—Cualquiera que sea el recuerdo que han implantado en él, no es ése.

Se alejó.

—¿Quieres saber lo que ocurrió realmente... con tus padres? —Su voz entrecortada y tensa le traicionó; estaba jugando su última carta.

Ella se detuvo pero no se volvió.

—Murieron en un accidente de coche.

—Dejemos ese pretexto. Te dijeron que murieron en un accidente de helicóptero.

Entonces ella se volvió, tensa y con aire peligroso.

—¿Sabe usted algo diferente, comandante?

—Lo que sé, no puedo demostrarlo —respondió él.

En su voz áspera Sparta oyó otra cosa, no exactamente una mentira.

—Ah, pero quiere que yo crea que podría hacerlo, y no lo hará. —¿Era eso lo que en realidad él quería?—. ¿También sabe mi nombre, comandante? No lo diga.

—No te diré tu nombre. Tu número era L. N. 30851005.

Ella asintió.

—¿Qué sabe de mis padres?

—Lo que he leído en los archivos, señorita L. N. Y lo que he aprendido de los *prophetae*.

—¿Y qué es?

—No lo diré a cambio de nada. —Su semblante se había vuelto a endurecer; esta vez era la simple verdad—. ¿Estás en el equipo o no lo estás?

Y ésa era la razón por la que llevaba el uniforme. Las vacaciones habían terminado, el silbato había sonado, se reanudaba el juego. Sparta suspiró cansada.

—Adelante... Hable.

Segunda parte

EL SIGNO DE LA SALAMANDRA

6

Blake despertó en su piso de Londres despejado y dinámico como había hecho durante meses, desde antes de ir en secreto a París, desde antes de perseguir a Ellen hasta la Luna, desde antes de ir a Marte. De hecho, desde antes de la última vez que había dormido en su propia cama. Esto no significaba necesariamente que gozara de buena salud. Alguien le había inyectado una buena dosis de suero antirresaca.

Bajó de la cama de un salto —llevaba pijama, por el amor de Dios; él nunca lo llevaba, aunque su madre seguía regalándole uno cada Navidad— y entró en su cuarto de baño.

Hum, barba de sólo un día. Qué extraño. En el dorso de la mano —debía de haberse arañado de algún modo— le brillaba la piel nueva. ¿La misma persona había utilizado algún producto para que se le curara pronto?

Se pasó la maquinilla de afeitar quimiónica rápidamente por las mejillas, la barbilla y la garganta, y se salpicó la cara con loción para después del afeitado con olor a lima; se cepilló los dientes con el cepillo ultrasónico y se pasó la lengua por su superficie pulida; luego, se pasó un peine por el grueso y liso cabello y sonrió a su imagen ante el espejo.

Por primera vez en meses, Blake experimentaba el placer de tener un armario ropero lleno abierto ante él. Se puso de prisa unos pantalones de pana y eligió una camisa de la cómoda. Su reloj, comunicador y tarjeta de identificación se hallaban sobre la cómoda, bien colocados, y también su cuchillo negro de lanzamiento. ¿Qué habrían pensado de ello, quienesquiera que fueran?

Se puso en los pies unas zapatillas azul marino con la suela de esparto. No tenía intención de ir a ninguna parte en una hora o dos, hasta que se hubiera vuelto a familiarizar con su casa, hasta que hubiera dejado filtrar sus recuerdos. Éste era uno de los pequeños problemas de las drogas antirresaca, tenían tendencia a bloquear los recuerdos recientes, al menos hasta que desaparecían.

Su pequeña y soleada cocina estaba inmaculada, sin polvo, todo en orden. Alguien había estado allí y lo había limpiado —no su asistenta, pues no la tenía— y había más comida en su frigorífico de la que recordaba haber dejado. Recién comprada, además.

Tenía hambre, pero no de un modo voraz. En la cocina a gas se hizo una tortilla de dos huevos con queso a las hierbas y se la comió en la mesa de madera de haya

que daba a su pequeño jardín con muros de ladrillo y a los de sus vecinos. Los huevos desaparecieron rápido; después se tomó un vaso de zumo de naranja que él mismo se preparó y una taza de café francés. Su hogar era Londres, pero él seguía siendo americano; nada de alubias con tostadas para desayunar, y quería algo más fuerte que el té negro para iniciar el día.

El teléfono sonó, pero oyó que colgaban en cuanto él levantó el auricular de la cocina. ¿Se habían equivocado de número? O eran ellos, verificando.

Se llevó una segunda taza de café a la sala de estar y se sentó a contemplar el claro cielo de otoño a través de las ramas del gran olmo que había frente a la ventana. Las hojas caían y las ramas brillaban bajo el sol; la luz se derramaba sobre los ricos tonos azules y rojizos de la alfombra del suelo, e iluminaba las estanterías llenas de libros raros desde el suelo hasta el techo. El atrevido minotauro negro de Picasso en el hueco y la cálida acuarela de Poussin sobre el escritorio le aseguraron que se hallaba en casa.

Otro sorbo de café. Había empezado a sentir un leve dolor de cabeza en la sien derecha. La memoria estaba regresando.

«Noche. Una pared de granito cubierta de hiedra, iluminada por brillantes focos. ¿Trepaba por ella? Sí, avanzaba despacio por ella hacia... la ventana de Ellen...».

El cristal de la ventana se rompió y sus fragmentos se esparcieron por la alfombra. ¡Esto era real! Blake reaccionó antes de saber qué había producido el estrépito; se tiró al suelo y salió rodando por la puerta hacia el pasillo.

Una exhalación de fuego entró por la puerta detrás de él, chamuscando el marco de madera pintada y abrasando la pared de papel pintado de enfrente; había rodado apenas a medio metro de la llamarada, y siguió avanzando a cuatro patas hasta la cocina.

Conocía muy bien el olor a fósforo y a gasolina jaleificada, por ello supo que sus libros y cuadros ya habían desaparecido, y que en cuestión de minutos todo el apartamento, todo el edificio habría desaparecido. El aire bajo el techo ya hervía con humo negro.

Manteniéndose cerca del aire más fresco del suelo, avanzó hasta su taller del porche trasero y abrió de una patada la puerta de atrás.

Su piso se hallaba en la segunda planta. Saltó desde el rellano de la escalera posterior y cayó al tejado de un cobertizo, amortiguando el impacto con las rodillas flexionadas. De rebote dio un salto y aterrizó en un árbol del jardín.

Se desenredó de las ramas. No se atrevía a salir a cielo abierto. Probablemente el atacante no iba armado, o quizá no sabía utilizar una arma, pues Blake había sido literalmente un blanco fijo, pero su asaltante podía estar cerca, con toda probabilidad en un tejado contiguo.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Todo el mundo fuera! —gritó Blake mientras cruzaba

corriendo la puerta del jardín y se dirigía por el estrecho pasadizo del sótano hasta la calle—. ¡Fuego!

Llegó a la parte delantera de la casa y vio que había gente en el otro lado de la calle que ya salía de sus casas. Un policía corpulento y rubicundo se acercaba a él por la acera, hablando atropelladamente a su unidad de comunicación mientras corría. Blake levantó la vista hacia su piso.

Una llamarada aceitosa salía por sus ventanas destrozadas, formando una columna de humo negro que ascendía en el aire. El viejo olmo que daba sombra a su cuarto de estar —se encontraba en el jardín de sus vecinos— estaba en llamas. El tejado del edificio empezaba a arrojar lenguas de humo marrón grisáceo.

El viejo señor Hicke, su vecino de abajo, salió tambaleándose al porche, en pijama de franela y una raída bata.

—¡Señor Redfield! ¡Ha regresado! Oh, Dios mío, ¿sabe que tiene arañazos en la cara?

—Venga aquí, señor Hicke, aléjese del edificio. Eso está mejor. Me temo que se ha producido una seria desgracia.

Blake estaba a punto de sumergirse a través de la puerta principal cuando la señorita Stilt y su madre, las otras únicas personas que residían en el edificio, salieron envueltas en una bata, impactadas por el suceso y parpadeando ante la luz.

—Por favor, señores, dejen espacio...

El policía se adelantó para acompañar a las señoras a un lugar seguro; habían llegado más policías para mantener apartada a la multitud que pronto se congregó. Blake se retiró junto con los demás al otro lado de la calle.

Contempló el elegante edificio antiguo disolverse entre llamas. Iba camino de convertirse en ruinas cuando unos minutos más tarde llegaron los primeros camiones.

Quien hubiera lanzado la bomba debía de haberse ido hacía rato, a menos que esa persona fuera un pirómano convencido o por alguna otra razón careciera del instinto de autoconservación. Blake lo dudaba. Él había sido el blanco específico del ataque, y había un mensaje en la manera de llevarlo a cabo.

Blake tenía debilidad por explotar cosas. Quienquiera que fuera quien había intentado matarle, lo sabía.

Repasó los sucesos de la mañana y al mismo tiempo se dio cuenta de que había recuperado casi por completo sus recuerdos de la noche anterior, la cual debía de haber sido dos noches atrás, teniendo en cuenta el cambio de horario al cambiar de zona. También tenía un fuerte dolor de cabeza.

Recordó que había intentado rescatar a Ellen. Recordó la traición de ésta. No podía creerlo.

Quizás había hecho un trato con el comandante para hacerle salir de allí sin sufrir daños. El comandante sabía que Blake no confiaba en él, y Blake sabía que él quería

sacárselo de encima. ¿Se había ocupado ella de que le trataran bien y le devolvieran a casa? ¿Y el comandante la había traicionado a ella?

¿O había alguien más tras su pellejo? Sin duda había suficientes candidatos.

Blake contempló cómo ardía el edificio, llevándose consigo las últimas cosas que él apreciaba. Si tenía que sobrevivir suficiente tiempo para vengarse, sería mejor que no se quedara allí esperando a que las autoridades iniciaran sus aburridas preguntas.

El avión hidrosónico surcaba el cielo a toda velocidad. Todavía era primera hora de la mañana cuando Blake aterrizó en Long Island, y sólo poco después de las diez de la mañana cuando entró en el ático de sus padres en Manhattan.

—¡Blake! ¿Dónde diablos has estado?

—Mamá, estás preciosa. Como siempre.

Esmeralda Lee Redfield era una mujer alta cuya piel mimada, cuidadoso maquillaje y exquisita ropa —ese día llevaba un traje chaqueta de lana gris y una blusa de seda azul— siempre le hacían aparentar treinta años más joven, al menos a los ojos de su hijo.

A pesar de su elegancia, no era coqueta. Abrazó a Blake con entusiasmo. Luego, sin soltarle los hombros, le examinó.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, cariño. ¿Has dormido con la ropa puesta?

Él se echó a reír y se encogió de hombros.

—Ven. —Ella le cogió de la mano y le guio hacia el soleado salón. A ochenta y nueve pisos de altura tenía una vista de ciento veinte grados de las torres de la parte inferior de Manhattan y las costas que lo rodeaban—. ¿Qué haces en casa? ¿Por qué no has llamado? ¡Estábamos muy preocupados! Tu padre se puso en contacto prácticamente con todo el mundo a quien conocía, pero nadie...

—¡Oh, no!

—Con discreción, con discreción.

—Tendré que hablar con papá. Cuando voy tras una adquisición rara, a veces tengo que... esconderme. Os lo he explicado una docena...

—Blake, ya sabes cómo es.

Edward Redfield había criticado la carrera que Blake había elegido —la de especialista asesor de libros antiguos y manuscritos— y de vez en cuando lanzaba airadas diatribas contra el dinero que Blake «tiraba» (dinero que Edward no podía controlar, ya que su origen era un fondo legado a Blake por su abuelo). Edward pertenecía a una de esas viejas familias de la Costa Oriental que no necesitaban hacer nada para ganarse la vida excepto vigilar sus inversiones, tarea que no era en absoluto insignificante.

Pero *noblesse oblige*, y los Redfield se ocupaban de asuntos culturales y administrativos de Manhattan, esta ciudad modelo, el centro del Distrito

Administrativo del Atlántico Medio. En realidad, las generaciones de Redfield habían sido tan activas en la vida pública, que la actual organización del continente de Norteamérica (que ya no incluía unos Estados Unidos, excepto como ficción geográfica) debía mucho a sus esfuerzos.

Esmeralda se sentó en una silla estilo Imperio tapizada en terciopelo azul y oprimió un botón que había sobre la mesa, a su lado.

—Y realmente hice hincapié en que actuara con discreción.

Blake se recostó en un mullido sillón tapizado en brocado.

—Bueno, de todos modos, aquí estoy. Y, como ves, con buena salud.

—Esta búsqueda tuya... ¿Tuviste éxito?

—Quizá pueda decírtelo cuando la... transacción haya finalizado.

—Comprendo, querido. —Una doncella había aparecido en respuesta a la llamada de Esmeralda—. Hoy tu padre y yo almorzamos en casa. ¿Comerás con nosotros?

—Me encantaría.

—Otro plato para el almuerzo, Rosaria. —La mujer asintió y se marchó, silenciosa como al llegar. La madre de Blake sonrió abiertamente a su hijo—. Ahora, Blake, dime, ¿qué ha sucedido?

—Esta mañana he ido a casa y resulta que mi piso, bueno, no sólo mi piso sino todo el edificio, había sido destruido por un incendio. Todo lo que poseía.

—Mi pobre niño... ¿Tus muebles? ¿Tu ropa?

Miró las manchadas zapatillas de lona que llevaba Blake.

—Por no mencionar los libros, las obras de arte...

—Qué deprimente, querido. Debes de estar desolado. Pero, por supuesto, lo tenías asegurado.

—Ah, sí. Asegurado.

—Es un consuelo.

—Bueno, te lo contaré mientras almorzamos. ¿Me disculpas? Quiero ir a cambiarme de ropa.

—Blake... Me alegro de tenerte en casa.

Blake se encaminó a la habitación que siempre le tenían preparada, amueblada exactamente como él la había dejado cuando se graduó de la escuela superior. A pesar del leve aire de distracción con que su madre iba por la vida, hablaba con el corazón. El amor entre padres e hijos es más complicado de lo que debería ser, pensó Blake, y más sutil de lo que nadie a quien había leído había podido expresar adecuadamente, pero a pesar de todos los armónicos emocionales y los bajos redobles que acompañaban al amor entre él y sus padres, éste era sólido.

Salió de su antigua habitación con un respetable traje con corbata, vestido como sabía que su padre querría verle.

—O sea, que has perdido todos esos libros en los que gastaste una pequeña fortuna.

Redfield padre era más alto que su hijo, con un rostro patricio cuadrado sobre una mandíbula más cuadrada, aún más patricia. Su cabello y cejas rojizos y las pecas que le salpicaban la fina nariz insinuaban sus orígenes bostonianos irlandeses, lo que sugería que el dinero de la familia quizá sólo tenía dos siglos de antigüedad y no los tres o cuatro declarados por los que se llamaban Rockefeller y Vanderbilt, por ejemplo.

—Sí.

Edward miró furioso a su hijo con triunfo mal disimulado.

—Espero que hayas aprendido la lección.

—Más que una lección, papá. Lo he perdido todo. No volveré a coleccionar nada de naturaleza tan perecedera.

El comedor se hallaba en el rincón sudeste del ático, con vistas al viejo puerto de Nueva York. A la débil luz de otoño, las granjas de algas que cubrían las anchas aguas de la costa de Jersey a Brooklyn formaban una alfombra verde mate, como sopa de guisantes; recolectores de acero inoxidable pacían lánguidamente por el lugar, convirtiéndolo en complementos alimenticios para las masas.

Los Redfield no formaban parte de las masas. Edward cortó una rodaja del raro *magret de canard* y comió un bocado, al estilo europeo.

—¿El seguro no te lo cubre? —murmuró.

—Oh, la pérdida económica sí. Sin tener en cuenta el aumento de valor. Pero he comprendido lo efímeros que son los libros viejos y los cuadros. —¿Podré salir de ésta?, se preguntó Blake; pero la gente está desesperada por creer lo que quiere—. Quizá por fin he crecido.

Edward siguió masticando y volvió a murmurar.

—He estado pensando que tal vez podría dar una ojeada por ahí y ver si puedo dedicarme al servicio público —añadió Blake.

Su padre le consideraba un diletante, y por ello nada podía resultarle más dulce que oír que su hijo cambiaba de idea y aceptaba su punto de vista.

—Qué buena idea, querido —dijo su madre, alegre—. Sé que nuestros amigos estarán más que satisfechos de ayudarte a encontrar algo adecuado.

—¿Por qué el gobierno, Blake? ¿Por qué no algo con más potencial?

Edward se refería a comprar y vender.

—No soy persona de estadísticas, papá. El mercado nunca ha tenido sentido para mí. —Era falso, pero encajaba con los prejuicios de Edward—. Si hubiera seguido tus consejos, habría estudiado Derecho —añadió Blake—, pero ahora es demasiado tarde para ello.

—Bueno, ¿qué sabes hacer?

Un soplo del viejo rencor. Al fin y al cabo, enviar a Blake a SPARTA no había sido un proyecto barato; por supuesto, aquel proyecto de educación mejorada había recibido apoyo financiero, pero los padres como Edward que podían pagar habían pagado mucho para matricular a sus hijos.

—Soy un buen investigador; cualquiera que quiera ser un erudito tiene que serlo. Me conozco las viejas bibliotecas tan bien como las fichas electrónicas. Puedo ser discreto cuando es necesario. —Todo eso era cierto, y aún había mucho más; su padre no habría creído ni la mitad de ello—. Leo y escribo una docena de idiomas. Los domino casi todos, y puedo mejorarlos cuando los necesito.

Blake añadió algo musical en mandarín dirigido a su madre, que significaba más o menos «te lo debo todo a ti».

Su padre, que no hablaba mandarín, aunque dominaba el alemán, el japonés y las otras antiguas lenguas de la diplomacia, emitió otro murmullo de escepticismo. Cuando por fin se tragó el bocado de pato, preguntó:

—¿Qué clase de trabajo crees que podrías hacer con todo esto?

—He olvidado mencionar que en este último año me he convertido en un viajero del espacio bastante experimentado.

—¿Te refieres a aquel viaje a Venus?

—También he estado en la Luna. Y Marte. Me temo que he pasado mucho tiempo sin telefonar a casa.

Edward dejó su tenedor y miró con furia a su hijo.

—En resumen, eres multilingüe... investigador... que entiende de ordenadores y no se marea cuando viaja por el espacio. Quizá deberías ser... abogado del consumo o algo así.

Esmeralda enarcó sus finas cejas negras y esbozó una sonrisa feliz con su delicada boca.

—¡Qué excelente sugerencia, querido! Estoy segura de que Dexter y Arista estarían encantados de tener a alguien con el talento y las habilidades de Blake en su personal.

—¿En Voxpop? —Redfield miró a su esposa con aire enojado. No lo había dicho en serio—. ¿Haciendo qué?

Dexter y Arista Plowinan, aunque ricos de nacimiento, eran hermanos y formaban equipo como reformadores profesionales, el tipo de ascéticos cuyos papeles en los siglos anteriores habían sido ejecutados por gente como Ralpli Nader y Savonarola. Todo el dinero que los Plowinan tenían, y todo el que conseguían, lo habían invertido en el Instituto Vox Populi.

Esmeralda dijo:

—Si Dexter Plowinan o su encantadora hermana...

—Peculiar hermana —gruñó Edward. Lejos de sus clubes y salas de juntas, la

confusión de Edward con frecuencia se manifestaba como mal genio.

—... desearan dar empleo a Blake, sin duda aprovecharían sus mejores talentos.

—Y no recibiría nada a cambio. No podría hacerse rico.

Blake dijo:

—Papá...

Pero se interrumpió. *Ya somos ricos* era una frase que su padre no necesitaba oír.

—Pensemos en ello uno o dos días —dijo Edward.

Blake podía ver girar las ruedas en la cabeza de su padre. Los Plowinan eran actualmente personas de buena reputación en Manhattan, del estilo de los fiscales de distrito que participaban en cruzadas, gente cuyas buenas opiniones el mismo Edward Redfield había cortejado, y sería un honor para él que contrataran los servicios de su hijo. No ganaría dinero, pero... su hijo pródigo Blake, reformado, y ahora funcionario público famoso... Edward esbozó una leve sonrisa.

Aquella noche, más tarde, Blake entró de puntillas en el estudio de su padre, avanzando a la débil luz que se reflejaba a través de las ventanas procedente del cielo brumoso del exterior. Años atrás, de niño, había aprendido la combinación del escritorio de su padre, y ahora la utilizó para abrir el cajón de arriba en el que se hallaba el microsordenador de Edward, silencioso y enfriado con gas.

Era una máquina que Blake siempre había contemplado con respeto y unos ligeros celos, ya que su padre utilizaba sólo una pequeñísima fracción de su potencia en sus tratos comerciales y no apreciaba lo que su dinero había comprado. Blake se inclinó sobre él y se puso a trabajar en silencio; su proyecto probaría el temple de la máquina.

¿Qué estaba ocurriendo en realidad en aquella «casa segura» sobre el Hudson?

Cuatro horas más tarde, a pesar de toda la habilidad de Blake, su investigación sólo le había proporcionado hasta entonces datos negativos.

La mansión del rey del acero se hallaba donde se suponía que estaba, bien; en la actualidad se llamaba Granite Lodge, un buen nombre, gris e inocuo, y supuestamente se utilizaba como lugar donde los empleados del Servicio de Parques de Norteamérica y sus familias podían hacer vacaciones, donde los dignatarios podían retirarse, donde los directivos podían conferenciar, etcétera; era la clase de refugio que se podía esperar en una casa tan opulenta.

Excepto que este refugio parecía hermético. Blake no pudo descubrir ningún vínculo entre el Servicio de Parques y la Junta Espacial, y mucho menos la rama investigativa del comandante. Por el contrario, había muchos casos documentados de utilización por parte de empleados en vacaciones, directivos conferenciantes y

dignatarios retirados.

En fichas estatales Blake encontró planos y otros documentos que describían la casa y los terrenos, todo ello exacto en lo que se refería a los conocimientos del personal, y el presupuesto del Servicio de Parques para el lugar con listas del personal, sus salarios y otros datos; y todo parecía agresivamente inocente.

Con amargo buen humor Blake leyó un informe totalmente «objetivo» de lo que había sucedido allí recientemente, cuando él y Ellen tenían la impresión de que eran los únicos huéspedes. Al parecer habían pasado por alto una asamblea de obispos, por no mencionar un seminario sobre redacción creativa y una sesión de estudio de creadores de currículos de educación secundaria; esta semana la mansión alojaba una reunión de analistas de Jung.

Unos minutos de esfuerzo produjeron la «confirmación» independiente de estos acontecimientos en la red abierta: avisos y boletines de los obispos, escritores, creadores de currículos y estudiosos de Jung, todo ello impenetrablemente convincente. Fuera de la red pública, Blake confirmó la existencia de estas personas y la aparente autenticidad de sus recientes itinerarios.

Quizá si hubiera poseído la misteriosa habilidad de Ellen de oler y evitar las trampas electrónicas y las caídas a ciegas, de deslizarse a través de capas de subterfugios electrónicos, de descubrir falsas identidades y falsas direcciones, intercomunicadores, historias y comprobantes de viaje, él podría haber sacado del ordenador lo que quería. Pero los poderes de Ellen escapaban a él.

Lo único que le quedaba era su habilidad como ladrón y saboteador. Tendría que irrumpir en Granite Lodge.

Blake era atrevido, incluso excitable, pero no era temerario, y no tenía la costumbre de correr riesgos desconocidos cuando las probabilidades en contra suya eran demasiado grandes; sentía un saludable respeto por las defensas de Granite Lodge. Pero aunque hubiera preferido quedarse lejos de allí, no había opción.

Volvió al ordenador. En los últimos años del siglo XXI, la predicción del tiempo aún era un arte más que una ciencia, pero se había convertido en un arte sutil. El diseño del sistema atmosférico de la Tierra apareció en la pantalla, desplegando en vivo falso color una serie probable de sucesos meteorológicos en el valle inferior del Hudson en los próximos días. Si actuaba pronto, el tiempo estaría de su lado.

Una mujer joven, con los ojos verdes y pelirroja, se hallaba de pie en una estrecha calle de Londres, observando un bulldozer hundirse y rodar en un cenagal al otro lado de la calle. A la izquierda de la obra, sobre la pared de ladrillos del jardín de al lado, un hombre con impermeable amarillo estaba encaramado en una escalera de mano, serrando una rama quemada de un olmo enorme. A la derecha, una cobertura de plástico cubría un agujero del tejado de un edificio vecino.

Donde el bulldozer gruñía como un verraco, el edificio de apartamentos donde vivía Blake Redfield había desaparecido.

Sparta se abrochó más fuerte el cinturón de su impermeable y alzó el paraguas contra el viento. Avanzó de prisa por la acera, esquivando los paraguas de los peatones que, inclinados hacía delante, venían en dirección contraria. La mitad de ellos parecían enredados en las correas de sus perros, los cuales estaban más ansiosos que sus dueños por mantenerse fuera de la húmeda y fría tarde.

Caminó casi un kilómetro a través de calles que antes habían visto la prosperidad pero que ahora estaban en declive, para llegar a la cabina de información más cercana, la cual se hallaba en una bulliciosa esquina comercial. Sparta cerró el paraguas y lo sacudió; luego cerró la puerta tras de sí. Los cristales estaban empañados y las gotas de lluvia resbalaban por fuera; el tráfico de la calle era una confusión incolora. Se quitó los guantes de fina lana y se inclinó sobre el aparato. Las púas INP se extendieron bajo sus uñas discretamente cortas y exploró los accesos de la máquina.

El olor de la corriente de datos acudió a los lóbulos olfativos de Sparta. Al cabo de unos segundos había evitado una serie de barreras y, como un salmón nadando río arriba, siguió la corriente de información hasta su origen, una ficha confidencial en la oficina de archivos de Scotland Yard. Ésta le indicó que el apartamento de Blake había sido incendiado dos días después de que desapareciera del castillo sobre el Hudson. Había salido ileso y había ido a reunirse con sus padres en Manhattan.

La ficha reveló que las autoridades se habían irritado con el señor Redfield porque había abandonado el lugar sin avisar. Pero cuando por fin le encontraron, se había mostrado sumamente cooperativo y, al final, persuasivo. En realidad no tenía ni idea de quién podría querer matarle. Había estado fuera del país —la mayor parte del tiempo en Francia, explicó— por asuntos relacionados con su profesión de asesor de libros raros y manuscritos. Scotland Yard había aceptado su explicación de que había huido porque temía por su seguridad y la de sus amigos de Londres.

Buena salida, Blake, pensó Sparta, retirando sus púas del aparato. Estás a salvo y fuera de mi camino, lo cual al parecer es lo que los dos queremos, y es de lo que he venido a asegurarme. No necesito tu ayuda en esto. Eliminaré a los *prophetae* sin ti.

Salió de la cabina y caminó por la mojada acera hasta la estación de Metro más próxima. Los robotaxis e hidrocoches particulares circulaban por la transitada calle, salpicando aceite y agua pulverizados como una espesa niebla, pero ella era una chica trabajadora que no podía permitirse el lujo de coger un taxi.

Envolviéndose en la olorosa calidez de la abarrotada estación de Metro, pensó en las fichas que había visto en el Hudson y experimentó un momento de nostalgia. Había permitido al comandante persuadirla de que no llamara a Blake, de que no le explicara nada, aun cuando ella creía que él merecía saber la verdad. Pero Sparta comprendía aún mejor que el comandante, que si Blake conocía la verdad, entonces haría algo. Querido Blake, tan ansioso por ayudar... pero lo que solía hacer cuando se hallaba bajo tensión era hacer explotar algo.

A él siempre le parecía lógico y necesario. Y siempre empeoraba la situación. En esta investigación, Sparta no podía permitir que Blake explotara algo y complicara las cosas. Él tenía que creer que ella le había despedido, que le había dicho que se largara y no apareciera. O que ella le había traicionado. Esto era lo que el comandante le había contado que él «recordaba».

Sparta tendría que esperar a que cuando todo hubiera terminado, cuando pudiera contarle toda la verdad, él pudiera recordar algo diferente. Y que todavía la amara.

Ése había sido su primero, y no único, desacuerdo con el comandante. Después de acceder a no intentar ponerse en contacto con Blake, Sparta se había negado a comprometerse a nada más con su jefe hasta que éste hubiera cumplido su palabra. Él le había entregado un trío de chips, de mala gana, pensó ella, y le había dejado sola en la sala de conferencias del piso de abajo de la casa.

El primer chip contenía fichas del difunto proyecto de la Inteligencia Múltiple. En ellas, protegidas por el logotipo de la zorra marrón, había detalles de los cursos a los que ella había sido sometida —todo, desde química cuántica hasta lenguas del sudeste asiático y hasta aprendizaje de vuelo— y todos los procesos quirúrgicos a los que posteriormente había sido sometida: nanochips en media docena de puntos de su cerebro, células eléctricas de polímero bajo su diafragma, las púas INP empalmadas en su sistema nervioso... Todo estaba allí, expuesto en profundidad y con detalle: los planos y especificaciones para coger a una adolescente humana y convertirla en una especie de máquina de guerra.

También estaba explicado en detalle el compromiso de sus padres. Lejos de ser víctimas inocentes, habían sido ansiosos participantes del establecimiento de la Inteligencia Múltiple. Al menos al principio. Mientras creyeron que los sujetos de la Inteligencia Múltiple iban a ser los hijos de otras personas...

Pero las fichas sólo cubrían un lado de la correspondencia, la de la Inteligencia Múltiple. El Gobierno norteamericano, representado por el hombre que entonces se

hacía llamar William Laird, había pedido a los padres de Linda que actuaran como asesores principales del proyecto. Iba a pagárseles bien, pero éste no era el único incentivo. Referente al potencial humano, Laird tenía una visión que ellos evidentemente compartían.

Para ellos, este Laird aparentaba ser un visionario y una persona sensible al mismo tiempo; no creía en tonterías supersticiosas como los «memes» (una de las cosas que irritaban a su padre), supuestas «unidades» de cultura sin definición común, discernibles sólo después del hecho. Laird entendía la evolución a nivel del organismo en sí, el ser humano físico igual que, inevitablemente, el ser humano cultural; así pues no era un proceso teleonómico, que tenía el mero aspecto del propósito, sino una progresión real hacia una meta bien definida: la teleología desde dentro.

Los padres de Linda eran claves para establecer los programas educacionales y de pruebas del proyecto de la Inteligencia Múltiple. Luego, de repente, el registro de su implicación cesaba, poco antes de la fecha correspondiente a la admisión de Linda en el programa, como su primer sujeto. Y su primer y más espectacular fracaso.

Sus padres no volvían a ser mencionados en las fichas de la Inteligencia Múltiple. Los años pasaron; de pronto, casi de la noche a la mañana, Laird y muchos de sus principales jefes desaparecieron y el propio proyecto de la Inteligencia Múltiple se desintegró, en circunstancias que Sparta conocía íntimamente, pues ella misma las había precipitado.

Un segundo grupo de fichas consistía en interrogatorios de *prophetae* capturados. ¿Capturados por quién? De dónde las había conseguido el comandante, Sparta no lo sabía. Estaban codificadas en el sistema comercial más común, y todas las señales identificativas habían sido eliminadas.

Se trataba de historias que ponían los pelos de punta. Sondas profundas habían reconstruido la memoria viva de los sujetos: de infancias aterradoras; de fracaso, falta de hogar, adicción y desesperación antes del primer contacto con los *prophetae*; de floreciente fe después del reclutamiento, del adoctrinamiento y entrenamiento en los dogmas del Espíritu Libre; de sus misiones. Sumergirse en estas fichas era revivir un infierno de almas perdidas.

Las personas cuyos recuerdos habían sido extraídos para mostrarlos aquí, habían sido soldados del Espíritu Libre. Dos estaban allí la noche en que el padre de Linda había intentado rescatarla, la noche en que sus guardianes habían sido asesinados y habían disparado a Linda, y el «Snark» de rescate, siguiendo órdenes de ella, había elevado a sus padres heridos hacia el cielo nocturno. Presenciando estas fichas, Sparta —viviendo lo que ellos sentían, sintiendo lo que les impulsaba a ellos— confirmó lo que había creído, que era deber de los *prophetae* matar a todo el que hubiera logrado resistirse al adoctrinamiento.

Y de estos soldados Sparta aprendió la historia que todos ellos creían, la historia que había aparecido en todos los medios de comunicación: que un «Snark» se había estrellado aquella noche en una reserva militar de Maryland, muriendo sus pasajeros, los padres de ella, ocultando algunos detalles «en interés de la seguridad administrativa».

El último grupo de fichas era de naturaleza diversa, algunas de ellas de la Alianza del Tratado Norcontinental, otras de los archivos de la Policía y otras autoridades terrestres. El «Snark» en el que los padres de Linda habían intentado rescatarla había sido robado de la ATN —¿cómo habían llevado a cabo esta extraordinaria proeza?— y el testimonio de Laird y otros situó el aparato en Maryland, donde el intento de rescate, descrito por Laird como asalto e intento de rapto, había fracasado.

Pero Sparta sabía que lo había puesto en marcha con órdenes de tomar todas las medidas necesarias para proteger a sus pasajeros. El aparato había obedecido, y desaparecido. Las fichas revelaban que no se registró en los radares ni rastro de él. Ni se oyeron transmisiones. Jamás volvió a ser visto. No se había producido ningún accidente de helicóptero. Sus padres simplemente habían desaparecido.

—¿Has visto suficiente? —susurró el comandante desde la oscuridad.

Había vuelto mientras ella estaba absorta en la última ficha, pero a pesar de ello, ella le había oído entrar e identificado en la oscuridad.

—Prometí contarme lo que les sucedió realmente a mis padres. Esto no lo hace.

—Admití que no podría demostrar lo que sabía. Pero están vivos.

—No puede saberlo por estas fichas.

—Es lo que creo firmemente.

El hombre todavía se callaba algo, pero no se lo sacaría discutiendo. En verdad, él le había dicho algo de gran valor. A menudo, Sparta había revisado en secreto y a voluntad los archivos de las agencias que habían informado del accidente del helicóptero. Nunca había encontrado nada más que evidentes falsificaciones que sustituían a las fichas robadas; falsificaciones que contenían una trampa para que las personas no autorizadas que carecieran de la experiencia de Sparta en fisgar en esos archivos fueran automáticamente devueltas a sus propias terminales.

Las fichas del comandante eran los originales robados. ¿Dónde y cómo los había conseguido?

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Sparta.

—Llevaremos un equipo en la *Kon-Tiki*, algunos clandestinos y otros al descubierto. Tú estarás en la zona clandestina.

—No ha cumplido su promesa, comandante; voy a reescribir nuestro contrato. Cooperaré con ustedes, pero no en equipo.

—Eres demasiado conocida, Troy. En cuanto asomes la cabeza, alguien disparará hacia ella.

—Mantendré la cabeza baja. Le informaré a usted y sólo a usted.

El argumentó acaloradamente la necesidad de comunicación constante, imposible si trabajaba sola, la necesidad de equipos de vigilancia para seguir a aquellos sospechosos a los que una persona no pudiera seguir sin ser vista, la necesidad de íntima coordinación con el apoyo de inteligencia, apoyo logístico, etcétera. Ella no se inmutó.

—Sola, entonces, si tiene que ser así —dijo él al fin—. He concertado sesiones de clínica que empezarán mañana por la tarde, en la Central de la Tierra.

—¿Qué sesiones?

—No puedes seguir con esa cara, Troy. Eres una estrella de vídeo interplanetaria.

—No.

—¿Te gusta más tu aspecto que el que tenías de nacimiento? —Parecía auténticamente asombrado.

—Basta de cirugía.

Él permaneció quieto.

—Está bien, ¿por qué no me lo dices ya: qué órdenes estás dispuesta a aceptar?

—Ninguna orden, comandante. Estoy dispuesta a escuchar sus sugerencias.

—Crees que no nos necesitas, ¿verdad? —Por un instante Sparta apartó la mirada, evitando la del comandante—. Estás muy equivocada —dijo él con suavidad—. Espero que no lo aprendas por las malas.

—Todo lo que sé y tiene valor, lo he aprendido por las malas.

Quiso decirlo con dureza, pero sabía que no engañaba al comandante. Ni siquiera se engañaba a sí misma.

Mantuvieron posteriores conversaciones infructuosas, pero al cabo de poco tiempo él se despedía de ella frente al edificio de la Central de la Tierra en el East River de Manhattan.

Sparta llevaba el uniforme azul de la Junta Espacial y una bolsa de lona reglamentaria cuando tomó un magneplano hacia el puente aéreo de Newark, pero nunca llegó allí; como dijeron los de la rama investigadora, había desaparecido del mapa.

Para disfrazarse, Sparta no se molestó en utilizar la costosa cirugía plástica que exige tanto tiempo. Los cirujanos conservan archivos, y siempre existía la posibilidad de que su codicia no se limitara a las facturas por servicios prestados sino que podían extenderse al chantaje o a la traición. En cambio, Sparta siguió una tradición más antigua.

Un peinado diferente o una peluca, lentes de contacto de color, un poco de algodón bajo la lengua —a veces sólo un poco de color en las mejillas— era suficiente, cuando se combinaba con cambios sutiles en los gestos, la expresión y el

acento, para hacerla irreconocible a todos salvo una máquina bien programada. Su primer disfraz provisional empleaba una peluca negra grasosa con una cola de caballo que le llegaba a la cintura.

En un cosmos de perfumes fuertes y variados, alterar su olor era aún más sencillo. Vistió pantalones y chaqueta de cuero todo el día durante una semana y frecuentó los bares del puerto de Nueva Jersey cuyos ocupantes confundían su aroma rancio con el propio.

Fueron necesarios dos días de estar al acecho, con los ojos y los oídos abiertos — Sparta tenía muy buenos ojos y oídos— y algunas horas de discutir precios ante jarras de cerveza, pero Sparta logró adquirir dos tarjetas de identificación programables ilegalmente. No conoció a las personas que las harían, y las personas que se las vendieron no tenían idea de quién era ella.

Menos de veinticuatro horas más tarde, una guapa pelirroja llamada Bridget Reilly apareció en Newark y subió a bordo del vehículo supersónico con dirección a Londres.

Con un traje oscuro clásico y corbata de seda roja, y la gran cartera portadocumentos que solía llevar, Blake salió del fortificado vestíbulo del edificio de sus padres a la misma hora que las anteriores dos semanas y se encaminó a la parte alta de la ciudad, tomando uno de los antiguos trenes subterráneos de Manhattan restaurados.

Había establecido deliberadamente una pauta previsible, pasando las primeras horas de la mañana en el intercomunicador buscando entrevistas de empleo y saliendo de casa poco antes de la hora del almuerzo. Prefería viajar en Metro que en robotaxi; cambiando de tren podía saber si alguien le seguía a pie.

Bajó en la estación de costumbre y anduvo dos manzanas al Este por las aceras llenas de felices trabajadores y compradores. La noche anterior había llovido y los robobarrenderos habían pulido las relucientes calles de mármol. Ahora las nubes se estaban deshaciendo, como Blake y cualquiera que prestara atención a los informes del tiempo sabía que ocurriría, y sus restos estaban teñidos de oro a la luz del mediodía.

Blake pasó por delante del restaurante indio que había convertido en su lugar favorito para almorzar, pero no entró. Prosiguió hasta el final de la manzana y empleó el intercomunicador público de la esquina de la Primera Avenida para efectuar una reserva de un hidrocoche compacto coupé, que debía recogerle en un pueblo al norte de la ciudad, en la orilla este del Hudson.

Luego tomó un rápido y silencioso autobús local impulsado por agua y fue hasta la estación de aviones de la Calle 125. La estación elevada era la joya cristalina de su renovado vecindario, su entrada resplandecía con una exhibición otoñal de crisantemos marrones y amarillos.

Blake tomó un rápido magneplano río arriba. Bajó una estación antes del pueblo donde había reservado su coche y esperó en el andén para ver si alguien más bajaba. Nadie sospechoso. Bien. Justo antes de que las puertas del magneplano se cerraran, volvió a entrar y viajó en él otras tres estaciones más.

Efectuar la reserva desde una cabina pública había sido una estratagema. La noche anterior había utilizado el ordenador de su padre para reservar un coche diferente bajo un nombre diferente, propio de un lugar que haría que cualquiera — incluso un observador atento— pensara que se trataba de otro lugar.

Blake cogió el pequeño coche eléctrico gris de dos asientos que se hallaba junto a la acera, que obtuvo con su tarjeta de identificación modificada. Condujo despacio por las calles de la pequeña ciudad antes de encaminarse al Norte, a la reserva. Confiaba en haber eludido la vigilancia.

Doce horas más tarde: era la una de la madrugada, una madrugada fría y sin luna bajo un cielo iluminado sólo por estrellas brumosas y el anillo de basura espacial que formaba un círculo alrededor de la Tierra hasta la órbita geosincrónica. Blake se había arrastrado hasta estar al alcance de la vista del perímetro exterior de Granite Lodge.

Los bosques estaban llenos de maleza y árboles nuevos, con alguna ocasional conífera oscura entre los troncos desnudos de robles rojos y arces y los cientos de otras especies preservadas en las tierras de la reserva Hendrik Hudson. Blake se movía tan rápidamente como se atrevía pisando las gruesas capas de hojas muertas, empapadas aún por la lluvia del día anterior.

Sabía que había ampliadoras de imagen y sensores de infrarrojos montados con intervalos alrededor de la valla electrificada, y sabía que había detectores de movimiento entre la valla y la pared. Había olfateadores químicos dispersados por todo el bosque y olfateadores orgánicos —en forma de perros— rondando por los céspedes. Sabía que no iba a introducirse en aquellos terrenos sin ser detectado. No había pasadizos secretos sin proteger; ni aunque se atreviera a trepar a medianoche por los arrecifes podría burlar a los centinelas.

Pero se había preparado para todo esto. Después de ocultar el coche alquilado, se había quitado la ropa y se había puesto un traje de una pieza, de polímero transparente impermeable, que incorporaba un sistema de intercambio térmico total en la piel y un depósito de calor interno protegido, montado entre sus omóplatos.

El depósito de calor estaría saturado en poco más de una hora, y automáticamente descargaría una corriente de gas supercalentado a la atmósfera detrás de la cabeza de Blake, convirtiendo a éste en un soplete andante. Esto resultaría incómodamente llamativo, aunque era preferible a la alternativa, pues si la unidad dejaba de descargar, convertiría a Blake en una bomba andante.

Sin embargo, hasta ese espectacular momento, Blake estaría fresco como una salamandra. Externamente tenía la temperatura de su alrededor, lo que le hacía invisible, no sólo a los sensores de infrarrojos, sino también, puesto que estaba herméticamente envuelto en plástico inodoro, a los olfateadores.

Sus otros preparativos dependían del tiempo de manera crucial. Cielo claro... La más leve brisa fresca ríe abajo procedente de un sistema de altas presiones que se acercara... En aquel momento...

Sí, allí estaban, a su derecha, una flota de relucientes globos rosa anaranjado flotando entre las estrellas, flotando en el viento, flotando hacia el grupo de edificios del centro de los terrenos, que estaban dominados por la mansión de piedra.

Las luces resplandecían en la gran casa y en los verdes céspedes. Formas humanas y animales apenas visibles salían de puertas en penumbra y se distribuían hacia los lados, manteniéndose en zonas de sombra de un modo defensivo bien

ensayado.

Sin embargo, no sonó ninguna sirena. Blake sabía por experiencia que los tipos de Granite Lodge no querían despertar a sus vecinos a menos que creyeran que tenían entre manos algo realmente serio. Por eso no había oído ninguna sirena la noche que intentó sacar de allí a Linda.

Blake captó el débil pero frenético murmullo de los múltiples monitores cuando las ametralladoras más próximas oscilaron, buscando en los cielos, pero no se lanzó ningún pedazo hipersónico de acero a los relucientes globos que había arriba. Los globos eran prácticamente invisibles para un sistema de guía de ametralladoras antiaéreas, porque los objetivos se hallaban a sólo veinte metros del suelo, no producían reflejos y eran tan pequeños que a las longitudes de onda del radar —el *software* ideado para blancos no más pequeños o inferiores, o más lentos que los paraveleros y cometas delta— no podía resolverlos.

Blake estaba atacando Granite Lodge con una flota de globos silenciosos. Sería un exceso de medios disparar a globos de juguete con misiles hipersónicos. Aun así, si los radares encontraban sus objetivos y las ametralladoras disparaban, el esquema de Blake quedaría arruinado.

Había una docena de dirigibles de seda, cada uno de ellos impulsado por algo de simple tecnología que consistía en un poco de parafina encendida —una vela gruesa, brillante en los infrarrojos— pero guiados por paletas ligeras como una pluma y válvulas como agallas que se abrían y cerraban según las instrucciones de sofisticados chips de guía, preprogramados para el tiempo de esa noche. Lentamente, en silencio, los dirigibles seguían la pista de sus objetivos con sensores visuales microscópicos, flotando como una flota de pegajosas medusas.

Demasiado tarde para el sistema de guía de ametralladoras antiaéreas. Ahora los defensores humanos abrieron fuego sobre la flota aérea, pero igual que los radares, juzgaron mal el tamaño y el alcance de sus objetivos.

Blake seguía en la oscuridad, tardando largos segundos en observar; estos defensores eran asesinos caprichosos, si es que eran asesinos. Sus armas estaban silenciadas, y no utilizaban balas trazadoras. Y sus supresores de ruido hacían estragos con exactitud. Sin trazadoras, no tenían modo alguno de saber a dónde iban sus balas en el cielo nocturno. Podrían incluso ser tan escrupulosos, pensó Blake, como para utilizar balas de goma, como hicieron la noche en que intentó escapar.

Alguien tuvo suerte: un estallido de una arma automática dio a uno de los pequeños globos.

Se produjo un resplandor cegador y una terrible explosión. Espectaculares serpentinas de luz salieron del globo abrasador cuando cayó al húmedo césped, donde —produciendo un efecto tan extrañamente contraintuitivo como para parecer de otro mundo— estalló con frenesí, enviando pequeñas bolas de fuego amarillo rosado a

todo el césped húmedo como diminutas criaturas que corrieran desesperadas a buscar refugio. Ante esta misteriosa visión, los perros guardianes bien entrenados aullaron y huyeron.

Si Blake no hubiera estado tan concentrado en lo que sucedía, se habría echado a reír. Aquellos puntos de luz rosa en movimiento eran un puñado de BBs de metal sódico, que se convertían en diminutos cohetes al entrar en contacto con la hierba húmeda. Ahora el resto de la flota encontró sus objetivos. Cohetes blancos, rosas y amarillos estallaron en el tejado de Granite Lodge. Un par de globos flotaban bajo el techo del porche y se volvieron incandescentes, prendiendo fuego a las grandes vigas de madera y las nudosas tablas de pino.

Las tres pequeñas aeronaves cuyo objetivo era el garaje aterrizaron casi simultáneamente. Menos de un minuto más tarde el depósito de hidrógeno del garaje explotó como una bomba de verdad, haciendo volar las paredes de la antigua casa de carruajes y reduciendo los vehículos que se hallaban dentro a restos que ardían mientras una gran bola de hidrógeno en llamas se elevaba en el aire.

Blake pensó que había creado toda la diversión que podía. Cruzó veloz el resto de bosque. La valla electrificada cedió a las tijeras y demás herramientas que llevaba en su mochila. Cuando cruzaba los diez metros que le separaban del muro bajo de piedra, esperó que los guardianes de la casa fueran en realidad tan benévolo como suponía, pues éste era el lugar adecuado para las minas antipersonal en el suelo y las trampas *flechette* en los árboles.

Llegó al muro sin incidentes. Las llamas anaranjadas del porche y el garaje arrojaban sombras que bailaban en el césped lateral. La zona frente a él estaba iluminada sólo por focos. Trepó por el muro, con cuidado de no dañar la fina piel de plástico que era todo lo que tenía entre él y las piedras negras y angulares. Penetró en la luz blanca, avanzando con seguridad. Más le valía tener seguridad. Ahora nada podía ocultarle, hasta que llegó a las sombras triangulares bajo los muros.

Una vez cerca de la casa, en la oscuridad, se agazapó, corrió y saltó al porche lateral. Las puertas estaban abiertas donde el personal había salido corriendo a defender el lugar. Una forma humana pasó a su lado en la esquina del porche, gritando por encima de su hombro. Blake se metió en la puerta más próxima.

Cruzó la biblioteca oscura y entró en el vestíbulo. Los planos que había estudiado, aunque sabía que mentían, revelaban la ubicación del centro nervioso de la casa. A pesar de que la enorme escalinata principal curvada daba la impresión de tener unos cimientos sólidos, Blake sabía que debajo de las escaleras había espacio, una gran habitación, sin duda aislada acústicamente y amueblada con consolas, pantallas y vídeos, y quizá también sofás y sillones.

No tenía mucho tiempo. Encontró la cerradura, escondida en el artesonado de madera tallada, y la envolvió en plástico. Retrocedió unos pasos segundos antes de

que la puerta estallara hacia dentro. Arrojó una granada de gas en la habitación, esperó unos segundos y, mientras penetraba en la estancia, lanzó otra granada detrás de él al vestíbulo. Porque no, él no respiraría aquello.

En el interior de la habitación, una mujer joven, sola, vestida con uniforme blanco, ya estaba profundamente dormida en su silla frente a las pantallas, la cabeza echada hacia atrás y su largo cabello rubio derramado casi hasta la alfombra. El brazo derecho le colgaba sobre la silla y los dedos le rozaban la alfombra.

Cuando Blake apartó la silla de la consola, le llamó la atención el anillo que la mujer llevaba en el dedo corazón de aquella mano, un anillo de oro con un granate en forma de animal. Más tarde se daría cuenta de que si algún pensamiento reciente no hubiera formado una asociación en su mente, habría olvidado el anillo con la misma rapidez con que se fijó en él.

Blake miró las pantallas y decidió que las fuerzas defensivas se hallaban fuera, apagando los incendios. Examinó el tablero y comprendió que no se trataba más que de un distribuidor 110; los procesadores se hallaban en otra parte.

Tardó un momento en memorizar el plano de la habitación, siguiendo las vías eléctricas y líneas de refrigeración... allí estaban los ordenadores principales, discretos en un estante de equipamiento adosado en el extremo bajo de la habitación, donde el techo descendía en pendiente bajo las escaleras. No tenía tiempo para quedarse a jugar; los arrancó del estante, rompiendo sus conexiones, y se los metió en la mochila. Cogió las bandejas de chips que encontró allí cerca y las vació encima antes de cerrar la mochila.

Salió de la habitación y cruzó el vestíbulo lleno de humo; entró en la oscura biblioteca, la cruzó y salió al porche; allí saltó la barandilla y echó a correr por el césped, vislumbrando con el rabillo del ojo otras figuras que corrían... Saltó el muro, cruzó la valla, entró en el bosque...

Procuró reducir el paso y avanzar con cautela por el húmedo bosque. Detrás de él, el cielo nocturno resplandecía por el fuego. Se oían sirenas y chillidos amplificadas procedentes de los intercomunicadores y el rugido gutural de los motores de gran potencia que se acercaban por el sendero principal, que cubrían el ruido de las hojas mojadas al ser pisadas y las ramas que se rompían mientras él avanzaba entre los árboles.

Su coche estaba aparcado a unos veinte minutos a pie, lejos de la carretera, pero una mirada a su reloj cubierto por el plástico le mostró que le quedaba un margen de tiempo más amplio del que había planeado, así que conservó puesto el traje de plástico; era lo único que le protegía del fuerte frío.

Encontró su coche sin problemas —era un buen navegante de la noche— y arrojó su mochila al portaequipajes delantero. Lo cerró, y luego abrió la portezuela del lado del conductor. Se inclinó dentro y sacó su tarjeta de identificación de debajo del

asiento. La insertó en el encendido; la tarjeta dio energía a los motores de las ruedas.

Empezó a abrirse la parte delantera del traje de plástico, lo que inutilizaría el sistema de transferencia de calor. Una vez se lo hubiera quitado, podría descargar la energía acumulada en el depósito de calor del traje. Antes de que su mano llegara al cierre, salieron del bosque tres de ellos con uniforme blanco, todos jóvenes, todos rubios, ninguno con aire muy feliz.

—Manos arriba —dijo el líder con voz suave.

Era un joven alto, con el cabello rubio tan corto que parecía calvo.

Le tenían rodeado y los tres le apuntaban con rifles de asalto. A esa distancia daba lo mismo si las balas eran de goma o no. Podían romperle de igual manera el bazo o sacarle los ojos o romperle alguna otra cosa valiosa.

El calvo miró a Blake, que estaba desnudo dentro de su traje de plástico transparente, y sonrió.

—Bonito atuendo.

—Me alegro de que te guste —dijo Blake, amortiguadas sus palabras a través de la película plástica que le cubría la boca. ¿Qué se podía hacer cuando no te cubría más que un envoltorio de bocadillo excepto aferrarse al sentido del humor?

El calvo hizo una seña a sus dos compañeros. Se metieron en el asiento trasero del pequeño coche eléctrico mientras el calvo seguía apuntando su rifle hacia Blake.

—Conduce tú —ordenó.

—Cuatro personas pesan mucho —murmuró Blake—. No sé si tendré suficiente carga para todos.

—No vamos lejos. Entra.

Blake se acomodó en el asiento del conductor, encorvado por el depósito de calor que llevaba entre sus omóplatos, intensamente consciente de las armas que le apuntaban al cuello desde el asiento trasero. El calvo se sentó a su lado. Blake puso el coche en marcha; los motores zumbaron y el coche se deslizó por el lodoso camino. Cuando llegaron a la carretera rural pavimentada, Blake giró en dirección al sendero principal de la casa.

Blake conducía despacio y en silencio, hasta que preguntó:

—¿Cómo habéis llegado a mi coche antes que yo?

—No necesitas saberlo.

—Está bien, pero ¿estás seguro de que quieres que os lleve hasta allí en esta cosa?

—Limítate a conducir.

Blake miró la pequeña pantalla digital azul claro de su muñeca izquierda.

—Tengo que bajar un momento. Sólo un momento.

El calvo le sonrió.

—Tendrá que esperar.

—No esperará.

Un cañón de arma se apretó al cuello de Blake, y un susurro íntimo le sonó al oído.

—No nos importa si llenas hasta el tope todo tu cuerpo —dijo el muchacho de atrás—. No vas a bajar de este vehículo hasta que te lo digamos.

Blake se encogió de hombros y siguió conduciendo por la carretera llena de árboles, iluminando con sus faros los troncos desnudos que parecían fantasmas en la oscuridad.

El pequeño coche eléctrico reducía velocidad para cruzar la doble verja de acero cuando el depósito de calor de Blake llegó a un punto crítico. El equipo empezó a silbar.

—¿Qué demonios es eso?

—Necesito bajar del coche en seguida —dijo Blake, con la mano en la puerta a punto de abrirla.

—¡Cuidado! —gritó el chico de atrás—. Las manos en el volante.

En cuestión de segundos el silbido se convirtió en un chillido agudo.

—Déjale salir —dijo la chica de atrás—. Déjame salir a mí también.

Demasiado tarde. Una columna de fuego azul a gran presión explotó en el equipo que Blake llevaba entre los hombros; desde atrás debió parecer que su cabeza era un volcán. La tapicería de plástico ardió, emitiendo un acre humo negro. En la delgada plancha de metal del techo del coche se hizo un agujero.

Arrojando un chorro espectacular de llamas, Blake salió tambaleándose del coche, un hombre que ardía vivo. Sus aterrorizados captores salieron del coche detrás de él, mirándole horrorizados.

Retrocediendo del calor espantoso, muriendo ante sus ojos, Blake regresó tambaleante al vehículo humeante y se derrumbó sobre el asiento del conductor. Con un último espasmo de agonía, un reflejo inconsciente de huida, puso el coche en marcha atrás. El vehículo salió disparado y empezó a girar, arrojando fragmentos en llamas a la mojada carretera y dirigiéndose salvajemente hacia el bosque.

Pero por alguna razón el coche permaneció en la carretera. Blake no había contemplado todos aquellos holovideos de acción y aventuras, con especialistas que se abalanzaban envueltos en llamas, sin aprender la técnica.

Blake se apretó el nudo de la corbata de seda y lo alisó para que quedara plano sobre la camisa blanca de algodón. Se ajustó la chaqueta a los hombros y, un momento más tarde, se levantó cuando el magneplano redujo velocidad al llegar a la estación de Brooklyn Bridge. Alguien que le observara de cerca habría podido fijarse en el verdugón rojo que tenía en la nuca, pero una rápida mirada a su alrededor le cercioró de que nadie le vigilaba.

Bajó del avión, cartera en mano, y se dirigió a paso vivo hacia el ascensor. Minutos más tarde se hallaba de camino al norte de la ciudad en un tren subterráneo antiguo restaurado. Cien años atrás habría sido una hora punta, pero hoy en día los brillantes y limpios Metros nunca estaban abarrotados. Bajó en una estación de la parte media de la ciudad. Cuando salió del subsuelo, el sol rozaba la parte superior de las relucientes torres que le rodeaban con una luz amarillo pálido.

La euforia física del ataque y de la huida precipitada había desaparecido, y Blake experimentó un momento de desaliento. No estaba seguro de contra quién o qué había peleado, o por qué, ahora que Ellen le había rechazado, salvo por una vaga sensación de su orgullo herido. La simple fatiga es un gran desalentador del orgullo. Con un esfuerzo de autohipnosis, recuperó al menos un sentimiento temporal de confianza. Iba camino de otra entrevista de empleo, y en esta ocasión se trataba de un empleo que quería.

Las oficinas del Instituto Vox Populi ocupaban un edificio de ladrillos de tres pisos en la Cuarenta Este, cerca del complejo del Consejo de los Mundos en el East River. Aunque era horrible, el edificio valía una fortuna.

En su interior, el decorado aún era más deprimente: escritorios de acero, sillas de acero, archivadores de acero, tabloneros de anuncios que se desmoronaban, pintura desconchada (verde institucional hasta la altura del hombro, crema institucional arriba), y oficinistas agresivamente feos y malhumorados, uno de los cuales por fin accedió a mostrar a Blake la dirección del despacho de Arista Plowinan. Aquel día Dexter no estaba.

Se decía que Arista era menos tolerante ante las debilidades humanas que Dexter —la suya era una asociación espinosa— y ella se hallaba en un extremo del espectro político, mientras él se encontraba en el otro. Arista defendía la Humanidad en conjunto, Dexter defendía el ser humano individual con un rencor justificable. Sus diferencias apenas importaban a nadie más que a ellos, ya que el arma predilecta de Dexter en defensa del individuo era el pleito de acción de clase, mientras que la táctica de Arista en la defensa del Pueblo era emprender la causa de un solo Inocente Agraviado simbólico.

Ella levantó la mirada cuando Blake apareció en su puerta y supo al instante que

no se trataba de un Inocente Agraviado. La mujer masculló algo como «síntese» y fingió estudiar el historial de Blake.

Arista era una mujer delgada con gruesas cejas oscuras y el pelo negro canoso formando tensas ondas sobre su largo cráneo. Su vestido serio, negro con topos blancos, le caía recto desde sus anchos hombros, y la manera en que apoyaba los codos sobre el escritorio y su flaco trasero en el borde de la silla transmitían su deseo de estar en algún otro lugar. Apartó el historial a un lado de su escritorio como si le hubiera ofendido.

—¿Ha trabajado para «Sotheby's», Redfield? ¿Una sala de subastas?

—No como personal fijo. Con frecuencia me contrataban como asesor.

La boca de Arista se torció en gesto amargo al oír su acento británico. El acento de ella era buen americano, puro Bronx, aunque había nacido en el condado de Westchester.

—Pero usted era tratante en arte.

El énfasis ya transmitía netamente su opinión sobre los que vendían cosas, en especial cosas caras, decorativas e inútiles.

—Es una manera de hablar. En realidad, libros raros y manuscritos.

—¿Qué le hace pensar que tiene algo que ofrecernos a nosotros? No estamos aquí para servir a los caprichos de los ricos.

Él le señaló la parte del historial que ella había desechado.

—Amplia experiencia en investigación.

—Bueno, no nos faltan investigadores en esta oficina.

Se puso de pie, con la intención de finalizar la entrevista al cabo de treinta segundos.

—También, el trabajo que he realizado en un caso que es del mayor interés para su Instituto.

—Redfield... señor Redfield...

Se encontraba junto a la puerta del despacho; la había abierto y la mantenía así.

El siguió sentado.

—Potentes agencias del Consejo de los Mundos se han visto infiltradas por un culto pseudorreligioso que intenta quedarse con el gobierno del mundo en nombre de... de una deidad extraterrestre.

—¿Una qué?

—Sí, es una locura. Esta gente cree en una deidad extraterrestre. Yo logré ingresar en una rama de ese culto. Puedo reconocer a varios de sus miembros y al menos a uno de sus líderes. Debido a todo lo que sé, se han efectuado varios atentados contra mí, el más reciente de ellos la semana pasada.

Arista cerró la puerta pero siguió de pie.

—¿Qué clase de culto ha dicho? ¿La tontería de los «ovnis»?

Después de todo, quizás había tenido suerte. La fascinación de Arista Plowinan por lo conspirativo había captado su atención. Su hermano tal vez sólo se habría reído y le habría remitido a la Policía.

—Se hacen llamar los *prophetae* del Espíritu Libre, pero tienen otros nombres y organizaciones tapadera. Yo penetré en una rama que trabajaba en París y ayudé a desmantelarla. —Al fin y al cabo, no había razón para ser modesto—. Adoran a un ser al que llaman el Pancreator, una criatura extraña de algún tipo que se supone que regresará a la Tierra para conceder a los iluminados (se refieren a sí mismos) la vida eterna y llevarles a alguna clase de Paraíso. O quizás establecer un Paraíso aquí mismo, en la Tierra.

—No soy vulnerable a cualquier teoría de conspiración que se me presenta, Redfield.

«Oh, yo creo que sí lo es», pensó él, alegre, manteniendo el semblante inmutable.

—Puedo documentar todo lo que le digo.

—Bien, pero ¿qué posible interés supone usted que Vox Populi podría tener en este grupo?

—Los *prophetae* están locos, pero son numerosos y extremadamente influyentes. Menos de tres años atrás, miembros del Espíritu Libre iniciaron el programa de la Inteligencia Múltiple dentro de la Agencia de Seguridad de Norteamérica. Ese programa cesó sus operaciones, y sus líderes desaparecieron, cuando el sujeto de uno de sus experimentos ilegales escapó a su control. Pero no antes de que hubieran asesinado a un par de docenas de personas. Las abrasaron en un incendio del sanatorio.

—Pero hace diez años. En la actualidad es un tema muerto, lamentablemente.

—Hace menos de un mes, la Junta Espacial descubrió que un carguero interplanetario, el *Doradus*, había sido convertido en un barco pirata. El jefe de una de las mayores corporaciones de Marte se hallaba implicado: Jack Noble. Ha desaparecido.

—Oí hablar de ello. Estaba relacionado con la placa marciana.

—Yo me encontraba allí. Le daré todos los detalles que quiera. —Blake se recostó en la silla y levantó la mirada mientras ella volvía a su escritorio con aire pensativo—. Doctora Plowinan, se supone que usted se ocupa de volver a colocar el Gobierno en manos de los gobernados, después de que gente como mi padre, si puedo hablar extraoficialmente, ayudaran a arrebatárselo. Es exactamente el tipo de gente al que creo que usted querría eliminar.

—¿Su padre es miembro de este Espíritu Libre?

—Le aseguro que no lo es. —No podía decir si la idea le horrorizaba o si estimulaba más su apetito—. Sólo es un... aristócrata bienintencionado.

Arista Plowinan volvió a sentarse tras su escritorio de acero.

—Su historial no dice nada de las cosas que acaba de describirme, Redfield.

—Soy un hombre marcado, doctora Plowinan.

—O sea que si estuviera usted aquí, nosotros podríamos ser un blanco.

—Han sido un blanco durante tanto tiempo que sus defensas son excelentes. Me he asegurado de ello antes de venir aquí.

Ella sonrió levemente.

—¿Está usted a salvo en su propio hogar?

—Mis padres han tenido tanto dinero durante tanto tiempo, que sus defensas están casi a la par con las de ustedes.

—¿Por qué no ha acudido primero a la Junta Espacial?

La sonrisa que esbozó Blake era severa.

—¿Por qué cree usted?

—¿Insinúa que la propia Junta de Control Espacial...?

—Exactamente.

Los ojos de la mujer se pusieron vidriosos ante las posibilidades que vislumbraba, y su sonrisa abierta hizo que Blake se sintiera seguro de que tenía una oferta de trabajo. Pero no iba a ser tan fácil. La larga experiencia había enseñado a Arista Plowinan a ser cauta.

—Interesante, Redfield, muy interesante. Hablaré con mi hermano. Él querrá conocerle personalmente. Entretanto, no nos llame. Nosotros le llamaremos...

Fuera, Blake se dio cuenta de que la entrevista —por no mencionar los acontecimientos de la noche— le había dejado exhausto. El agotamiento se ceba en los reflejos. Cuando un hombre joven, alto y demacrado cruzó la calle delante de él y se precipitó a la cabina telefónica más próxima, lanzando una mirada rápida por encima del hombro, Blake no pensó nada. En realidad, apenas se fijó, hasta que se encontró a pocos metros y de repente el hombre se dio la vuelta y levantó el brazo.

Blake giró sobre sus talones, reconociendo en aquel instante al hombre, y se echó atrás hacia el bordillo.

La bala formó un cráter en una losa de mármol del lateral del edificio, justo donde antes estaba la cabeza de Blake. Más balas —auténticas balas de metal, disparadas con celo y exactitud que, si menos que perfecta, era demasiado grande para permitirse un solo segundo de complacencia por parte del objetivo— siguieron a Blake mientras éste rodaba y gateaba por la cuneta hasta que llegó a un robotaxi aparcado y pudo refugiarse. La gente gritaba y corría —este tipo de cosas jamás sucedían en Manhattan— y en cuestión de segundos la manzana quedó desierta.

Blake se maldijo por no haber reconocido antes a su asaltante, pues le conocía bastante bien. Leo —un ex pobre hombre—, uno de sus compañeros de la Sociedad de los Atanasios. Blake deseó tener un arma. No llevaba ninguna, no sólo porque era

estrictamente ilegal en Inglaterra, donde residía desde hacía dos años, ni porque tuviera escrúpulos a la hora de defenderse, sino porque había mirado las estadísticas y hecho un cálculo de probabilidades, y había imaginado que tenía más oportunidades de seguir vivo si no llevaba ninguna.

El asesinato deliberado no estaba incluido en las posibilidades. Levantó el brazo para abrir la portezuela delantera del taxi. Se introdujo dentro, manteniendo baja la cabeza, y metió su tarjeta de identificación en el contador.

—¿Adónde, Mac? —preguntó el taxi, efectuando una buena imitación del habla neoyorquina de principios del siglo veinte.

Blake metió la cabeza bajo el tablero de mandos y pasó unos segundos manipulando con los circuitos. Aún agazapado en el suelo, preguntó:

—¿Hay un tipo delgado y con el pelo largo en la cabina telefónica de la esquina, a tu izquierda?

—Acaba de salir de la cabina. Ahora está en la puerta de este lado. Parece que tiene intención de venir hacia aquí.

—Arremete contra él —ordenó Blake.

—¿Hablas en serio?

—Hay veinte para ti.

—¿Veinte qué?

—Veinte mil pavos. Si no me crees, sácalos del crédito de mi tarjeta ahora.

—Sí, bueno... oye, Mac, yo no hago trabajos de...

Blake hurgó salvajemente en los circuitos.

—Ay —exclamó el taxi, y dio un salto al frente, subiéndose a la acera.

Las balas rebotaban en el parabrisas del «Checker»; luego, un rechinante salto lanzó a Blake contra la pared. Abrió la puerta de una patada y salió rodando a la acera. Saltó sobre el gran maletero cuadrado del «Checker» y se lanzó sobre el techo del taxi como un corredor para llegar a la meta el primero.

El taxi no había tocado a Leo, pero le tenía atrapado en la puerta a pocos milímetros. Leo intentaba frenéticamente levantar sus grandes pies por encima del parachoques cuando Blake se lanzó desde el techo a su cara, dando un golpe al gran revólver de calibre cuarenta y cinco y arrancándoselo de la mano. La cabeza de Leo se estrelló hacia atrás en la puerta de acero inoxidable del edificio, y cuando intentó apartar la mano de Blake de su garganta, descubrió que la otra mano sostenía un cuchillo negro, suspendido rígidamente bajo el ángulo de su mandíbula.

—Prefiero tenerte vivo, Leo —jadeó Blake—. Así que cuéntame.

Leo no dijo nada, pero sus grandes ojos aterrorizados decían que él también prefería seguir vivo, aunque Blake tuvo la impresión de que le habían ordenado que muriera en lugar de dejarse capturar.

El zumbido de los rotores de un helicóptero sonaban en lo alto del cañón urbano,

y el grito de las sirenas se oía en la calle.

—Dime por qué, Leo, y te dejaré escapar. Si la Policía te coge, los *prophetae* no te dejarán vivir ni una sola noche en prisión.

—Ya lo sabes. Eres una *Salamandra* —dijo Leo.

—¿Qué demonios es una salamandra?

—Suéltame —gimió Leo—. No volveré. Te lo prometo.

—Es tu última oportunidad, ¿qué es una salamandra?

—Como tú, Guy. Los que fueron iniciados en un momento dado; ahora son traidores. Los que te conocemos mejor... hemos jurado matarte.

—¿Tú incendiaste mi piso de Londres?

—Yo no. Bruni.

—Sí, ella siempre tuvo más agallas.

—Ni siquiera te escondiste, Guy. Si vas a soltarme, por favor, hazlo ahora.

—Me llamo Blake. Da igual que lo haga en seguida. —Soltó la garganta de Leo, pero mantuvo el cuchillo a punto—. Taxi, retrocede un poco —gritó—. Ve despacio.

En cuanto el «Checker» hubo retrocedido lo suficiente, Leo dio un salto. Blake metió el cuchillo en la funda que llevaba a la espalda y bajó del capó del taxi.

—Necesitamos una historia —dijo, metiendo la cabeza por la ventanilla del taxi.

—Te costará más de veinte —dijo el taxi con aspereza.

—Carga lo que creas justo.

—Está bien, Mac. ¿Qué quieres que diga?

Blake entró en el taxi y sacó la cartera de mano que había dejado en el suelo.

—Ese tipo ha intentado robarme. Tú has venido en mi ayuda, entonces ha sido cuando te ha disparado. Has estado a punto de atraparlo, pero se ha escapado.

—¿Y toda la pasta extra que hay en mi contador?

—La verdad: te he dejado cobrar con mi tarjeta como recompensa por salvarme. Y también para reparar los daños.

—Claro, Mac. ¿Supones que se lo creerán?

—Estás programado para hablar, ¿no?

—¡Claro! ¿Soy un taxi de Manhattan o qué?

El primer coche de Policía, un hidrocoche azul brillante —nada de curiosas antigüedades aquí— se detuvo mientras el helicóptero de la Policía se detenía en el aire. Blake observó acercarse a los policías, las viseras bajadas, las armas a punto. De este modo, ¿quién sabía de qué lado estaban?

Después de casi dos horas de interrogatorio, la Policía dejó que Blake se fuera. Bajó del Metro en Tribeca y se dirigió andando a casa de sus padres, pasando por delante de columnas de vapor que salían de las tapas de las cloacas, por las desiertas calles de asfalto donde los robotaxis paseaban como bestias de la jungla. Manhattan

se había convertido en un centro turístico en este siglo, un enclave exclusivo de los ricos, y en algunos lugares se mantenía el ambiente del viejo Nueva York como diversión.

Las cosas eran más bulliciosas en la entrada ribereña del edificio de sus padres. Blake hizo una seña con la cabeza al guardia mientras marcaba el código en la cerradura del ascensor privado hasta el ático. Los otros guardias se hallaban fuera de la vista del público.

Evitando a su madre —su padre se encontraba en viaje de negocios en Tokyo, negocios que requerían su presencia física— Blake se fue directo a su habitación.

Se quitó la chaqueta desgarrada y la sucia camisa y corbata, y con cautela se aplicó unguento «Healfast» en el cuello lleno de ampollas. El producto se puso a trabajar inmediatamente. Por la tarde, quedaría poco rastro de sus quemaduras de segundo grado.

Cómodamente vestido con unos pantalones anchos y una camisa holgada, al estilo campesino ruso, llevó su chamuscada cartera de mano al despacho de su padre y vació su contenido sobre el escritorio, el botín de su incursión en Granite Lodge.

Una serie de diminutos chips negros y dos micro-superordenadores. Tomó el estuche por donde los había arrancado del sistema... Esperaba no haberlos quemado con su propio calor, pues estos ordenadores generaban cantidades abundantes de calor: si no se enfriaban vigorosamente con agua o algún otro fluido, podían quemarse en cuestión de segundos.

Blake tardó un cuarto de hora en poner en marcha la primera de las dos pequeñas máquinas; como entrada utilizó el teclado de su padre, y la salida se exhibía sobre la superficie del escritorio a través de la unidad holográfica. Pero tras otra hora de concentrada manipulación, Blake dejó de intentar extraer nada de aquella máquina. Nada de lo que probaba lograba sacar más que unos símbolos codificados estándar en la proyección holográfica, y sospechaba que en realidad el aparato se había quemado.

Tuvo más suerte con la otra máquina, pero sólo un poco: después de cuarenta minutos de juego cada vez más frustrante —no paraba de decir que era un usuario no autorizado— se levantó y se fue a la ventana, mirando sin ver la neblina, contemplando el otro lado del Hudson inferior hacia la costa humeante de Jersey. Intentó vaciar su mente de todo excepto las experiencias de la noche. Era una especie de autohipnosis, en la que trató de ver y oír de nuevo todo lo que había visto y oído dentro de la casa.

Regresó al escritorio y escribió una palabra en el teclado. Unos milímetros por encima de la superficie de cuero verde del escritorio de Edward Redfield, el aire relució.

No apareció, sin embargo, ningún mensaje, ni una bienvenida ni un aviso. En cambio, un animal se retorció en tres dimensiones. Era una criatura parecida a un

lagarto con una gruesa cola y una amplia cabeza triangular, con pequeñísimos ojos castaños, redondos y relucientes. Sus extrañas patas delgadas tenían dedos extendidos que terminaban en gruesos bloques. La piel húmeda del animal era de color marrón cobrizo, con un bajo vientre amarillo brillante.

La palabra que Blake había introducido en la máquina era «salamandra», el término que Leo había utilizado para acusarle, y la criatura que había visto grabada en el anillo de la chica inconsciente.

Nada estimula la persistencia como una mínima gratificación. Blake persistió durante otras dos horas, probando todos los chips que había robado, uno tras otro. No obtuvo nada más. Sólo aquella salamandra que se retorció.

Cansado hasta la médula por lo ocurrido durante la noche y el esfuerzo de la mañana, inclinado sobre un aparato inflexible, Blake se quedó dormido.

Le despertó un batir de alas.

No, no eran alas, eran aletas de rotor.

Se incorporó de golpe, y en cuanto recordó dónde estaba y lo que había estado haciendo, se arrojó al suelo. Pero el regular zumbido del helicóptero fuera de la ventana ni aumentaba ni disminuía. Se arrastró por el suelo y levantó la mirada hasta el alféizar de la ventana.

Una silueta negra, un agujero en el cielo, difusa y sin detalle en la brillante neblina al Oeste; el aparato se limitó a permanecer suspendido en el espacio, ochenta y nueve pisos por encima de las calles de Manhattan, a veinte metros y justo enfrente de la ventana que daba al despacho del padre de Blake. Un «Snark». Un «Snark» como Boojum.

Mientras Blake lo observaba, el aparato giró lentamente sobre su eje, hasta que sus lanzacohetes y ametralladoras gemelas «Gatling» apuntaban directamente a él a través de la ventana.

Blake no se movió. No podía correr ni ocultarse en ningún sitio. El «Snark» llevaba suficiente potencia de fuego para hacer volar el ático del rascacielos en el que se asentaba. La Policía metropolitana debería estar allí para entonces, pocos segundos después de la llegada del «Snark». Que no hubiera señales de ella era muy significativo. Blake podía llegar a los controles de las defensas privadas del apartamento —se hallaban dentro del escritorio de su padre— pero aunque llegara vivo hasta ellos, dudaba que los cohetes del tejado pudieran hacer mella en un «Snark».

Blake se puso de pie, situándose a plena vista del piloto del aparato. «Si estás aquí para matarme, hazlo limpiamente», dijo sin palabras.

El «Snark» sacudió el morro. «Sí, nos entendemos. Sí, podríamos hacerlo. Sí, sabemos que eras tú, y ahora sabes que podemos mataros a ti y a las personas a las

que amas, en el momento en que queramos».

Luego, el aparato se arqueó perezosamente en el aire y se alejó, dirigiéndose hacia el río. En pocos segundos Blake lo perdió de vista en la deslumbrante luz que se reflejaba de la llanura de algas mojadas. Dejó un mensaje implícito en su estela: «El siguiente movimiento te toca a ti».

Blake volvió al escritorio. Desconectó con cuidado el ordenador que estaba funcionando, y metió éste y la máquina que probablemente había estropeado en un sobre urgente, junto con todos los chips negros robados. Cogió una pluma gruesa del cajón de su padre y escribió en letras mayúsculas en la cara del sobre: «ATENCIÓN SALAMANDRA, C/O SERVICIO DE PARQUES DE NORTEAMÉRICA, GRANITE LODGE, RESERVA HENDRIK HUDSON, NUEVA YORK, DISTRITO ADMINISTRATIVO». La dirección no era completa, pero era más que suficiente. Si podían controlar a la Policía, sin duda tendrían alguna influencia en el servicio postal.

Se echó una cazadora al brazo, tapando el sobre, y luego salió del ático y tomó el ascensor para descender. Si algo iba mal, quería hacerlo lejos del edificio de sus padres. Este paquete lo enviaría desde el buzón de algún barrio anónimo.

Mientras caminaba por las ventosas calles hacia la parte alta de la ciudad, Blake se enfrentó al hecho de que no era un hombre feliz. La mujer a la que creía amar no quería saber nada de él. Todas las posesiones físicas que él consideraba valiosas habían sido destruidas.

O sea, que las Salamandras eran ex Iniciados, ¿no? Herejes. Rivales de los *prophetae*, y como ellos, metidos en el manejo del sistema. Blake había creído que podía hacerse tan visible que no podría ser atacado sin escándalo. Vana esperanza. Aun cuando los Plowinan le ofrecieran aquel empleo en Vox Populi, no debía aceptarlo.

Había arrastrado a sus padres a una situación de peligro, un grado de peligro que él, vanamente, había subestimado. Hiciera lo que hiciera, tenía que hacerlo fuera del ático de sus padres. Rápido.

Sparta encontró empleo en «J. Swift's», una gran agencia de viajes en la ciudad de Londres, cuyos ordenadores estaban mejor conectados —para alguien con las inclinaciones de Sparta— de lo que los directores de la empresa sospechaban. Éstos contrataron en seguida a la muchacha de brillantes ojos verdes y aire irlandés que se llamaba Bridget Reilly, y que presentó un impresionante historial de servicio en la industria de los viajes.

Durante las semanas y los meses que siguieron, su vida fue muy aburrida: largas horas ante una pantalla, hablando en un intercomunicador con clientes y otros agentes, reservando y volviendo a reservar de modo interminable vuelos, habitaciones y transportes por tierra para gente que al parecer no podía decidirse o atenerse a sus acuerdos, y aceptando alegremente la responsabilidad por atrocidades sobre las que ella no poseía ningún control, muchas de ellas derivadas del deseo del turista inglés de mediana edad y clase media de experimentar la cultura extranjera como a través de la ventana de un salón de té, y el resto, de la convicción del turista inglés joven (como la de los jóvenes de todas partes) de la inocencia e inmortalidad personales.

Bridget Reilly era la personificación de la simpatía en el trabajo, pero sus compañeros, masculinos y femeninos, pronto aprendieron que ella no tenía el más mínimo interés en conocerles mejor de lo que su trabajo requería. Cuando terminaba su jornada de trabajo, la señorita Reilly iba en Metro hasta un pequeño y feo apartamento en un sucio y lúgubre barrio, donde la prudencia sugería quedarse en casa, lejos de los vecinos y otros extraños. Descongelaba su cena cada noche en el horno, y después de comer se iba directamente a su estrecha cama. Seis horas más tarde el pequeño vídeo de la habitación iluminaba la oscuridad previa al alba, con las noticias matinales de la «BBC», y la despertaba a un nuevo día.

Su vida interior era más rica y extraña.

Por la noche tenía sueños. Noche tras noche descendía al vórtice de nubes fantásticas. Ella sabía que eran las nubes de Júpiter; no sabía más. El viento le cantaba en una lengua que ella no sabía nombrar, y aunque parecía comprenderla perfectamente, cuando despertaba nunca podía recordar una palabra de lo que se había dicho. Lo único que recordaba eran las emociones de éxtasis y temor, de esperanza que se disolvía en el ego, de venenoso odio hacia sí misma.

De día, su intelecto era el filo mismo de la navaja de Occam. Mientras reservaba visitas en grupo a Puerto Hesperus y Labyrinth City con una mano en el teclado, su otra mano descansaba con las púas INP extendidas, penetrando en las entradas del ordenador, haciendo funcionar otros programas en los intersticios del proceso. No necesitaba más pantalla que la que tenía en la cabeza.

Ni siquiera el comandante sabía dónde estaba o dónde fingía estar. Mantenía contacto con él de vez en cuando a través de circuitos imposibles de encontrar en su oficina de la Junta de Control Espacial —por alguna razón él nunca se encontraba en su despacho—, pero en las raras ocasiones en que realmente conversaban, ella no disimulaba hacer poco caso de sus sugerencias; no seguía los programas que él le daba. En realidad, aunque no decía nada de esto al comandante, había aplazado sus investigaciones del asunto de Howard Falcon mientras investigaba un misterio más profundo, el contenido de su propia mente...

Sentada ante su ordenador de la agencia de viajes, absorbía enciclopedias enteras de neuroanatomía, neuroquímica, saber popular sobre drogas. Utilizando los enlaces de información, preparaba recetas para mujeres que no se parecían la una a la otra a Bridget Reilly ni en lo más mínimo; a última hora de la noche, en los barrios atestados de gente rica o gente de color, estas mujeres recogían sus medicinas. La colección de pastillas y parches de Sparta se convirtió en una farmacopea.

En la casa segura le habían administrado drogas en un intento de penetrar en sus sueños. Pero ella se había negado a trabajar con el comandante en estas condiciones; quizá debido a ello, o tal vez por alguna razón más profunda, el comandante se había negado a compartir todo lo que sabía de aquella parte de ella misma a la que Sparta no podía acceder. Ahora tomaba drogas, intentando descifrar su propio subconsciente.

Las anfetaminas, los barbitúricos y las drogas psicodélicas actuaban en ella exactamente igual que lo que la documentación de todo un siglo decía que actuarían: eran inútiles. Las sales metálicas cambiaban su comportamiento y amenazaban con envenenarle los órganos internos y dejar su mente tambaleante. El alcohol aumentaba la cantidad de sueños pero reducía la fuerza de éstos, y le provocaba náuseas por la mañana y ardor en los ojos. Los neurotransmisores conocidos parecían añadir nítidos adornos a las escenas familiares de los sueños, pero no producían ningún efecto en su memoria o visión interna.

Sus investigaciones la llevaron más lejos. Un poco de producto químico en su lengua y sabía qué estaba ingiriendo, pues la fórmula exacta aparecía en la pantalla de su mente. De las treinta mil proteínas estimadas y péptidos significativos del cerebro, buena cantidad de ellos habían sido caracterizados. Aun así, era una lista larga. Metódicamente, Sparta iba abriéndose paso a través de ellos. Grabó los efectos de su autoexperimentación con exactitud clínica.

Pero se aisló aún más. Sus compañeros de trabajo creían que les despreciaba y desarrollaron un odio cordial hacia ella. Aun así, sus sacrificios no fueron en vano. Tras varias semanas de noches horribles, obtuvo un resultado. Un péptido de cadena corta, de unos residuos de nueve aminoácidos, del que se sabía que tenía un papel en la formación de las columnas listadas de la corteza visual, parecía liberar una imagen procedente de los sueños de Sparta, permitiéndole ser retenida en la memoria.

Con la imagen se asociaba una palabra, quizá dos, cuyo significado ella no reconoció: *moonjelly*.

Tomó más péptido de éste, una preparación barata y sencilla que en la década anterior había sido la favorita de algunos psicoterapeutas con inclinaciones agresivas, a los que gustaba dar una paliza a sus clientes en nombre del amor y tenían tendencia a impacientarse con el lento desarrollo de la cura a base de hablar. Esta sustancia se denominaba Bliss. El Bliss había comenzado en los laboratorios creadores de drogas de L-5 como análogo de las sustancias controladas, no ilegal en sí misma. Pero rápidamente llegó a la Tierra, donde pronto se corrió la voz de que el Bliss tenía efectos secundarios lamentables. Algunos suicidios fueron suficientes para prohibirla en todo aquello que no fuera experimentos controlados. Una sola compañía farmacéutica lo fabricaba para uso de los investigadores, con la marca «Striaphan».

Cada noche sucesiva que Sparta tomaba «Striaphan», la palabra del sueño y la imagen de éste se asociaban más íntimamente, la visión estaba más enfocada. La *moonjelly* tomó una forma precisa: como si fuera una miniatura del sueño, lo que ella veía era un remolino carnosos, que latía rítmicamente en el centro del vórtice de nubes. Podía haber sido una visión terrible, pero a ella le parecía exquisitamente hermosa.

Ya no se despertaba aterrorizada. Aumentó en ella la convicción de que había alguna cosa en el ojo del vórtice de Júpiter que le llamaba, que le daba la bienvenida... a casa.

Olvidó lo que sabía de la historia del «Striaphan» y las contraindicaciones. En medio de su emocionante descubrimiento, la extraordinaria capacidad de Sparta de autoanálisis, de conocimiento de sí misma le falló, le desapareció sin que ella se percatara. No se dio cuenta del momento en que empezó a depender de aquella sustancia.

Tercera parte

EL CARNAVAL DE LOS ANIMALES

11

El estatorreactor procedente de Londres inició su acercamiento final a Varanasi; la desaceleración regular empujaba a los pasajeros hacia delante contra el cinturón de seguridad. Sparta se parecía mucho a las mujeres indias que llenaban el vehículo público: delicada, de piel oscura, cabello negro, y envuelta en algodón de vivos colores. Desde su asiento junto a la ventana podía ver una lejana elevación de cumbres nevadas que definían la curva de la Tierra. Luego, el aeroplano entró en la niebla.

Le estallaron los oídos. Sacó una oblea blanca de un tubo de plástico delgado que contenía varias. La comió en silencio, con urgencia; su sabor era como miel y limón.

Una mujer esbelta envuelta en un sari de gasa de algodón tejido con oro se levantó de la silla y sonrió cuando Sparta entró en la habitación.

—Bienvenida, inspectora Troy. La doctora Singh estará libre en seguida. Tenga la bondad de ponerse cómoda.

—Gracias, estoy cómoda así.

Sparta se quedó de pie. Llevaba el uniforme azul, con galones por puntería, buena conducta y heroísmo extraordinario —los únicos galones que poseía— en una delgada línea de color sobre el bolsillo de] pecho izquierdo. El uniforme de la Junta Espacial era muy visible; voluntariamente, Sparta se había convertido en un blanco andante.

—¿Quiere una taza de té? ¿Algún refresco? Esto es bastante bueno.

La mujer tocó con una de sus largas uñas pintadas una bandeja de plata que contenía unos tazones con dulces de diversos colores, bolas del tamaño de una canica, de nueces trituradas y leche de coco y pistachos envueltos en papel de plata, siendo el papel de plata parte del placer. La bandeja estaba en la esquina de una mesa de teca tallada, baja como una mesita de café, que no tenía nada más que una discreta pantalla de marfil de imitación y un intercomunicador.

—Nada, gracias. —Sparta vio el punto rojo en el centro de la frente morena de la mujer y pensó en su «tercer ojo», la densa protuberancia de tejido cerebral detrás del hueso de la frente. Se acercó a la ventana y se quedó de pie con las piernas rígidas y las manos cogidas a la espalda—. Qué vista hay desde aquí.

La recepción se hallaba en la planta cuadragésima del Centro de Medicina Biológica de la Junta Espacial, un polígono de vidrio que se elevaba en el borde de Ramnagar, en la orilla derecha del ancho Ganges; el edificio modernista había comenzado como un cubo conceptual, tan salvajemente cortado y tallado por su arquitecto que parecía desprendido de un bloque de hielo glacial que se hubiera alejado demasiado hacia el Sur desde el Himalaya. A través de las altas ventanas, Sparta veía la ciudad santa de Varanasi al Noroeste, las agujas de sus templos que se elevaban en la niebla y sus escalinatas en la orilla del río abarrotadas de bañistas que descendían para compartir el agua amarronada con los restos flotantes.

La mujer india volvió a sentarse, pero parecía no tener mucho que hacer.

—¿Es su primer viaje a nuestras instalaciones, inspectora?

—De hecho, es mi primer viaje a la India.

—Disculpe, espero no entrometerme, pero es usted bastante famosa, pues ya ha estado en la Luna, en Marte, e incluso en la superficie de Venus. —La voz de la mujer era clara y musical; quizá su principal tarea consistía en entretener a las visitas que esperaban a la doctora Singh.

Sparta se medio volvió de la ventana y sonrió.

—He visto muy pocas cosas de nuestro exótico planeta.

—Me temo que lo que hoy en día se puede ver más es la niebla.

—¿La ciudad todavía utiliza combustible fósil?

—No, nuestra planta de fusión trabaja bien. Eso es humo de madera de las piras funerarias en los *ghats*.

—¿Humo de madera?

Sparta centró su atención en una terraza con escaleras al lado del río. Su ojo derecho amplió la escena telescópicamente, y pudo ver las llamas que se elevaban desde la leña amontonada y la forma ennegrecida que yacía encima.

—Gran parte de la madera se importa de Siberia, desde hace varias décadas —dijo la mujer—. Los bosques del Himalaya se han recuperado con lentitud.

La visión telescópica de Sparta pasó a otro *ghat* y a otro. En uno, los restos parcialmente quemados de un cuerpo eran envueltos en un lienzo; formaban un bulto como los que flotaban en el río.

—Quizás estará usted pensando que es un extraño lugar para una instalación de investigación biológica —dijo alegre la secretaria—. Es la ciudad más sagrada de la India.

Sparta se volvió de espaldas a la ventana.

—¿Y usted? ¿Lo encuentra extraño?

—Muchos de nuestros visitantes lo hacen. —La mujer eludió hábilmente la pregunta—. En particular cuando se enteran de que algunos de nuestros distinguidos investigadores, muy versados en biología microbial, se lo aseguro, también son

buenos hindúes que creen que beber de las aguas sagradas del Ganges purifica el cuerpo y alivia el alma. —El intercomunicador sonó y la secretaria, sin responder a la llamada, formó una amplia sonrisa con sus rojos labios—. La doctora Singh le atenderá ahora.

La mujer que salió de detrás del escritorio podría haber sido la hermana de su secretaria. Poseía una bonita boca roja, enormes ojos castaños y el pelo negro, lacio y reluciente, atado fuertemente atrás.

—Soy Holly Singh, inspectora Troy. Encantada de conocerla.

El acento era puro de Oxford o Cambridge, sin rastro de entonación india, y el atuendo era de polo: blusa de seda, pantalones y lustradas botas de montar.

—Ha sido muy amable dedicándome parte de su tiempo con tan poca antelación.

Sparta le estrechó la mano con firmeza y, en el momentáneo intercambio, examinó a Singh de una manera que, de haberlo notado, a la mujer no le habría gustado saber; era el tipo de escrutinio que se podía recibir de las máquinas inquisitivas al pretender entrar en una base militar, o en los pisos superiores de las oficinas generales de la Central de la Tierra de la Junta de Control Espacial en Manhattan. Enfocó su ojo derecho en la lente y retina del izquierdo de Singh, hasta que los círculos marrones de éste llenaron su campo de visión. Por el modelo de la retina, Sparta supo que Singh era la persona que las fichas de la Central de la Tierra decían que era. Sparta analizó el aroma del perfume de Singh, su jabón y transpiración, y descubrió en él rastros de flores y almizcle, té y un complejo de productos químicos típicos de un cuerpo saludable en reposo. Sparta escuchó el tono de voz de Singh, y oyó en él lo que debería haber esperado encontrar, una mezcla de confianza, curiosidad y control.

—¿Desea hacerme preguntas acerca del PMCE, inspectora? ¿Algunas preguntas que no estén en los archivos?

—Insinuadas en los archivos, doctora.

Singh pareció triste.

—Supongo que la prosa de esos informes es bastante árida. Con un poco de tiempo, quizás habría podido ahorrarle un viaje por medio mundo.

—No me importa viajar.

—Eso he oído.

Insinuó una sonrisa.

Sparta había prolongado su inspección unos segundos más. A primera vista —después de oler y escuchar— Holly Singh aparentaba no más de treinta años, pero su piel era tan suave y su rostro tan regular, que era evidente que se había hecho reconstruir casi toda su fisonomía. Sin embargo, en su ficha no se hacía mención de ningún trauma. Un disfraz, entonces. Y el olor de su cuerpo también era un disfraz,

un compuesto de aceites y ácidos con intención de reproducir el simple olor de una mujer relajada de treinta años.

Sparta coqueteó brevemente con la noción de que Singh no fuera humana en absoluto, sino aquella criatura mítica, un androide. Pero ¿quién se molestaría en construir una máquina que pareciera un humano, cuando lo que se quería era humanos con las capacidades de las máquinas?

No, Singh era humana, alguien que quería parecer lo que no era y que sabía que las indicaciones no verbales eran tan importantes como las verbales. Su voz superentrenada e imposiblemente relajada lo revelaba, igual que el débil pero punzante olor de adrenalina que subyacía en su olor corporal hecho a medida anunciaba que sus nervios estaban tensos.

—Por favor, siéntese. ¿Mi ayudante le ha ofrecido algún refresco?

—Sí, gracias. No quiero nada.

La oblea blanca todavía era un recuerdo agrisado en su lengua. Sparta se sentó en uno de los cómodos sillones que había ante el escritorio de Singh y se arregló las arrugas del pantalón sobre las rodillas. La doctora se sentó en el sillón de enfrente. La habitación se hallaba en sombras, cubierta con cortinas la pared de vidrio; unas lámparas de latón con filigranas arrojaban una cálida luz moteada.

Singh señaló un grupo de hológrafos enmarcados sobre la mesa que se hallaba entre las dos.

—Aquí están: Peter, Paul, Soula, Steg, Alice, Rama, Li, Hieronymous... las fotografías de su graduación.

—¿Qué edad tenían cuando se tomaron las fotos?

—Todos eran jóvenes, de catorce a dieciséis años. Peter, Paul y Alice fueron adquiridos como jóvenes en Zaire, de acuerdo con la ley local y las reglamentaciones del Concilio referentes a las especies en peligro, por supuesto. Los otros nacieron aquí, en nuestras instalaciones para primates. —La mirada de Singh permaneció en los hologramas—. Los chimpancés poseen una serie limitada de expresiones, pero me gusta pensar que esos rostros jóvenes muestran un considerable orgullo.

—Usted los apreciaba —dijo Sparta.

—Mucho. Para mí no eran animales para experimentación. Aunque así empezó el programa.

—¿Cómo empezó? —Sparta puso más calidez en su tono; le sorprendió el esfuerzo que le costó—. No quiero decir oficialmente. Quiero decir, ¿qué fue lo que le inspiró, doctora Singh?

Singh encontró aduladora la pregunta, tal como Sparta había esperado, y devolvió el cumplido honrando a Sparta con la mirada fija de sus ojos oscuros, como sin duda honraba a todos con los que decidía emplear su valioso tiempo.

—Concebí el programa en un momento en que la tecnología *nanoware* por fin

había empezado a mostrar las posibilidades que habíamos soñado desde el siglo xx. Era a mediados de los setenta... ¿Hace de veras quince años ya?

Quizás un poco más de quince, pensó Sparta; debiste de pensar en los experimentos con chimpancés antes de que alguien decidiera probarlos también con sujetos humanos...

Singh prosiguió:

—Puede que sea usted demasiado joven para recordar la excitación de los años setenta, inspectora, pero fueron días gloriosos para la neurología, aquí y en los centros de investigación de todas partes. Con las nuevas enzimas artificiales y células programadas, autorreproducibles, aprendimos a reparar y mejorar las áreas dañadas del cerebro y el sistema nervioso en todo el cuerpo... para detener la enfermedad de Alzheimer, la enfermedad de Parkinson, ALS y gran cantidad de otras enfermedades. Para devolver la vista y el oído a prácticamente todos los pacientes cuyos déficits se debían a algún daño neurofísico localizado. Y para esas tareas de gran riesgo —la mirada de Singh pasó al uniforme azul de Sparta, con su fina línea de galones— los beneficios fueron aún más inmediatos: una cura para la parálisis debida a daños en la médula espinal, por ejemplo. La lista es larga.

—¿Realizaron progresos en todos esos frentes simultáneamente?

—Los beneficios potenciales eran grandes y, en comparación, los riesgos eran pequeños. Una vez armados con el consentimiento de nuestros pacientes, o de sus guardianes, nada se interponía en el camino de nuestra investigación. Otras áreas eran más problemáticas.

—¿Cómo por ejemplo?

—También veíamos oportunidades (y todavía tenemos que alcanzar nuestras metas en ello) de efectuar mejoras más sutiles. Restaurar la pérdida de memoria en algunos casos, corregir ciertos defectos del habla, ciertos desórdenes de la percepción. La dislexia, por ejemplo.

Sparta se inclinó hacia delante, incitando a Singh a explayarse.

—Pero comprenderá usted los problemas éticos —dijo Singh, confiando en Sparta como si se tratara de un compañero de investigación—. Un disléxico puede aprender a funcionar dentro de la normalidad a través de las terapias tradicionales. Alguna literatura antigua incluso sugería que las dislexias podrían asociarse con funciones más elevadas, lo que solía llamarse creatividad, la escritura de ficción y cosas así. Nos hallábamos en una posición en la que realmente no comprendíamos las relaciones jerárquicas. Poseíamos herramientas neurológicas muy poderosas, pero teníamos un conocimiento inadecuado de la organización del mismo cerebro.

—Y, por supuesto, no podían experimentar con humanos.

—Algunos de nuestros propios investigadores eran reacios incluso a experimentar con los primates superiores.

—Usted no.

—Estoy segura de que ha oído muchas historias acerca de la India, inspectora. Quizás ha oído hablar de los jainíes, que barrían el suelo ante ellos para no pisar una pulga. Bueno, se sabe que yo he aplastado mosquitos, incluso a propósito.

Por un momento, los amplios labios rojos de Singh formaron una sonrisa, y su blanca dentadura relució.

A Sparta le recordó más al hindú Kali que a las pacíficas deidades de los jainíes.

—Pero tengo un saludable respeto por la vida, y en especial por sus formas más evolucionadas —prosiguió Singh—. Primero agotamos las posibilidades de la creación de modelos en el ordenador; a partir de esta investigación, dicho sea de paso, surgieron muchas características de los modernos micro-superordenadores orgánicos. Entretanto, proseguimos el trabajo neuroanalítico en especies que no eran primates: ratas, gatos, perros, etcétera. Pero cuando por fin se llegó a las cuestiones más sutiles que he mencionado, cuestiones de lenguaje, de lectura, de escritura y de habla recordada, ninguna otra especie podía suplir a la humana.

Singh se levantó con rápida elegancia y se acercó a su escritorio. Cogió otro holograma más pequeño, con marco de plata, y se lo entregó a Sparta.

—Nuestro primer sujeto fue un chimpancé niño, que se llamaba Molly, con un desorden motor. El pobrecito ni siquiera podía agarrarse a su madre. En estado salvaje habría muerto a las pocas horas de nacer, y en cautividad habría desarrollado serios problemas emocionales y probablemente no habría alcanzado la madurez. No tuve escrúpulos en inyectarle una mezcla de nanochips orgánicos diseñados para restituirle su déficit primario... y al mismo tiempo, de modo bastante conservador, para probar algunos otros parámetros.

—¿Parámetros de lenguaje?

Sparta le devolvió el holograma a Singh, quien lo dejó de nuevo sobre el escritorio.

—Cuestiones relacionadas con la evolución del lenguaje, más bien. —Singh se sentó, dedicando a Sparta tanta atención como antes—. El cerebro de un chimpancé es la mitad de grande que uno humano, pero muestra muchas de las mismas estructuras anatómicas principales. Fósiles de cráneos de los primeros homínidos, ahora extinguidos pero más íntimamente relacionados con los chimpancés que nosotros, muestran un desarrollo en los centros del lenguaje tradicional del cerebro. Y no existen barreras neurofisiológicas inherentes al lenguaje, por muy rigurosamente que se quisiera definir ese término, en la organización del cerebro de un chimpancé.

—Los obstáculos anatómicos del habla fueron corregidos quirúrgicamente, ¿verdad?

—No intervinimos quirúrgicamente a Molly. Eso vino más tarde, con los otros. Y sin duda había problemas anatómicos, pero las correcciones fueron mínimas, y nos

aseguramos de que eran indoloras. —Singh se había puesto tensa de modo casi imperceptible, pero volvió a relajarse cuando reanudó su enumeración de las buenas noticias—. Ese experimento inicial y casi no oficial del neurochip en Molly mostró resultados asombrosos. Su control motor mejoró rápidamente, hasta que fue indistinguible del chimpancé niño medio. Y, aunque estoy segura que no hace falta que se lo diga, el chimpancé niño medio es un atleta olímpico comparado con el humano niño medio. Éste, incluso con su equipamiento vocal natural primitivo, empezó a emitir sonidos interesantes. «Mamá», y cosas así.

Sparta sonrió.

—Una buena palabra sánscrita.

—Una buena palabra en casi todas las lenguas. —Singh mostró sus dientes otra vez—. Sabíamos que habíamos hecho algo extraordinario. Habíamos eliminado la separación entre nuestras especies, algo que los primeros investigadores del lenguaje animal del siglo xx habían intentado duramente sin obtener resultados claros. Nosotros lo habíamos hecho de un modo decisivo y sin gran esfuerzo. Nunca olvidaré aquella mañana, cuando me acerqué a la jaula de Molly e «interactué» con ella (los términos conductistas ortodoxos son bastante áridos, me temo), cuando simplemente extendí mi mano y le di su comida. Y ella me dijo: «Mamá».

Los ojos de Singh brillaban a la luz de la lámpara. Sparta no rompió el silencio.

—Al pensar en ello ahora, creo que fue en aquel momento cuando concebí el PMCE, el Programa de Mejora de la Comunicación entre Especies. —Singh, de pronto, frunció el ceño—. Por cierto, detesto el término «superchimpancé». —Desarrugó el ceño, aunque su expresión siguió siendo arisca—. Nuestros primeros sujetos mejorados, estos ocho, estaban preparados para su entrenamiento un año más tarde. Los detalles del programa, nuestra evaluación de los resultados, por supuesto están en los archivos.

—Los archivos no dicen nada de su decisión de abandonar el programa —dijo Sparta—. Sin embargo, no se archivó ninguna propuesta de continuación.

—Me temo que pueda usted dar a conocer eso a los periodistas, o quizá debería decir a la voluntad del pueblo, que se vuelve histérico cuando se le manipula expertamente. Era evidente que no habría más fondos para el PMCE después de que nuestros cuatro sujetos se perdieran en el accidente de la *Queen Elizabeth IV*.

—¿Todos? No encontré ningún registro de la muerte del chimpancé llamado Steg.

—¿Steg? —Singh miró a Sparta con atención—. Veo que ha leído los archivos con atención. —Pareció llegar a una decisión sin expresarla—. Inspectora, tengo programado volar hacia Darjeeling en cuanto nuestra entrevista termine. Dirijo un sanatorio cerca de allí, para mis pacientes particulares. Está en los terrenos de la finca familiar. ¿Le gustaría ser mi invitada esta noche?

—Es muy amable por su parte, doctora Singh, pero no la entretendré mucho. Creo

que podré completar el asunto aquí en poco tiempo.

—Me ha interpretado mal. No me importa el tiempo. Pensaba que quizá le gustaría conocer a Steg. El último de los llamados superchimpancés.

—Todo lo que recuerda de esa noche es cierto —dijo el comandante—, excepto que no era ella quien estaba en el helicóptero.

—¿Era una suplente? ¿Una actriz? —preguntó Blake.

—Nadie.

—¿Qué me dice del tipo que me atacó?

—Éste era real.

Estaban paseando por el bosque, y los distantes acantilados en la parte alejada del Hudson apenas eran visibles a través de los árboles. A su alrededor, el otoño resplandecía.

Llegaron al borde del bosque. La mansión quedaba a su izquierda, al otro lado de un ancho césped trasero que ya se volvía marrón por la proximidad del invierno. La ventana de Ellen y la ventana de la despensa que Blake había roto en su intento de huida eran visibles en la cercana torre; una todavía tenía masilla fresca a su alrededor y en la otra el nuevo emplomado del vidrio de color era brillante como el peltre.

—Íbamos a cogerle en la habitación de ella; no pensábamos en después. Casi logró escapar. Atravesó esa ventana, subió al helicóptero. Sorpresa absoluta. Si el tipo que estaba en el «Snark» no hubiera tenido la inyección preparada, habría podido hacernos fracasar.

—Ellen me tendió la mano, me ayudó a subir. ¿Dice que ese recuerdo es falso? ¿Pueden hacer eso?

—Con el sujeto adecuado, sí.

Siguieron andando hacia la casa. Al cabo de un momento, Blake preguntó:

—¿Pueden borrar mi... chip? ¿Devolverme la verdad?

—Me temo que no. —El comandante se rio, tan sólo una expulsión brusca del aliento—. Si quiere, podríamos darle nuestra versión de lo que usted podría recordar si no le hubiéramos tocado. Sería igual de falso.

—No importa.

—Plantea cuestiones interesantes, ¿verdad?

—Por ejemplo, ¿cómo sabré mañana que realmente hemos mantenido esta pequeña conversación? —preguntó Blake.

—También otras.

—Por ejemplo, ¿por qué, si todo esto es cierto, se molesta en explicármelo? Antes, sólo querían quitarme de en medio.

—Usted es peligroso. —El comandante señaló hacia la casa con la cabeza. Un grueso plástico cubría el porche chamuscado; en las ruinas del garaje había más andamios—. Y eso fue antes de que se enterara usted de lo de la Salamandra.

La carcajada de Blake fue amarga.

—¿Qué importa? Ustedes pueden reescribir la última semana de mi vida... borrar todo ese alboroto.

—Antes de que usted supiera algo de nosotros, justificábamos el engaño. Una mentira temporal, dijimos... y Ellen podría contarle la verdad más tarde.

—¿Ella está metida en esto?

—No habría accedido, Redfield; usted la conoce y lo sabe. No se lo pedimos. Después, cuando oyó nuestras razones, actuó.

Blake meneó la cabeza en gesto airado.

—No sé cómo deciden dónde trazar la línea. Hacen de Dios.

—No somos Dios. No podríamos reescribir la última semana de su vida si quisiéramos hacerlo. Una hora o dos, en todo caso. Si se intenta más, suceden cosas malas.

—¿Cómo saben que suceden cosas malas?

—Nosotros no inventamos esta técnica, Redfield —replicó con aspereza—. Lo hicieron ellos.

—Ustedes la utilizan. Tienen los resultados de sus experimentos.

—Lo que ha preguntado antes. —El comandante pasó por alto la acusación, *nulo contendere*—. La memoria humana no está en un chip. Está distribuida en muchas partes del cerebro. Tendría que hablar de ello con los de neurología, es demasiado complicado para mí.

—Claro —dijo Blake.

—Entiendo la parte práctica. Es más fácil borrar algo que alguien oyó o leyó que algo que vio suceder. Más difícil aún es borrar algo que implica el cuerpo. —El comandante le miró—. Usted parece meter su cuerpo en casi todo lo que aprende, Redfield. —Sonó casi como un cumplido.

—Eso no agota sus opciones, comandante.

—No le reprocho que piense eso, Redfield, pero nos gustaría creer que nosotros somos los buenos. Así que no matamos a otros buenos. No retenemos a sus amigos y parientes como rehenes. Sólo hay dos opciones para nosotros.

—¿Cuáles son?

—Bueno, podríamos tener su palabra de honor de que no nos traicionará.

Blake fue pillado por sorpresa. Tras un momento meneó la cabeza. Si me torturaran...

—No podría darla. Si ellos me cogieran, o volvieran a utilizar esas drogas conmigo... O si se apoderaran de Ellen, o de mis padres...

—Bien. Veo que se conoce a sí mismo. —El comandante asintió—. De todos modos, aceptaríamos su palabra.

Blake sintió cierta resistencia en su interior y miró al hombre con nuevo respeto.

—¿Cuál es su otra opción?

—Reclutarle.

—Ya me negué.

—No a la Junta Espacial... Salamandra.

—No puedo ser uno de ustedes.

Habían llegado a lo que quedaba del porche. El comandante se paró en el primer escalón.

—¿Por qué no?

—En realidad usted fue uno de los *prophetae* en otro tiempo, ¿verdad?

El comandante se quedó mirándole fijamente. Hizo una seña afirmativa, lentamente.

—Todos ustedes lo eran, todos esos jóvenes rapados —dijo Blake.

—Eso es.

—Yo nunca lo fui. Nunca creí en esa tontería, ese asunto del salvador extraterrestre. Sólo lo fingía.

—Haremos una excepción en su caso —dijo el comandante con voz ronca.

—No se arrepentirá —dijo Blake.

El comandante, mirándole con ojos de basilisco, no se movió; apenas parecía respirar. Luego, se relajó.

—Está bien. Antes de que le envíe de nuevo a la ciudad —dijo—, quiero presentarle a alguien.

J. Q. R. Forster, profesor de xenopaleontología y xenoarqueología en el «King's College» de Londres, estaba absorto en un volumen encuadernado en cuero de un estante de los clásicos del siglo XIX cuando Blake y el comandante entraron en la biblioteca. Forster era un tipo de complexión menuda y ojos brillantes, cuya expresión inmediatamente recordó a Blake a un terrier excitado. Cuando el comandante hizo las presentaciones, Forster avanzó unos pasos y estrechó la mano a Blake.

—Mi querido Redfield, permítame que le felicite por el trabajo de primera clase que usted y la inspectora Troy efectuaron al recuperar la placa marciana. Es espléndido volver a tenerla a salvo en el lugar que le corresponde.

—Gracias, señor. Ellen hablaba de usted a menudo. —Blake vaciló—. Oh, disculpe que diga esto, pero es usted mucho más joven de lo que esperaba.

En verdad, Forster no aparentaba más de treinta y cinco años, en lugar de los más de cincuenta que tenía.

—Si sigo teniendo frecuentes roces con la muerte que precisen visitar al cirujano plástico, pronto seré un muchacho como usted —dijo—. Me dijeron que me habían remplazado el setenta por ciento de la piel.

—Lo siento —dijo Blake, turbado.

Había olvidado el asunto de la bomba del Espíritu Libre, la explosión y el incendio provocado con intención de matar a Forster y destruir el trabajo de toda su vida.

Forster tosió.

—En realidad no era necesario, por supuesto...

—¿Cómo?

—Al fin y al cabo, he estudiado esa cosa durante tantos años, que podría sentarme ante una terminal y volver a crearla de memoria.

—¿Se refiere a la placa marciana?

El comandante cerró las puertas de la biblioteca.

—El señor Redfield no ha sido informado, profesor.

Forster miró a Blake con suspicacia.

—¿Se considera estudioso de la Cultura X, Redfield?

—En absoluto —respondió él, sorprendido.

—¿No es la persona de la que me habló? —preguntó Forster al comandante, alzando una gruesa ceja.

—El trabajo de Redfield está relacionado con el suyo, profesor. Creo que después de que hayamos hablado verá con claridad en qué se relacionan.

Blake miró al comandante. Justo antes de que les enviara a Sparta y a él a Marte para encontrar la placa desaparecida, el comandante se había referido al encargo diciendo que estaba relacionado con «un asunto arqueológico». Como si no hubiera sabido por qué alguien estaría interesado.

—Entonces, ¿empezamos? —dijo Forster, ansioso.

El comandante señaló las sillas tapizadas en cuero y bien mullidas de la biblioteca. Después de mover algunos muebles, se dieron cuenta de que habían trasladado sus asientos a los rincones de un triángulo equilátero invisible, de cara al interior.

—Si no le importa empezar, profesor... —invitó el comandante.

—Estoy ansioso.

—Pediré que nos traigan té, y algo más fuerte para usted —dijo, captando la mirada de Forster.

Tecléo en su unidad de muñeca. Ésta tintineó suavemente como confirmación.

Forster había sacado un proyector plano de hologramas del bolsillo interior de su chaqueta de tweed; lo colocó sobre la mesita auxiliar que estaba a su lado y tecléo una orden. Varias docenas de formas esculturales aparecieron en el aire sobre la unidad, aparentemente bastante sólidas, como si estuvieran fundidas en metal.

—Supongo que los dos ya conocen mi descubrimiento de que las tablas de Venus constituyen un hallazgo lingüístico y filológico más espectacular que la propia piedra

de Rosetta —dijo Forster brillantemente. Su falta de modestia era tan transparente que Blake la encontró casi encantadora—. Las tablas no sólo estaban dispuestas de manera que revelaban deliberadamente los sonidos asociados con cada uno de los signos que se ven aquí (los cuales, por cierto, he ordenado por la frecuencia con que aparecen), sino que los textos, más de una docena diferentes, fueron escritos fonéticamente en los lenguajes de la Edad del Bronce de la Tierra. Además, fueron equiparados a sus traducciones al lenguaje de la Cultura X. —Forster se aclaró la garganta con exageración—. Así, de una sola vez, pudimos obtener no sólo una muestra considerable del lenguaje de la Cultura X, escrito y fonético, sino también, como beneficio inesperado, textos de muestra de varias lenguas perdidas de la Tierra que nunca habían sido descifradas. Trágicamente, todas las copias de estas tablas fueron destruidas aquella terrible noche.

—¿Pero las tablas de Venus originales todavía existen? —preguntó Blake.

—Sí, enterradas donde las dejamos en la superficie, y sin duda tengo intención de regresar para excavarlas... —Forster vaciló— algún día, cuando los fondos necesarios puedan ser recaudados. Pero entretanto, he hecho un descubrimiento aún más apremiante. —Sus brillantes ojos y labios fruncidos expresaban una curiosa mezcla de emociones. El muchachito que había en él ansiaba las muestras de aprobación; el profesor, las pedía—. ¡He traducido la placa marciana!

—Enhorabuena —dijo Blake, tratando de parecer sincero.

En su terreno, las traducciones supuestas de manuscritos antiguos intraducibles eran casi tan corrientes como los planos para las máquinas del movimiento perpetuo en la oficina de patentes.

—Si son pacientes conmigo un momento... —dijo el profesor, manipulando la unidad holográfica.

Bajo los signos esculturales que flotaban en el aire aparecieron otros signos, letras romanas y señales lingüísticas normalizadas en todo el mundo.

—Éstos son los sonidos de los signos.

Tocó el teclado, y los signos, aparejados con sus equivalentes fonéticos, resplandecieron brevemente uno tras otro mientras el locutor emitía fonemas incorpóreos:

—KH... WH... AH... SH...

Cuando la máquina hubo acabado la lista, Forster dijo:

—La placa marciana contiene muchos signos iguales, ninguno de ellos prestado de lenguas humanas, por supuesto, y carece sólo de los tres que aparecen con menos frecuencia en las tablas de Venus. —Miró a Blake—. Como la había memorizado, pude reconstruirla durante el período en que faltó y todos los registros de su existencia habían sido destruidos. Tumbado en la cama en la clínica de Puerto Hesperus (me divertía pensando, ya que no podía hacer nada más) establecí que en

contraste con las tablas de Venus, que como he dicho son traducciones de textos de la antigua Tierra, la placa marciana sólo hace una referencia muy ligera a la Tierra. Una Tierra demasiado joven para tener criaturas evolucionadas que emitieran sonidos intencionados, y mucho menos lenguajes hablados.

Manipuló la unidad y apareció una imagen a tamaño completo de la placa marciana, flotando sobre los otros signos y señales como un fragmento de un espejo roto.

—¿Le parece una interpretación exacta, señor Redfield? Está hecha de memoria.

—Debo decir que no podría señalar la diferencia.

Forster se lo tomó como un cumplido.

—Como se podría adivinar mirándola, la placa en realidad no es una placa. No es más que un fragmento de un documento mucho más largo, desaparecido en su mayor parte. Esto es lo que dice.

El locutor empezó a emitir una serie interrumpida de siseos, estallidos y chasquidos al leer las líneas incompletas de la placa en la voz que Forster había reconstruido para los extraterrestres de antaño que habían grabado la placa de metal.

Blake procuró parecer fascinado. Lanzó una mirada al comandante, cuyo semblante pétreo no manifestaba nada.

Cuando cesaron los siseos, Forster dijo:

—Aquí está en inglés.

Esta vez la voz no tenía sexo y era insinuante, la voz corriente del ordenador general del siglo XXI:

lugar en ZH-GO-ZH-AH 134 de WH-AH-SS-CH 9...

en un mundo de sal de EN-WE-SS 9436...

fueron designados para venir humilde y pacíficamente a hacer...

líder. Bajo la orilla de la oscura sal ellos... mil estadios de este lugar ellos...

lugares de poder y sus lugares de producción y...

Estudio y sus lugares de descanso. Las generaciones posteriores...

en toda la sal y tierra de este mundo, y...

de WH-AH-SS-CH realizaron el trabajo asignado a...

los designados trabajan en esto, el primero del...

de EN-WE-SS-9436-7815. Su mayor...

TH-IN-THA. Fluyeron carros como un río desde el Este...

grandes campamentos. Los designados honraban...

logros. Las criaturas se multiplicaron...

y diversidad. En sus muchas clases...

recogidos juntos. Al mismo tiempo otros designados...

segundo y tercer mundos de sal. Luego, por fin...

AH-SS-CH 1095, todos los que eran...

mundos de sal para esperar la señal del éxito...
los mensajeros que residen en las nubes estaban vivos...
gran mundo. Los que cabalgaban en los carros dejaron esta inscripción...
su gran trabajo. Esperan el despertar...
de esperar en el gran mundo...
Entonces, todo irá bien.

Blake escuchó estos fragmentos de extraña habla con creciente estupefacción, hasta que las palabras finales le despertaron de su trance.

—¿Todo irá bien? —preguntó impulsivamente.

—Los términos no traducidos son nombres propios, por supuesto, posiblemente nombres de individuos, sin duda los nombres de estrellas y planetas, incluidos, estoy seguro, la Tierra, Venus, Marte y el Sol —explicó Forster—. Y, por supuesto, los términos de la Edad del Bronce: carros, estadios, etcétera, fueron los equivalentes más próximos a los textos de Venus que pudimos dar a las palabras originales de la placa. Su significado es fácil de adivinar.

—¿Decía de verdad «Todo irá bien»? —repitió Blake.

Pero Forster siguió explicándose alegremente:

—Trenes o coches, quizás incluso naves de alguna clase, pero no barcos; había palabras perfectamente buenas para eso, y millas o kilómetros, alguna unidad de medida. Cosas así.

Blake reaccionó lo suficiente para darse cuenta de que el comandante le señalaba con la mirada. «Forster no lo sabe».

—«Mundo de sal» no es un término de la Edad del Bronce, ¿verdad? —observó el comandante con frialdad, invitando a Forster a proseguir.

—No, pero es evidente que querían decir «mundo oceánico». Las sales disueltas quizá les interesaban tanto como el agua. Por la razón que fuera. Histórica, tal vez. —Forster había previsto la pregunta—. Piense que nosotros llamamos galaxias a las galaxias. Si se tuviera que traducir esa palabra sin el contexto necesario, uno se podría preguntar por la etimología de un término como «láctea».

—En especial si uno no fuera mamífero —dijo Blake.

—Hum, sí.

—¿Y el «gran mundo»? —intervino el comandante.

—Es Júpiter —dijo Forster triunfante.

Blake lo volvió a intentar.

—Su traducción dice que la última frase es «Entonces, todo irá bien».

—Sí.

Forster miró a Blake con el ceño fruncido, curioso.

—«Todo irá bien» es uno de los lemas de la gente que robó la placa marciana —dijo Blake—. La misma gente que intentó matarle a usted.

Forster miró al comandante y empezó a comprender.

—Ah, por eso quería que conociera al señor Redfield.

—Sí, porque quería que Redfield le conociera a usted.

No era una contradicción, exactamente, y como el té llegó en aquel momento, junto con una botella de «Laphroaig», bebida favorita de Forster, el comandante se ahorró la molestia de explicarse con más detalle.

—¿Recuerda los mapas de las estrellas que vi en la Sociedad de los Atanasios?

Anocheía. Blake y el comandante caminaban por el césped hacia el helicóptero blanco de la Junta Espacial que les había llevado a Granite Lodge.

—¿Se refiere a los que robó del Louvre?

—Había otros; ellos los tenían. Lo que tenían en común era una alineación planetaria determinada.

El comandante alzó una ceja.

—Las alineaciones comunes corresponden a una fecha —dijo Blake.

—¿Ah, sí?

—Parece corresponder a la cita programada de la *Kon-Tiki* con Júpiter.

—¿Y qué deduce de ello?

—¿Ya sabe que algo va a ocurrir en Júpiter? —preguntó Blake, curioso.

—Eso nos enseñaron, a los *prophetae*.

—¿Qué hay entre usted y Forster?

—Él tiene un esquema de investigación; yo le ofrecí mover los resortes que pudiera. Basta de preguntas, Redfield, estoy a punto de estrecharle la mano por última vez... a menos que usted me diga otra cosa.

—¿Dónde está Ellen ahora? —preguntó Blake.

—Le juro que desearía saberlo —respondió el comandante.

—Está bien —dijo Blake con voz suave—. Estoy con ustedes.

Cuando las montañas se iban acercando rápidamente, Holly Singh recuperó el control del piloto automático de su rápido helicóptero «Dragonfly» y guio manualmente su veloz y silencioso ascenso de las elevaciones terraplenadas. Una carretera asfaltada y un radiante par de caminos se retorcían como pitones bajo el aparato abierto. Un tren antiguo efectuaba tortuosamente la misma ascensión, echando vapor blanco al aire de la montaña.

Singh señaló con la cabeza las brillantes terrazas verdes que descendían como una escalinata.

—Plantaciones de té. Darjeeling cultiva el mejor del mundo, de su clase. Nos gusta pensar eso.

El helicóptero coronó la montaña a dos mil quinientos metros. El Himalaya, oculto tras las montañas hasta ahora, apareció en el aire cristalino. Sparta contuvo el aliento al ver las cimas del glaciar, que se elevaban como cristal rojo en el cielo azul oscuro. El Katchenjunga, la segunda montaña más alta de la Tierra, dominaba a todas las demás; aun a setenta kilómetros de distancia, sobresalía por encima del helicóptero, en una perspectiva tan cortante que parecía estar lo bastante cerca para tocarla.

De repente, sobrevolaron una ciudad que se adhería a la cima de la montaña y se derramaba por sus costados. El helicóptero pasó por encima de verdes céspedes y viejos árboles, y las torres de la iglesia de piedra.

—Los ingleses, incluida una docena de mis tatarabuelos, construyeron Darjeeling para alejarse del calor de las llanuras —dijo Singh—. Por eso, la mitad de los edificios parece que fueron trasplantados de las Islas Británicas. ¿Ve aquélla de allí, la que parece una iglesia de Edimburgo? Fue una empresa de cine durante algunas décadas. La mitad de la ciudad podría estar en el Tibet. Una colonia de tibetanos se asentaron aquí después de huir de China a mediados del siglo xx. Lo que queda, incluido el mercado, es India pura. Hemos intentado conservarlo tal como estaba hace un siglo.

El helicóptero rozó la cima, pasando de largo la ciudad. Singh se percató de la dirección de la mirada de Sparta y sonrió.

—La gente de las montañas pasa mucho tiempo rezando, de una manera o de otra.

Las áridas alturas estaban moteadas de palos con banderas de oración, y los pálidos estandartes colgaban flácidos en el aire inmóvil.

El helicóptero siguió volando hasta que un amplio prado verde se abrió ante él, bordeado de grandes robles y castaños. Por una mínima fracción de segundo, Sparta rebuscó en su memoria eidética: había algo familiar en este amplio césped, estos árboles, el nevado Himalaya sobre los valles llenos de nubes más allá.

—Howard Falcon aterrizó en globo aquí —dijo.

—En realidad, Howard aterrizó aquí muchas veces —dijo Holly Singh—. Las raíces indias de Howard son casi tan profundas como las mías. Aunque ninguno de sus antepasados británicos era nativo. —Parecía estar auténticamente animada, como si el punzante aire de la montaña la hubiera refrescado—. Usted debe de haber visto esta panorámica en uno de los documentales que hicieron sobre él. Cuando intentaba recaudar dinero para construir el *Queen Elizabeth*, el truco favorito de Howard para ganar amigos y gente influyente era llevarles en su globo de aire caliente impulsado por fusión. Salían de Srinagar y permanecían en vuelo varios días, dejándose llevar por la corriente en todo el Himalaya y aterrizando aquí, justo donde nos vamos a parar.

El helicóptero se posó suavemente sobre el césped. Entre los árboles, Sparta vislumbró una casa blanca con amplios porches y anchos aleros, flanqueada por enormes rododendros floridos, arbustos grandes como árboles, residuos de la última era de los dinosaurios.

—Y siempre que Howard tocaba tierra, nosotros invitábamos a nuestros vecinos y cenábamos y agasajábamos a sus invitados.

Singh se desabrochó el arnés y se apeó ágil del helicóptero. Sparta cogió su bolsa de detrás del asiento y siguió a Singh, hundiéndose sus zapatos en el suelo elástico.

—Me temo que esta noche no hay ninguna fiesta para nosotras —dijo Singh—. Sólo una tranquila cena en casa.

En el amplio césped, dos pavos reales se abrían camino cuidadosamente, exhibiendo enormes abanicos de plumas azules y verdes ante las pavas reales que paseaban cerca. En un alto cedro, Sparta vio una garceta blanca. A su izquierda, las montañas nevadas se iban volviendo rojizas a la luz del atardecer.

Las dos mujeres se encaminaron a la gran casa; la doctora vestida para montar, y la mujer policía con su uniforme azul. Un hombre alto con polainas y chaqueta se apresuró a cruzar el césped hacia ellas, deteniéndose a pocos metros e inclinando su cabeza cubierta con turbante.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Ran. ¿Te ocuparás del helicóptero, por favor? Y lleva la bolsa de la inspectora a su habitación.

—En seguida.

Sparta entregó al alto sikh su bolsa. El gesto de asentimiento que hizo el hombre fue tan brusco como un saludo militar.

—La llevaré a su alojamiento más tarde, inspectora —dijo Singh—. Quiero mostrarle algo antes de que anochezca.

Sparta siguió a Singh por los frescos y sombreados pasillos bajo los castaños. A través de las hileras de viejos árboles y arbustos decorativos vio otros edificios

blancos. Unas cuantas personas se movían lentamente en el patio, con la cabeza baja y mostrando poco interés por lo que les rodeaba.

—El abuelo paterno de mi madre, cuyo padre había ganado una fortuna con el té, fundó este lugar como sanatorio para tuberculosos —dijo Singh—. Ahora que la tuberculosis es algo del pasado, tratamos desórdenes neurológicos... Los que podemos. A pesar de todos los progresos de lo que le he hablado, hay misterios que se nos escapan. Aunque intentamos proporcionar un buen hogar para las personas a las que no podemos ayudar.

Singh se desvió del sendero de grava y guio el camino pasando por delante de altos setos de olorosas camelias. Sparta no necesitó sus sentidos especializados para prever lo que vería a continuación; el olor a animales se hacía cada vez más fuerte.

—Mi abuelo fundó esta casa para las fieras, la cual mi padre accedió a mantener cuando se casó con mi madre. —Sonrió—. Los acuerdos de las dotes podían ser muy complejos en los tiempos antiguos. Yo la he renovado y he aumentado el personal profesional. Ahora se utiliza con fines de investigación.

Bajos cobertizos de obra se alzaban entre los árboles. Sparta identificó el agudo olor de gatos procedente de uno, el olor sazonado de los ungulados de otra, y una vaharada seca y otoñal de los reptiles de un tercero. En una jaula de hierro forjado de cuatro pisos de altura vio el batir de unas alas cuando momentáneamente un águila se dibujó sobre el cielo oscurecido.

—Aquí están representadas muchas especies raras del subcontinente. Mañana puede pasarse aquí todo el tiempo que quiera, pero esta noche...

Singh la condujo por delante del aviario hacia otra estructura abierta. Monos y lémures saltaban y gritaban en sus jaulas separadas. Singh condujo a Sparta hasta el final de la hilera, hasta la jaula más grande.

El diseño era sencillo y familiar: un piso de cemento inclinado varios metros por debajo del nivel del suelo, bordeado por un sistema de desagües para facilitar la limpieza con agua, y una portezuela en la esquina, que conducía al largo cobertizo de piedra que había en la parte trasera de todas las jaulas de los primates.

Menos familiares eran los puntales y palos que entrelazaban la jaula desde un par de metros por encima del suelo hasta el elevado techo.

—¿Eso procede de la *Queen Elizabeth*? —preguntó Sparta.

—Es una pieza de la maqueta que utilizamos para entrenar a los chimpancés. El entrenamiento se hizo en el centro de Ramnagar, pero salvé este fragmento y lo hice instalar aquí.

Sparta habría preguntado por qué, pero ya había supuesto la respuesta. Singh miró en dirección a la portezuela trasera y gritó con aspereza:

—¡Steg! Holly está aquí.

Por un momento no sucedió nada. El aire estaba lleno de gritos y chillidos de los

otros primates. Entonces, un tímido rostro, los grandes ojos de color castaño y los labios delgados abiertos con aprensión, se asomó entre las sombras.

—¡Steg! Holly está aquí. Holly quiere decir hola.

El animal vaciló varios segundos antes de salir lentamente de su escondrijo. Saltó a uno de los palos de aluminio más cercanos y se sentó allí, examinando atentamente a Sparta.

Sparta conocía bien aquella cara: la del chimpancé aterrorizado con que Howard Falcon se había encontrado durante los últimos momentos de la *Queen*. Al parecer, la orden de Falcon —¡Jefe, jefe, vete!— había salvado la vida de éste, aunque no la de los demás.

—Cada vez que miro un chimpancé a la cara, me acuerdo de que es mi pariente evolutivo más cercano —dijo Singh—. Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que ninguno de nosotros comprende de una manera fundamental, celular, molecular, por qué los chimpancés no tienen nuestro aspecto y no se comportan como nosotros. Después de más de un siglo de sofisticada investigación, todavía no comprendemos por completo por qué nosotros y ellos tenemos formas diferentes, aunque reconocemos la utilidad de esas diferencias, y seguimos sin comprender por qué ambos podemos llegar a estar infectados por los mismos virus pero no enfermar de la misma manera. No entendemos cómo los humanos podemos leer, escribir y hablar con frases complejas, y ellos, en su estado natural, no pueden hacerlo. En términos genéticos, somos casi tan idénticos que probablemente sólo los propios humanos podríamos ver la diferencia. —Singh se volvió ligeramente hacia Sparta, honrándola de nuevo con aquella leve sonrisa—. Dudo que un extraterrestre, algún visitante de otra estrella, pudiera hacer ninguna distinción, no en el terreno bioquímico, o al menos no sin instrumentos muy sofisticados. Esto sugiere que las amplias diferencias en la evolución pueden alcanzarse mediante ajustes físicos de lo más sutiles.

—Si son los ajustes correctos —dijo Sparta, en voz tan baja que casi pareció un susurro.

Los ojos de Singh se abrieron una fracción de milímetro antes de volver su atención al chimpancé poco dispuesto a acercarse.

—¡Steg! Ven a ver a Holly.

Steg se acercó lentamente hacia las dos mujeres. Era un chimpancé macho en la cúspide de sus años de madurez, con músculos protuberantes bajo su reluciente pelo negro. Pesaba al menos diez kilos más que Sparta. Sin embargo, sus ojos eran apagados, su mirada imprecisa.

A medio camino, Steg se tambaleó y se agarró a la estrecha viga. Se quedó inmóvil, y luego pareció casi visiblemente controlar sus nervios, disponiéndose a continuar; sus ojos no dejaron de mirar a Holly Singh a la cara mientras reanudaba su

lento progreso hacia ella.

Por fin, se agarró a la tela metálica de la jaula con las dos manos.

—Dile hola a Holly.

La voz de Singh era clara pero íntima.

Los labios de Steg se separaron formando una dolorosa mueca, y un sonido ronco salió de su garganta.

—Bbbbbb... bah, bah...

—Muy bien, Steg. Muy bien.

Singh introdujo la mano por la tela metálica y le rascó la cabeza al animal. Su oscuro pelo estaba dividido en el cráneo por una ancha cicatriz jaspeada de blanca carne. La mujer se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un pedazo de algo marrón y desmenuzable.

Steg se soltó de la tela metálica con aparente esfuerzo, retirando los dedos de su mano izquierda uno a uno; luego, alargó la mano para coger la preparación alimenticia. Se la metió ávidamente en la boca y empezó a masticar. Cuando su boca estaba llena y los fuertes músculos de la mandíbula trituraban la comida, se arriesgó a mirar a Sparta, sus oscuras pupilas ribeteadas de amarillo y su curiosidad patéticamente mezclada con el temor.

—No puede hablar —dijo Sparta.

—Ya no. Ni entiende nada, excepto algunas órdenes sencillas, las primeras que aprendió. Y como ha visto, sus funciones motoras están dañadas. Los neurochips no pueden ayudar en caso de una destrucción tan grande de tejido cerebral. —Singh suspiró—. Mentalmente, Steg es más o menos equivalente a un niño de un año. Pero no es tan juguetón. No tiene tanta confianza.

Sparta miró el aparejo que sugería el interior de la desaparecida nave *Queen Elizabeth IV*.

—¿Este escenario no tiene connotaciones dolorosas para él?

—Al contrario. Él y los otros pasaron los días más felices de su vida en un lugar semejante. —Singh acarició suavemente los nudillos de la mano derecha de Steg, que todavía se aferraba a la jaula—. Adiós, Steg. Holly volverá.

Steg no dijo nada. Observó a las dos mujeres alejarse.

La luz había desaparecido del cielo. Sus pisadas crujieron en la grava a lo largo de un camino apenas visible señalado por unas luces bajas, escasamente relucientes.

—Howard Falcon conocía mi trabajo con los chimpancés desde el principio —dijo Singh—. Salió de forma natural en el transcurso de todos aquellos asuntos sociales que él organizaba con su globo. En verdad, fue su sugerencia más bien indiferente lo que puso al PMCE en la pista del éxito, aunque dudo que él hoy lo recuerde. Siempre estaba demasiado ocupado con otros asuntos para tomarse un

interés realmente personal.

—¿Por qué le interesaba el PMCE? —preguntó Sparta.

—Conocía lo básico. Los chimpancés normales son superiores a los humanos en casi todos los aspectos físicos. Con una o dos excepciones importantes, por supuesto. Un chimpancé adulto es más rápido y más fuerte que el más rápido y fuerte de los gimnastas humanos, aunque nosotros estamos mejor preparados para correr y lanzar cosas, y tenemos una ventaja cuántica, no sólo sobre los chimpancés sino sobre casi todos los demás seres vivos, en la construcción de nuestras manos. No obstante, no había razón para creer que los chimpancés debidamente equipados no pudieran unirse a los seres humanos como compañeros plenamente conscientes, en empresas que supusieran un beneficio mutuo.

—¿Cómo por ejemplo el funcionamiento de las naves?

—La *Queen Elizabeth IV* ya se estaba construyendo cuando Howard mencionó la idea de modo informal. Creo que le sorprendí cuando me lo tomé en serio. Gracias a él, sus patrocinadores vieron fácilmente la ventaja de complementar la tripulación humana con chimpancés inteligentes que podían realizar gran parte del trabajo de enjarcar dentro de aquella gran nave abierta. Howard una vez la comparó con una catedral volante.

—¿Enjarcar? Realizar el trabajo peligroso, en otras palabras —dijo Sparta.

—Peligroso para nosotros, no para ellos. —Los ojos oscuros de Singh brillaban en la noche en sombras—. Las consideraciones éticas siempre fueron importantes, inspectora, por si tiene dudas en ese aspecto. No estábamos creando una raza de esclavos. Baterías de experimentos en la maqueta indicaron que los chimpancés no sólo se hallaban cómodos en el ambiente de la *Queen* sino que en realidad eran bastante felices allí arriba entre las jarcias y los palos. No se produjo ni un solo daño a ningún chimpancé durante las pruebas preliminares, algunas de las cuales eran bastante arduas. Y se trataba de animales de laboratorio corrientes.

Las mujeres salieron de entre los árboles al campo de hierba. Sparta se detuvo y levantó la mirada, contemplando la noche.

En lo alto, las estrellas eran como plancton fluorescente, visibles cuatro o cinco mil de ellas al ojo corriente en aquella clara atmósfera, y visibles al ojo más sensible de Sparta un número cien veces mayor. Al Noroeste, las montañas cubiertas de nieve —los bordes jóvenes de la colisión continental— eran la manifestación de los cataclismos que continuamente habían reconstruido la forma de la superficie de la Tierra.

Al cabo de un momento se volvió a Holly Singh.

—¿Falcon viene alguna vez a visitar a Steg?

—Falcon ya no es uno de los nuestros —respondió Singh.

—¿Por qué lo dice?

—Tras el accidente de la *Queen*, decidió no vivir en la India. Y ya no busca compañía fuera del círculo inmediato de sus colegas del proyecto *Kon-Tiki*. Supongo que es por lo que tuvieron que hacerle para salvarlo.

Sparta despertó en una habitación de techo elevado, de un reluciente blanco por los siglos de esmalte acumulado. Sus altas ventanas estaban vestidas con cortinas de encaje y provistas de cristales imperfectos cuyas burbujas reconcentraban el sol en galaxias líquidas doradas. No sabía dónde estaba...

«Ella tenía dieciocho años, estaba prisionera en un sanatorio, medio borracha al regresarle la memoria de un modo aleatorio, al ser asaltada por sus exagerados sentidos. El corazón le latía con fuerza y le dolía la garganta por la necesidad de gritar, pues oía el batir de las alas del “Snark” que se acercaba y traía al asesino».

Sparta bajó de la cama rodando y se deslizó por el suelo de madera pulida sobre el estómago, apretándose desnuda contra la pared de debajo del alféizar de la ventana. Aguzó el oído...

En los profundos valles los pájaros nocturnos gritaban y un millón de pequeñísimas ranas cantaban a la luna. La luz de la luna llena inundaba la habitación a través de las cortinas de encaje.

No era por la mañana y ella no se hallaba en el sanatorio de Colorado: estaba en la casa de Holly Singh, en la India, y el aire era tan frío que podía ver su aliento a la luz de la luna. El sonido que había oído no era un «Snark»: era el pequeño «Dragonfly» de dos asientos de Singh, su motor de fusión eléctrico tan silencioso que lo único que se oía era el susurro de las hélices; y no se acercaba, despegaba.

Sparta levantó la cabeza hasta la esquina de la ventana y se asomó al césped. Su ojo derecho se fijó en el «Dragonfly», ya a medio kilómetro de distancia, mientras ascendía recortado sobre las cimas sombreadas por la luz de la luna, y se concentró hasta que la imagen de la cabina llenó su campo de visión. El ángulo era malo; miraba desde atrás, y sólo podía ver el brazo y hombro izquierdos del piloto, pero la imagen de infrarrojos procesada por la corteza visual de Sparta era brillante como la luz del día. El piloto era una mujer: Singh, o alguien que se le parecía mucho.

Algo en Sparta no la dejaba tranquila. ¿Era realmente Singh quien estaba en el helicóptero? Y ¿a dónde iba en mitad de la noche?

Sparta expulsó su aliento con un corto suspiro, un airado espasmo semejante a un gruñido, y bruscamente se puso de pie. Por un momento quedó expuesta a cualquiera que estuviera observando su ventana, pero se sentía desafiante. Cruzó la habitación hasta el armario donde había colgado su poca ropa y se puso un mono de polilona negro, muy ajustado; luego unos suaves zapatos en sus pequeños pies. Regresó a la ventana, esta vez en silencio, de manera invisible.

Desarmó el avisador colocado en el cristal. En el aire nocturno el marco de madera se había contraído; salió fácilmente, rascando con suavidad el marco.

Sparta se deslizó fuera y cerró la ventana tras de sí. Bajó corriendo por el tejado

de suave pendiente. En la esquina del porche probó la resistencia de la cañería; luego, enganchó sus manos en ella, avanzó y se colgó del tejado, los pies a un metro del suelo. Se dejó caer en silencio en un lecho de decorativo musgo irlandés.

La luz de la luna a través de los árboles creaba un mosaico azul y negro, pero para el ojo de Sparta, sensible a los infrarrojos, el suelo mismo relucía con sombras de rojo apagado; reflejando el césped y los arbustos, así como la tierra desnuda, el calor del sol en grados diversos. Anduvo de prisa por los caminos que conducían al sanatorio.

Se detuvo una vez, al ver la fantasmagórica forma blanca que se movía en las oscuras ramas de cedro, pero no era más que una garceta que había buscado refugio para pasar la noche por encima del nivel del suelo.

Llegó al sanatorio. Eran cuatro edificios bajos de ladrillo con el tejado de metal que formaban un complejo; en el centro del patio se erguía un viejo castaño nudoso. Dos de los edificios, frente a frente, eran dormitorios y sus habitaciones individuales se abrían a un porche. Un tercer edificio alojaba la lavandería, la cocina y el comedor.

Escuchó las respiraciones profundas y drogadas de los hombres y mujeres que dormían en los dormitorios, pero pasó de largo. La cuarta estructura, la clínica, era su objetivo.

Excepto las débiles luces amarillas que iluminaban los porches, en ninguno de los edificios se veía luz. Sparta dio la vuelta a la clínica lentamente, manteniéndose en las sombras. Su ojo con enfoque de cerca recorrió la línea del tejado, el marco de cada ventana y cada puerta, buscando cámaras de control y avisadores.

Al parecer la seguridad del edificio era sencilla, casi primitiva. Ninguna cámara vigilaba el complejo. Las puertas y ventanas tenían alambradas de tiras conductoras. Sparta eligió una ventana medio escondida por un rododendro y empujó sus persianas. Del tenso bolsillo de su mono sacó una fina herramienta de acero; con fuerza medida con precisión cortó un círculo en el cristal cerca del pestillo, le dio unos golpecitos y dejó que el disco de vidrio cayera sobre su mano. Metió la otra mano por el agujero y estaba a punto de poner un lazo flojo de alambre a la tira conductora de la alarma cuando, a través de sus púas INP, percibió que no pasaba corriente por la alarma.

Pensó en ello durante un milisegundo, y luego, de todos modos, puso el lazo, sujetando ambos extremos con masilla aluminizada. La corriente podía empezar a fluir sin avisar. Después corrió el cerrojo. A diferencia de la ventana del dormitorio, necesitó fuerza para levantar este marco; migas de suciedad y pintura vieja le cayeron en la cara y en el pelo.

Se subió con facilidad al alféizar, dobló las piernas y se enroscó de lado a través de la estrecha abertura. Sus pies tocaron las tablas del suelo y se levantó. Se hallaba en una pequeña habitación equipada con una cama de hospital y equipo diverso de diagnóstico. No lo que se esperaba de un caro sanatorio privado. Dejó la ventana

entreabierta y se puso a explorar.

Las oficinas y salas de examen de la clínica se encontraban dispuestas a ambos lados de un largo pasillo central. La luz de la luna se derramaba a través de las persianas de tablillas y las puertas, la mayoría de las cuales se hallaban abiertas, sobre una alfombra deshilachada.

El ojo explorador del calor de Sparta examinaba cada una de las habitaciones mientras avanzaba, pero empleaba poco tiempo, pues esperaba encontrar los archivos de la clínica en la oficina de administración. Con la micro-supertecnología, podían almacenarse los datos de todo un siglo en una placa del tamaño de una rupia.

En el centro del edificio, cerca de la puerta delantera, encontró una puerta cerrada. Una placa de latón grabada clavada en la puerta decía «Doctora Singh».

Sparta olfateó la sencilla cerradura magnética. Por la pauta del roce de Singh dedujo su secuencia. Un segundo más tarde, entró en el despacho.

Experimentó un extraño estremecimiento de orgullo. Había sido tan fácil, que apenas había tenido tiempo de esforzarse. Le gustaba poder engañar a los monitores de fotogramas mediante los simples trucos de movimiento de una bailarina; le gustaba poder ver en la oscuridad y engañar a los sensores de movimiento mediante la sincronización de sus pasos. Le gustaba poder oler quién había sido el último en estar en la habitación y cuándo. Le gustaba poder atravesar prácticamente las paredes.

Y le gustaba poder leer el sistema de un ordenador introduciendo las púas INP de debajo de sus uñas en sus accesos FO, sacándole la información, como hizo ahora, en la pequeña caja de ordenador refrigerado por agua que encontró en la pared del despacho de Singh.

Por un momento se quedó en trance, abrumados sus sentidos por el sabor aromático de los números que fluían a través de su órgano calculador, el ojo de su alma. Para ella, la manipulación matemática bordeaba lo erótico. La clave en código que perseguía tenía el gusto y el olor de las mandarinas... el tacto de un leve rasguño... el sonido de una flauta de bambú. Con destreza pasó las protecciones del banco de datos y segundos más tarde encontró lo que buscaba.

Rio en voz alta, no por lo que había encontrado —que no era gracioso— sino por el placer que le producía su destreza. Le habían proporcionado poderes que ella nunca había pedido ni había consentido, poderes mayores de lo que ellos sabían.

Al principio le había asustado darse cuenta de que podía oír lo que la otra gente no oía, que podía degustar y oler sabores y aromas que los otros no podían, y no sólo percibirlos sino analizarlos con detalle químico preciso. Le había asustado —aunque le resultaba práctico— descubrir que podía abrir cerraduras electrónicas y comunicarse directamente con los sistemas de ordenadores más complejos. Igualmente prácticos eran su ilimitada memoria y su capacidad de calcular, a nivel profundo, mucho más de prisa de lo que su consciente podía seguir.

Hasta no hacía mucho tiempo, incluso tenía la habilidad de percibir el éter, de lanzar su voluntad a través de un rayo de microondas: acción a distancia. Más que la simple comodidad, aquella sensación era de puro poder.

Pero eso le había desaparecido en Marte. Los polimeros orgánicos de simulación de la vida que en otro tiempo habían provisto a su vientre de poder eléctrico candente habían sido destruidos por la bomba pulsátil de un asesino. Los cirujanos, que desconocían el caso, terminaron con ello.

No la habían educado para depender de estas prótesis. Sus padres le habían enseñado a confiar en sí misma, le enseñaron a creer que simplemente ser humano no era suficiente, pero —si podía ser plenamente humana— sí más de lo que jamás sería necesario. Ser humano era ser potencialmente triunfante.

Lo que ahora vio en las fichas codificadas de Singh confirmó la convicción que se había estado formando en su mente desde que dejara Marte. Muchos sujetos humanos habían pasado por las manos de Holly Singh. Una proporción asombrosa de ellos habían muerto. Todos eran anónimos, sin hogar, pobres, huérfanos: personas que nunca serían echadas en falta.

Entre ellas destacaba una:

Sujeto femenino, 18 años, altura 154 centímetros, peso 43 kilos, pelo castaño,
ojos castaños, raza blanca (antepasados ingleses)/
diagnóstico de esquizofrenia paranoide de la agencia transferidora confirmado/
la paciente se queja de alucinaciones auditivas y visuales graves y conscientes/
tratamiento prescrito: inyección de neuroamplificación GAF/
complicaciones del sistema nervioso autonómico/
apnea/
temperatura corporal elevada/
convulsiones/
paciente declarada muerta a las 11.31 de la noche/
disposición del cuerpo según directriz del cónclave/
envío a contacto en Norteamérica sin incidentes/
editados documentos, transmitidos con éxito el...

Ese día, aquel mes, aquel año. Y la chica muerta, una fugitiva sin nombre recogida en un asilo de Cachemira, apropiada por Síng h para sus propios fines, podía, por su aspecto, ser gemela de Sparta. Su apariencia era lo único que habían necesitado de ella, la apariencia de su cuerpo muerto. El tratamiento que aplicó Singh a la chica que tuvo la suficiente mala suerte de parecerse a Linda N. fue un rápido y deliberado asesinato.

Ocho años atrás, Sparta había sido paciente de un sanatorio, un edificio de la misma época que éstos y que también estaba situado en las montañas, las Montañas

Rocosas de Norteamérica. Había estado atrapada allí, enfangada en su propio pasado, inmovilizada por su incapacidad de retener nueva información durante más de unos minutos. Su memoria a corto plazo había sido erradicada de un modo tan efectivo que ni siquiera podía recordar la cara de su médico.

Pero el médico que ella tenía tanta dificultad en recordar había sabido restituírle la memoria; lo había hecho a costa de su propia vida, dándole unos preciosos segundos que ella había utilizado para escapar, en el «Snark» que había traído a su asesino.

Era una coincidencia que, en aquella época, la doctora Holly Singh dirigiera un sanatorio de montaña en la otra punta del Globo. Era una coincidencia que Singh hubiera desarrollado las técnicas del neurochip que el médico había utilizado para salvar a Sparta, las mismas técnicas, en parte, que habían hecho de Sparta un fenómeno.

Otra coincidencia casi imposible. Cuando la *Queen Elizabeth IV*, con su tripulación complementada con los chimpancés mejorados neurológicamente, se había estrellado en el Gran Cañón, el capitán Howard Falcon, viejo amigo de Holly Singh, había sido restituido. Lo que pudieron salvar de su sistema nervioso había dependido de la misma tecnología del neurochip. Por supuesto, a Falcon le habían hecho más, mucho más.

Sparta, Falcon y Steg, el chimpancé tullido, eran primos por debajo del cráneo.

Sparta cargó toda la ficha secreta en su propia memoria y sacó sus púas de los accesos del ordenador. Se quedó en el despacho iluminado por la luz de la luna, escuchando los gritos de los pájaros exóticos, el rugido de un tigre, el parloteo de monos que no dormían.

Había poderes en el mundo que pretendían hacer que los humanos fueran tan pasados de moda evolutivamente como los monos y los chimpancés, que pretendían quitar sentido a la distinción. Holly Singh trabajaba para ellos, no para el Consejo de los Mundos, no para la Junta de Control Espacial, y ciertamente no para el bienestar de sus pacientes.

Sparta salió del despacho de Singh y cruzó el pasillo. Quitó el lazo de alambre del circuito de la alarma y cerró la ventana, dejando el limpio agujero en el cristal; luego salió por la puerta principal. Si se enfrentaba con ellos ahora o por la mañana apenas importaba. Como oficial de la Junta de Control Espacial, arrestaría a la doctora Holly Singh. Singh y sus sirvientes no podrían resistirse.

Los humanos y las máquinas hacía siglos que crecían en simbiosis. Sparta no era más que una forma ligeramente precoz de lo que se avecinaba, la inevitable mezcla del individuo humano y el mecanismo generado por el ser humano. ¿Qué era ella sino lo que en otro tiempo se llamaba un *cyborg*?

«No —la muchacha muerta de dieciocho años que había en ella gritó—, soy

humana». Un ser humano corrompido por esta dependencia artificial, estas prótesis que compensaban no una deficiencia natural o necesaria sino que le habían sido implantadas a la fuerza por otros con programas inhumanos propios.

Sin embargo, se había vuelto dependiente de sus prótesis, incluso a pesar de que se repetía a sí misma que las utilizaba sólo para el bien, por la Humanidad, para descubrir qué había ocurrido con sus padres, supuestamente asesinados, y encontrar a los que podían haberles asesinado, y para eliminar a esos seres perversos que, al proporcionarle esos poderes, le habían dado el poder de defenderse.

Y ella adoraba ese poder. En este momento, no tenía miedo de nada.

Caminó con atrevimiento por el sendero iluminado, una mujer segura de sí misma que creía que sus extraordinarios sentidos la protegerían de cualquier cosa que la noche pudiera esconder, y no oyó a la criatura que salió de las sombras detrás de ella.

Salió de detrás de los árboles y saltó sobre ella por la espalda y, por un horrible instante, cuando su nariz se inundó del olor de la bestia, pensó que ésta le arrancaría la cabeza de los hombros con sus correosas manos y musculosos brazos de pelo negro. Unos colmillos amarillos le rascaban el cráneo.

La fuerza de ella era una décima parte de la del animal; en circunstancias ordinarias, su rapidez —aun aumentada como era— apenas podía equipararse a la del chimpancé. Desesperada, se retorció, esquivando los colmillos y deshaciéndose de la garra que le apretaba la garganta, y rodó, alejándose del alcance de las patas descoordinadas de la bestia. El sistema nervioso central dañado del pobre Steg no le había impedido demostrar paciencia y cautela, pero su control motor estaba seriamente dañado.

Tras haber fracasado en su intento de matarla inmediatamente, se encontraba a merced de ella. El animal huyó, y ella echó a correr tras él. El aterrorizado chimpancé corría y tropezaba, estirando sus brazos y saltando sobre sus nudillos, chillaba y aullaba de angustia, y sus gritos inmediatamente fueron seguidos por todos los animales de las jaulas del zoo particular de Holly Singh que no dormían.

Algo se había metamorfoseado en Sparta. Su clemencia había estado en tensión durante las últimas semanas, y no sentía más compasión por este miserable medio simio que Artemisa por un ciervo. La agilidad y velocidad que la habrían convertido en bailarina si hubiera elegido ese camino, ahora la impulsaban a un acto de venganza.

Diez metros más allá en el sendero, Sparta saltó sobre la espalda del animal y le abatió, gritando. El alambre que había utilizado para desviar el sistema de alarma de la clínica le rodeó la garganta e interrumpió sus gritos de pánico.

Utilizó la fuerza. El animal murió en cuestión de segundos.

Muerte. El torbellino absorbente que la atraía, al cual se había resistido con menos energía, menos convicción, a medida que transcurrían los meses. Un rastro de muerte, hasta este momento no por su propia voluntad sino que la guiaba, como si fuera atraída gravitatoriamente hacia un nexo de destrucción en movimiento. En la Tierra. Venus. La Luna. Marte.

Y sus padres, muertos o no, habían desaparecido. Laird, o Lequeu, o como quiera que se llamara ahora la figura en sombras que le seguía el rastro, había intentado con todas sus fuerzas asesinarles. Era suficiente, y aunque él se hallaba fuera de su alcance, otros no lo estaban. Esperó el regreso de Holly Singh, pues ahora comprendía muy bien por qué Singh se había marchado.

Steg —que entendía órdenes un poco más complejas de lo que Singh había simulado— había recibido la orden de asesinar a Sparta en su cama. Se hallaba de

camino cuando ella se tropezó con él en el sendero. Haber resultado muerta por él habría parecido un trágico y muy lamentable accidente. Sin duda la doctora Singh habría derramado abundantes lágrimas, y el desquiciado Steg, lamentablemente, habría muerto. Pero Singh merecía morir más que Steg.

Cuando Sparta se levantó y se quedó de pie, había un brillo en sus ojos más salvaje que cualquier luz que hubiera visto en los del chimpancé. Ella, que creía que odiaba matar. Ella, que vivía para impedir el asesinato y para juzgar a los asesinos con misericordiosa justicia. Se quedó de pie con el alambre goteando sangre del animal tullido y oyendo los gritos de otros animales aterrorizados que llenaban la noche. En sus gritos había algo menos que luto pero más que temor: el anuncio de la muerte.

Sparta descubrió, examinando su alma y recordándose lo que supuestamente ella creía, que no sólo no podía encontrar ninguna objeción a matar a Holly Singh, sino que incluso podía esperar ese acontecimiento con cierto placer.

Sin embargo, junto con este recién descubierto gusto por la sangre había una sensación intensificada de los refinados placeres de la caza. Decidió que, después de todo, aplazaría la venganza inmediata contra la doctora Singh en favor de una caza mayor.

Un prolongado vuelo a lo largo de la cordillera la devolvió a la ciudad de Darjeeling. El sol temprano apareció en las montañas hacia China, no como el trueno sino como el fuego frío; el aliento de Sparta echaba vapor frente a ella, y pensó, mirándolo, que la bola abrasadora de fuego amarillo la estaba desafiando directamente, en los términos más íntimos, a cesar el paciente interrogatorio y a actuar; el sol naciente la había transfigurado. A su derecha, el tejado de este mundo. A su izquierda, el universo habitado y su deidad, que le hablaba con rayos de luz.

Unas compras en el mercado y una visita a la letrina detrás de una tienda de dulces y ya estaba lista para el primer tren de la mañana. Al viajar en la traqueteante antigüedad atravesando los terraplenados campos de té hacia las llanuras, Sparta no era más que otra muchacha turista en busca de la ilustración y el *bangh*.

Cuando el pequeño tren llegó a la estación término, el pensamiento de Sparta había evolucionado. Le parecía que su papel como Ellen Troy, inspectora de la Junta de Control Espacial, por fin y de manera completa había llegado al final de su utilidad. Porque para lo que estaba a punto de hacer, ¿qué era una placa si no un estorbo? Cruzó el andén hasta la cabina telefónica más cercana. En sí misma —como ella había demostrado tan a menudo en su corta historia— era un billete para la riqueza, la movilidad y la invisibilidad. Una sonrisa acudió a sus labios siempre abiertos. Raramente sonreía, y esta vez no lo hizo de manera agradable.

Un día después de abandonar Darjeeling, entró en el puente aéreo de Varanasi.

Sus ojos eran castaños, su pelo largo, lacio, negro y lustroso como el de Holly Singh, y su sari habría honrado a una maharani. Cuando habló con el encargado de la cabina del avión hipersónico a Londres, su acento era el perfecto de la BBC, avivado por musicales indicios de la India.

Pero cuando salió de Heathrow para ir a Londres en magneplano, tres horas más tarde, su pelo volvía a ser dorado rojizo y rizado, y sus ojos eran de un verde brillante.

A la mañana siguiente despertó entumecida y con frío, al oír la negra lluvia que golpeaba la única y pequeña ventana de su apartamento. El invierno había llegado a Londres.

El vídeo se iluminó con la imagen de un hombre joven que envolvía las palabras con sus labios rojos como si chupara una pastilla.

—Informa Ronald Weir de la BBC. Éstas son las noticias de la mañana. La Junta de Control Espacial acaba de anunciar la captura del carguero *Doradus*. La nave fue hallada abandonada en una región apenas poblada del cinturón del principal asteroide. Hacía varios meses que se buscaba al *Doradus* y a su tripulación en relación con el intento de robo del objeto conocido como la placa marciana. Un portavoz de la Junta Espacial ha dicho que se ha descubierto que el *Doradus* iba fuertemente armado con sofisticadas armas de un tipo limitado al uso por las agencias autorizadas del Consejo de los Mundos. Los propietarios nominales de la nave han sido abordados con nuestras preguntas.

El locutor revolvió sus papeles.

—En Uzbekistán, región administrativa del Asia Surcentral, líderes religiosos han anunciado el cese del fuego en las hostilidades que llevan nueve años...

Sparta se puso uno de los vestidos y jerseys más feos de Bridget Reilly. Tras un rápido desayuno a base de pasta de soja con salvado, se envolvió en su Burberry gastada y se encaminó bajo la gris lluvia a su oficina de la ciudad.

Hasta el momento, ninguna burocracia había estado a salvo de sus pesquisas electrónicas. Como la hiedra en una pared de piedra, su mente había llegado a las rendijas de toda fachada burocrática, entrometiéndose con paciencia para obtener un poco de información aquí y otro poco allá, hasta que las masivas estructuras de la obstinación y el engaño se habían desmoronado.

La Junta de Control Espacial empleaba las redes informáticas más sofisticadas de los mundos habitados; una oficina completa dentro de la Junta se dedicaba a perfeccionar la seguridad de los ordenadores, y otra oficina entera estaba dedicada a estropear el trabajo de la primera. Había una manera, sólo una, de mantener la seguridad perfecta en un ordenador: el aislamiento completo, no permitir que la máquina hablara con otra, y para los fines de la Junta Espacial, esa clase de seguridad

era inútil.

Sparta estaba muy familiarizada —aunque no se esperaba que lo estuviera— con las complicaciones de los sistemas de encriptación original y fractal. Cuando todo lo demás fallaba y ella optaba por emplear el tiempo necesario, el ordenador de detrás del hueso de la frente podía romper las palabras en clave criptografiadas mediante la fuerza absoluta del cálculo a gran escala. Así, a la larga, podía fisgar en cualquier ficha que quisiera ver. Con mucha más facilidad, alteraba fichas y creaba otras nuevas a medida que las necesitaba.

La información era un océano en el que ella nadaba libremente.

—La Directriz Principal señala que en cualquier contacto entre humanos y formas de vida desconocidas, los exploradores humanos tomarán todas las medidas necesarias para evitar perturbar a las formas desconocidas. Hay algunas especificaciones y aclaraciones, por supuesto, pero esto es lo esencial.

—Un principio excelente, que tratamos de que se cumpla. —Dexter Plowinan se parecía a su hermana de un modo alarmante; tenía un rostro flaco, cejas tupidas y el pelo negro canoso encrespado—. Con buenos resultados, por supuesto.

Blake y los dos Plowinan iban a pie a paso ligero hacia el Nordeste por una playa, al parecer interminable, llena de basura. A su derecha, un oleaje cansado, del color del té, chocaba con la arena. A su izquierda se elevaban las serpenteantes y ennegrecidas ruinas de Atlantic City.

Arista había seguido a su hermano a esta sombría playa, donde estaba efectuando una inspección personal —y de paso, proporcionando a los periodistas oportunidades de fotografiarle— preparando su próximo gran litigio contra el Gobierno. Los periodistas habían sido reacios a dejar el solar de aparcamiento y llenarse los zapatos de arena, así que Blake tuvo a Dexter y a Arista solos el tiempo suficiente para efectuar su discurso.

—A lo que quiero llegar, señor, es a que la Directriz Principal fue promulgada en una época en que no había indicios de vida sobreviviente de ningún tipo en ningún otro sitio del sistema solar...

—¡Muchas pruebas de vida! —Casi se podía oír la objeción no manifestada en el tono de Dexter—. ¡Todos esos fósiles!

—Sí, señor, en un momento en que se habían descubierto media docena de fósiles en la superficie de Venus, todos ellos con seguridad de hace mil millones de años, cuando Venus tenía océanos, un clima moderado y una atmósfera parecida a la de la Tierra.

—¡De eso se trata, Redfield! Cierra la puerta antes de que los cerdos se vayan, ¿no lo dicen así?

—El caballo, Dexter —murmuró su hermana.

Él no le hizo ningún caso.

—Y lo que es seguro es que no fue mucho antes de que la placa marciana demostrara que habían llegado aquí. Y sólo hace unos meses, hubo aquellos espectaculares descubrimientos en Venus...

—Sí, señor, yo me encontraba en Puerto Hesperus en aquella época —dijo Blake.

—¿Ah, sí?

—Mi pregunta es diferente. Me pregunto sólo qué motivó...

—¡Motivación! —Dexter dio una fuerte patada a un montón de jeringas usadas

—. Un trabajador de una estación espacial acudió a nosotros con pruebas de que había sido infectado con microorganismos extraterrestres.

—¡Qué fiasco! —Arista hizo una mueca de burla—. No pudiste presentar ni una prueba en el juicio.

—Aunque quizá perdimos la herradura, querida —no la miró cuando le dijo *querida*—, salvamos el clavo.

—Perdiste el caso —murmuró ella.

—Ganamos el principio. Ningún contacto entre humanos y extraterrestres. Cuarentena establecida como línea de base. Una victoria resonante para la exoecología. Nada de mezclarse con cosas que no comprendemos.

Hizo una larga pausa para arrancarse un montón de brea del pie.

—Sí, señor. Mientras que el litigio de los trabajadores no tuvo éxito, la Junta Espacial no se resistió a la posterior campaña que realizó usted para que la Directriz Principal se convirtiera en ley administrativa —dijo Blake.

Dexter le lanzó una mirada apreciativa: ¡qué muchacho tan brillante!

—De hecho, su oficina de Planificación de Largo Alcance ya estaba de nuestro lado. Había dado su testimonio amistoso.

Blake vaciló, acercándose al momento delicado.

—El trabajador de cuya reivindicación usted se encargó.

—Una acción de clase, de hecho. En beneficio de todos los empleados de la Junta de Control Espacial que habían sido expuestos a organismos extraterrestres causantes de enfermedades.

—Organismos extraterrestres no existentes —murmuró Arista.

—No se hizo nada para intentar castigar o disciplinar al trabajador debido a su acción legal —dijo Blake.

—¡Nos aseguramos de eso!

—De hecho, le aumentaron el sueldo y fue promocionado al cabo de un año de haber perdido su pleito contra sus jefes.

Dexter enarcó una poblada ceja —¿ah, sí?— pero no dijo nada.

—Tenía curiosidad en cuanto a dónde tuvo su origen el texto real de la Directriz Principal —prosiguió Blake—. Logré develar un borrador de un memorando de Brandt Webster, quien, como es posible que sepa usted, actualmente es Subdirector de Personal de Planes...

Dexter explotó:

—¿Cómo?

—¿Diga?

—¿Cómo descubrió el borrador de este memorando?

—Utilicé un... ordenador que tengo en mi casa. El memorando de Webster recita las frases de la Directriz Principal prácticamente tal como fue adoptada algo más de

un año después. Me pregunto... —Dexter juntó sus gruesas cejas y tropezó con el cuerpo de una gaviota.—... si es posible que Webster trabajara con ustedes en Vox Populi al redactar la propuesta para el Consejo de los Mundos.

La mirada de Dexter pasó a su hermana.

—Sin duda es posible. No estoy seguro, hace mucho tiempo.

—Señor, al principio el superior de Webster rechazó su propuesta por varios motivos, principalmente que en situaciones sin precedentes debía permitirse a los astronautas el mayor alcance posible de criterio y acción. Además, no había ninguna prueba de vida extraterrestre en el sistema solar en aquel momento y sí muchas pruebas contra su existencia en condiciones que no fueran como las de la Tierra. Todo eso sucedió cinco meses antes de que el trabajador de la Junta Espacial acudiera a usted con su queja. —Blake dio una palmada a la cartera de mano que se había llevado a la playa—. Tengo aquí las holocopias.

—Hum. Más tarde, señor Redfield.

—También tengo copias de los documentos que el trabajador, el señor Gupta, le mostró a usted cuando vino a verle por su problema. Y los holos de la recuperada sonda de Júpiter que supuestamente trajo un organismo infeccioso a la Base de Ganímedes. Y microfotogramas del supuesto organismo extraterrestre. Y el informe del médico sobre la infección CNS del trabajador...

—Recuerdo todo eso perfectamente —dijo Dexter irritado, pero el fuego había acabado con su objeción.

Arista sonrió con malicia.

—Entonces el señor Redfield no tendrá que enseñarte los documentos que demostraron que el llamado organismo extraterrestre era *S. cerevisiae* corriente, levadura, mutada por exposición a radiación gamma y a antibióticos.

—Eso no salió a la luz hasta mucho más tarde —dijo Dexter.

—Y su infección del sistema nervioso resultó ser un caso leve de herpes —informó Arista.

—Eso alegó la defensa —contestó Dexter.

—Eso creyó el jurado —replicó Arista.

—Por entonces habíamos dominado los medios de comunicación durante meses —dijo Dexter—. El tema más importante fue bien comprendido por el público: podían existir formas de vida extraterrestres peligrosas. Como dije en aquel momento, una puntada a tiempo, ahorra ciento. Y sigo creyéndolo firmemente.

—Señor, este Gupta puede que sea miembro del grupo que ha mencionado antes, el Espíritu Libre...

Las cejas de Dexter se enarcaron.

—¡Ah, ahora lo entiendo! ¡Una conspiración! —Efectuó un agudo giro a la izquierda, conduciendo el pequeño grupo en torno al desagüe de una cañería de aguas

residuales—. Está usted insinuando que me engañaron para ayudar a crear un clima político en el que la Directriz Principal pasara las objeciones de los jerifaltes de la Junta Espacial. Sí, sí, Redfield, ahora entiendo por qué mi hermana se tragó su azucarado argumento. Pero ha pasado usted una cosa por alto.

—¿Qué? —preguntó Arista.

—¡La motivación! ¡La objeción! ¿Qué posible motivación podía tener este culto del Espíritu Libre para proteger a los exploradores humanos de los gérmenes extraterrestres?

—Ninguna, señor.

—¡F. O. B.! —gritó Dexter.

—Q. E. D. —murmuró Arista.

—Eso no es lo que hace principalmente la Directriz Principal, señor —dijo Blake con suavidad—. La Directriz Principal de hecho exige que un explorador se sacrifique a sí mismo antes que dañar o perturbar a un extraterrestre.

—Incluso a una alimaña extraterrestre —dijo Arista con amargura—. Dexter, cállate un minuto. Deja de defenderte y límitate a escuchar.

Hermano y hermana se miraron fijamente. Dexter parpadeó primero.

—Adelante, Redfield —dijo Arista.

—Cuando me infiltré en el Espíritu Libre aprendí que sus creencias se basan en textos históricos que ellos creen son documentos de visitas de extraterrestres a la Tierra. El llamado Conocimiento indica la ubicación aproximada de la estrella hogar extraterrestre. También indica cuándo y dónde creen que el Pancreator extraterrestre regresará.

—¿Lo cual será...? —gruñó Dexter.

—Júpiter. Dentro de dos años.

El pequeño grupo se detuvo. La playa, al frente, estaba llena de pequeñas formas purpurinas.

—¿Qué es aquello? —preguntó Dexter horrorizado—. ¿Restos del almuerzo de alguien?

—Medusas, señor. No las pise. Podrían picarle.

—Por lo que dice usted —Dexter se metió las manos en los bolsillos de su abrigo. De pie, inmóvil, el viento parecía más fuerte—, Redfield, ¿por qué Vox Populi u otro estaría interesado en lo que creen esos lunáticos?

—Por un par de razones, señor. Se han apoderado de la maquinaria del Gobierno; han gastado el dinero de la gente en su religión, si quiere mirarlo de ese modo. En el último siglo se han enviado 326 sondas a las nubes de Júpiter. Dentro de dos años, la expedición de la *Kon-Tiki* tiene programado enviar el primer explorador humano a Júpiter.

—Sí, sí, es un gran derroche; pero la ciencia es así, ¿no? Timadores y locos

esquilando al público.

Blake dejó pasar el arrebato.

—¿Y si alguna cosa extraterrestre está esperando en las nubes de Júpiter? La Directriz Principal prohíbe acercarse a ella.

Dexter negó con la cabeza.

—¡Esto es una locura!

—Los del Espíritu Libre son unos locos —dijo Blake—. Eso no significa que no tengan razón. Lo que he visto del Conocimiento parece bastante convincente.

—Equivocados o no, hay que detenerlos —intervino Arista.

—¿Cómo propone hacerlo, Redfield?

—Me alegro de que lo pregunte, señor...

Dieron la vuelta y regresaron por la playa. El frío viento lleno de humo que les había azotado por la espalda ahora les golpeaba en las mejillas y les quemaba los ojos y las ateridas orejas, y Blake tuvo que gritar para esbozar su plan.

Cuando llegaron al solar del aparcamiento, donde unos cuantos periodistas temblorosos todavía esperaban oír la siguiente salva antigobierno, él era más que un converso; ya estaba preparándose para llevarse el mérito del esquema de Blake.

—Como siempre he dicho, Redfield —expuso—, no se pueden romper huevos sin un cañón suelto.

—Ese soy yo, señor —coincidió alegre Blake, mientras Arista ponía los ojos en blanco.

Cuarta parte

EL MUNDO DE LOS DIOSES

17

«Dos años más tarde...».

La gabarra de combustible aplicó las mangueras con un poco más de brusquedad de lo debido y derramó una rápida ráfaga de oxígeno congelante en el espacio. En el tablero de mandos del capitán Chowdhury, los números saltaron de repente. Ninguna alarma funcionó, no se rompió ninguna pieza vital, pero la *Garuda* tendría que gastar más combustible del que debería, sin moverse.

El capitán ahogó un juramento.

—*Garuda* a *Sofala*, ha sido una separación execrable. Hagan el favor de aprender a hacer su trabajo antes de volver.

—Nuestra opinión es que el único que tiene que aprender su trabajo es su jefe de carga —replicó con aspereza el capitán de la *Sofala*—. ¿Insiste en el arbitraje?

Chowdhury vaciló —su proporción masa-combustible sólo se encontraba ligeramente en la parte baja— antes de responder, con tanta frialdad como pudo:

—Dejémoslo estar. Pero vaya con cuidado.

Sofala no se dignó contestar. La gabarra de combustible se alejó suavemente, ascendiendo hacia Ganímedes.

Chowdhury desconectó. Tendría que cambiar unas palabras con su jefe de carga. Entretanto, no se había producido ningún daño y había cosas más importantes de las que preocuparse.

Pero se preguntó a qué demonio no había propiciado antes de elevar este autobús de grandioso nombre de Ganímedes un mes atrás. Lo que debería haber sido un trabajo de rutina, a pesar de todo el revuelo por la curiosa carga —al fin y al cabo, lo que tenía que hacer no era más que mantener su remolcador modificado parado detrás de la pequeña luna de Júpiter, Amaltea— le había mortificado desde el principio con todos los fallos técnicos, duendecillos y problemas que había logrado evitar en una carrera de veinte años sin errores, manipulando naves entre los satélites de los grandes planetas.

El duendecillo en aquel caso era Sparta. Ésta había introducido sus púas INP en uno de los microprocesadores del control de combustible y liado su cronometraje; un segundo más tarde lo había reajustado. La comprobación del sistema que efectuaría

Chowdhury no revelaría nada anómalo.

Sparta flotaba en el aire en las sombras del colector de carga, escuchando el rápido intercambio entre los dos capitanes —filtrando sus voces distantes para separarlas de las múltiples vibraciones de la nave— antes de adentrarse más en la oscuridad.

Utilizó el más estrecho de los pasadizos de acceso para trepar hacia su guarida en una de las bahías de energía auxiliares de la nave. En su rostro ennegrecido de grasa, sus ojos hundidos le brillaban. Se escurrió a través de las sombras, abriéndose paso gracias a sus agudos oído y olfato y viendo el apagado resplandor rojo de las entrañas de la *Garuda* en los infrarrojos. Llegó a su nido mientras el remolcador aún se tambaleaba por la mala desconexión.

En una estación espacial o una colonia satélite, cuyas poblaciones a menudo excedían los cien mil, Sparta podía haber desaparecido fácilmente en la multitud — como había hecho en la Base de Ganímedes—, pero en una nave con veintiocho personas a bordo, su única opción era esconderse. Disfrazó su ligera pero anómala masa de más provocando numerosos pequeños «accidentes» al cargar combustible y suministros.

Durante un mes, desde que la *Garuda* había salido de Ganímedes, había vivido la vida de un refugiado sin hogar, ocultándose en el pequeño espacio que había entre la escotilla de servicio y la unidad de AP. En ese tiempo había adelgazado y se había ensuciado mucho, pues tenía pocas oportunidades de lavar su cuerpo o el pelo y ninguna de lavar su ropa. Dos veces se había arriesgado a robar alguna pieza de ropa sucia del reciclador, sustituyendo su propia ropa interior y mono sucios. Había sisado comida cuando había podido y rescatado restos del reciclado; su magra dieta tenía una elevada proporción de nutrientes en formas que los otros no querían: zumo de uva en polvo, extracto de levadura salada, patatas liofilizadas... pero ella llevaba su propio suministro de «Striaphan», en un tubo lleno de cientos de pequeños discos blancos que se fundían como azúcar fino bajo la lengua.

La *Garuda* era la nave nodriza de la *Kon-Tiki*. Un veterano de diez años de servicio en el espacio cerca de Júpiter, hasta que dieciocho meses atrás, la *Garuda* se convirtió en un remolcador de carga de gran potencia, poco atractivo, con equipamiento espartano para la tripulación usual de tres. Ahora sus constructores no la habrían reconocido. Las bodegas de carga de la *Garuda* habían sido sustituidas por un complejo de instalaciones para la tripulación, pequeñas pero lujosas —camarotes privados, comedor, sala de juegos, clínica, comisaría— y sus sistemas para mantener la vida habían sido aumentados, sus unidades de energía a bordo se había incrementado, sus tanques de combustible químicos habían triplicado su capacidad. En medio de la nave, la *Garuda* estaba erizada de antenas y mástiles de

comunicaciones.

El cambio más evidente y asombroso era el propio Control de la Misión de la *Kon-Tiki*, la gran habitación circular que cortaba el centro de la *Garuda*, rodeando el ecuador de la nave con ventanas de cristal oscuro bajo la cúpula más pequeña del puente. Una vez lanzada la *Kon-Tiki*, un director de vuelo y cinco controladores manejarían las consolas del Control de la Misión, en tres turnos de doce horas.

Y ahora que la *Sofala* había llenado los tanques de combustible de la *Garuda*, sólo faltaban unas horas para ese lanzamiento.

Sparta se hallaba encogida como un feto, ingrávida en la oscuridad, escuchando la cuenta atrás final...

Cuando las cámaras de aire principales de las dos embarcaciones se juntaron, el módulo *Kon-Tiki* había sido transportado a la órbita de Júpiter en la proa de la *Garuda*. Ahora Sparta oyó que se sellaban las esclusas y se cerraban las escotillas; sintió el estremecimiento de las trabas al colocarse en su sitio en una secuencia precisa y el golpe final de la separación. Oyó el siseo de los chorros de control de postura de la *Garuda*, que compensaban casi imperceptiblemente el suave empuje que los chorros de la *Kon-Tiki* habían dado a la nave nodriza cuando se separó.

Sparta se imaginó el módulo *Kon-Tiki*, sus complicaciones escondidas bajo relucientes cubiertas y protectores del calor, aumentando cuidadosamente su distancia de la *Garuda*.

Ahora ambas naves flotaban prácticamente inmóviles a mil kilómetros por encima de las desoladas rocas y hielo de Amaltea, en la sombra de radiación de aquel modesto satélite. Para la *Kon-Tiki*, Júpiter pronto aparecería sobre el borde de la pequeña luna, pero el gran planeta seguiría oculto a la *Garuda* en el transcurso de toda la misión. Cuando la separación orbital fuera completa y todos los sistemas hubieran sido comprobados, la *Kon-Tiki* dispararía sus retrocohetes e iniciaría su larga caída.

La empresa de Howard Falcon estaba a punto de culminar. La empresa de Sparta durante los últimos dos años había sido más privada y más torturada. Permaneció escuchando mientras el momento del triunfo de Falcon se acercaba, mientras la conciencia de Sparta oscilaba entre oscuros sueños y recuerdos deformados...

—«¿Estás bien, querida?»

Quien pregunta es una mujer fornida con las anchas manos y lustrosas mejillas de una ex lechera, originaria de Somersetshire. En sus brazos lleva un montón de sábanas hechas un revoltijo.

La muchacha parpadea sus ojos azules y sonríe como disculpándose.

—¿Lo he vuelto a hacer, Clara?

—Dilys, te advierto que nunca saldrás de la lavandería si sigues quedándote dormida de pie. —Clara mete el montón de sábanas sucias en el interior de la lavadora de tamaño industrial—. Sé buena chica y saca esas otras del cesto, ¿quieres?

Dilys se inclina para sacar las sábanas de las profundidades del carrito. Sobre su cabeza se halla la abertura de la rampa de caída, la cual sube tres pisos hasta el piso superior de la casa de campo.

Clara alza una ceja.

—Si no supiera que eres una inocente, sospecharía que escuchas a escondidas. Ese tobogán, como sin duda has descubierto, es un buen teléfono de las habitaciones.

Dilys la mira con los ojos desorbitados.

—Oh, yo no haría eso.

El amplio pecho de Clara se convulsiona cuando suelta una fuerte carcajada.

—No te serviría de nada a estas horas de la mañana. Arriba no están más que Blodwyn y Kate, metiendo esta ropa en el agujero. —Clara le coge a Dilys las sábanas, usadas una sola vez, las mete en la máquina y cierra la puerta redonda de cristal. Sus ojos castaños tienen un brillo malicioso—. Aprenderías más cosas de nuestros huéspedes con esto. Mira, las sábanas de la señorita Martita no han sido usadas. ¿Por qué no? —Extiende una sábana usada—. Aquí está la clave: ese tal Jorgen no es el buey que aparenta.

—No te entiendo —dijo Dilys.

—Me refiero a la diferencia entre un buey y un toro, querida.

—¡Clara!

—Pero quizá la hija de un minero no puede comprender las cuestiones del campo. —Clara hizo un ovillo con la sábana y la metió en la lavadora—. Basta de soñar despierta. Ocupate de que las toallas y servilletas estén planchadas y dobladas cuando yo vuelva.

Dilys observa la ancha espalda de Clara y sus caderas aún más anchas desaparecer escaleras arriba. En lugar de ponerse a planchar, la muchacha delgada y morena inmediatamente vuelve a quedarse en trance. Aunque ahora no está cerca del tobogán de la ropa, está haciendo exactamente lo que Clara la ha acusado de hacer. Está escuchando. Pero no escucha lo que se dice en los dormitorios, que no le interesa, sino las conversaciones informales de los invitados de fin de semana de Lord Kingman. Desde el vestíbulo acuden a ella unas voces...

—La caza es bastante buena hacia el Oeste... dejémosla a los otros, ¿qué decís a ello? —La voz de Kingman, un hombre mayor, de buena crianza.

—Estoy seguro de que nos encontrarás algo que valga la pena cazar, Rupert. —Un hombre de mediana edad, cuyas intervenciones hasta el momento han traicionado una terrible impaciencia bajo su encanto.

—No os decepcionaré... Ah —la voz de Kingman baja, su inflexión se hace más agria—, aquí está el alemán.

Abajo, en la lavandería, la muchacha del pelo oscuro está en trance. Sus peculiaridades serán toleradas en la casa por la secular reputación romántica y mística de los galeses, por no mencionar que el viejo Lord Kingman parece tener especial predilección por una *merch deg*. Pero debajo de su peluca castaña el pelo de la chica es rubio, y sus ojos no son de un azul tan oscuro como parecen, y Kingman se quedaría profundamente sorprendido si descubriera la amargura del corazón de esta bonita muchacha.

Sparta —salvo por Kingman y sus compinches, sola en todos los mundos— sabe que Kingman era el capitán de la *Doradus*.

NAVE PIRATA EN EL ESPACIO, habían anunciado los periódicos. No había piratas en el espacio, por supuesto. Dejando a un lado las cuestiones prácticas de la persecución y la conquista, ¿dónde podían esconderse? No cerca de los planetas habitados y las lunas, y el Mainbelt no era el Caribe: los asteroides eran pequeños y carecían de aire; eran incapaces de mantener vida, sin grandes y evidentes inversiones de capital.

La *Doradus* no era una nave pirata, sino una nave de guerra secreta, con intención de ser guardada como reserva contra algún futuro conflicto con el Consejo de los Mundos. En todo el sistema solar, menos de una docena de cúters rápidos de la Junta Espacial estaban autorizados a transportar armas ofensivas; la *Doradus* era una fuerza formidable. ¡Qué bien guardado había estado el secreto de esta nave! ¡Cuán mortificado debía de estar el Espíritu Libre por su pérdida!

Como los medios de comunicación relataron con gran detalle, la historia de la misteriosa nave era conocida y normal: el propietario de la nave era un banco de lo más respetable, el Sadler de Delhi, que había prestado el capital para su construcción. Los constructores habían quebrado y perdido sus derechos, y el Sadler había adquirido la nave y la había contratado a una famosa línea de transporte marítimo para hacerla funcionar, una firma que posteriormente había alquilado la *Doradus* a una empresa de explotación de los asteroides que efectuaba viajes regulares entre Marte y el Mainbelt. Durante cinco años, la nave había proporcionado unos beneficios corrientes pero respetables.

Sin embargo, todos y cada uno de los diez oficiales registrados y la tripulación de la *Doradus*, según se reveló pronto, eran identidades ficticias. Aunque se habían dejado cuatro cuerpos en Fobos cuando se descubrió la tapadera de la *Doradus*, no se pudieron establecer sus verdaderas identidades.

Aun así, no existía ninguna prueba que vinculara la falsa tripulación de la nave con ninguna mala acción por parte de la compañía minera que aparentemente les había contratado de buena fe, o la línea de transportes que había establecido el

contrato con la empresa minera, o el banco que había contratado a la línea de transportes, o los constructores en bancarrota que habían perdido su inversión.

Sparta sabía que un engaño tan complejo jamás habría podido tener éxito sin la complicidad de personas muy metidas en la propia Junta de Control Espacial. A través de su propio acceso a los medios electrónicos se había abierto camino en la rama de investigaciones de la Junta Espacial, y había conocido los resultados de la investigación de la *Doradus* casi al mismo tiempo que la Central de la Tierra.

Entre el armamento hallado a bordo había «... 12 misiles de objetivo pasivo de tipo SAD-5, sin números de serie; 24 torpedos de gran impulso con cabezas de combate HE con espoleta de proximidad, sin números de serie, diseño desconocido anteriormente; 4 escopetas de repetición adaptadas al espacio Tooze-Olivier; 24 cajas, 24 disparos por caja, de proyectiles destinados a causar bajas; 2 balas de punta de cobre de 9 mm, posiblemente de fabricación antigua...». Junto con el material pesado, dos balas de pistola antigua; alguien a bordo de la *Doradus* era coleccionista de armas.

En realidad, uno de los directores del Banco Sadler, que había participado activamente en la preparación de la bancarrota y alquiler de la *Doradus*, era un entusiasta de las armas antiguas, un inglés de antepasados distinguidos: se llamaba Kingman.

Era uno de esos datos oscuros que los investigadores de la Junta Espacial habrían descubierto y verificado tarde o temprano, siguiendo la pista de todas las posibilidades. Si los investigadores habrían sido o no capaces de sacar algo de ello era menos seguro. El enfoque de Sparta era más intuitivo y directo. Su currículum (cuidadosamente construido) fue pedido prestado libremente a una chica real de Cardiff llamada Dilys, y resistió el intenso escrutinio del director de personal del hogar de Kingman; Sparta se había enterado poco antes de que había una plaza vacante.

Poco después de llegar a la finca de Kingman, Sparta confirmó su suposición, enterándose por sus volubles colegas del piso de abajo de la existencia del antepasado famoso de Kingman y de la existencia de una pistola arrebatada a un soldado alemán en la batalla de El Alamein, pistola que había aceptado los proyectiles que Kingman, en su prisa por marcharse, dejó a bordo de su abandonada nave de guerra.

Ahora, «Dilys» se encuentra de pie escuchando, hasta que las voces que oye a través de las paredes se desvanecen, una a una. Kingman y sus invitados de fin de semana salen de la casa para ir a su cacería de la tarde. Ella vuelve a la montaña de ropa que hay que planchar. Esta noche, lo sabe con una certeza que no podría explicar, se enterará de los secretos finales de los *prophetae*.

A bordo de la *Garuda*, Sparta se agitó espasmódicamente y se despertó. Una

ingestión creciente de «Striaphan» —desde hacía ya casi dos años— había reducido su vida emocional a un negro nudo de rabia, pero no había disminuido sus poderes de percepción y cálculo... siempre que permaneciera lo bastante despierta y lo bastante fuerte para centrarlos. Pero la cabeza le palpitaba y tenía la boca seca. Tardó largos segundos en recordar dónde estaba, por qué hacía tanto frío, estaba tan oscuro y olía tan mal en aquel pequeñísimo espacio.

Entonces, el resplandor de la ira recordada de nuevo empezó a calentarla desde dentro. La *Kon-Tiki* la había despertado.

La *Kon-Tiki* estaba descendiendo.

La caída desde la órbita de Amaltea hasta la atmósfera exterior de Júpiter sólo tarda tres horas y media, más unos minutos para ganar una cantidad extra de inclinación orbital, evitando así el ancho tramo de los diáfanos anillos llenos de escombros del planeta. Incluso dando este rodeo, es un viaje corto.

Pocos hombres habrían podido dormir durante un viaje tan veloz y sobrecogedor. El sueño era una debilidad que Howard Falcon odiaba, y el poco que todavía necesitaba le producía pesadillas que el tiempo no había sido capaz de exorcizar. Pero podía suponer que no descansaría nada en los tres días que le esperaban, y debía aprovechar todo lo que pudiera durante la larga caída a aquel océano de nubes, unos noventa y seis mil kilómetros más abajo.

Así, en cuanto la *Kon-Tiki* hubo entrado en su órbita de transferencia y todas las comprobaciones del ordenador fueron satisfactorias, intentó prepararse para dormir. Visto fríamente, quizá fuera el último sueño que pudiera conocer, así que parecía apropiado que casi en el mismo momento Júpiter eclipsara el brillante y diminuto sol, cuando la nave penetrara en la monstruosa sombra del planeta. Por unos minutos una extraña luz dorada como el atardecer envolvió a la nave; luego, una cuarta parte del cielo se volvió un agujero completamente negro en el espacio, mientras en el resto resplandecían las estrellas.

Por muy lejos que se viajara por el sistema solar, las estrellas nunca cambiaban; estas mismas constelaciones brillaban entonces en la Tierra, a millones de kilómetros de distancia. Las únicas novedades aquí eran las pequeñas y pálidas medialunas de Calixto y Ganímedes. Había una docena de otras lunas en algún lugar allá arriba, en el firmamento, pero eran demasiado pequeñas y estaban demasiado lejos para que la vista las distinguiera sin ayuda.

—Todo nominal aquí —informó a los controladores muy por encima de él en la *Garuda*, que se deslizaba segura en la sombra de Amaltea—. Cierro la tienda por dos horas.

—Eso es un roger, Howard —respondió el director de vuelo.

El argot de la primera época del programa espacial americano quizá sonaba extraño al principio, pronunciado en inglés con acento tailandés, pero ciertas frases de americano y ruso hacía tiempo que se habían hecho familiares en el espacio interplanetario como la terminología náutica antigua en los siete mares de la Tierra.

Falcon conectó el inductor de sueño y cayó rápidamente en ese estado de distracción sin rumbo que precede a la inconsciencia. Su cerebro, que almacenaba información por fuerza y la producía por asociación libre en momentos como éste, ahora le recordó la etimología de la palabra *Amaltea*: significaba «tierno», como en suave y delicado. Amaltea, la ninfa-cabra, había sido niñera de Zeus niño —a quien

los romanos equiparaban con Júpiter— en su cueva escondrijo de Creta.

Durante mucho tiempo después de que se descubriera la luna interior de Júpiter, se conocía simplemente como Júpiter V, la primera que se encontraba después de los cuatro satélites que Galileo hizo famosos, cuyos nombres también fueron cogidos prestados de compañeros mitológicos de Zeus. Si no servía para ningún otro propósito humanitario, Amaltea era una bulldozer cósmica que recogía perpetuamente las partículas cargadas que hacían insano permanecer cerca de Júpiter. La estela de Amaltea estaba casi libre de radiación y fragmentos de materia volante, y allí la *Garuda* podría aparcar con total seguridad mientras la muerte rondaba de modo invisible a su alrededor.

Falcon pensó ociosamente en estas cosas mientras los impulsos eléctricos se agitaban suavemente en su cerebro. Mientras la *Kon-Tiki* caía hacia Júpiter, ganando velocidad por segundos en aquel enorme campo gravitatorio, se durmió, al principio sin sueños. Los sueños siempre le llegaban cuando empezaba a despertarse. Se llevaba consigo sus pesadillas de la Tierra.

Nunca soñaba con el accidente, aunque a menudo se encontraba cara a cara otra vez con aquel superchimpancé aterrorizado, visto en aquellos momentos en que ambos descendían por las bolsas de gas que se derrumbaban. Los chimpancés no habían sobrevivido, excepto uno, realmente no sabía cuál; casi todos los que no murieron en seguida quedaron tan gravemente heridos que se les practicó la eutanasia indolora. No sabía si aquel sobreviviente era el mismo con el que se había encontrado en el accidente, pero Falcon, en sus sueños, siempre tenía la cara de aquél frente a sí. A veces se preguntaba por qué soñaba sólo con esta criatura condenada a muerte y no con los amigos y colegas que había perdido a bordo de la moribunda *Queen*.

Los sueños que más tenía siempre empezaban con su primer regreso a la conciencia. Había sufrido poco daño físico; de hecho, había tenido pocas sensaciones de ningún tipo. Se hallaba en la oscuridad y el silencio, y ni siquiera parecía respirar. Lo más extraño de todo era que no podía localizar sus miembros. Los sentía; había tenido todas sus sensaciones. Parecían moverse, pero él no sabía dónde estaban...

El silencio fue el primero en ceder. Al cabo de horas, o días, había percibido un débil palpitar, y al final, después de mucho pensar, dedujo que se trataba del latir de su propio corazón. Fue el primero de sus muchos errores.

Luego se habían producido débiles pinchazos, chispas de luz, fantasmas de presión en aquellos miembros aún fantasmales. Uno a uno sus sentidos habían regresado, y el dolor había llegado con ellos. Había tenido que aprenderlo todo de nuevo.

Era un bebé, indefenso, y casi tan mono como la leche agria y los pañales sucios; probablemente habría habido muchas sonrisas desesperadas a mamá, si hubiera podido saber sonreír y quién era mamá. Pero pronto fue un bebé que empezaba a

caminar: la gente le animaba cuando recorría la mitad de la habitación antes de doblarse bruscamente. Se levantaba una y otra vez. Terapia física, lo llamaban.

Aunque su memoria no había resultado afectada —no parecía que hubiera quedado afectada, pues sin ninguna duda podía comprender las palabras que se le decían—, pasaron meses antes de que pudiera responder a sus interrogadores (¿por qué siempre se inclinaban sobre él con aquellas malditas luces del techo, aquellas brillantes luces en círculo?) con algo más que un parpadeo.

Ahora eran nítidos los momentos de triunfo cuando había pronunciado la primera palabra... había oprimido por primera vez los mandos de un chip... y luego, por fin, se había movido. Se había movido a través del espacio (el espacio de una habitación de hospital), y no en su imaginación, sino bajo su propio poder. Aquello realmente fue una victoria, y había tardado casi dos años en prepararse para ello.

Cien veces había envidiado a los superchimpancés muertos. Lo habían probado y habían muerto. Él no había muerto, o sea que tenía que seguir probando; no le dejaron elegir. Los médicos, sus amigos íntimos, habían tomado decisiones premeditadas, intencionadamente.

Y ahora, años más tarde, él se encontraba donde ningún ser humano había jamás viajado, descendiendo hacia un planeta a mayor velocidad que ningún humano en la Historia.

Sparta descendía con él hacia el brillante planeta, aunque sólo en su desbordante imaginación. Los ojos le ardían y el corazón le latía dolorosamente en el pecho. Hacía veinte horas que no dormía, y sin embargo todos sus sentidos, los ordinarios y los extraordinarios, estaban en su máximo resplandor.

El dolor que le causaba ese resplandor, el aplastante dolor de la percepción y la imaginación, pedía a gritos su alivio. Los débiles dedos de Sparta rebuscaron para encontrar el preciado frasco. Lo destapó e intentó extraer una oblea, pero en la microgravedad resultaba difícil. Sparta extendió sus púas INP y sacó una.

Poco a poco la oblea se deshizo bajo la lengua de Sparta. El resplandor se suavizó; la imaginación se disolvió en la memoria, memoria soñada, o, quizá, sueño recordado...

«Dilys se detiene para escuchar».

Salvo por el vigilante de noche y su ayudante, que estaban afuera, recorriendo la finca, el personal de la gran casa está sumido en un agotado sueño. Arriba, los últimos invitados por fin también se quedan dormidos.

Los grupos de caza habían salido y no habían regresado hasta varias horas después. Kingman y el hombre llamado Bill habían ido a la parte este de la finca; la

parte oeste se dejó al corpulento y vocinglero tipo alemán, cuya pareja era Holly Singh.

Singh no se había molestado en disfrazar su acento o cambiar de nombre; Dilys se había preguntado si la identidad de los otros era tan real como la suya. Cuando llegó un último invitado, supo que lo eran: él era Jack Noble, de Marte, que había desaparecido después del fallido intento de robar la placa marciana.

Los cazadores habían regresado cuando los bosques estaban en sombra y las sombras de octubre eran largas en la pradera. La cocinera había tenido que preparar cena para seis, pero un mayordomo, una doncella y un criado eran suficientes para servir. Dilys, sin experiencia en las tareas de la casa, había quedado libre para quedarse sentada en su pequeñísima habitación del ala de los criados y mirar el vídeo, hasta que el agotamiento la venció.

Intentó escuchar, pero después de cenar, Kingman y sus invitados al parecer desaparecieron en algún lugar recóndito de la antigua finca, completamente a prueba de ruidos. A través del tintineo de la cocina cercana había filtrado el sonido de pasos que descendían escaleras de piedra —incluso el susurro de vestidos largos— y luego un fuerte rechinar de goznes de hierro y el estampido de pesadas puertas de madera. Después, nada.

Nada que hacer más que estar sentada tranquilamente en su pequeña habitación, mientras el resto del personal se ajetreaba a su alrededor, y pensar. Pensar que al parecer había un lugar bajo la casa que no aparecía en el plano más antiguo, aquellos fragmentos de pergamino que databan de finales del siglo XIV, cuando lo que se convertiría en la casa de Kingman había comenzado como abadía en el camino de los peregrinos. Si el lugar oculto en las profundidades de la tierra había sido construido en aquella época, sus arquitectos y constructores habían conspirado para mantenerlo secreto. Si lo habían excavado más tarde, los contratistas y obreros habrían sido igualmente discretos.

¿Cómo se obtenía semejante discreción? Mediante los recursos antiguos, sin duda aún en uso. ¿Cuántos inspectores de edificios, historiadores y futuros arqueólogos se habían hecho ricos de repente o habían encontrado la muerte después de demostrar interés por este importante montón de piedras antiguas?

Dilys, verdaderamente exhausta tras catorce horas de lavar y planchar, no había podido resistirse al agotamiento. Se había quedado dormida, y había despertado en aquel momento mortalmente tranquilo.

Ahora sale de su estrecha celda, cruza la gran cocina que huele a grasa y jabón — la luz de la luna se derrama a través de las altas ventanas emplomadas, se refleja en las sartenes y ollas de acero que están colgadas, reluce en los cuchillos—, atraviesa la despensa y sale al vestíbulo de servicio al lado del comedor principal.

Aquí una puerta se abre a una estrecha escalera, la que ella ha oído que

descendían. Nada guarda la puerta. Ella la abre y baja velozmente los escalones de piedra que descienden en espiral a la completa oscuridad.

La radiación infrarroja se filtra de las cálidas paredes de piedra, suficiente para que ella pueda ver. Estantes vacíos y cajas abandonadas están adosadas a las paredes, pero alguien ha estado allí recientemente para limpiar las telarañas. El pavimento de piedra ha sido lavado y encerado. En el extremo alejado de la vieja bodega hay otra puerta, sin llave y sin protección. Aquí, en el núcleo de la conspiración, la confianza ha vencido a la cautela.

Cruza la puerta. Más escalones de piedra, aún más fríos que los otros, una cueva que mantiene una temperatura estable durante todo el año. Ella ve formas en el escaso resplandor del débil calor radiativo de la Tierra.

Al pie de la escalera, el aire huele a perfumes y transpiraciones; por sus diferentes aromas ella conoce a Kingman y a cada uno de sus invitados. Allí... sus fantasmas cuelgan en el aire, seis túnicas blancas aún relucen con el calor corporal de los que las han vestido recientemente.

Delante de ella, otra puerta, ésta de metal. La toca con la lengua: bronce, frío y agrio. En su superficie, sólo unas pocas huellas de manos, aún algo calientes y por ello visibles. Por lo demás, la puerta es una losa negra en la escasa oscuridad rojiza.

Ella olisquea el aire, mira las huellas que se enfrían, escucha.

Abre la puerta. El aire frío sale suavemente de la cueva. De los ecos apenas perceptibles que provocan sus pisadas en la piedra, ella percibe la cantidad de espacio vacío que hay en la cámara.

Para ver más, incluso ella necesitará luz. Forma pantalla con la palma de su mano sobre la brillante antorcha eléctrica, formando una linterna con los huesos y carne de su mano. Con la luz filtrada por la sangre ve una cámara octogonal gravemente sencilla de piedra arenisca pálida, como una iglesia sin pasillos o crucero, más alta que ancha. El suelo es de mármol negro, muy pulido, sin adornos.

En ocho lados, esbeltas columnas de piedra se elevan en el aire convirtiéndose en delgadas nervaduras que cruzan la bóveda formando una estrella. Entre las nervaduras hay un techo pintado de un azul tan oscuro que se ve negro bajo la luz rojiza. Estrellas de ocho puntas de brillante oro lo adornan al azar, de tamaños desde cabezas de clavo hasta escudos protectores. La estrella más grande, una especie de diana de oro, está clavada en el elevado centro.

La arquitectura es del gótico tardío, un estilo originado en la Europa oriental del siglo XIV, llamado en Inglaterra Perpendicular. El trabajo es original, no es ninguna copia, pero esta bóveda no es una iglesia. Las estrellas del techo no están colocadas al azar.

Se trata de un planetario. Ilustra el cielo del Sur, y en su centro se halla la constelación *Crux*. Ella reconoce la naturaleza de la habitación por lo que Blake le ha

contado. La bóveda estrellada es un análogo, algunos siglos más antigua, de la última cámara de la ciudad subterránea de París donde había culminado la iniciación de Blake en los *prophetae*.

Ella se mueve despacio en la habitación sin ventanas y completamente estéril, observando cómo las estrellas doradas se reflejan en el pulido mármol negro del suelo, como desde el fondo de un profundo pozo.

Allí, en el centro del suelo negro de mármol, está el único rasgo decorativo, justamente bajo la brillante estrella dorada en Crux. Una piedra redonda elevada, con un emblema tallado en ella. La mujer destapa su antorcha e ilumina hacia abajo con su intenso rayo blanco.

Una cabeza de Gorgona. Medusa.

No la clásica imagen de una mujer encantadora con serpientes de jardín por cabellera, sino una máscara horrible del período arcaico de piedra caliza, profundamente tallada y pintada con brillantes colores —rojo, azul y amarillo— fundida en el mármol: ojos fijos, estómago dilatado, colmillos curvados, cráneo con serpenteantes víboras.

La Diosa como la Muerte.

El vestíbulo de París del que Blake le había hablado había sido construido en la Edad de la Razón, y la cámara estrellada a la que había llegado después de muchas pruebas estaba dominada por una enorme estatua de Atenea, dentro de la cual se alojaba (¡oh pináculo de calma y exuberancia apolíneas!) un órgano. Pero en la égida de la misma Atenea, diosa de la sabiduría, había una arcaica máscara de Medusa.

Los *prophetae* adoran el Conocimiento. *Agia Sophia*, Atenea y Medusa. La Sabiduría y la Muerte. Mirar la cara de Medusa significa ser convertido en piedra. Resistirse al Conocimiento es morir.

Ella podría ser la mejor de nosotros

Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento.

La delgada muchacha que ahora contempla la cara de la diosa piensa de otro modo. Bajo la máscara de piedra tallada que se halla a sus pies descansa algo de gran valor, algo de la más profunda importancia para las personas que colocaron allí la máscara.

Enfrentarse con la sabiduría es morir. La puerta de la sabiduría es la muerte.

La losa pesa, pero se levanta con facilidad. La cripta que hay debajo, forrada de piedra caliza blanca, no es más ancha o más profunda que la placa de mármol de encima. Algo en ella está oculto bajo una mortaja de tela. Aparta la mortaja y penetra en la oscura cámara con un rayo de luz. Ella ve...

Un cáliz de hierro que lleva la figura del dios de la tormenta. Hittite, más viejo que la Medusa tallada, al menos de tres mil quinientos años.

Un par de rollos de papiro. Egipcios, casi igual de viejos.

Los pequeños esqueletos de dos niños humanos, amarillos como el marfil. Origen desconocido. Edad indeterminada.

Una delgada placa negra, reluciente y nueva.

—Control de la Misión *Kon-Tiki*, tiempo de la misión transcurrido tres horas, diez minutos, en punto —dijo el director de vuelo Meechai Buranaphorn a la grabadora de datos—. Y aquí está la señal... Dirección, denos su evaluación verbal, por favor.

—Rastreo aún nominal para el descenso atmosférico programado.

—¿Informe médico?

El controlador médico habló a su intercomunicador.

—Todo nominal. El EEG indica que nuestro hombre está saliendo del sueño de la fase dos.

Ya había un retraso en la recepción de la señal de la *Kon-Tiki* de quizás un veinteavo de segundo, y aumentaba regularmente. El Control de la Misión se veía obligado a mantener la comunicación con la *Kon-Tiki* vía satélite de comunicación en órbitas temporales, pues entre la *Garuda* y el planeta el escudo de Amaltea siempre estaba levantado, bloqueando la comunicación visual.

La media docena de controladores estaban suspendidos cómodamente en arneses flojos por encima de sus centelleantes pantallas. A través de las ventanas de grueso cristal que les rodeaban, un espectacular paisaje de hielo y roca irregulares y agujereados reflejaban la débil luz del sol en la habitación circular: era un extremo de la oblonga luna, que se extendía en docenas de kilómetros como una impresión convexa en yeso del Valle de la Muerte. Desde el borde del sucio horizonte blanco un resplandor naranja rojizo refractaba el día en Júpiter. El planeta mismo jamás sería visto a través de las ventanas de esta habitación, pero el regreso triunfante de la *Kon-Tiki* sí.

A pesar del relativo lujo de sus instalaciones hechas a medida, la *Garuda* era una nave atestada, con cinco miembros de la tripulación y un total de veintiún controladores de la misión, científicos y técnicos de apoyo. Cuando Howard Falcon estaba a bordo, eran veintisiete personas. Había otro pasajero en la lista oficial de la *Garuda*, pero hasta ahora, en lo que se refería a los profesionales, era peor que el equipaje inútil. El señor Equipaje Inútil habló ahora, desde un asiento privilegiado, mirando por encima del hombro del director de vuelo; los controladores le conocían principalmente como alguien de un grupo de ciudadanos de vigilancia autorizado por la Junta de Control Espacial para observar la misión, un lugar por el que un par de cientos de periodistas de buena gana habrían derramado sangre.

—Consumo, aquí Redfield, si pueden dedicarme un momento. Mis cálculos no coinciden con su estimación de los índices de consumo de oxígeno a bordo de la *Kon-*

Tiki. ¿Tendría la amabilidad de reconfirmarlos? —Su voz y sus modales eran los de un recaudador de impuesto poco amistoso.

El controlador en cuestión no puso ninguna objeción; no ofreció nada, simplemente sufrió la indignidad y oprimió algunas teclas. El Hombre Equipaje les había sometido a todos ellos a tal indignidad en las semanas transcurridas desde que la *Garuda* había abandonado Ganímedes.

El señor Equipaje, Redfield, como se hacía llamar, gruñó al ver los números que se exhibieron en su pantalla y no dijo nada. En realidad no estaba prestando atención, ni siquiera le interesaban verdaderamente.

Armados con los planes que Blake había desarrollado para ellos, Dexter y Arista habían lanzado su bombardeo de relaciones públicas... ¿*Quis custodet custodies?*, había preguntado Arista, segura de su escasamente recordado latín como sólo los sacerdotes y abogados pueden estarlo. Dexter lo había expresado de un modo más terrenal: «¿Quién pone a una zorra a vigilar los huevos?».

Enfrentada con la persistencia de Vox Populi y su último pedazo de lógica intraducible, la Junta de Control Espacial había cedido. Después de mucho maniobrar y negociar —los Plowinan nunca vacilaban en aparecer en público cuando las cosas se quedaban atascadas— se acordó que debería permitirse que uno o más observadores imparciales de una organización como Vox Populi tuviera libre acceso a todas las facetas del programa *Kon-Tiki* durante todas sus operaciones.

A veces Blake ahogaba una sonrisa cuando pensaba en lo fácilmente que la Junta Espacial había capitulado. En realidad, el asunto no era tan divertido, cuando pensaba que quizás una docena de personas de esta nave lo sabían todo y sólo esperaban una oportunidad para matarle. E incluso los inocentes deseaban que desapareciera.

Sin embargo, se quedaba, hacía preguntas molestas y les observaba, a veces durante dos o más turnos sin dormir. Lo que buscaba, ellos no lo sabían. No se mostraban amistosos, y él tampoco.

El amargo ensueño de Blake fue interrumpido por el controlador de comunicaciones.

—Vuelo, tenemos a Howard en la línea.

La *Kon-Tiki* estaba saliendo de la sombra, y el alba de Júpiter tendía un puente hasta el cielo formando un arco de luz titánico, cuando el persistente zumbido de la alarma despertó a Falcon. Las inevitables pesadillas (había estado intentando llamar a una enfermera, pero ni siquiera tenía fuerza para oprimir un botón) habían desaparecido rápidamente de la conciencia. La mayor —y quizá la última— aventura de su vida se hallaba ante él.

Llamó al Control de la Misión, ahora a casi cien mil kilómetros de distancia y cayendo velozmente por debajo de la curva de Júpiter, para informar de que todo estaba en orden. Su velocidad acababa de pasar los cincuenta kilómetros por segundo (dado que se encontraba dentro de los márgenes exteriores de una atmósfera planetaria, era para salir en el *Guinness*), y en media hora la *Kon-Tiki* empezaría a sentir la resistencia que hacía que ésta fuera la entrada atmosférica más difícil de todo el sistema solar.

Numerosas sondas habían sobrevivido a esta ordalía de fuego, pero se trataba de masas de instrumentación sólidamente empaquetadas, capaces de soportar varios cientos de gravedades de resistencia al arrastre. La *Kon-Tiki* llegaría a máximos de treinta *g*, y a un promedio de más de diez, antes de descansar en los accesos superiores de la atmósfera de Júpiter.

Con mucho cuidado y atención, Falcon empezó a unir el complicado sistema de frenos que le anclarían en las paredes de la cabina. Aquí no se trataba de un simple arnés como una telaraña; cuando hubo terminado de efectuar las últimas conexiones entre los puntales y los tubos, y los conductos eléctricos y sensores de tensión y amortiguadores del choque, él era prácticamente una parte más de la estructura de la nave.

El reloj de la consola iba hacia atrás. Cien segundos para la entrada. Para bien o para mal, Falcon estaba comprometido. Al cabo de un minuto y medio tocaría la atmósfera y podría ser atrapado de modo irrevocable en la garra del gigante.

La cuenta atrás prosiguió: menos tres, menos dos, menos uno, cero.

Al principio, no ocurrió nada.

El reloj empezó a contar hacia delante —más uno, más dos, más tres— y luego, desde más allá de las paredes de la cápsula, vino un fantasmal susurro que se elevó regularmente hasta convertirse en un agudo rugido. La cuenta atrás se había retrasado tres segundos. No estaba tan mal, considerando las incógnitas.

El ruido era bastante distinto del de una lanzadera al precipitarse a la Tierra o Marte, o incluso Venus. En esta rala atmósfera de hidrógeno y helio, todos los sonidos subían un par de octavas. En Júpiter, incluso el trueno tendría armónicos de falsete.

Trueno chillón. Falcon habría sonreído si hubiera podido.

Con el grito creciente vino el peso creciente. Al cabo de unos segundos se hallaba completamente inmovilizado. Su campo de visión se contrajo hasta que abarcó sólo el reloj y el acelerómetro. Quince ges y cuatrocientos ocho segundos. No perdió la conciencia en ningún momento, pero tampoco había esperado hacerlo.

La llameante estela de la *Kon-Tiki* a través de la atmósfera sin duda era espectacular, vista por las cámaras de fotogramas que alimentaban al Control de la Misión, o por cualquier otro observador. Quinientos segundos después de la entrada, la resistencia al avance empezó a disminuir: diez ges, cinco ges, dos... Luego, la sensación de peso se desvaneció casi completamente. Falcon caía libremente, disipada toda su enorme velocidad orbital.

Se produjo un repentino salto cuando se libraron de los restos incandescentes del escudo de calor de la cápsula. Las cubiertas aerodinámicas volaron en aquel mismo instante. Júpiter podía tenerlos ahora; habían cumplido su trabajo. Falcon liberó algunas de sus trabas físicas, dándose a sí mismo un poco más de libertad para moverse dentro de la cápsula —sin disminuir su intimidad con la maquinaria— y esperó a que el secuenciador automático iniciara la siguiente y más crítica serie de acontecimientos.

No pudo ver abrirse el primer paracaídas en forma de tronco de cono, pero pudo sentir el ligero tirón. El ritmo de la caída disminuyó inmediatamente. Pronto la *Kon-Tiki* hubo perdido toda su velocidad horizontal y descendía en línea recta a casi quince mil kilómetros por hora.

Todo dependía de lo que ocurriese en los siguientes sesenta segundos.

Y salió el segundo paracaídas. Falcon levantó la mirada hacia la ventana del techo y vio, para su inmenso alivio, que nubes y nubes de brillante oropel se ondulaban detrás de la nave que caía. Como una gran flor al abrirse, los miles de metros cúbicos del tejido del globo se extendieron en el firmamento, un amplio paracaídas que recogía el gas tenue hasta que por fin estuvo completamente inflado.

El ritmo de caída de la *Kon-Tiki* disminuyó hasta unos pocos kilómetros por hora y permaneció constante. Ahora había mucho tiempo. A este ritmo Falcon tardaría días en descender hasta la superficie de Júpiter.

Pero al final llegaría, si él no hacía nada. Hasta que lo hiciera, el globo que llevaba encima actuaba simplemente como un eficaz paracaídas, sin proporcionar empuje hacia arriba; tampoco podía hacer esto mientras hubiera la misma densidad de gas dentro y fuera.

Luego, con su característico y más bien desconcertante *crack*, el pequeño reactor de fusión se puso en marcha, vertiendo torrentes de calor en la envoltura superior. Al cabo de cinco minutos, el ritmo de caída era cero; al cabo de seis, la nave había empezado a elevarse. Según el altímetro, se enderezó un poco más de cuatrocientos

kilómetros por encima de la superficie, o lo que pasara por una superficie en Júpiter.

Sólo un tipo de globo funcionaría en una atmósfera de hidrógeno, el más ligero de todos los gases, y se trata de un balón de hidrógeno caliente. Mientras el fusionador siguiera funcionando al ralentí, Falcon podría permanecer en vuelo, deslizándose por un mundo que podía contener cien Pacíficos. Después de viajar por fases unos cinco millones de kilómetros desde la Tierra, el último de los planetas acuosos, la *Kon-Tiki* había empezado a justificar su nombre. Era una balsa aérea, a la deriva en las corrientes fluidas de la atmósfera de Júpiter.

Al caer hacia Júpiter, Falcon había salido de sus dolorosos sueños para entrar en la triunfante luz solar. En su apestoso escondrijo a bordo de la *Garuda*, en la sombra de Amaltea, Sparta todavía vivía dentro del suyo.

«Dilys» no tiene ningún medio para leer una placa de datos sin una interfaz. Cinco minutos después de descubrir la cripta vuelve a encontrarse arriba, en la cocina de Kingman, en el ordenador de la casa. La terminal ha sido colocada demasiado cerca de los fogones, y su pantalla está brumosa y el teclado manchado de grasa. No obstante, ella entra en la terminal con las sondas de sus dedos y siente la hormigueante corriente de los electrones. Inserta el chip robado. Su contenido se vierte directamente en su cerebro.

Hace rodar la espinosa bola de información en el espacio mental multidimensional, buscando una clave para entrar. La masa de datos es un galimatías, aunque no carece de regularidades formales. Pero la clave no es algo tan sencillo como un número primo grande; su compleja cualidad geométrica la elude durante largos segundos. Luego, una imagen acude espontáneamente a su cabeza.

Es familiar: el vórtice arremolinado de nubes al que sus sueños tan a menudo la han conducido. Pero visto desde más arriba, de modo que los dibujos peculiarmente cuajados de las nubes de Júpiter son tan planos y definidos como una lata de pintura agitada despacio, gotas de pintura naranja y amarilla girando en espiral hasta ser blanca.

Vistas de información abiertas ante ella.

Penetra en ellas y cruza esas nubes sin fondo; no, se remonta a su través como una criatura alada. Intensas ondas de emisión de radio se filtran a través de ella, la llenan de apasionante calor, una sensación tan familiar que le provoca un dulce dolor, pues es el recuerdo de que en otro tiempo podía experimentar estas sensaciones en su propio cuerpo. Está deslumbrada, desorientada, como si estuviera bebida. Lucha por retener una perspectiva objetiva, para dar un sentido a lo que está viendo.

Son datos de una sonda de Júpiter. Una etiqueta en la ficha, a la que accede mediante su mente objetiva, da su designación y fecha. Ella está experimentando lo que la sonda *experimentó* a través de todos sus sensores, sus lentes, antenas y

detectores de radiación.

La ficha finaliza.

Con un salto, como un corte en una película, ella se encuentra dentro de otra experiencia. Un quirófano. Un círculo de luces en el techo. Un hormigueo de dolor apagado en todo su cuerpo, que se difunde desde el estómago hasta la punta de los dedos de los pies y las manos. ¿Es ella misma la que está sobre la mesa de operaciones? ¿Está reviviendo su agonía en Marte a través del registro de datos de algún monitor? No, es otro lugar, otro... paciente.

Los médicos actúan con mucha calma y precisión. Son invisibles tras sus máscaras, pero ella puede olerlos. No queda mucha carne y sangre humanas bajo las luces, y lo que hay se mantiene gracias a un complicado calado de plástico y metal..., instrumentos donde debería haber órganos. ¿Sistemas de apoyo temporales? ¿Prótesis permanentes?

Salto. Nueva Ficha.

Falcon. Ella es Falcon. Está probando sus miembros restaurados, sus órganos sensoriales restaurados. Algo horripilante... La más primitiva clase de terapia física. Su progreso controlado por injertos internos. Vuelve a luchar para separar su conciencia de la experiencia en la que está inmersa. Éstos son sentimientos de Falcon, pero el propio Falcon no parece saber que ha sido interceptado, que está siendo grabado. Le pusieron un micrófono dentro de la cabeza.

Fascinada, se sumerge en la terapia de él, el doloroso estiramiento y flexión de sus órganos y miembros remendados, sus poderes restaurados y aumentados. De sus ojos, capaces de una visión microscópica y telescópica, de sensibilidad a los ultravioletas e infrarrojos. De su sentido del olfato, capaz de aportar a la conciencia el análisis químico instantáneo. De su sensibilidad al radio y a la radiación de partículas. De su capacidad de escuchar...

Él era ella. Pero mejor. Nuevo y mejorado. Mejores sensores. Mejores procesadores. Sintió una oleada de rabia, de celos.

Salto. Nueva ficha.

Simulación de vuelo, en las giratorias nubes del gigante de gas, un planeta que sólo podía ser Júpiter. Datos visuales y otros, sacados de las sondas. Vientos supersónicos. Mezcla de hidrocarburos. Cambios de temperatura, cambios de presión; todo visto desde el interior de la cabeza de Falcon. Y ella está allí, nadando en ello con él.

Un rayo caliente de radio, y luego un sonido, una canción, un coro que va directo a su pecho, estalla en él con una alegría desbordante y una urgencia sorprendente y necesaria. Porque la Canción es el Conocimiento, y el Conocimiento es que, *al final, todo irá bien...* A pesar del sacrificio y gracias a él. Todo el Sacrificio necesario y gozoso de ser contemplado. Una voz como la del Dios del Cielo suena alrededor:

«Recuerda el Premio».

Ella cede al lujo y éxtasis de la simulación. Falcon lo adora. Falcon lo busca como ella, la entrega, la rendición final... «Recuerda el Premio».

Luego ella comprende. Su rabia y sus celos aumentan a medida que se identifica con Falcon, el que ha ocupado su lugar, el que está mejor hecho que ella. Rompe el enlace y saca el chip de la terminal; retira sus púas de los accesos y corta el contacto. Le consume una rabia que podría matarla.

Aunque todo un mundo nuevo rodeaba a Falcon, pasó más de una hora hasta que pudo examinar el espectáculo. Primero tuvo que comprobar todos los sistemas de la cápsula y probar su respuesta a los controles. Tuvo que conocer cuánto calor extra era necesario para producir la velocidad de ascensión deseada, y cuánto gas tenía que descargar para descender. Ante todo, estaba la cuestión de la estabilidad. Tenía que ajustar la longitud de los cables que unían su cápsula al enorme balón en forma de pera, para reducir las vibraciones y tener un viaje lo más suave posible.

Hasta el momento tenía suerte. A este nivel el viento era regular, y la lectura del efecto Doppler en la invisible superficie le daba una velocidad respecto a la tierra de trescientos cuarenta y ocho kilómetros por hora. Para Júpiter, era una velocidad modesta; se habían observado vientos de hasta dos mil clicks. Pero la simple velocidad era por supuesto algo de poca importancia; el peligro era la turbulencia. Si se producía, sólo la habilidad y la experiencia, y la reacción rápida, podrían salvarle. Y no eran asuntos que pudieran estar programados en el ordenador de la *Kon-Tiki*.

Hasta que estuvo satisfecho de haberle cogido el tino a esta extraña embarcación, Falcon no prestó atención a las súplicas del Control de la Misión de que se apresurara a efectuar la lista de control. Luego desplegó los brazos que llevaban la instrumentación y los tomadores de muestras de atmósfera. La cápsula ahora parecía un árbol de Navidad bastante desorientado, pero seguía avanzando suavemente por los vientos de Júpiter mientras radiaba torrentes de información a las grabadoras de la nave que se hallaba tan lejos. Y ahora, por fin, pudo mirar lo que le rodeaba.

Su primera impresión fue inesperada e incluso un poco decepcionante, pues se basaba en los recuerdos personales de la Tierra. En lo que se refería a la escala de las cosas, era como si estuviera volando en globo por encima de un paisaje corriente de nubes en la India. El horizonte parecía hallarse a una distancia normal; no tenía la sensación de que se encontraba en un mundo de un diámetro once veces mayor que el suyo. Falcon sonrió e hizo el cambio mental; una simple mirada al radar de infrarrojos, que sondeaba las capas de la atmósfera que estaban debajo de él, confirmaron cuánto podía ser engañado el ojo humano.

Ahora sus recuerdos fueron de diferente clase. Vio Júpiter como había sido visto por los cientos de sondas no tripuladas que le habían precedido. Aquella capa de nubes aparentemente a cinco kilómetros de distancia estaba en realidad sesenta kilómetros más abajo. Y el horizonte, cuya distancia podría haberse adivinado en unos doscientos kilómetros, se hallaba en realidad a casi tres mil kilómetros de la nave.

La claridad cristalina de la atmósfera de hidro-helio y la enorme curvatura del planeta habrían engañado por completo al observador no entrenado, quien habría

encontrado más interesante juzgar las distancias aquí que en la Luna. Para la mente terrestre, todo lo visto debe multiplicarse al menos por diez. Era una cuestión sencilla, para la que él estaba bien preparado. No obstante, se dio cuenta de que había un nivel de su conciencia que estaba profundamente perturbado; más que la sensación de que Júpiter era enorme, sentía que él se había encogido a una décima parte de su talla normal.

No importaba. Este mundo era su destino. En el fondo sabía que se acostumbraría a su inhumana escala.

Sin embargo, mientras contemplaba aquel horizonte increíblemente distante, sintió como si un viento más frío que la atmósfera que le rodeaba soplara a través de su alma. Todos sus argumentos para realizar una exploración tripulada de Júpiter habían sido dobles, y ahora se daba cuenta de que su convicción interna era la verdad. Éste no sería nunca un lugar para los humanos. Él sería el primer y último hombre que descendería a través de las nubes de Júpiter.

Arriba el cielo era casi negro excepto por algunos jirones de cirros de amoníaco, quizá veinte kilómetros más arriba. Allí, en los límites del espacio, hacía frío; pero la temperatura y la presión aumentaban rápidamente con la profundidad. Al nivel donde la *Kon-Tiki* se deslizaba ahora estaban a cincuenta grados centígrados bajo cero, y la presión era de cinco atmósferas de la Tierra. Cien kilómetros más abajo habría el mismo calor que en la Tierra ecuatorial, y la presión sería más o menos la misma que la del fondo de uno de los mares menos profundos: condiciones ideales para la vida.

Ya había transcurrido una cuarta parte del breve día de Júpiter. El sol se hallaba a medio camino en el cielo, pero la luz del intacto paisaje de nubes de abajo tenía una curiosa suavidad. Aquellos seiscientos millones de kilómetros extra habían robado al sol todo su poder. Aunque el cielo estaba claro, producía la sensación de un día encapotado. Cuando se hiciera de noche, el comienzo de la oscuridad sería realmente rápido; aunque aún era por la mañana, había una sensación de crepúsculo otoñal en el aire.

El otoño era algo que nunca llegaba a Júpiter. Allí no había estaciones.

La *Kon-Tiki* había llegado al centro de la zona ecuatorial, la parte menos coloreada del planeta. El mar de nubes que se extendía hasta el horizonte estaba teñido de un pálido color salmón; no había ni los amarillos ni los rosas y ni siquiera los rojos que rodeaban a Júpiter a altitudes elevadas. La Gran Mancha Roja —la más espectacular de todas las características del planeta— se hallaba a miles de kilómetros al Sur. Había sido una tentación descender allí, donde las sondas habían insinuado semejantes vistas espectaculares, pero los organizadores de la misión habían considerado que la perturbación subtropical había estado «inusualmente activa» en los últimos meses, con corrientes que sobrepasaban los miles de kilómetros por hora. Habría sido buscar problemas encaminarse a aquel torbellino de

fuerzas desconocidas. La Gran Mancha Roja y sus misterios tendrían que esperar a futuras expediciones.

El sol, que avanzaba por el firmamento al doble de velocidad que en la Tierra, se estaba aproximando al cenit: había sido eclipsado por el gran dosel plateado del globo. La *Kon-Tiki* seguía deslizándose veloz y suavemente hacia el Oeste a unos constantes 348 klicks, pero sólo el radar (y el cálculo privado, instantáneo, de Falcon) lo indicaban.

¿Siempre había allí esta calma?, se preguntó Falcon. Los científicos que habían analizado los datos de las sondas hablaban persuasivamente de las calmas ecuatorianas; habían predicho que el ecuador sería el lugar más tranquilo, y parecía que sabían de lo que hablaban. A la sazón, Falcon se había mostrado profundamente escéptico ante estos pronósticos. Había coincidido con un investigador inusualmente modesto que le había dicho de modo tajante: «No hay ningún experto en Júpiter».

Bueno, por lo menos al final del día habría uno. Si sobrevivía hasta entonces.

A bordo de la *Garuda*, el director de vuelo Buranaphorn soltó el cierre de su arnés y se alejó de su consola flotando suavemente. Momentos más tarde, su relevo, Budhvorn Im, se deslizó ágilmente dentro del arnés. Era una menuda mujer camboyana, que vestía el uniforme del Servicio Espacial Indoasiático, con la insignia de coronel en los hombros.

—Hasta ahora es menos excitante que una simulación —dijo Buranaphorn.

—Es muy agradable —dijo Im—. Esperemos que siga así.

Miró a sus colegas uno a uno mientras, en la habitación circular, el primer turno de controladores daba paso al segundo turno. El intercomunicador interno de la *Garuda* crujió y se oyó la voz cansada del capitán Chowdhury.

—Puente a Control de la Misión de la *Kon-Tiki*.

—Adelante, capitán —respondió Im.

—He recibido una petición de permiso para subir a bordo, de un cúter de la Junta de Control Espacial que ahora sale de la Base de Ganímedes. Dos personas. Su ETA está en nuestro MET diecinueve horas veintitrés minutos.

—¿Cuál es la razón de la visita? —preguntó Im, asombrada.

—No han dado ninguna razón. —Hizo una pausa, y ella oyó el crujido de un intercomunicador como fondo—. El cúter repite que es una petición.

—No tengo nada en contra de ninguna tripulación, pero preferiría no arriesgarme a una mala alineación durante el proceso de acoplamiento.

—¿Les digo que se les ha negado el permiso?

—Supongo que si realmente quieren venir lo convertirán en una orden —dijo Im. Como Chowdhury no respondía, añadió—: No sirve de nada enemistarse con ellos. —O poner a Chowdhury en un aprieto—. Por favor, haga hincapié en la naturaleza

delicada de nuestra misión. Y también, por favor, manténgame informada.

—Como desee.

Chowdhury cortó la comunicación.

Im no tenía idea de por qué un cúter optaría por descender al Control de la Misión de la *Kon-Tiki* en plena misión, pero sin duda tenían derecho a hacerlo. Y ella no tenía realmente miedo de un contratiempo. Sólo un accidente en el acoplamiento —sumamente improbable— interrumpiría las comunicaciones con la cápsula *Kon-Tiki*.

Sólo cuando miró a los controladores —sus consolas formando un neto círculo ante ella— Im se fijó en que una o dos caras mostraban expresiones de aprensión, semblantes preocupados que no podían ser explicados por la situación nominal de la misión.

La conciencia de Sparta del mundo oscuro que la rodeaba regresó en una nube roja de dolor. Escuchó el tiempo suficiente para determinar el estado de la misión. Oyó a Im y a Chowdhury hablar de que se aproximaba un cúter de la Junta de Control Espacial. Eso no le concernía a ella. No era asunto suyo. Pronto todo habría terminado.

Revolvió en el tubo y sacó otra oblea blanca. Se fundió con exquisito dulzor bajo su lengua...

«Ella no es Dilys. Es Sparta otra vez». En el interior del ajustado traje no siente el frío, excepto en las mejillas y la punta de la nariz. Es una sombra en los bosques del amanecer, su corto cabello escondido bajo la capucha del traje, expuesta sólo su cara.

Espera en el bosque a que salga el sol, aportando el color de octubre a los bosques húmedos de rocío. El olor de las hojas que se pudren le recuerda un otoño en Nueva York con Blake. Cuando las cosas empezaron a resquebrajarse.

El olor de las hojas... Eso era lo que la Tierra tenía y del que carecía cualquier otro planeta del sistema solar. La podredumbre. Sin podredumbre no hay vida. Sin vida, no hay podredumbre. ¿Eran realmente Ellos quienes habían creado toda esta complicada vida, la habían iniciado o al menos la habían llevado a Venus, Marte y la Tierra? En Marte y Venus la vida se había secado, congelado o cocido a presión, había sido destruida por la lluvia ácida o barrida por el frío viento de CO₂; sólo en la Tierra había arraigado en su propia porquería.

Y ahora se estaba extendiendo rápido, tratando de mantener un paso al frente de sí misma. La podredumbre se extendía a los planetas. La podredumbre se extendía a las estrellas.

Toda esta porquería era un regalo del Pancreator, la peculiar manera que tenían los *prophetae* de referirse a Ellos. Aquéllos que estaban allí fuera, «esperando el gran

mundo», según el Conocimiento. Ahora ella lo recordaba todo; todo estaba codificado en la programación de Falcon, y el Conocimiento decía que estaban esperando entre «los mensajeros que moran en las nubes» al «redespertar», del cual los *prophetae* eran los portaestandartes...

Ella había sido elegida por ellos para llevar la señal, la habían hecho para que la llevara. La habían construido para encontrar a los mensajeros de las nubes, para escuchar y hablar con ellos —con los órganos de radio que le habían sido arrancados en Marte—, para hablar en la lengua de los signos que *los prophetae* le habían enseñado y cuya memoria habían borrado imperfectamente cuando la rechazaron.

Sale el sol. Un rayo de luz naranja penetra en el bosque cargado de rocío y encuentra los pálidos ojos de Sparta, encendiendo fuego.

Se resiste a nuestra autoridad. Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento

Pero el Espíritu Libre eran los que se resistían, burlándose del propio nombre. Estos falsos *prophetae* estaban atrapados en su ambición y ciegos a su propia tradición. Lo que no podían ver era que ella en realidad había cedido al Conocimiento, y éste había florecido en ella. Florecido, madurado y al fin estallado, como un higo que cuelga demasiado tiempo en la rama, abriéndose para exponer su carne color púrpura, llena de semillas. Eran demasiado estúpidos para ver que habían trabajado mejor de lo que suponían; eran demasiado estúpidos para ver en qué se había convertido ella. Pues Sparta era la Encarnación del Conocimiento.

Cuando no siguió el falso sendero de ellos, se volvieron contra ella. Habían intentado quitarle el Conocimiento de su cabeza, quemarlo, vaciarlo con la sangre de su corazón.

Ella había escapado. Durante estos años había ido reuniendo lentamente los fragmentos que le habían dejado de sí misma. Ahora era más dura, más fría, y cuando hubiera logrado resucitarse a sí misma, haría lo que fuera necesario. Lo que el Conocimiento —que era Ella misma— exigiera.

Pero primero mataría a los que habían intentado pervertirla. No por odio. Ahora no sentía nada por ellos, estaba más allá de la rabia. Pero las cosas tenían que ser más limpias, más sencillas. Las cosas serían más sencillas si eliminaba a los que la habían hecho a ella, empezando por Lord Kingman y su puñado de huéspedes.

Después tendría tiempo de matar al usurpador, la criatura casi humana que ellos habían tenido intención de que la sustituyera. Este Falcon. Antes de que pudiera llevar el mensaje equivocado a las nubes.

Desde su posición en el bosque ve aparecer una figura en la terraza de Kingman. El sol naciente ilumina la casa. La neblina de la mañana se extiende sobre la hierba y los helechos de la pradera, y la mansión se ve como a través de una gasa.

Ella deja que la imagen de su ojo derecho se amplíe en la pantalla de su mente. Es increíblemente clara y poco deformada; el «Striaphan» produce ese efecto en el

cerebro. El hombre de la terraza es el que se llama Bill, aquel cuyo olor es una extraña mezcla de perfumes desconocidos. Mira fijamente hacia donde está ella como si supiera que se encuentra allí, lo cual es imposible, a menos que tenga visión telescópica como ella.

Donde él está, parece ser un blanco fácil. Lamentablemente, el disparo es imposible, incluso con su pistola de tiro robada. La rotación giroscópica de la bala, al progresar con un movimiento de precesión al resistir el arco de la gravedad, la habrá convertido en una amplia espiral cuando llegue a la terraza. A esta distancia, ni siquiera el ordenador más rápido del mundo —el que ella lleva en su cerebro— puede predecir dónde irá a parar la bala, excepto en un radio de medio metro.

Por otra parte, con las balas que utiliza, si alcanza un trozo de carne, incluso medio metro es casi como la muerte.

Pero no, que espere Bill.

Ahora Kingman sale por las altas puertas, con su chaqueta de caza y su arma. Retrocede al ver a Bill, pero aunque es evidente que quiere esquivarle, es demasiado tarde. Ella escucha...

—Rupert, no tenía intención de...

—Si me disculpas, creo que voy a volver a intentar cazar a esa rata de árbol. Quizás esta vez lo conseguiré.

La voz de Kingman es suave, no mira al otro hombre a los ojos. La escopeta descansa en su brazo, descansa allí de un modo tan natural que es evidente que debe de dolerle no levantar el cañón y disparar a esta especie de rata que está de pie enfrente de él. En cambio, se vuelve y se marcha, baja la escalera hasta el húmedo césped y se dispone a cruzarlo, directamente hacia ella. Ningún perro va con él. Debe de considerar que los perros son un estorbo cuando se trata de abatir a ratas de árbol.

Primero Kingman. Que se acerque. Luego, si este Bill sigue expuesto...

Ella sigue escuchando, el ruido de las botas de agua de Kingman al cruzar la exuberante hierba. El sol luce de lleno detrás de las hojas en el borde del bosque, volviéndolas de un rojo y amarillo brillantes, dibujando la silueta de sus venas.

Era mejor llevarle al interior del bosque. Luego, regresar hacia la casa, entrar en ella si era necesario, atacando al resto uno a uno. En silencio. En privado. Los disparos en la cabeza son los más seguros.

Ahora Kingman está en los helechos, las frondas mojadas de los otoñales helechos marrones empapan sus pantalones de tela hasta las rodillas. Los troncos cercanos se encuentran entre ambos, aunque de vez en cuando ella puede vislumbrarle entre ellos, moviéndose en la niebla.

Sigue escuchando, siguiendo el avance del hombre a través de los helechos, a punto de interrumpir su trance, de salir a interceptarle, cuando oye al otro. Vibraciones en el límite de su sensibilidad aumentada, a su derecha. Pisadas delicadas

con un ritmo lento, intrincado, como las últimas gotas de lluvia en los aleros, cuando la tormenta ya ha pasado.

Un ciervo. Dos, probablemente gamas, pisando despacio y levemente a través del bosque, buscando alimento en la maleza. Pero también hay otras pisadas, aún más lentas, y más pesadas. No es un animal, pero se mueve casi como si lo fuera. Pisadas débiles y muy cautas. Los movimientos de un cazador experimentado al acecho.

¿El guardabosques de Kingman? No, pues media hora antes, el viejo dormía la borrachera de anoche en su habitación del ala oeste. Éste era un nuevo jugador.

Ella toma un vector del sonido, luego deja de escuchar y se relaja. Aunque ya no puede oír, puede imaginar los movimientos del extraño.

Ahora Kingman se acerca por la izquierda, pisando los húmedos matorrales como un elefante, caminando con la confianza irreflexiva fruto de conocer estos bosques de toda la vida. Ella se mueve a la derecha, pues no quiere perder al jugador desconocido sino más bien ponerse detrás, echar una mirada. Cruza el bosque cada vez más brillante con toda la agilidad y atención que puede reunir.

Se detiene —apenas— justo antes de tropezarse con él. Si no hubiera tenido la ventaja de saber que él estaba allí... Desde luego, el hombre es muy hábil. Ella tiembla inmóvil, apoyada en la áspera corteza de un viejo roble.

Entonces él se mueve, y ella ve quién es. Cabello pelirrojo rizado, abrigo de piel de camello, guantes de cabritilla; entre las hojas de otoño iluminadas por el sol, casi está mejor camuflado que ella. Su habilidad no le sorprende.

El hombre naranja. Había estado a punto de matarla en Marte, y otra vez en Fobos. Entonces ella había tenido la oportunidad de matarle, pero por algún impulso mal orientado. —¿De qué, de justicia? ¿Juego limpio?— se había reprimido. Aunque sabía que él había matado al médico que la había liberado a ella del sanatorio, aunque por alguna razón ella sabía —a pesar de no haber efectuado la conexión en la memoria— que él había intentado matar a sus padres. Quizá lo había conseguido.

Ella descansa su mejilla sobre un cojín de musgo verde esmeralda del tronco del árbol, conteniendo el aliento y esperando a que él pase de largo, por aquel estrecho lecho de riachuelo lleno de hojas caídas. Los escrúpulos que ella hubiera tenido ahora no venían al caso.

Las pisadas del hombre se detienen. Ella adelanta su cara con cautela, asomando la cabeza por el tronco del árbol. No le ve. Pero los pasos de Kingman siguen avanzando a través del bosque.

El fuerte *crac* de la pistola del hombre naranja parte la calma de la mañana. Incluso sin el supresor que normalmente utiliza, ella conoce el calibre treinta y ocho por su ruido, el cual asusta a los ciervos, que se adentran más en la reserva, aplastando los arbustos sin detenerse para mirar atrás; dos animales vivos que no hacen suficiente ruido, sin embargo, para ocultar la pesada caída del cuerpo muerto

de Kingman: cae al suelo del bosque como un árbol talado. Un disparo en la cabeza.

Si ella pudiera ver al hombre naranja le dispararía, pero él ya se aleja, amparado por demasiados troncos de árbol, caminando con calma en dirección a la casa. Ella le sigue, hasta que su visión de la pradera y la mansión es clara.

El hombre ahora está fuera del bosque, en el espacio abierto, sin hacer ningún esfuerzo por ocultarse. Todos los invitados de Kingman se hallan reunidos en la terraza, charlando tranquilamente mientras observan avanzar al hombre naranja. El llamado Bill se ha vuelto de espaldas a la barandilla para mirar a los otros. Su paso es relajado, arrogante.

Durante quince segundos ella escucha...

—Bueno, Bill, a Júpiter. —Es Holly Singh quien habla, una sonrisa satisfecha en sus rojos labios—. Pero ¿cómo sabemos que Linda no se nos adelantará, como hizo en Fobos?

Bill tarda en responder. Luego dice:

—En realidad, querida, cuento con ello.

El trance de ella dura sólo un instante. Sale de él con la mente resuelta. Apunta y dispara. La cabeza del hombre naranja se divide, más rosa que naranja.

Realizar los otros disparos requiere tiempo, quizás un tercio de segundo cada uno. La incertidumbre inherente del alcance extremo se cobra su precio. Sólo dos de los cuatro primeros proyectiles encuentran blanco.

El que iba dirigido a Bill alcanza a Jack Noble. El segundo se pierde empotrándose en la pared de la casa. El siguiente es para Holly Singh, quien se agacha. Le da en el hombro y se lo arranca junto con medio cuello. El cuarto disparo rompe un bloque irregular de piedra de la balaustrada, junto a la cual los otros están agazapados, escondiéndose. Unos segundos más tarde empiezan a disparar desde su escondite.

Ella ya se ha marchado; corre a través de los bosques más ligera que el ciervo.

Aquel primer día, el Padre de los Dioses sonrió a Falcon. Allá arriba, en Júpiter, había tanta paz y tranquilidad como cuando, años atrás, se dejaba llevar con Webster por las llanuras del norte de la India. Falcon había tenido tiempo de dominar sus nuevas habilidades, hasta que la *Kon-Tiki* parecía una extensión de su propio cuerpo. Tanta suerte era más de lo que se había atrevido a esperar, y empezó a preguntarse si tendría que pagar un precio por ello.

Sonrió interiormente. Incluso en el hombre perfecto quedan restos de superstición.

Las cinco horas de luz diurna casi habían terminado. Las nubes de abajo estaban llenas de sombras, lo que les daba una solidez masiva que no habían tenido cuando el sol estaba más alto. El color iba desapareciendo rápidamente del firmamento, excepto en el Oeste, donde una franja de púrpura cada vez más oscuro cubría el horizonte. Encima de esta franja se hallaba la delgada media luna de un satélite cercano, pálido en contraste con la completa negrura de atrás.

Con una velocidad perceptible a la vista, el sol descendió sobre el borde de Júpiter a casi tres mil kilómetros de distancia. Las estrellas aparecieron en gran cantidad, y estaba la hermana estrella del atardecer, la Tierra, en la misma frontera del crepúsculo, recordándole lo lejos que se hallaba de su lugar de origen. Siguió al sol hacia el Oeste. La primera noche de la Humanidad en Júpiter había comenzado.

Con el comienzo de la oscuridad, la *Kon-Tiki* comenzó a hundirse. El globo ya no era calentado por el débil sol y estaba perdiendo una pequeña parte de su capacidad para flotar. Falcon no hizo nada para aumentarlo; había esperado esto y tenía intención de descender.

La invisible superficie de nubes se hallaba aún a unos cincuenta kilómetros más abajo, y llegaría allí hacia medianoche. Esto se veía claramente en el radar de infrarrojos, que también informaba de que contenía una amplia selección de compuestos de carbono complejos así como el hidrógeno, helio y amoníaco de costumbre. Falcon podía ver todo esto por sí mismo, con las capacidades perceptuales que no eran de conocimiento general.

Los químicos se morían de ganas de tener muestras de ese material plumoso y rosado; aunque algunas de las anteriores sondas atmosféricas habían recogido algunos gramos, habían tenido que analizar los compuestos a bordo, con instrumentos automatizados, en el breve tiempo antes de desaparecer en las aplastantes profundidades. Lo que los químicos habían aprendido hasta el momento sólo había aumentado su apetito. La mitad de las moléculas básicas de la vida se hallaban allí, flotando muy por encima de la superficie de Júpiter. Si había «comida», ¿podía estar muy lejos la vida? Ésta era la pregunta que, después de más de un centenar de años,

ninguno de ellos había podido responder aún.

Los infrarrojos estaban bloqueados por las nubes, pero el radar de microondas las atravesaba y mostraba capa tras capa hasta la «superficie», escondida cuatrocientos kilómetros más abajo. Eso le quedaba prohibido por las tremendas presiones y temperaturas; ni siquiera las sondas robot habían llegado allí intactas. Se hallaba con tentadora inaccesibilidad en la parte inferior de la pantalla de radar, ligeramente borrosa, mostrando una curiosa estructura granular que ni Falcon ni la pantalla de su radar podían resolver.

Una hora después de la puesta de sol soltó su primera sonda. Cayó velozmente unos cien kilómetros, y luego empezó a flotar en la atmósfera más densa, enviando torrentes de señales de radio, las cuales retransmitió al Control de la Misión. Luego, no había nada más que hacer hasta que saliera el sol, excepto vigilar la velocidad de descenso y controlar los instrumentos.

Mientras se deslizaba en esta corriente regular, la *Kon-Tiki* podía cuidarse sola.

La Directora de Vuelo Im anunció el final del Día Uno.

—Buenos días, Howard. Pasa un minuto de la medianoche y tenemos tableros verdes por todo nuestro alrededor. Espero que te estés divirtiendo.

La respuesta de Falcon llegó, retrasada en el tiempo y distorsionada por la estática.

—Buenos días, Vuelo. Todos los tableros que estoy mirando también son verdes. Estoy esperando que salga el sol para poder ver un poco más por las ventanas.

—Llámanos entonces. Entretanto, no te molestaremos.

Im llamó al puente de la nave.

—Aquí Mangkorn, Vuelo.

El segundo de a bordo de la nave, un tailandés con diez años de servicio entre las lunas de Júpiter, era el oficial del nuevo día; el capitán Chowdhury se había retirado a su cabina para dormir un poco.

—Buenos días, Khun Mangkorn —dijo—. ¿Puedes darme las últimas noticias de nuestros VIPS?

—El cúter está en una Hohmann balística de Ganímedes. Ningún cambio de ETA.

—Gracias.

Transcurrieron diez minutos sin incidentes. De repente, las líneas de gráficos saltaron en las pantallas. Im cogió el canal de mando.

—¡Howard! Escucha en el canal cuarenta y seis, aumento de altura.

Había tantos circuitos de telemedición, que podía haber perdonado a Falcon que recordara sólo los pocos que eran críticos, pero él no vaciló. A través de su intercomunicador ella oyó el chasquido del interruptor del panel de Falcon.

Falcon subió la frecuencia de su amplificador de a bordo, el cual estaba unido al

micrófono de la sonda que ahora flotaba a ciento veinticinco kilómetros por debajo de la *Kon-Tiki*, en una atmósfera casi tan densa como el agua.

—Ponla en los altavoces —dijo Im.

El controlador de comunicaciones inmediatamente conectó los altavoces con el canal de la sonda.

Al principio sólo se oyó un suave siseo de los extraños vientos que se agitaban en la oscuridad de aquel mundo inimaginable. Y luego, del ruido de fondo, poco a poco emergió una vibración resonante que se iba haciendo más fuerte, como el redoble de un tambor gigantesco. Era tan bajo que se sentía tanto como se oía, y los redobles aumentaban regularmente su ritmo, aunque el tono no cambiaba. Ahora era un rápido y casi infrasónico latido.

Entonces, de pronto, en mitad de la vibración se detuvo, tan bruscamente que la mente no podía aceptar el silencio: la memoria siguió fabricando un fantasmal eco en las cavernas más profundas del cerebro.

Los controladores intercambiaron miradas. Era el sonido más extraordinario que ninguno de ellos había oído jamás, incluso entre los numerosísimos ruidos de la Tierra. Nadie podía pensar en ningún fenómeno natural que pudiera haberlo causado. Tampoco era como el grito de un animal, ni siquiera el de las grandes ballenas.

Si Im no hubiera estado tan absorta, quizás habría notado la apenas reprimida excitación en los rostros de dos de sus controladores. Pero ella estaba en comunicación con el puente.

—Khun Mangkorn, por favor, que alguien despierte al doctor Brenner —dijo—. Esto podría ser lo que ha estado esperando.

El sobrecogedor sonido volvió a oírse en los altavoces, siguiendo exactamente la misma pauta. Ahora estaban preparados para él y pudieron cronometrar la secuencia; desde el primer débil latido hasta el crescendo final, duraba justo diez segundos. Pero esta vez hubo un eco real, no un recuerdo, muy débil y muy lejano. Podría haber venido de una de las muchas capas más profundas de la atmósfera estratificada.

O quizá tenía otro origen, más distante. Esperaron un segundo eco, pero no llegó.

—Howard, suelte otra sonda, por favor. Con dos micrófonos quizá podamos triangular la fuente.

—De acuerdo, Vuelo —llegó la respuesta retrasada, y en los altavoces del Control de la Misión oyeron el casi simultáneo ruido sordo de la sonda robot al separarse de la cápsula de la *Kon-Tiki*. Cosa extraña, ninguno de los micrófonos de la *Kon-Tiki* recogía nada excepto el ruido del viento. Los estampidos, fueran los que fuesen, eran atrapados y canalizados bajo una capa reflectora atmosférica mucho más abajo.

Olaf Brenner cruzó la escotilla del centro del «suelo» de la sala de control, saliendo del corredor que conducía a los alojamientos de la *Garuda*. El gordinflón y canoso exobiólogo, todavía adormilado, se golpeaba en los mamparos en su prisa

descoordinada y volaba casi sin control. Intentó atarse a su consola al lado de la directora de vuelo, poniéndose su jersey al mismo tiempo. Im tuvo que ayudarle para impedir que se cayera.

Brenner no se molestó en darle las gracias.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Escuche —le dijo Im.

En los altavoces los estampidos se repetían. La segunda sonda de Falcon había caído velozmente a través de las capas reflectoras de abajo y las brillantes pantallas del Control de la Misión dejaban claro que los extraños sonidos procedían de un grupo de fuentes a unos dos mil kilómetros de la *Kon-Tiki*. Una gran distancia, pero eso no proporcionaba ninguna indicación de su poder intrínseco; en los océanos de la Tierra, sonidos muy débiles podían viajar a iguales distancias.

—¿A qué suena eso? —preguntó Im.

—¿A usted qué le parece? —replicó Brenner bruscamente.

—Usted es el experto. Pero ¿podría ser quizás una señal deliberada?

—Tonterías. Puede que haya vida allí abajo. De hecho, quedaré muy decepcionado si no encontramos microorganismos, quizás incluso plantas simples. Pero no es posible que haya nada como animales tal como nosotros los conocemos, criaturas individuales que se mueven por propia voluntad.

—¿No?

—Todas las pruebas que tenemos de Marte y Venus y la prehistoria de la Tierra nos indican que no hay manera de que un animal pueda generar suficiente energía para funcionar sin oxígeno libre. No hay oxígeno libre en Júpiter. Así que cualquier reacción bioquímica tiene que ser de baja energía.

—¿Oye esta conversación, Howard? —preguntó Im.

La voz cuidadosamente neutra de Falcon se oyó en los altavoces.

—Sí, Vuelo. El doctor Brenner ya ha presentado ese argumento en otras ocasiones.

—En cualquier caso —Brenner volvió su atención a los datos de su pantalla y habló directamente a Falcon a través del intercomunicador—, algunas de estas ondas de sonido parecen tener una longitud de cien metros. ¡Ni siquiera un animal grande como una ballena podría producir eso! Tiene que tener un origen natural, Howard.

—Probablemente los físicos encontrarán una explicación —replicó Falcon en tono frío.

—Bueno, piense en ello —pidió Brenner—. Al fin y al cabo, ¿qué explicación daría un extraterrestre ciego a los sonidos que oyera en una playa durante una tormenta, o al lado de un géiser, o un volcán o una cascada? El extraterrestre fácilmente podría atribuirlos a alguna bestia enorme.

Transcurrieron uno o dos segundos de más hasta que Falcon dijo:

—Sin duda, da que pensar.

—Sí —dijo Brenner.

Allí terminó, de momento, su conversación.

Desde Júpiter, las misteriosas señales prosiguieron con intervalos, grabadas y analizadas por baterías de instrumentos en el Control de la Misión. Brenner estudió los datos acumulativos que se exhibían en su pantalla; una transformación Fourier no reveló ningún significado aparente escondido en los rítmicos estampidos.

Brenner bostezó y miró a su alrededor.

—¿Dónde está el entrometido profesional? —preguntó a Im, al ver vacío el arnés donde Blake Redfield se sentaba con frecuencia.

—Incluso los entrometidos profesionales tienen que dormir en algún momento —respondió la directora de vuelo.

Blake se encontraba en su pequeña cabina, durmiendo a intervalos. Había estado durmiendo unas cinco horas cada veinticuatro, y no todas seguidas. Había espaciado sus siestas para controlar las operaciones de cada uno de los tres turnos diarios del Control de la Misión. Lo que había conseguido era tener una idea bastante buena de quiénes eran los controladores que se dominaban a sí mismos demasiado bien bajo su constante aguijoneo.

Fuera cual fuese el lado de este juego en el que se encontraran, ellos y él compartían el hecho de conocer algo que les estaba negado al resto de las personas de la *Garuda*, a saber, que Falcon tenía un propósito en las nubes que iba mucho más allá de los objetivos de la misión señalados.

Incluso el propio Falcon parecía no saberlo. ¿Estaba fingiendo? Era una pregunta —una de muchas— que sólo podía ser respondida tal como ocurrió.

En su escondrijo, Sparta se agitó con sueños de venganza. Abrió sus ojos enrojecidos y se pasó la lengua por los dientes amarillos. La realidad volvió a emerger sólo gradualmente.

Escuchó el rato suficiente para confirmar el tiempo de la misión transcurrido. Pronto... Sabía que era hora de moverse, si tenía que llegar hasta Blake. Pero ¿todavía quería hacerlo? Reflexionó...

Sus ojos enrojecidos habían observado desde el escondite cómo él realizaba su trabajo, introduciendo datos sin permiso, formulando preguntas groseras a los controladores libres de servicio, fastidiando. Para ella, su conducta era transparente. Él sabía, como ella, que algo estaba podrido en la misión de la *Kon-Tiki*. Pero a diferencia de ella, no sabía qué. Él arañaba e intentaba arrancar costras con la esperanza de irritar a la bestia y de que así se revelara.

En el cerebro de Sparta todavía quedaba algún rescaldo de compasión por él. Blake no tenía idea de que ellos simplemente estaban esperando el momento

oportuno, que él ya estaba sentenciado a muerte. Los esfuerzos de Blake eran peligrosos e inútiles.

Ella no le debía nada. Aun así, podía avisarle del cataclismo que se avecinaba. Ella había hecho todo lo posible para decapitar al Espíritu Libre. Pero como a la Hidra, a éste le habían crecido otras cabezas.

Cerca de una hora antes de la salida del sol, las voces de lo profundo desaparecieron, y Falcon empezó a prepararse para el amanecer de su segundo día. La *Kon-Tiki* ahora se hallaba sólo cinco kilómetros por encima de la capa de nubes más próxima; la presión exterior había subido a diez atmósferas, y había una temperatura tropical de treinta grados centígrados. Se podía estar cómodo allí sin más equipo que una máscara para respirar y la adecuada mezcla de helio y oxígeno.

El Control de la Misión había permanecido callado durante varios minutos, pero poco después del amanecer sonó por la conexión.

—Tenemos buenas noticias para ti, Howard. La capa de nubes que está debajo de ti se está rompiendo. Habrá un claro parcial dentro de una hora. Tendrás que estar al tanto por si hay turbulencia.

—Ya la noto un poco —respondió Falcon—. ¿Qué distancia hacia abajo podré ver?

—Al menos veinte kilómetros, hasta la segunda termóclina. Esa nube es sólida; es la que nunca se rompe.

Como Falcon bien sabía. También sabía que estaba fuera de su alcance. La temperatura allí abajo seguramente sería de más de cien grados. Ésta debía de ser la primera vez que un viajero en globo se había tenido que preocupar no por su techo sino por su base.

Diez minutos más tarde pudo ver lo que el Control de la Misión ya había observado desde sus sensores en órbita, que tenían puntos de observación ventajosos: había un cambio de color cerca del horizonte, y la capa de nubes se había vuelto mellada y desigual, como si algo la hubiera abierto. Falcon subió su horno nuclear un par de muescas y dio a la *Kon-Tiki* otros cinco kilómetros de altitud para poder obtener una vista mejor.

El cielo, abajo, se estaba aclarando rápida y completamente, como si algo estuviera disolviendo las nubes sólidas. Una sima se estaba abriendo ante sus ojos. Un momento más tarde navegaba sobre el borde de un cañón de nubes de veinte kilómetros de profundidad y mil kilómetros de anchura.

Un nuevo mundo se extendía bajo él; Júpiter se había despojado de uno de sus muchos velos. La segunda capa de nubes, inalcanzable y mucho más abajo, era bastante más oscura de color que la primera, casi rosa salmón, y curiosamente estaba moteada de pequeñas islas de color rojo ladrillo. Éstas tenían forma de óvalo, y sus largos ejes señalaban este-oeste, en la dirección del viento predominante. Había cientos de ellas, todas más o menos del mismo tamaño, y recordaron a Falcon los hinchados pequeños cúmulos del cielo terrestre.

Redujo la capacidad de flotación, y la *Kon-Tiki* empezó a caer por la cara del

precipicio que se disolvía. Entonces fue cuando se fijó en la nieve.

Blancos copos se estaban formando en la atmósfera y descendían lentamente. Sin embargo, hacía demasiado calor para que hubiera nieve, y en cualquier caso apenas había indicios de agua a aquella altitud. Además, estos copos no tenían brillo al caer como una cascada en las profundidades. Cuando, después, unos pocos aterrizaron sobre el soporte de un instrumento fuera de la principal abertura para visión, vio que eran de un blanco opaco y mate, no cristalinos, y bastante grandes, de varios centímetros. Parecían de cera.

Entonces se dio cuenta de que eran esto precisamente. Una reacción química que tenía lugar en la atmósfera que le rodeaba condensaba los hidrocarburos que flotaban en el cielo de Júpiter.

Unos cien kilómetros más adelante había una perturbación en la capa de nubes; los pequeños óvalos rojos eran zarandeados y empezaban a formar una espiral, el conocido dibujo ciclónico tan común en la meteorología de la Tierra. Este torbellino emergía a una velocidad asombrosa; si aquello era una tormenta, se dijo Falcon para sus adentros, se encontraba ante un grave problema.

Y luego su preocupación se convirtió en asombro... y en miedo.

Lo que se estaba desarrollando en su campo de visión no era una tormenta. Algo enorme —algo de muchos kilómetros de diámetro— se elevaba a través de las nubes.

La tranquilizadora idea de que esto también pudiera ser una nube, una masa de cúmulos anteriores a una tempestad que se estaban formando en las capas inferiores de la atmósfera, sólo duró unos segundos. No, esto era sólido; se abría paso a través de las nubes de color de rosa y salmón como un iceberg que surgiera de las profundidades.

¿Un iceberg flotando en hidrógeno? Era imposible, por supuesto, pero quizá no era una analogía tan remota. Enfocó su ojo telescópico en el enigma —y momentos más tarde ajustó la óptica de la *Kon-Tiki* para transmitir la misma imagen al Control de la Misión— y vio que la gran forma era una masa blancuzca y cristalina vetada de rojo y marrón. Debía de ser, decidió, lo mismo que los «copos de nieve» que caían a su alrededor: una cadena montañosa de cera.

Se dio cuenta de que no era tan sólida como había creído. En los bordes se desmigajaba y reformaba continuamente...

El Control de la Misión llevaba más de un minuto acosándole con preguntas.

—Sé lo que es —dijo con firmeza, contestando al fin—. Una masa de burbuja, alguna clase de espuma, espuma de hidrocarburo. Los químicos tendrán un día de campo... ¡Un momento!

—¿Qué sucede? —La tranquila pero inconfundiblemente urgente voz de Im le llegó con el retraso de la radio—. ¿Qué estás viendo, Howard?

Falcon oyó a Brenner balbucear excitado, pero no hizo caso de las súplicas de la

Garuda y centró su atención en la imagen telescópica de su propio ojo. Volvió a enfocar con retraso la óptica mecánica. Tenía una idea... pero tenía que estar seguro. Si cometía un error, sería el hazmerreír de todos los que estaban pendientes de esta misión, en todo el sistema solar.

Luego se relajó, miró el reloj e interrumpió la insistente voz del Control de la Misión.

—Hola, Control de la Misión —dijo muy formal—. Aquí Howard Falcon a bordo de la *Kon-Tiki*. Hora efeméride diecinueve horas, veintiún minutos, quince segundos. Latitud cero grados cinco minutos norte. Longitud ciento cinco grados, cuarenta y dos minutos, sistema uno... Si el doctor Brenner todavía está ahí, haz el favor de decirle que hay vida en Júpiter. Y es grande.

—Me siento muy satisfecho de que se demuestre que yo estaba equivocado —fue la respuesta de Brenner, tan rápida como la distancia permitía. A pesar de su anterior vehemencia, Brenner parecía francamente alegre—. Supongo que la madre Naturaleza siempre se guarda algo en la manga, ¿eh? Mantenga colocada la lente larga y proporciónenos las mejores fotografías que pueda.

Si Falcon hubiese sido dado a la ironía, se habría preguntado qué demonios esperaba el exobiólogo que haría además de conseguir las mejores fotografías que pudiera. Pero el sentido de la ironía de Falcon jamás se había desarrollado bien.

Conectó el telescopio sin vibraciones y miró la imagen en el vídeo. Eso debería hacer feliz a Brenner. Luego miró lo más cerca que pudo con su propio ojo. Las cosas que se movían arriba y abajo de aquellas distantes pendientes de cera todavía se encontraban demasiado lejos para que Falcon pudiera reconocer muchos detalles, aunque tenían que ser verdaderamente muy grandes para resultar visibles a semejante distancia. Casi negras, y en forma de punta de flecha, maniobraban mediante lentas ondulaciones de su cuerpo entero, de manera que parecían más bien mantarrayas nadando por encima de algún arrecife tropical.

Quizás eran animales que pacían sostenidos por el viento, no más carnívoros que el ganado que pacía en los pastos de las nubes de Júpiter, pues parecían estar alimentándose a lo largo de las vetas rojas y marrones que discurrían como lechos de río secos por los flancos de los precipicios flotantes. De vez en cuando, uno de ellos se sumergía de cabeza en la montaña de espuma y desaparecía por completo de la vista.

La *Kon-Tiki* se movía lentamente con respecto a la capa de nubes de debajo. Tardaría al menos tres horas en encontrarse sobre aquellas efímeras colinas. Competía en una carrera con el sol. Falcon esperaba que la oscuridad no cayera antes de que él pudiera obtener una buena vista de las mantas, como las había bautizado, así como del frágil paisaje sobre el que se abrían camino.

El intercomunicador crujió.

—Howard, me desagrada dejarlo en un momento como éste, pero es hora de cambiar de turno —dijo Im—. El doctor Brenner acaba de encargarse otro litro de café. Creo que tiene intención de permanecer contigo.

—Claro que sí —dijo Brenner alegre.

—Gracias por vuestra ayuda, Vuelo —dijo Howard—. Y hola, Vuelo.

—Hola, Howard. —La voz que se oyó fue la de David Lum, un chino étnico de Ganímedes con un largo historial de servicio en el programa espacial indoasiático—. Tuvimos que sacar a Budhvorn de aquí a la fuerza —dijo Lum—. Habría acaparado toda la diversión.

La diversión iba a tardar un poco en llegar; unas largas tres horas. Durante todo ese período Falcon mantuvo los micrófonos externos a pleno volumen, preguntándose si éste era el origen de los estampidos en la noche. Las mantas sin duda parecían lo bastante grandes para producirlos. Una vez hubo realizado una medición exacta, descubrió que tenían casi trescientos metros de punta a punta de las alas. Eso era diez veces la longitud de la ballena más grande de la Tierra, aunque Falcon sabía que las mantas no podían pesar más de unas pocas toneladas.

Por fin, media hora antes de ponerse el sol, la *Kon-Tiki* se hallaba casi sobre las montañas de cera.

—No —dijo Falcon, respondiendo de nuevo a las repetitivas preguntas de Brenner—, todavía no muestran ninguna reacción a mi presencia. No creo que sean muy brillantes. Parecen vegetarianos inofensivos. Si quisieran cazarme, dudo que pudieran alcanzar mi altitud.

Sin embargo, se sentía un poco decepcionado porque las mantas no demostraban el más mínimo interés por él, mientras navegaba muy por encima de su terreno de alimentación. Quizá no tenían manera de detectar su presencia. Falcon podía ver pocos detalles de su estructura, y ni siquiera los fotogramas aumentados por el ordenador captados por el telescopio habían detectado ninguna señal de nada que se pareciera a un órgano sensorial. Aquellas criaturas eran simplemente enormes deltas negras, que se ondulaban sobre colinas y valles que en realidad eran poco más firmes que las nubes de la Tierra. Aunque parecían sólidas, Falcon sabía que cualquiera que pisara aquellas blancas montañas se hundiría en ellas como si estuvieran hechas de papel de seda.

De cerca, pudo ver las miríadas de células o burbujas de las que estaban formadas. Algunas de éstas eran bastante grandes, de un metro o más de diámetro, y Falcon se preguntó en qué caldero de bruja de hidrocarburos habían sido preparadas. Debía de haber suficientes productos petroquímicos en la atmósfera de Júpiter para satisfacer las necesidades de toda la Humanidad durante un millón de años.

El corto día casi se había agotado cuando pasó por encima de la cresta de las

colinas de cera, y la luz se iba desvaneciendo rápidamente en sus laderas. No había mantas en esta parte occidental, y por alguna razón la topografía era muy diferente. La espuma tenía forma de largas terrazas niveladas, como el interior de un cráter lunar. Falcon casi podía imaginar que eran escalones gigantescos que conducían a la superficie escondida del planeta.

Y en el escalón inferior, libre de las nubes arremolinadas que la montaña había desplazado cuando apareció agitándose hacia el cielo, se hallaba una masa toscamente ovalada, de unos cinco o seis kilómetros de diámetro. Era difícil de ver, pues sólo era un poco más oscura que la espuma blanca grisácea sobre la que descansaba. El primer pensamiento de Falcon fue que estaba contemplando un bosque de pálidos árboles, como setas gigantes que jamás hubieran visto el sol.

Sí, debía de ser un bosque; vio cientos de delgados troncos que emergían de la blanca espuma cerosa en la que estaban arraigados. Pero los árboles estaban asombrosamente juntos; apenas había espacio entre ellos. Quizá no era un bosque, sino un solo árbol enorme como los *banians* de varios troncos. Una vez había visto un árbol de éstos en Java que tenía más de seiscientos cincuenta metros de diámetro. Este monstruo era al menos diez veces más grande.

La luz casi había desaparecido. El paisaje de nubes se había vuelto púrpura debido a la luz refractada del sol, y al cabo de pocos segundos también se desvanecería. En la última luz de su segundo día en Júpiter, Howard Falcon vio —o creyó ver— algo que sembró las más serias dudas de su interpretación del óvalo blanco. Pero también le emocionó de una manera que no habría podido explicar de modo consciente.

A menos que la escasa luz le hubiera engañado por completo, aquellos cientos de delgados troncos se movían hacia delante y hacia atrás con perfecta sincronía, como frondas de algas balanceándose en el oleaje.

Y el árbol ya no estaba en el lugar donde lo había visto por primera vez.

Quinta parte

ENCUENTRO CON MEDUSA

23

Un reluciente cúter blanco se acercaba cautelosamente a la principal esclusa de aire de la *Garuda*. La banda azul en diagonal y la estrella dorada de la proa del barco proclamaban su autoridad: la Junta de Control Espacial era la más grande agencia del Consejo de los Mundos, y poseía muchos brazos, como Shiva, tanto de nutrición como disciplinarios; coordinaba el desarrollo espacial y patrocinaba misiones científicas como la de la *Kon-Tiki*, pero al mismo tiempo actuaba de policía, guarda costero e infantería de Marina. El blanco cúter tenía un aspecto extrañamente aerodinámico para ser una nave espacial, pues la Junta Espacial había diseñado sus naves de energía por fusión para perseguir sus objetivos incluso en las profundidades de las atmósferas planetarias.

Ahora el cúter se hallaba muy lejos de una atmósfera. Mientras se mantenía suspendido en el espacio, inmóvil, un tubo de acoplamiento salió de su esclusa y se acopló herméticamente a la igualmente inmóvil *Garuda*. Unos minutos más tarde, un comandante de la Junta Espacial y su rubio y corpulento teniente, con una pistola a la cadera, penetraron con destreza en el puente de la *Garuda*.

Rajagopal, el primer oficial, fue a su encuentro.

—¿En qué puedo ayudarle, comandante?

Por alguna razón, incluso esta simple frase de cortesía, surgida de los brillantes labios rojos de la mujer, pareció arrogante.

—Estamos aquí para observar.

Era un hombre alto, moreno por el sol, con una voz ronca y acento canadiense.

—Bien, bien. Si no le importara decir...

—Lo siento —dijo con firmeza—. Si nos acompaña al Control de la Misión, no estorbaremos.

La expresión de la mujer se endureció.

—Por aquí, por favor.

El pasadizo que iba del puente al Control de la Misión era corto y terminaba en una escotilla en el centro de lo que, cuando la *Garuda* estaba acelerando, era el techo de la sala de control. Seis controladores levantaron la mirada con curiosidad cuando los hombres uniformados entraron en la habitación. Rajagopal anunció secamente la llegada a Lum, el director de vuelo, y regresó al puente.

Unos momentos más tarde, el comandante y su compañero se situaron en

posiciones diferentes; el comandante se quedó suspendido al lado de la escotilla que conducía al puente, y el teniente se puso en la escotilla del suelo. La silenciosa maniobra produjo el efecto de indicar a los hombres y mujeres en aquella habitación que se encontraban bajo arresto.

Blake Redfield abrió los ojos a tiempo de verla, balanceándose en silencio e ingravida en el techo de su cubículo para dormir. Ella se quedó justo encima, inclinada sobre él como una pesadilla.

No lo podía creer. Parpadeó, como si eso diera a la horrible aparición tiempo para marcharse. Cuando volvió a abrir los ojos, la pesadilla comenzó en serio.

Sparta debía de haber visto la expresión de sus ojos, el miedo que al reconocerla se transformó en una aprensión más calmada, más profunda.

—¿Estás aquí para matarme?

Quería hablar con audacia, pero las palabras le salieron en un seco susurro.

Ella sonrió. En la máscara negra de grasa que llevaba sobre la cara, sus dientes relucían y su lengua era de color rojo sangre.

—No tienes que hacer nada más, Blake. Ya me he ocupado yo. Cuídate.

—¿Qué quieres...?

—No, no te muevas —dijo ella.

Él fingió relajarse, y la miró fijamente.

—¿Qué has hecho, Ellen?

—No me llames Ellen.

«¿No me llames Ellen?» Blake respiró hondo; le silbaban los oídos por la tensión. «Durante años ha insistido en que la llamara Ellen».

—¿Cómo te llamas ahora?

—Ya sabes quién soy. No necesitas mi nombre.

—Como desees. —Estaba loca. Era tan evidente como la malévola sonrisa que esbozaba. Mírala, famélica y con aquellos ojos enrojecidos ardiendo en su cabeza—. ¿Qué has hecho?

Las palabras salieron de ella como una corriente cálida.

—No es necesario que sigas intentando atraparles. La misión fallará, me he ocupado de ello. Cuando lo haga, los *prophetae* que queden se darán a conocer. Entonces también me ocuparé de ellos.

—¿Qué has hecho?

—No me traiciones ante el comandante —dijo ella, desdoblado sus piernas y dándose un ligero empujón en las rodillas hacia el techo.

—¿El comandante? ¿Él está...?

Blake se interrumpió, mirando a Sparta con asombro mientras ella se deslizaba en el interior del conducto de cambio de aire, una abertura que él creía demasiado

pequeña para un cuerpo humano.

—No me traiciones. —Ella ya estaba fuera de la vista cuando sus palabras llegaron a Blake—. Quieres vivir, ¿no?

—Lo siento —dijo el Control de la Misión por los altavoces de Falcon—. La Fuente Beta parece incierta. Probabilidad del setenta por ciento de que va a explotar dentro de la próxima hora.

Falcon repasó el cuadro que aparecía en la pantalla de mapas. Beta —latitud de Júpiter ciento cuarenta grados— estaba a casi treinta mil kilómetros y muy por debajo del horizonte de Falcon. Aun cuando grandes erupciones se elevaran hasta diez megatones, él se hallaba demasiado lejos para que la onda de choque fuera un grave peligro. Pero la tormenta de radio que provocaría era otro asunto.

Las explosiones decamétricas que a veces hacían de Júpiter la fuente de radio más potente en todo el cielo se habían descubierto en los años cincuenta, para el completo asombro de los astrónomos. Un siglo más tarde, su causa seguía siendo un misterio. Sólo se comprendían los síntomas.

La teoría del «volcán» era la que mejor había resistido el paso del tiempo, aunque nadie imaginaba que esta palabra tuviera el mismo significado en Júpiter que en la Tierra. Con intervalos frecuentes —a menudo varias veces al día— se producían erupciones titánicas en las profundidades inferiores de la atmósfera, probablemente en la superficie oculta del propio planeta. Una gran columna de gas, de mil kilómetros de altura, empezaba a hervir hacia arriba como si estuviera decidida a huir hacia el espacio.

Contra los potentes cascos gravitatorios de todos los planetas, no tenían ninguna oportunidad. Sin embargo, algunos restos —de unos pocos millones de toneladas métricas— podían llegar a alcanzar la ionosfera de Júpiter, y cuando lo hacían, se desataba el infierno.

Los cinturones de radiación que rodeaban a Júpiter empequeñecían por completo los débiles cinturones Van Allen de la Tierra. Cuando se produce un cortocircuito por una columna de gas ascendente, el resultado es una descarga eléctrica millones de veces más potente que cualquier rayo terrestre; se envía un colosal trueno de radiofrecuencia que inunda el sistema solar entero y las estrellas.

Las sondas habían descubierto que estas explosiones de radio se concentraban en cuatro áreas principales del planeta. Quizás allí había puntos débiles que permitían que los fuegos del interior estallaran de vez en cuando. Los científicos de Ganímedes ahora creían que podían predecir el inicio de una tormenta decamétrica; su exactitud era aproximadamente la del pronóstico del tiempo un siglo y medio atrás.

Falcon no sabía si dar la bienvenida a una tormenta de radio o temerla, ya que sin duda podía añadir valor a la misión, si es que él sobrevivía. Por el momento,

simplemente sentía una vaga irritabilidad, como si esto resultara una distracción de algún propósito mayor. Se había planeado que la trayectoria de la *Kon-Tiki* se mantuviera lo más lejos posible de los principales centros de perturbación, en especial la más activa, la Fuente Alfa. Quiso la suerte que la amenazadora Beta fuera la más próxima a él. Esperaba que la distancia, casi tres cuartas partes de la circunferencia de la Tierra, fuera suficientemente segura.

—La probabilidad ahora es del noventa por ciento —dijo el Control de la Misión. La voz del Director de Vuelo, Lum, traslucía cierta urgencia—. Olvide lo que he dicho hace una hora. Ganímedes nos haría creer que podría ser en cualquier momento.

El radioenlace apenas se había quedado callado cuando el gráfico de la fuerza del campo magnético subió de repente; antes de que pudiera borrarse de la pantalla, se invirtió y cayó con la misma rapidez con que había subido, formando una aguja como un pico para hielo. Muy lejos y miles de kilómetros más abajo, algo había dado al núcleo fundido del planeta un empujón titánico.

El Control de la Misión recibió la noticia con retraso.

—¡Mire cómo sube!

—Gracias, ya lo sé.

—Puede esperar el comienzo en la posición en que usted está dentro de cinco minutos, y el máximo dentro de diez.

También lo sabía.

—Hagan una copia.

No les dijo cómo.

Alrededor de la curva de Júpiter, lejos, un embudo de gas ancho como el océano Pacífico se elevaba en el espacio a miles de kilómetros por hora. Las tormentas de la atmósfera inferior ya estarían rugiendo a su alrededor, pero no eran nada comparadas con la furia que se desataría cuando alcanzaran el cinturón de radiación y comenzaran a descargar su exceso de electrones en el planeta.

Falcon empezó a recoger todos los instrumentos que antes había extendido fuera de la cápsula. No podía tomar ninguna otra precaución. Faltaban cuatro horas para que la onda de choque atmosférico llegara a él, pero una vez la descarga se hubiera disparado, la ráfaga de radio, que viajaba a la velocidad de la luz, estaría allí en una décima de segundo.

Todavía nada: el monitor de radio, que exploraba el espectro, no mostraba nada inusual, sólo el fondo normal. Pero Falcon se fijó en que el nivel del ruido de fondo iba aumentando lentamente. La explosión que iba a producirse estaba ganando fuerza.

A semejante distancia, él no había esperado ver nada. Pero de pronto un parpadeo como de un rayo muy lejano bailó en el horizonte del Este. Simultáneamente, la mitad de los interruptores del tablero principal se desconectaron, las luces de la

cápsula fallaron, y todos los canales de comunicación quedaron mudos.

Falcon intentó moverse, pero no pudo hacerlo. La parálisis que le atenazaba no era psicológica. Había perdido el control de sus miembros, y sentía una dolorosa sensación de hormigueo en todos los nervios. Parecía imposible que el campo eléctrico pudiera haber penetrado en la cabina protegida —que era efectivamente una caja Faraday— y, sin embargo, había un vacilante resplandor en el tablero de instrumentos, y Falcon oyó el inconfundible crujido de la descarga radiante.

¡Bang! ¡Bang!

Los sistemas de emergencia —*¡bang!*— se pusieron a funcionar —*¡bang!*— y las sobrecargas se reajustaron. Las luces se encendieron vacilantes. La humillante parálisis de Falcon desapareció con la misma rapidez con que había venido. Echando una mirada al tablero de mandos, se inclinó hacia los accesos.

No había necesidad de probar las lámparas de inspección externas, pues fuera de las ventanas los cables de apoyo de la cápsula parecían estar en llamas. Líneas de luz azul eléctrico relucían en la oscuridad, estirándose hacia arriba desde el principal anillo de sustentación hasta el ecuador del globo gigante; rodando lentamente en varios de ellos había bolas de fuego.

La visión era tan extraña y tan hermosa que era difícil interpretarla como alguna amenaza; aunque poca gente, como Falcon sabía, podía haber visto jamás un relámpago en bola desde tan cerca. Y sin duda no habría sobrevivido, si hubieran estado volando en un globo lleno de hidrógeno en la atmósfera de la Tierra. Recordó la muerte del *Hindenburg* envuelto en llamas —¿cómo podía olvidarlo ningún piloto de dirigible? ¿Cómo podían no haber memorizado el viejo noticiario fotograma a fotograma?— destruido por una chispa al atracar en Lakehurst en 1937. Eso no podía ocurrir aquí, aunque había más hidrógeno sobre su cabeza del que había llenado el último *zeppelin*; pasarían unos cuantos miles de millones de años hasta que alguien pudiera encender fuego en la atmósfera de Júpiter sin oxígeno.

Con un ruido como de tocino cociéndose a fuego vivo, el circuito de conversación volvió a la vida; era la voz frenética de Lum.

—*Kon-Tiki*, ¿nos recibes? ¿Nos recibes?

Distorsionadas, las palabras del director de vuelo apenas eran inteligibles.

Falcon se animó; había recuperado el contacto con el mundo humano.

—Te recibo David —dijo, un poco menos formal que de costumbre—. Ha sido una buena demostración eléctrica. Pero sin ningún daño hasta ahora.

—Temíamos haberte perdido. Howard, por favor, ajusta los canales de telemetría tres, siete y veintiséis. Y aumenta el vídeo dos. No nos acabamos de creer las lecturas de los sensores de ionización externos.

De mala gana, Falcon apartó la mirada de la fascinante exhibición pirotécnica que se desarrollaba alrededor de la *Kon-Tiki*. Mientras recalibraba los instrumentos

miraba de vez en cuando por las ventanillas. El relámpago en bola fue lo primero que desapareció, expandiéndose lentamente las esferas ardientes hasta que alcanzaron un tamaño crítico, en el que se desvanecieron con una silenciosa y casi gentil explosión.

Pero incluso una hora más tarde todavía quedaban débiles resplandores alrededor del metal expuesto en la superficie de la cápsula, y los radioenlaces siguieron produciendo ruidos hasta después de medianoche.

—Volvemos a cambiar de turno, Howard. Dentro de poco se ocupará Meechai.

—Gracias por tu buen trabajo, David.

—Buenos días, Howard. Bienvenido al Día Tres.

La voz de Buranaphorn se oyó clara en el radioenlace.

—Pasan rápido, ¿verdad? —dijo Falcon, en tono agradable.

En el fondo de su ser, se sentía de todo menos bien. Aquel choque eléctrico, la parálisis... algo extraño estaba sucediendo, aunque no podía decir qué. Imágenes fantásticas acudían a su imaginación, y se imaginó que alguien le estaba hablando a su lado —en la cápsula— pero las palabras pertenecían a una lengua que él jamás había oído, como en un sueño en el que se ven claramente las palabras escritas en una página pero no se puede sacar ningún sentido de ellas.

Falcon luchaba por mantenerse concentrado. Su misión no se había completado ni mucho menos. Las horas restantes de oscuridad transcurrieron sin ningún incidente, hasta justo antes del amanecer.

Como vino del Este, Falcon creyó que estaba viendo las primeras luces del amanecer. Luego, se dio cuenta de que aún faltaban veintidós minutos para ello y que el resplandor que había aparecido a lo largo del horizonte avanzaba hacia él.

Rápidamente se despegó del arco de estrellas que señalaban el borde invisible del planeta, y Falcon vio que era una franja relativamente estrecha, bastante bien definida, el haz de una enorme linterna, que pendía bajo las nubes. Unos cincuenta kilómetros detrás de la primera rápida franja de luz vino otra, paralela y avanzando a la misma velocidad. Y detrás de ésta otra y otra, hasta que todo el cielo vaciló con capas alternativas de luz y oscuridad.

Falcon creía que por entonces ya se había acostumbrado a las maravillas, y seguro que esta exhibición de pura luminosidad, sin sonido, no podía representar el más mínimo peligro. No obstante, fue una exhibición asombrosa, inexplicable, y, a pesar de sí mismo, sintió que un frío temor le punzaba en lo que siempre había sido un autocontrol casi inhumano. Ningún ser humano podía contemplar semejante vista sin sentirse como un pigmeo indefenso en presencia de fuerzas que escapaban a su comprensión. ¿Sería posible que Júpiter no sólo tuviera vida, sino...?

(Su mente se puso en marcha. Las ventanas de su cápsula giraban enfrente de sus ojos con la misma rapidez que los rayos del reflector en el vasto paisaje oscuro de nubes de fuera).

¿...sino también inteligencia?

Esa idea tuvo que abrirse paso literalmente a la fuerza hasta la conciencia. ¿Qué podía saber su inconsciente con tanto fervor y celo que quería ocultarlo a su propia mente consciente, a la razón?

¿Una inteligencia que no sólo estaba empezando a reaccionar a su presencia extraña...?

—Sí, lo vemos —dijo Buranaphorn, con una voz que era el eco del propio sobrecogimiento de Falcon—. No tenemos idea de qué es. Hemos llamado a Ganimedes.

El espectáculo se desvanecía lentamente; las franjas que se acercaban a gran velocidad desde el lejano horizonte eran mucho más débiles, como si las energías que las impulsaban empezaran a estar exhaustas. Al cabo de cinco minutos todo había terminado. El último débil impulso de luz vaciló en el cielo occidental y desapareció. Su final dejó a Falcon una abrumadora sensación de alivio. La visión había sido tan hipnótica, tan perturbadora, que contemplarla durante demasiado rato no podía haber sido bueno para la paz mental de nadie. Se sentía más asustado de lo que quería admitir. Una tormenta eléctrica era algo que podía comprender, pero esto era totalmente incomprensible.

El Control de la Misión permanecía en silencio. Él sabía que estaban examinando los bancos de información de Ganimedes; personas y máquinas concentraban su esfuerzo en el problema. Entretanto, una señal había llegado a la Tierra, pero sólo llegar allí y devolver un «hola» requería una hora.

¿Qué significaban aquella creciente intranquilidad, aquella insatisfacción? Era algo que intentaba penetrar a la fuerza en su mente como la formación de otra titánica ráfaga de radio; era como si Falcon supiera algo que no quería admitir ante sí mismo que sabía.

Cuando el Control de la Misión volvió a hablar, quien lo hizo fue la voz cansada de Olaf Brenner.

—Hola, *Kon-Tiki*, hemos resuelto el problema, por decirlo de alguna manera, pero todavía no podemos creerlo. —El exobiólogo parecía aliviado y apagado al mismo tiempo. Se podía haber pensado que el hombre se hallaba en medio de una gran crisis intelectual—. Lo que está viendo es bioluminiscencia. Quizá similar a la producida por microorganismos en los mares tropicales de la Tierra. Sin duda son similares en su modo de manifestarse, aquí, en la atmósfera, no en el océano, pero el principio parece ser el mismo.

—El modelo era demasiado regular, demasiado artificial —protestó Falcon suavemente—. De cientos de kilómetros de punta a punta.

—Era más grande aún de lo que imagina. Usted sólo ha observado una pequeña parte. El conjunto era de casi cinco mil kilómetros de ancho y parecía una rueda

giratoria. Usted sólo ha visto los radios, que pasaban cerca suyo a aproximadamente un kilómetro por segundo.

—¡Un segundo! —Falcon no pudo evitar la exclamación—. ¡Ningún ser vivo podría moverse tan de prisa!

—Claro que no. Déjeme que se lo explique. Lo que usted ha visto estaba impulsado por la onda de choque de la Fuente Beta, moviéndose a la velocidad del sonido.

—¿Qué tiene eso que ver con la pauta?

—Eso es lo sorprendente. Es un fenómeno muy raro, pero se han observado idénticas ruedas de luz, miles de veces más pequeñas, en el golfo Pérsico y el océano indico. Escuche: el *Patna*, de la British India Company, golfo Pérsico, mayo de 1880, a las once y media de la mañana: «Una enorme rueda luminosa girando, cuyos radios parecían cepillar la nave. Los radios tenían de doscientos a trescientos metros de largo... Cada rueda contenía unos dieciséis radios...». Y aquí hay un informe del golfo de Omán, con fecha 23 de mayo de 1906: «La luminiscencia intensamente brillante se acercaba a nosotros rápidamente, lanzando rayos de luz bien definidos hacia el Oeste en rápida sucesión, como el haz del reflector de un buque de guerra... A nuestra izquierda, se formó una gigantesca rueda ardiente, con radios que alcanzaban todo lo que la vista abarcaba. La rueda entera giró a nuestro alrededor durante dos o tres minutos...» —Brenner se interrumpió—. Bueno, y así sucesivamente. Ganímedes tiene reseñados unos quinientos casos. El ordenador los habría impreso todos si no lo hubiésemos detenido.

—Está bien. Estoy convencido; pero sigo perplejo.

—No es de extrañar. La explicación completa no se tuvo hasta finales del siglo xx. Al parecer estas ruedas luminosas proceden de terremotos submarinos, y siempre se producen en aguas poco profundas donde las ondas de choque se reflejan y forman pautas de ola permanentes, a veces franjas, a veces ruedas giratorias; se les ha llamado «Ruedas de Poseidón». La teoría por fin fue demostrada efectuando explosiones bajo el agua y fotografiando los resultados desde un satélite.

—No me extraña que los marineros fueran tan supersticiosos —observó Falcon.

Vio la pertinencia de los ejemplos terrestres: cuando la Fuente Beta explotó, debió de enviar ondas de choque, en todas direcciones, a través del gas comprimido de la atmósfera inferior, y a través del cuerpo sólido del núcleo de Júpiter. Encontrándose y recruzándose, estas ondas se anulaban aquí y se reforzaban allí. El planeta entero debía de haber sonado como una campana.

Sin embargo, la explicación no destruyó su sensación de maravilla y sobrecogimiento: jamás sería capaz de olvidar aquellas vacilantes franjas de luz, que avanzaban a gran velocidad a través de las inalcanzables profundidades de la atmósfera de Júpiter. En este mundo cualquier cosa podía suceder, y nadie podía

adivinar qué traería el futuro. Y él todavía tenía que pasar un día entero.

Falcon no se hallaba simplemente en un planeta extraño. Estaba atrapado en un reino mágico entre el mito y la realidad.

Blake, entretanto, se encontraba entre dos grupos de cañerías en un espacio que no había sido diseñado para ser ocupado por ningún ser humano, ese tipo de espacio que se deja cuando los soldados han entrado y efectuado su trabajo, y después los instaladores de cañerías han entrado y hecho el suyo, y los electricistas han entrado y hecho el suyo, sin esperar realmente ninguno de ellos tener que volver y dejando ese diminuto agujero técnicamente transitable por si algún pobre bobo tiene que entrar allí con una llave inglesa o un equipo de cortacables para arreglar algo roto.

Lo que Blake hacía allí era ese tipo de cosas por la que matan a la gente. Estaba cazando a un animal herido.

Linda, o Ellen, o comoquiera que fuera su nombre secreto, era mucho más lista y rápida que él, y él lo sabía. Había visto suficiente de su misteriosa «suerte» para adivinar lo que tenía en su cerebro y nervios, pero nunca habían hablado de ello. Probablemente ella podía ver en la oscuridad y olerle acercarse, igual que un león de montaña herido.

No obstante, había que detenerla. Era demasiado peligrosa para permitirle ir libre y demasiado peligrosa para subestimarla. Si ella decía que se había asegurado de que la misión de Howard Falcon fallara, tenía razón. Sin embargo, él no podía simplemente entregarla al comandante, decirle que al fin había regresado... y lavarse las manos de los resultados. Estaban ocurriendo muchas cosas demasiado de prisa. Tenía que ocuparse de esto por su cuenta.

Había un par de factores de su lado. Por su perversa adicción al sabotaje, Blake tenía más experiencia que ella en actividades furtivas. Con suerte, ella no le estaría esperando, pues había salido para avisarle de que se quedara al margen, cuando debía de saber que él no sospechaba que ella se encontraba allí.

Y estaba enferma. Pero si sus ojos obsesionados y su cuerpo demacrado significaban que era menos formidable, él no lo sabía.

Avanzó lentamente a través del casi intransitable pasadizo hasta que se encontró junto a la zona de servicio de AP, débilmente iluminada por un par de diodos verdes. Allí nada se movía, nada visible. Blake aguzó el oído tanto como pudo, pero sólo oyó el gemido, siseo y crujido de la nave por encima de su propia respiración y los latidos de su corazón. El silencio que reinaba sonaba en sus oídos como el viento huracanado.

Fue avanzando poco a poco, hasta que se encontró medio colgado en el espacio donde esperaba encontrarla.

El chirriar inoportuno de la mujer loca fue su único aviso. Ella salió volando de

las sombras profundas a la luz verde, con las garras extendidas, gritando como una arpía. Habría podido arrancarle la garganta, pero gracias a su grito él tuvo un instante para percibir los ojos fieros de ella, sus relucientes colmillos, mientras él se convulsionaba, se retorció y le agarraba la muñeca. Las púas INP de la mujer, extendidas bajo sus uñas, le arañaron el brazo como cuchillas, pero él no lo notó. Sus pantorrillas seguían metidas en el estrecho pasadizo; le proporcionaron la fuerza necesaria y...

«Con un solo movimiento de su cuello, un leopardo le arranca la piel a su presa con un chorro de sangre...»

El efecto en Sparta no fue tan horripilante. Vuelta del revés de una sacudida por Blake, Sparta dio un salto mortal como una muñeca de trapo y se golpeó la cabeza en el mamparo, con las piernas extendidas. Su fétido aliento salió como un gruñido explosivo y débilmente agitó su brazo libre, pero el puño izquierdo de Blake le golpeó la barbilla. La cabeza le cayó hacia atrás y los ojos se le pusieron en blanco.

La propia sangre de Blake flotaba en la pequeña habitación, pequeñas burbujas negras en la verde luz, cada vez más abundantes. Dobló los brazos alrededor del sucio y demacrado cuerpo de Sparta y estalló en llanto. Llorando amargamente, buscó a tientas con la mano buena la escotilla que se abría al corredor de mantenimiento.

Había deseado no tener que entregarla. Había querido sacarle la verdad a ella y, si se le ocurría alguna manera de hacerlo, ayudarla a liberarse.

Demasiado tarde. Estaba perdiendo sangre con rapidez; tenía que llegar a la clínica. Y ella estaba muriendo en sus brazos.

Cuando por fin llegó el verdadero amanecer, trajo consigo un repentino cambio de clima. La *Kon-Tiki* se movía a través de una ventisca; los copos de cera caían tan copiosamente que la visibilidad se redujo a cero. A Falcon le preocupaba el peso que pudiera acumularse sobre la envoltura del globo. Luego observó que los copos que se asentaban fuera de la ventana desaparecían con rapidez; el continuo calor vertido por la *Kon-Tiki* los evaporaba con la misma rapidez con que llegaban.

Si hubiera estado viajando en globo en la Tierra, también habría tenido que preocuparse por la posibilidad de golpear algo sólido. Aquí no existía ese peligro. Las montañas de Júpiter, en el incierto caso de que las hubiera, se hallarían aún a cientos de kilómetros por debajo de él. En cuanto a las islas flotantes de espuma, golpearlas probablemente sería como arar en pompas de jabón ligeramente endurecidas.

No obstante, echó una mirada cauta al radar horizontal. Lo que vio en la pantalla le sorprendió. Esparcidos en un sector enorme del cielo de arriba se hallaban docenas de grandes y brillantes ecos, completamente aislados uno de otro, y aparentemente suspendidos en el espacio sin ningún apoyo. Falcon recordó la frase que los primeros aviadores habían utilizado para describir uno de los riesgos de su profesión: «nubes rellenas de rocas», una buena descripción de lo que parecía hallarse en el camino de la *Kon-Tiki*. La pantalla del radar presentaba una vista desconcertante, aunque Falcon se recordó a sí mismo que nada sólido podía realmente mantenerse suspendido en el aire en esta atmósfera.

La mente consciente de Falcon intentaba clasificar la aparición —algún extraño fenómeno meteorológico, aún a doscientos kilómetros de distancia al menos—, pero una emoción rudimentaria se desbordó en su pecho.

—Control de la Misión, ¿qué es eso que estoy viendo?

Su propia voz tensa le sorprendió.

—No podemos ayudarte, Howard. Todo lo que tenemos para seguir adelante es la señal de tu radar.

Al menos ellos podían ver el clima, y Buranaphorn le transmitió la buena noticia de que la ventisca desaparecería en media hora.

Sin embargo, no hubo aviso del violento viento lateral que bruscamente azotó a la *Kon-Tiki* y la barrió casi en ángulo recto a su rumbo. De repente la cobertura arrastraba la cápsula a través del aire como un ancla marina, casi horizontalmente. Falcon necesitó toda su habilidad y sus rápidos reflejos para impedir que su torpe vehículo se enredara en las cuerdas o que zozobrara. Al cabo de unos minutos, avanzaba hacia el Norte a más de seiscientos kilómetros por hora.

Tan de repente como había comenzado, la turbulencia cesó. Falcon todavía avanzaba a gran velocidad, pero en una atmósfera quieta, como si hubiera quedado

atrapado en una manga de aire. La tormenta de nieve desapareció, y Falcon vio con sus propios ojos lo que Júpiter había preparado para él.

La *Kon-Tiki* había entrado en el embudo de un gigantesco remolino, de al menos mil kilómetros de longitud. El globo estaba siendo barrido a lo largo de una curvada pared de nubes. En lo alto, el sol brillaba en un cielo despejado, pero muy abajo este gran agujero en la atmósfera se hundía hasta profundidades desconocidas, hasta que alcanzaba un suelo nebuloso donde fluctuaban relámpagos casi continuamente.

Aunque la nave era arrastrada hacia abajo tan despacio que no había peligro inmediato, Falcon aumentó el flujo de calor en la envoltura hasta que la *Kon-Tiki* se mantuvo suspendida a una altitud constante. Hasta entonces no abandonó el fantástico espectáculo y volvió a considerar el problema de las señales en el radar.

Seguían allí. El eco más cercano se hallaba ahora a unos cuarenta kilómetros. Todos los ecos, se dio cuenta rápidamente Falcon, estaban distribuidos a lo largo de la pared del vórtice, moviéndose con él, aparentemente atrapados en el remolino como la propia *Kon-Tiki*. Atisbó por las ventanas con su ojo telescópico y se encontró mirando una nube curiosamente moteada que casi llenaba todo el campo de visión.

No era fácil de ver, pues sólo era un poco más oscura que la pared de neblina que formaba su fondo. Hasta después de más de un minuto de contemplarla no se dio cuenta de que se había encontrado con ello antes. Rápidamente ajustó la óptica de la *Kon-Tiki* sobre el objeto, para que el Control de la Misión pudiera compartir la vista.

La primera vez que había visto aquella cosa, ésta se arrastraba por las montañas de espuma en movimiento, y la había confundido con un árbol gigantesco con muchos troncos. Ahora, por fin, podía apreciar su tamaño y complejidad reales, e incluso podía darle un nombre para fijar su imagen en su mente. Porque no se parecía en absoluto a un árbol, sino a una medusa, tal como podría encontrársela arrastrando sus tentáculos mientras se dejaba llevar por los cálidos remolinos de las corrientes oceánicas de la Tierra. Para uno de los primeros naturalistas, aquellos tentáculos eran reminiscencias de las serpientes que se retorcían en la cabeza de Gorgona, y de ahí el nombre de la criatura: Medusa.

Esta medusa medía casi dos kilómetros, y tenía decenas de tentáculos de cientos de metros de largo; se balanceaban hacia delante y hacia atrás en perfecto unísono, tardando más de un minuto en completar cada ondulación, casi como si la criatura estuviera remando a través del cielo.

Las otras señales del radar eran otras medusas, más distantes. Falcon enfocó su vista y el telescopio del globo en media docena de ellas. No pudo detectar ninguna variación obvia de tamaño o forma, todas parecían ser de la misma especie. Se preguntó sólo por qué se dejaban llevar perezosamente alrededor de esta órbita de mil kilómetros. ¿Se alimentaban del «plancton» del aire, absorbido por el remolino... absorbido como había sido la propia *Kon-Tiki*?

—Control de la Misión. No he oído nada del doctor Brenner. ¿Se ha ido a la cama?

—A la cama no, Howard —le llegó la retrasada respuesta de Buranaphorn—. Sólo se ha quedado dormido. Está a mi lado, roncando como un bebé.

—Despiértale.

El graznido de Brenner le llegó por la conexión un segundo más tarde.

—Por... Howard, ¡esa criatura es cientos de miles de veces más grande que la mayor de las ballenas! ¡Aunque sólo sea una bolsa de gas, debe de pesar un millón de toneladas! Ni siquiera puedo imaginarme su metabolismo. Debe de generar megavatios de calor para mantener su capacidad de flotación.

—No puede ser sólo una bolsa de gas. Es un reflector de radar demasiado bueno.

—Tiene que acercarse usted.

La voz de Brenner tenía cierto tono de histeria reprimida.

—Podría hacerlo —respondió Falcon.

Podía acercarse a la medusa tanto como quisiera, cambiando la altitud para aprovechar las diferentes velocidades del viento, pero no se movió. Algo se había apoderado de él, una punzada de parálisis como la que había experimentado en la tormenta de radio.

—Falcon, inmediatamente debe...

Buranaphorn interrumpió a Brenner con firmeza:

—De momento nos quedaremos donde estamos, Howard.

—Sí, Vuelo, eso es.

Las palabras de Falcon estaban cargadas de alivio, y cierta ironía por aquel «nos». Unos mil kilómetros más de distancia vertical representaban una considerable diferencia en el punto de vista del Control de la Misión. Pero Olaf Brenner no ofreció ninguna disculpa por su intento de usurpar las prerrogativas del director de vuelo.

Sparta abrió los ojos. En su sueño, debía de haber estado escuchando la conversación entre el Control de la Misión y el frágil globo que giraba a través de las nubes de Júpiter tan lejos. Sin embargo, su destrozado rostro no daba muestras de comprender.

—*Aiingg Zzhhee...*

Tenía la garganta llena de arena.

—¿Qué?

Tres hombres la estaban mirando, dos jóvenes y uno mayor. Ella no les reconoció. Volvió a intentar centrar la imagen, examinarles de cerca, pero tenía la cabeza a punto de explotar. Si pudiera mirarles a los ojos, leer las pautas de sus retinas, seguro que podría reconocerles... Pero ¿por qué su ojo derecho estaba muerto? Podía formar una imagen sólo en un ángulo fijo, normal. No podía ver mejor que cualquier persona corriente.

—No puedo ver —dijo en un susurro, apenas más claro.

Uno de los hombres jóvenes agitó la mano frente a la cara de Sparta. Ella la siguió con la mirada. Él levantó tres dedos.

—¿Puede ver mi mano? ¿Cuántos dedos hay?

—Tres —susurró ella.

—Mantenga abiertos los ojos —dijo el hombre, que debía de ser médico. Le tapó el ojo derecho con la palma de la mano—. ¿Cuántos dedos hay ahora?

—Cuatro. Pero no puedo ver.

Él le tapó ahora el ojo izquierdo.

—¿Cuántos hay ahora?

—Cuatro también.

—¿Por qué dice que no puede ver? —El médico retiró la mano de la cara de Sparta—. ¿Experimenta visión deformada? ¿Sombras? ¿Alguna anomalía?

Ella volvió la cabeza, sin molestarse en responder. El imbécil no comprendía de qué hablaba ella, y se le ocurrió que era mejor no explicarle nada.

—Ellen, tenemos que hablar contigo —dijo uno de los otros, el mayor.

¿Por qué la llamaba de aquel modo? Éste no era su nombre.

Sparta probó sus conexiones, procurando no hacerlo de modo evidente, y las encontró fuertes. Se hallaba atada a una superficie almohadillada, una cama, con unas amplias bandas que le sujetaban los tobillos, las muñecas y el torso. Llevaba tubos en los brazos, y podía percibir de un modo vago otros tubos que le salían de la cabeza. Aquellos tubos debían estar haciéndole algo a su cabeza. No podía ver.

Pero aún podía oír...

Desde hacía ya más de una hora, mientras la *Kon-Tiki* había estado deslizándose en el gran remolino, Falcon había estado experimentando con el contraste y aumento del videoenlace, tratando de grabar una visión más clara de las medusas que estaban más cerca. Se preguntó si su coloración esquiva era algún tipo de camuflaje; quizás, igual que muchos de los animales de la Tierra, estaba tratando de confundirse con el fondo.

Era un truco utilizado tanto por cazadores como por presas. ¿En qué categoría se hallaba la medusa? En realidad no esperaba responder a esta pregunta en el poco tiempo que le quedaba, aunque justo antes de la luna local, y sin el menor aviso, llegó la respuesta.

Como un escuadrón de antiguos aviones de guerra, cinco mantas llegaron avanzando por la pared de neblina que había formado el embudo del remolino, volando en formación de V directamente hacia la masa gris de la medusa. A Falcon no le cabía duda de que iban a atacar; evidentemente, era un error suponer que se trataba de vegetarianos inofensivos.

Todo sucedía tan despacio, que era como mirar en cámara lenta. Las mantas se ondulaban para avanzar quizás a cincuenta clicks; pareció que transcurrían siglos hasta que llegaron a la medusa, la cual siguió impulsándose imperturbable a una velocidad aún más lenta. Aunque eran enormes, las mantas parecían pequeñas al lado del monstruo al que se acercaban. Y cuando se agitaron y se posaron sobre su espalda, parecían grandes pájaros aterrizando sobre una ballena.

¿Podía la medusa defenderse? Falcon no veía cómo podían estar en peligro las mantas atacantes mientras evitaran aquellos enormes y torpes tentáculos. Y quizá su anfitrión ni siquiera era consciente de ellas. Podían ser parásitos insignificantes, tolerados igual que los perros toleran las pulgas.

No, era evidente que la medusa estaba inquieta. Con agonizante lentitud, empezó a ladearse como un barco al naufragar. Transcurridos diez minutos, se había inclinado cuarenta y cinco grados y estaba perdiendo altitud rápidamente.

Falcon no pudo evitar sentir piedad por el monstruo sitiado. Aquella visión incluso le trajo recuerdos amargos, pues de una manera grotesca, la caída de la medusa era casi una parodia de los últimos momentos de la *Queen*.

—Ahórrese la compasión —dijo la voz extrañamente sin inflexión de Brenner por el intercomunicador, como si el exobiólogo hubiera estado leyendo su mente—. La inteligencia elevada sólo puede desarrollarse entre los depredadores, no entre estos animales que se dejan llevar por la corriente, ya sea en el mar o en el aire. Estas cosas a las que usted llama mantas están más cerca de nosotros que esa monstruosa bolsa de gas.

Falcon escuchó hasta el final la afirmación del científico y sintió que disentía. Pero no dijo nada. Al fin y al cabo, ¿quién podía realmente sentir simpatía por una criatura cien mil veces más grande que una ballena? Falcon tampoco quería pinchar a Brenner, quien debía de estar cerca del agotamiento completo. Sus observaciones se hallaban cada vez más infectadas de inadecuada emoción.

Falcon se ahorró seguir reflexionando sobre el estado del alma de Brenner, o la suya, al ver a la medusa, cuya táctica parecía estar surtiendo efecto. Su lento movimiento parecía haber perturbado a las mantas y éstas se alejaban de su dorso agitándose violentamente, como buitres hambrientos al ser interrumpidos a la hora de la comida. ¿Preferían por alguna razón estar hacia arriba, o había otra cosa, invisible a Falcon, que las movía a la acción?

No se habían alejado mucho todavía, siguiendo suspendidas a pocos kilómetros del monstruo que aún se ladeaba, cuando hubo un súbito destello de luz cegadora, sincronizado con un estallido de estática en la radio. Falcon sintió la sacudida como un agrio espasmo en el estómago. Observó de cerca que una de las mantas se retorció lentamente, cayendo directamente hacia abajo y dejando una estela de humo negro detrás de ella mientras caía. El parecido con un caza abatido envuelto en llamas era

sorprendente.

Al unísono las restantes mantas se sumergieron en picado para alejarse de la medusa, perdiendo altitud para ganar velocidad. Al cabo de unos minutos habían desaparecido en la pared de nube de la que habían surgido.

La medusa, que ya no caía, empezó a rodar de nuevo para colocarse en posición horizontal. Pronto estuvo navegando de nuevo como si nada hubiera sucedido.

—¡Hermoso! —La ardiente voz de Brenner se oyó por el intercomunicador, después del primer momento de asombrado silencio—. Defensas eléctricas, como las anguilas y las rayas. ¡Y al menos un millón de voltios! —Calló, y volvió a hablar con cierto nerviosismo en la voz—. Háblenos, Falcon. ¿Ve algún órgano que pudiera haber producido la descarga? ¿Algo que parezca un electrodo?

—No —dijo Falcon. Afinó la resolución—. Pero aquí hay algo extraño. ¿Ven ese dibujo? Vuélvano a pasar, antes no estaba.

Una ancha franja moteada había aparecido a lo largo del costado de la medusa, formando como un tablero de damas, de una precisión geométrica asombrosa. Cada cuadrado estaba moteado a su vez con un complejo subdibujo de líneas horizontales cortas espaciadas a distancias iguales en una disposición geoméricamente perfecta de hileras y columnas.

—Tiene razón —dijo Brenner, con algo muy parecido al sobrecogimiento en su voz—. Eso es nuevo. ¿Qué opina usted?

Buranaphorn no dio tiempo a Falcon para responder a la pregunta.

—Formación de radio de banda métrica, ¿no crees, Howard? —Se rio—. Cualquier ingeniero que no tuviera que proteger la fama de un biólogo lo sabría en seguida.

—Por eso devuelve un eco tan grande —dijo Falcon.

—Bueno, quizá, pero ¿por qué ahora? —preguntó Brenner—. ¿Por qué acaba de aparecer?

—Podría ser consecuencia de la descarga —dijo Buranaphorn.

—Podría ser —coincidió Falcon. Hizo una pausa antes de añadir—: O quizá nos esté escuchando.

—¿En esta frecuencia? —Buranaphorn casi se echó a reír—. Tendrían que ser antenas de metro, o incluso de un decámetro de longitud. A juzgar por su tamaño.

Brenner intervino excitado.

—¿Y sí están relacionadas con las explosiones de radio del planeta? La Naturaleza nunca lo ha conseguido en la Tierra, aun cuando tenemos animales con sonar y sentidos eléctricos; ¡pero Júpiter está casi tan empapado de radio como la Tierra de luz del sol!

—Podría ser una buena idea —dijo Buranaphorn—. Esta cosa podría estar extrayendo la energía del radio. Es posible que incluso sea una planta de energía

flotante.

—Todo esto es muy interesante —dijo Brenner, temblándole la voz con el tono autoritario de antes—, pero hay que establecer una cuestión mucho más importante. Me acojo a la Directriz Principal.

Durante un largo momento el radioenlace entre el Control de la Misión y la *Kon-Tiki* permaneció en silencio. Incluso Buranaphorn quedó callado.

Falcon habló primero, con un gran esfuerzo.

—Por favor, indique sus razones.

—Hasta que llegué aquí —empezó Brenner, con una animación que sonaba a falsa—, yo también habría jurado que cualquier criatura que hubiera podido desarrollar una antena de radio de onda corta tenía que ser inteligente. Ahora no estoy tan seguro. Esto podría haber evolucionado de manera natural. En realidad, supongo que no es más fantástico que el ojo humano.

—Muy bien, doctor Brenner —dijo Buranaphorn—. ¿Porqué se acoge a la Directriz Principal?

—Tenemos que ir a lo seguro —dijo Brenner, dejando su falsa animación—. Tenemos que suponer que hay inteligencia, aunque ninguno de nosotros crea en ella.

«Nosotros», pensó Falcon, mientras intentaba controlar las emociones que brotaban en su interior...

—Por lo tanto, coloco esta expedición bajo todas las cláusulas de la Directriz Principal —dijo Brenner, con un floreo final.

Una responsabilidad que nunca había imaginado conscientemente descendió sobre Howard Falcon. En las pocas horas que le quedaban, podría convertirse en el primer embajador de la raza humana en otro planeta habitado. Cosa extraña: no le sorprendió, sino que más bien le resultó una ironía tan deliciosa que casi deseó que los cirujanos le hubieran restaurado la capacidad de reír.

A bordo de la *Garuda*, Buranaphorn lanzó a Brenner una mirada penetrante: el hombrecillo de pelo gris se había hundido en tres dimensiones y flotaba en su arnés como una bola de masa. Buranaphorn le dijo escuetamente:

—Ojalá le hubiera dejado dormir.

Cuando se trataba de investigación, la Directriz Principal podía convertirse en un gran incordio. Nadie dudaba en serio de que tuviera buenas intenciones. Después de un siglo de discusión, por fin los humanos habían aprendido a aprovechar sus errores en su planeta hogar, o eso se esperaba, y no sólo las consideraciones morales sino el propio interés exigían que estas estupideces no se repitieran en ningún otro sitio del sistema solar. Ésa era una de las razones por las que el tipo de Voxpop se encontraba allí, ¿no? Para asegurarse de que se cumplía.

Nadie en esta tripulación necesitaba que se lo recordaran. Tratar a una inteligencia posiblemente superior como los colonizadores de Australia y

Norteamérica habían tratado a sus aborígenes, como los ingleses habían tratado a los indios, como prácticamente todo el mundo había tratado a las tribus de África... bueno, aquello conducía al desastre.

Buranaphorn insistió:

—Doctor, hablo en serio. ¿No cree que debería descansar un poco? —Al fin y al cabo, la primera cláusula de la Directriz Principal era «mantener las distancias». No acercarse. No realizar ningún intento de comunicación. Darles mucho tiempo para estudiarle a uno, aunque lo que se quería decir con «mucho tiempo» nunca se había especificado. Eso se dejaba a la discreción del humano que se hallara en el lugar—. Sea lo que sea esa cosa, no vamos a obtener ninguna vista mejor mientras allí abajo sea de noche.

Brenner le miró de un modo extraño.

—No podría dormir. ¿Sabe cuánto tiempo hemos estado esperando este momento?

—Como usted diga, doctor.

Es uno de éstos, pensó Buranaphorn; y hasta hacía una hora le había engañado. Brenner parecía tan sano, tan juicioso. Él era el que no cesaba de decir que podrían encontrar algunos gérmenes allí abajo... pero nada más.

Esta misión parecía haber atraído a muchos tipos que habían invertido las esperanzas de su vida (por acuñar una frase) en las nubes de Júpiter; ingenieros renombrados, pero igualmente religionistas secretos. Los que se habían llamado a sí mismos «científicos de la Creación» en el siglo xx. Por su parte, Meechai Buranaphorn era un ex deportista e ingeniero aeronáutico que llevaba su budismo a la ligera. No es que se desviara de su camino para pisar bichos, y nunca comía carne a menos que el animal hubiera sido criado para ser comido. Pero algunos de estos tipos... se diría que están esperando la reencarnación instantánea o algo así. Buranaphorn se obligó a devolver sus pensamientos al estado de la misión.

Al menos los dos matones de la Junta Espacial se habían ido; tal como se habían comportado, se diría que intentaban buscar problemas. Pero quizá tenían una razón para estar allí. ¿Quién lo hubiera dicho? Llamó al puente.

—¿Qué hay del polizón?

Rajagopal se volvió a él.

—No se sabe nada —dijo ella.

—Vamos, dime algo, Raj.

El primer oficial tenía aquella irritante altivez que, en opinión de Buranaphorn, era natural en las mujeres indias. En especial en las que ocupaban cargos con autoridad.

Pero Rajagopal se ablandó.

—Ella y Redfield están encerrados en la clínica con nuestros visitantes de la Junta

Espacial.

—¿Cómo se lo toma el capitán?

El propio Chowdhury habló por el intercomunicador.

—Por favor, ocúpese de su trabajo, señor Buranaphorn, y déjenos hacer el nuestro. No se distraiga con tonterías. Su misión es la razón por la que estamos todos aquí.

Gracias por recordármelo, memo, pensó Buranaphorn. Pero se guardó este pensamiento para sí.

Dentro de la pequeña clínica de la nave, Sparta volvía a estar inconsciente.

—No le he dado tan fuerte —dijo Blake, lo que debía de ser la enésima vez.

Esta vez, el rubio médico —procedía de una vieja familia de Singapur, de antepasados holandeses— no se molestó en responder. Ya le había explicado que los vasos sanguíneos intercraneales de la mujer se habían vuelto peligrosamente permeables por la ingestión de la droga «Striaphan», encontrada en gran cantidad en su persona, ingestión que evidentemente había sido muy grande y prolongada. Incluso un golpe moderado en la cabeza era suficiente para haber causado un rápido hematoma subdural.

La sangre en el cerebro no era poco común a bordo de una nave espacial; al flotar ingrávida, la gente tendía a colisionar de cabeza con las cosas. El equipo nanoquirúrgico de la clínica habría podido ocuparse de las cosas rutinarias en un par de horas, de haber gozado la paciente de buena salud, como la mayoría de las personas que trabajaban en el espacio. Por desgracia, esta mujer estaba gravemente malnutrida y sus pulmones sufrían de neumonía. No eran problemas médicos agobiantes, pero sí era raro encontrarse con ellos en el espacio; junto con la conmoción cerebral y el coágulo de sangre, representaban un peligro para su vida.

Las cosas serían mucho más sencillas, pensó el médico, si pudiera deshacerse de los mirones. La clínica, una diminuta habitación junto al área de recreo, ya era bastante pequeña sin tener que compartirla con este personaje llamado Redfield, loco de inquietud, y esta mole de oficial de la Junta Espacial; y ¿de dónde demonios había venido, mostrando su reluciente placa y ocupando la posición del Consejo de los Mundos?

—Quédese aquí, doctor Ullrich —dijo el oficial—. El señor Redfield y yo volveremos en seguida.

—No puedo hacer nada más por la paciente hasta...

—Quédese aquí.

—Pero no he comido desde...

La escotilla se cerró ante la dolida objeción del joven médico. Fuera, en el corredor, el comandante se volvió a su teniente.

—¿Alguna cosa, Vik?

—Nada. —El corpulento y rubio teniente llevaba su pistola fuera de la funda.

El comandante miró a Blake.

—Ha estado a bordo al menos desde Ganímedes. ¿Está seguro de que no se trata de una bomba?

—No en la *Kon-Tiki*. Se habría descubierto como exceso de masa.

—Ella ha ocultado fácilmente su propia masa.

—La *Garuda* tenía un par de órdenes de magnitud más de masa para eliminar. La *Kon-Tiki* se pesó repetidamente antes de ser lanzada. Hasta el gramo. Yo lo vigilé.

—Sí, tengo la impresión de que se convirtió usted en una auténtica peste —gruñó el comandante—. Entonces, una bomba de impulso, algo pequeño, no explosivo, suficiente para quemar la circuitería; lo que le hicieron a ella en Marte.

—Hace casi dos años que es una proscrita, que está fuera del sistema de nadie. ¿Cómo tendría acceso a algo tan sofisticado y costoso?

—Yo podría preguntar cómo hizo para viajar de polizón...

—Lo hiciera como lo hiciera, no le costó tanto dinero.

—Sí. —El comandante suspiró—. ¿Daños estructurales?

—La *Kon-Tiki* ha funcionado sin ningún obstáculo, todos los sistemas principales: protectores de calor, paracaídas, globo, estatorreactores, sistemas de mantenimiento de vida, instrumentos, comunicación... Revisaron todo eso antes de que la dejaran separarse.

—Entonces es el *software*.

—Todos los diagnósticos han salido a la perfección.

—Aun así... el *software*.

Blake asintió, de mala gana.

—Creo que tiene usted razón. Pero no vamos a descubrir qué hizo a menos que ella nos lo diga.

—Oiga, Redfield, no intento deshacerme de usted. Pero el médico dice que tiene hambre. ¿Qué le parece si va a buscarle algo de comer?

Blake iba a objetar algo —¿por qué no puede hacerlo Vik?, quiso preguntar—. Pero la respuesta era evidente: el teniente iba armado, y podrían necesitarle. Blake se encaminó al comedor.

El comandante regresó a la clínica.

—Ahora le traen comida —dijo a Ullrich—. Cuénteme otra vez lo que sabe de esta sustancia que ella tomaba.

—El ordenador dice que es una proteína aglutinante de nucleótido de guanina...

—Para que un policía pueda entenderlo.

Ullrich enrojeció.

—Un neuropéptido, un producto químico del cerebro, asociado con la corteza

visual. Uso limitado en el tratamiento de algunas formas de desórdenes en la lectura. La dosis típica es una millonésima de lo que esta mujer ha estado tomando.

—¿Qué produciría en ella?

—En las ratas produce alucinaciones. Auditivas y visuales. Y comportamientos extraños.

—¿Cómo la esquizofrenia?

—A las ratas no les diagnosticamos esquizofrenia.

—Uno a su favor, doctor —dijo el comandante—. Siga hablando.

—La corteza visual izquierda de la mujer es frágil. El golpe de Redfield en la mandíbula ha empujado el cerebro contra la parte posterior del cráneo. La permeabilidad preexistente de la membrana celular puede explicar su queja de que no ve... aunque es evidente que ve lo suficiente en el sentido corriente de la palabra.

En aquel momento Sparta abrió los ojos. Ullrich la miró. Sintió menos compasión por esta paciente de la que debería sentir.

—En cualquier caso, su vida no corre peligro. Su neumonía está controlada.

—¿Puedes hablar, Linda? —preguntó el comandante.

Su áspera voz transmitía una curiosa mezcla de preocupación y de mandato. El médico objetó, casi por reflejo:

—No es...

—Puedo hablar —susurró ella. Apartó la mirada del rostro del comandante y miró al médico con el ceño fruncido—. Peligroso.

—No te preocupes por él, está limpio —dijo el comandante, sin hacer caso de la mirada ofendida y perpleja de Ullrich—. ¿Quieres contarnos lo que hiciste a la *Kon-Tiki*?

—No. —Sus ojos se clavaron en los del comandante—. Comprende.

—¿Crees que Howard Falcon ocupó tu lugar como enviado?

—Como tenían intención los *prophetae*.

—¿Quieres negarle eso? ¿Por celos?

—¿Celos? —Intentó sonreír, produciendo un efecto horrible—. No quiero que el Espíritu Libre haga el primer contacto. Usted tampoco. —Su mirada pasó al techo de metal en sombras—. He estado ocupada, señor. Hace dos años.

—Sí.

—Sé quién es, realmente.

—Howard Falcon es un hombre inocente —dijo el comandante.

—Hombre no es la palabra —dijo ella.

—Es tan humano como tú.

—Yo no soy un ser humano —dijo ella, con una fuerza que le costó.

—No eres otra cosa —dijo el comandante. Se volvió al médico—. Muéstrelle las exploraciones.

A pesar de sus protestas, Ullrich hizo lo que le pedían y sacó en la pantalla las exploraciones efectuadas en el cerebro de la mujer.

—Ésta es el área del hematoma —dijo, señalando—, casi enteramente eliminado por los nanoorganismos elegidos como blanco...

—Gracias, doctor —dijo el comandante, haciéndole callar—. Podías ver más cerca o más lejos que un ser humano corriente, Linda; no porque te hicieran nada en el globo del ojo, sino por lo que te hicieron en la corteza visual.

—Me gustaba —dijo ella—. Ahora ha desaparecido. Se me ha quemado el cerebro.

—Este otro nudo de materia sigue intacto —dijo el comandante, señalando una densa sombra en la parte frontal del cerebro—. Y éste y éste.

—Todavía puedo calcular trayectorias —dijo ella.

—¿Qué hiciste en el ordenador de la *Kon-Tiki*? —volvió a preguntar él.

—Todavía puedo oír. —Cerró los ojos. Por un instante, que pareció durar una eternidad, permaneció completamente inmóvil. Cuando volvió a abrirlos, dijo—: Quizá me persuadiera... si tuviéramos más tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—No pierda tiempo conmigo. El Control de la Misión.

Él comprendió.

—O sea... que ya está sucediendo.

Empezaba a anochecer, pero Falcon apenas lo había notado mientras forzaba la vista mirando la nube viva. El viento que había estado barriendo constantemente la *Kon-Tiki* alrededor del embudo del gran remolino le había llevado ahora a unos veinte kilómetros de la criatura.

—Si te acercas mucho más, Howard, quiero que emprendas acción evasiva —dijo Buranaphorn—. Las armas eléctricas de esa cosa probablemente son de corto alcance, pero no queremos que las pongas a prueba.

—... los futuros exploradores —dijo Falcon ásperamente.

—¿Cómo dices?

—Deja eso para los futuros exploradores —repitió Falcon. Una parte de su cerebro contemplaba con brillante claridad los acontecimientos que se desarrollaban, pero otra parecía tener problemas para formar palabras—. Deséales suerte.

—Eso es un roger —llegó la voz del Control de la Misión.

En la cápsula había bastante oscuridad; era extraño, porque aún faltaban horas para la puesta de sol. Automáticamente, Falcon miró el radar explorador como había hecho con frecuencia. Aquél y sus propios sensores confirmaron que no había otro objeto a cien kilómetros de allí, aparte de la medusa que estaba examinando.

De repente, con asombrosa potencia, oyó el ruido que había estado atronando en la noche de Júpiter, el latido que se hacía cada vez más rápido, y luego se detuvo a medio crescendo. La cápsula entera vibraba como un guisante sobre un timbal.

Falcon se dio cuenta de dos cosas simultáneamente, durante el repentino y doloroso silencio: esta vez el sonido no venía de miles de kilómetros de distancia por un circuito de radio. Estaba en la atmósfera que le rodeaba.

El segundo pensamiento fue más perturbador. Había olvidado —inexcusable, pero había tenido otras cosas en la cabeza— que la mayor parte del cielo que había sobre su cabeza quedaba completamente oculto por la bolsa de gas de la *Kon-Tiki*. Ligeramente plateado para conservar el calor, el gran globo también constituía un efectivo escudo protector contra el radar y la visión.

No es que esto no se hubiera tenido en cuenta y finalmente tolerado, como efecto de diseño secundario y de poca importancia. Pero de repente parecía muy importante.

Falcon vio una valla de gigantescos tentáculos que descendían alrededor de su cápsula.

—¡Recuerde la Directriz Principal! ¡La Directriz Principal!

El grito de Brenner le llenó la cabeza de una extraordinaria confusión, como si simplemente las palabras tuvieran el poder de distraer su atención, de subvertir su voluntad. Por un momento Falcon pensó que las palabras habían salido de su subconsciente, de un modo tan nítido que parecían mezcladas con sus propios

pensamientos.

Pero no, era la voz de Brenner, que volvía a gritar por el intercomunicador:

—¡No lo alarme!

¿No lo alarme? Antes de que a Falcon se le ocurriera una respuesta adecuada, aquel abrumador redoble de tambor volvió a sonar y ahogó todos los demás sonidos.

La muestra de que un piloto de prueba es realmente hábil es cuando reacciona no a las emergencias previsibles sino a las que nadie podría haber previsto, una reacción que no es consciente, no es condicionable, sino que es una capacidad para tomar decisiones que se halla a nivel celular. Antes de que Falcon pudiera siquiera formarse una idea de lo que estaba a punto de hacer, ya lo había hecho. Tiró del cabo de desgarre.

«Cabo de desgarre»: una frase arcaica de los primeros tiempos del vuelo en globo, cuando había una cuerda aparejada para literalmente desgarrar la bolsa. La cuerda de desgarre de la *Kon-Tiki* no era una cuerda sino un interruptor, que hacía funcionar un juego de lumbreras alrededor de la curva superior de la cubierta. Al instante el gas caliente salió a chorro. La *Kon-Tiki*, desprovista de su fuerza de sustentación, empezó a caer velozmente en un campo de gravedad dos veces y medio más fuerte que el de la Tierra.

Falcon vislumbró por un momento cómo los grandes tentáculos subían a toda velocidad y luego se alejaban. Tuvo el tiempo justo de observar que estaban provistos de grandes vejigas o sacos, presumiblemente para darles capacidad de flotación, y que terminaban en multitudes de delgadas antenas como las raíces de una planta.

Casi esperó un relámpago. No sucedió nada.

Brenner seguía gritándole.

—¿Qué ha hecho, Falcon? ¿Quizá le haya asustado!

—Estoy ocupado —dijo Falcon, cortando la transmisión.

Su precipitada velocidad de descenso iba disminuyendo a medida que la atmósfera se hacía más densa y la deshinchada cubierta del globo actuaba como paracaídas. Cuando la *Kon-Tiki* hubo caído unos tres kilómetros, creyó que seguramente ya estaba a salvo y podía volver a cerrar las lumbreras. Cuando recuperó la capacidad de flotación y volvió a hallarse en equilibrio, había perdido otros dos kilómetros de altitud y se estaba acercando peligrosamente a la línea roja.

Miró con ansia a las ventanas del techo. No esperaba ver nada más que el oscuro bulto del globo, pero se había deslizado de costado durante su descenso, y parte de la medusa era apenas visible a un par de kilómetros por encima, mucho más cerca de lo que él esperaba, y bajando más rápido de lo que él habría creído posible.

Buranaphorn se hallaba en el intercomunicador desde el Control de la Misión, llamándole con ansia:

—Howard, hemos visto su ritmo de descenso...

—Estoy bien —interrumpió Falcon—, pero sigue tras de mí. No puedo bajar más.

Esto no era del todo cierto; podía bajar mucho más, al menos un par de cientos de kilómetros, pero sería un viaje sólo de ida, y él se lo perdería casi todo.

Para su gran alivio vio que la medusa se estaba enderezando, a un poco más de un kilómetro por encima de él. Quizás había decidido acercarse al intruso con precaución, o quizá también encontraba incómodamente cálida esta capa más profunda. La temperatura era de más de cincuenta grados centígrados, y Falcon se preguntó cuánto tiempo más podría funcionar el sistema de mantenimiento de la vida de la *Kon-Tiki*.

Brenner volvía a estar en el circuito, aún preocupado.

—¡Procure no asustarla! Sólo está investigando.

Falcon notó una rigidez en el cuello y la mandíbula, como si sintiera asco. La voz de Brenner no carecía de convicción, exactamente; de lo que carecía era del tono de integridad. Falcon recordó una discusión retransmitida por vídeo que había captado entre un astronauta y un abogado en la que, después de haber desglosado todas las implicaciones de la Directriz Principal, el incrédulo hombre del espacio había exclamado: «¿Quiere usted decir que si no hubiera alternativa yo tengo que permanecer sentado y dejar que me comieran?», y el abogado no había siquiera insinuado una sonrisa cuando respondió: «Es un excelente resumen». Como Falcon recordó, sus maestros —es decir, sus médicos— se habían trastornado bastante cuando le encontraron mirando aquel programa; creían haberlo censurado. Entonces le había parecido divertido.

En aquel preciso instante, Falcon vio algo que le perturbó aún más que el asalto del exobiólogo a su fuerza de voluntad. La medusa seguía suspendida a más de un kilómetro sobre el globo, pero uno de sus tentáculos se había alargado de modo increíble, y se estiraba hacia la *Kon-Tiki*, adelgazando al mismo tiempo. A la mente de Falcon acudieron escenas de tornados descendiendo de las nubes de tormenta sobre las llanuras de Norteamérica que recordaba haber visto en vídeo, recuerdos evocados con gran nitidez por la negra y sinuosa serpiente que ahora le buscaba a él a tientas en el firmamento.

—¿Han visto eso, Control de la Misión?

—Afirmativo —respondió Buranaphorn tenso.

—No sé qué hacer —dijo Falcon—, si asustarla para que se marche o provocarle un buen dolor de estómago, porque no creo que la *Kon-Tiki* le resulte muy fácil de digerir, si eso es lo que pretende.

Volvió la voz de Brenner, rápida y frenética:

—Escúcheme, Howard. No debe olvidar que se encuentra bajo los dictados de la Directriz...

En aquel momento Falcon interrumpió la comunicación con el Control de la

Misión, dejando a Brenner con la palabra en la boca, decisión surgida del mismo lugar que su decisión de tirar del cabo de desgarre, por algún profundamente arraigado respeto por su propia integridad y supervivencia.

Un hombre más primitivo y más crudo lo habría podido expresar de un modo más abrupto: a la mierda la Directriz Principal.

Quizás ese hombre más primitivo y más crudo era sensible a algo que el Howard Falcon altamente evolucionado, altamente modificado, plenamente consciente no era, a saber, que cada vez que Brenner pronunciaba las palabras «Directriz Principal», la cabeza de Falcon parecía llenarse de una luz blanca palpitante y sentía unos vagos impulsos empalagosos hacia —¿cómo expresarlo?— la Unidad del Ser. Impulsos cubiertos por un instinto menos romántico de hacer cualquier cosa que Brenner le dijera que hiciera.

De dónde procedía aquello, él no lo sabía. Pero eliminar al pequeño Brenner del circuito alivió los síntomas inmediatos.

—Pongo en marcha el secuenciador de encendido —dijo Falcon, consciente de que sus palabras sólo eran para la grabadora, y que si nunca regresaba al Control de la Misión, nadie sabría jamás qué había sucedido en realidad.

Las puertas de la clínica estaban abiertas. El comandante se había ido, el guardia apostado en la puerta había desaparecido, y el médico de la nave había escapado. Blake entró flotando por la puerta, las manos llenas de contenedores de comida.

—¿Qué ha ocurrido?

Sparta no le hizo caso; estaba escuchando. Exhaló un largo suspiro.

—Él está desconectado —dijo—. La medusa debe de haberle cogido.

—¿Estás segura?

Ella le examinó con ojos apagados.

—Ocurra lo que ocurra, él está muerto. Preparé su secuencia de huida para que fallara. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Linda, Linda, ¿en qué te has convertido? —dijo él llorando. Se secó las lágrimas que le resbalaban por el rostro enrojecido y se impulsó hacia atrás, hacia el corredor.

Al fin estaba sola. Tiró de las ataduras de las muñecas.

Falcon llevaba veintisiete minutos de adelanto a la cuenta atrás, pero calculó que tenía reservas para corregir su órbita más tarde, o eso esperaba.

No podía ver la medusa; ésta se hallaba exactamente sobre su cabeza. Pero el tentáculo que descendía estaba cerca del globo.

Como calentador, el reactor funcionaba bien, pero sus microprocesadores

tardaban cinco minutos en repasar la complicada lista de chequeo necesaria para hacerlo funcionar a plena velocidad como un cohete. Dos de esos minutos ya habían transcurrido. El fusible estaba preparado. El ordenador no había rechazado la situación de la órbita por absurda, o al menos no como completamente imposible. Las palas de la cápsula estaban abiertas, preparadas para engullir toneladas de la atmósfera de hidrógeno y helio que la rodeaba. En casi todos los aspectos las condiciones eran óptimas, y era el momento de la verdad. ¿Funcionaría aquello?

No había habido manera de probar operacionalmente un estatorreactor nuclear en una atmósfera como la de Júpiter sin ir a Júpiter. Así que ésta era la primera prueba real.

Algo balanceaba a la *Kon-Tiki* con bastante suavidad. Falcon trató de no hacerle caso.

El encendido de los estatorreactores había sido diseñado para condiciones barométricas equivalentes a unos diez kilómetros más arriba, en una atmósfera de menos de una cuarta parte de la densidad actual y unos treinta grados más fría.

Lástima.

¿Cuál era la inmersión menos profunda con la que podía escapar? Si las palas funcionaban, cuando lo hicieran y el pisón se disparara, se dirigiría en la dirección general de Júpiter, es decir, hacia abajo, con dos ges y medio que le ayudarían a llegar allí. ¿Era posible que pudiera retirarse a tiempo?

Una mano grande y pesada golpeó el globo. Todo el aparejo se balanceó hacia arriba y hacia abajo como uno de esos antiguos juguetes llamados yo-yos, que recientemente habían experimentado un fuerte renacimiento en los parques infantiles de la Tierra.

Falcon intentó con más fuerza no hacerle caso, pero sin éxito. Brenner podía tener razón, por supuesto. La cosa podía estar tratando de ser amistosa. Quizá debería intentar hablarle por la radio. Recibía la radio, ¿no? ¿Qué le diría? ¿Qué tal «pequeño gatito»? o quizás «¡abajo, Fido!», o «llévame hasta tu jefe».

El ordenador mostraba una proporción óptima de tritio-deuterio. Era hora de encender la candela romana de cien millones de grados.

La fina punta del tentáculo de la medusa se deslizó por el borde del globo, a menos de sesenta grados. Tenía el tamaño aproximado de una trompa de elefante, y, a juzgar por la delicadeza de su exploración, era al menos igual de sensible. En los extremos había unos pequeños órganos sensitivos, como bocas investigadoras. Al doctor Brenner le habría fascinado.

Era tan buen momento como cualquier otro —probablemente mejor que cualquier otro más de un segundo o dos más tarde—, y Falcon echó una rápida mirada a su tablero de control, lo vio todo verde y empezó la cuenta de cuatro segundos.

«Cuatro». Rompió el sello de seguridad...

«Tres». Dio un tirón a la palanca de CAPACITACIÓN...

«Dos». Con la mano izquierda apretó con fuerza el interruptor de hombre muerto...

«Uno». Y con la derecha oprimió el botón ECHAZÓN.

Nada... hasta que...

Hubo una fuerte explosión y una instantánea pérdida de peso.

Medio minuto después de que Falcon cortara la línea, el rugido de la estática surgió por los altavoces en el Control de la Misión, dominando a los rastreadores automáticos.

Cien brillantes puntos de energía de radio resplandecieron en las nubes de Júpiter, formando anillos concéntricos claramente centrados en la última posición conocida de Falcon.

Para el oído humano, el ruido de la radio no era más que eso, ruido de banda ancha sin sentido, pero los analizadores entendían algo bastante distinto: parecía que cada una de las fuentes estaba transmitiendo el mismo rayo modulado altamente direccional, miles de vatios, ¡directamente hacia el Control de la Misión!

Gritos de emoción surgieron de las gargantas de los cuatro controladores de turno cuando se liberaron de su arnés y se alejaron de su consola. Buranaphorn levantó la mirada incrédulo y se encontró ante el cañón de una pistola.

En el mismo momento, en la cubierta de vuelo, el primer oficial Rajagopal se volvió al capitán Chowdhury y anunció:

—Queda usted relevado de su mando. Obedézcame y todo irá bien.

Tres controladores fuera de servicio entraron flotando a través de la escotilla inferior del Control de la Misión, gritando por encima del crepitante rugido de los altavoces:

—¡Todo irá bien!

Un hombre que llevaba una pistola interceptó al comandante cuando éste iba por el corredor central hacia el Control de la Misión.

—Si se detiene ahí, comandante, no le pasará nada.

Había un motín a bordo de la *Garuda*.

Entretanto, la *Kon-Tiki* descendía libremente, con el morro hacia abajo. En lo alto, el globo desechado se elevaba a toda velocidad, llevándose con él el inquisitivo tentáculo de la medusa. Pero Falcon no tuvo tiempo de ver que la bolsa de gas había ascendido tan de prisa que realmente golpeó a la medusa, pues en aquel momento los reactores se pusieron en marcha y tenía otras cosas en las que pensar.

Una rugiente columna de hidro-helio caliente se vertía por la boquilla del reactor,

proporcionando empuje velozmente hacia el corazón de Júpiter. No como él quería ir. A menos que pudiera recuperar el control del vector y conseguir el vuelo horizontal en los siguientes cinco segundos, su vehículo se hundiría tan profundamente en la atmósfera que se aplastaría.

Con agonizante lentitud, en cinco segundos que parecieron cincuenta, Falcon logró enderezarse y subir la proa. Aún estaba acelerando, en la posición globos oculares fuera. Si hubiera tenido un sistema circulatorio simplemente humano, la cabeza le habría explotado. Miró atrás una vez y vislumbró la medusa a muchos kilómetros de distancia. La bolsa de gas desechada había escapado, evidentemente, a su garra, pues no podía ver ni rastro de la burbuja plateada.

Una salvaje emoción le inundó. Una vez más, era dueño de su propio destino; ya no se arrastraba indefenso en el aire sino que cabalgaba sobre una columna de fuego atómico hacia las estrellas. Estaba seguro de que el estatorreactor funcionaba perfectamente, ganando velocidad y altitud de manera regular hasta que la nave pronto alcanzaría la velocidad casi orbital en los límites de la atmósfera. Allí, con un breve impulso de los cohetes, Falcon recuperaría la libertad del espacio.

Cuando se hallaba a medio camino de la órbita, miró hacia el Sur y vio, acercándose por el horizonte, el tremendo enigma de la Gran Mancha Roja, aquel agujero permanente en las nubes lo bastante grande para tragarse dos Tierras. Falcon contempló su misteriosa belleza hasta que un ordenador le avisó de que la conversión a propulsión por cohetes tendría lugar dentro de sesenta segundos. De mala gana apartó la mirada de la superficie del planeta.

—En otro momento —murmuró.

Al mismo tiempo, conectó el intercomunicador con el Control de la Misión.

—¿Qué pasa? —preguntó el director de vuelo—. ¿Qué has dicho, Falcon?

—No importa. ¿Estáis ahí?

—Esto es un roger —dijo Buranaphorn con sequedad—. Cuando volvamos a hacerlo, nos gustaría que cooperaras.

—Está bien. Dile al doctor Brenner que lo siento si he asustado a su extraterrestre. No creo que le haya causado ningún daño. —El Control de la Misión permaneció callado tanto rato que Falcon creyó que había perdido la comunicación—. ¿Control de la Misión?

—Vamos a concentrarnos en la tarea de traerte —dijo Buranaphorn—. Por favor, mantente alerta para las coordenadas de readquisición revisadas.

—Roger, y ¿habéis copiado mi mensaje a Brenner?

—Lo hemos copiado. —El director de vuelo vaciló brevemente esta vez—. Esto no afectará a tu aproximación final, pero debes saber que esta nave ahora está bajo la ley marcial.

Tres minutos después de que el motín comenzara, había terminado. La tripulación y los controladores que se habían agolpado en el Control de la Misión y en el puente de la *Garuda* gritando «todo irá bien» se encontraron frente a los cañones de pistolas sostenidas por sus antiguos colegas.

Sólo se dispararon dos balas de goma a los rebeldes que habían atacado al comandante de la Junta Espacial y su teniente. El teniente estaba en el puente, y el comandante en el corredor. Ellos dos habían sido más rápidos.

Una victoria sencilla. El problema era —como si el ruido de la radio que se oía por los altavoces no fuera suficiente para impedir pensar con claridad— que en la *Garuda* no había ningún sitio lo bastante grande para contener a trece prisioneros. Todos ellos se encontraban pegados al techo del Control de la Misión, y una docena se retorcían como orugas con las muñecas y tobillos sujetos por correas de plástico, que les impedían flotar e interferir en el trabajo de los controladores junto con una gran red de carga colocada de punta a punta del techo. Los controladores no les prestaban atención; todavía tenían que ocuparse de la *Kon-Tiki*.

Sparta se tambaleó ingrávida, como bebida, cuando avanzó por el corredor central hacia el Control de la Misión. El ensordecedor rugido de la radio procedente de Júpiter cesó tan repentinamente como había comenzado, cuando ella se acercaba a la escotilla. Blake la detuvo antes de que entrara en la habitación.

—Linda... —Fuera lo que fuese lo que iba a decir, cambió de opinión—. No deberías haber salido de la clínica.

—Sobreviviré. —Miró hacia la atestada sala de control detrás de él. Pudo ver la colección de fieras humanas que había bajo el techo—. De Brenner ya lo sabía. ¿Rajagopal también?

—Media tripulación, por eso creían que podrían tomar la nave sin pelear. Cuando se les ha ocurrido que necesitaban sus armas, era demasiado tarde.

Ella desvió la mirada y volvió a mirar a Blake.

—¿Quién eres, Blake?

—Ahora soy una salamandra —dijo—. Ocho a bordo. Más el comandante y Vik. Oye, Linda, lo siento... pero esto todavía no ha terminado.

Alargó la mano hacia ella, pero ella se apartó.

—¿Por qué no me pones en la red con ellos?

Blake palideció.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—He matado a Falcon —dijo ella. Su rostro mostraba aquel tipo de desafío

esperanzado con que los santos y las brujas en otros tiempos iban a la hoguera—. Lo que adivinaste: el *software*. Reescribí la secuencia de encendido para enviarle directamente a Júpiter.

En aquel momento, por encima de la continua confusión humana que había en el Control de la Misión, se oyeron de repente unas palabras precipitadas en los altavoces.

—¿Qué pasa? —gritó Buranaphorn—. ¿Qué has dicho, Falcon?

—No importa. ¿Estáis ahí?

—Esto es un roger —respondió Buranaphorn—. Cuando volvamos a hacerlo, nos gustaría que cooperaras.

—¡Todavía está vivo! —Blake miró fijamente a Sparta—. ¿Qué deberíamos hacer?

Ella estaba pálida como un fantasma en el corredor, debajo de él.

—¿Qué hora es? —susurró ella.

Blake se agarró al marco de la escotilla y se impulsó hacia el interior de la sala de control lo suficiente para ver el reloj más próximo.

—E menos cuatro cuarenta —le gritó él.

El rostro de Sparta era una extraordinaria pantalla de emociones: sorpresa, júbilo, angustia y vergüenza.

—Falcon está a salvo. No sabía qué hora era.

Se apartó de Blake, llorando amargamente, e intentó cubrirse la cara con los brazos.

Veinticuatro horas más tarde, el cúter de la Junta Espacial llevó a su tripulación y pasajeros —muchos de ellos contra su voluntad— a un corto viaje de regreso a la Base de Ganímedes. Howard Falcon no dijo nada a Sparta ni a Blake ni al comandante durante el breve viaje. Falcon no les conocía. No sabía nada de ellos.

Salieron por el largo tubo a la esclusa de seguridad. Una vez dentro de la bahía de acoplamiento, Howard Falcon dejó que un patrullero de la Junta Espacial le condujera hasta una cámara separada. Alguien a quien conocía bien le esperaba en el salón de reuniones importantes.

Para Brandt Webster, la larga y aprensiva espera había terminado.

—Sucesos extraordinarios, Howard. Me alegro de verte a salvo. —Le pareció que Falcon tenía muy buen aspecto, para ser un hombre que acababa de vivir algo tan particular—. Llegaremos hasta el fondo, te lo aseguro.

—No es asunto mío —dijo Falcon—. No ha tenido ningún efecto en la misión.

Webster se tragó eso e intentó una táctica diferente.

—Eres un héroe —dijo—. En más de un aspecto.

—Mi nombre ha aparecido en las noticias en otras ocasiones —dijo Falcon—.

Hagamos el informe.

—¡Howard! En realidad no hay prisa. Deja al menos que un viejo amigo te felicite.

Falcon miró a Webster con una expresión que sería impasible para siempre después de aquello. Inclino la cabeza.

—Perdona.

Webster intentó que sus palabras resultaran animadas.

—Has inyectado entusiasmo en muchas vidas; ni uno entre un millón irá jamás al espacio, pero ahora toda la raza humana puede viajar a las gigantes externas con su imaginación. ¡Eso vale algo!

—Me alegro de haberte hecho un poco más fácil tu trabajo.

Webster era demasiado buen amigo para ofenderse, aunque la ironía le sorprendió.

—No me avergüenza mi trabajo.

—¿Por qué iba a hacerlo? Nuevos conocimientos, nuevos recursos... todo eso está muy bien. Incluso es necesario. —Las palabras de Falcon eran más que irónicas: parecían teñidas de amargura.

—La gente también necesita novedades y excitación —respondió Webster con voz suave—. Los viajes espaciales parecen una rutina para mucha gente, pero lo que tú has hecho ha recuperado el sentido de la gran aventura. Pasará mucho tiempo hasta que comprendamos lo que ocurrió en Júpiter.

—La medusa conocía mi punto ciego —dijo Falcon.

—Lo que tú digas —respondió Webster, decididamente alegre.

—¿Cómo crees que supo lo de mi punto ciego?

—Howard, no tengo ni idea.

Falcon quedó callado e inmóvil un interminable momento.

—No importa —dijo al fin.

El alivio de Webster fue visible.

—¿Has pensado en tu próximo viaje? ¿Saturno, Urano, Neptuno...?

—He pensado en Saturno. —Falcon pronunció la frase en un tono grave que podía tener la intención de burlarse de la mojigatería de Webster—. Aquí en realidad no me necesitan. Sólo tiene una gravedad, no dos y media como Júpiter. Las personas pueden ocuparse de ello.

«Las personas» —pensó Webster—, ha dicho «las personas». Nunca lo había hecho. Y ¿cuándo le he oído por última vez utilizar la palabra «nosotros»? Está cambiando, se está alejando de nosotros...

—Bueno —dijo en voz alta, acercándose a la ventana de presión que daba al paisaje accidentado y congelado de la luna más grande de Júpiter—, tenemos que ofrecer una conferencia de Prensa antes de poder elaborar un informe completo. —

Miró a Falcon con timidez—. No es necesario mencionar los sucesos de la *Garuda*: eso lo hemos mantenido en secreto. —Falcon no dijo nada—. Todo el mundo te está esperando para felicitarte, Howard. Verás a muchos de tus viejos amigos.

Webster recalcó la última palabra, pero Falcon no respondió; la máscara de cuero de su rostro se hacía cada vez más difícil de interpretar.

Se alejó de Webster y abrió su tren de aterrizaje, elevándose sobre su sistema hidráulico hasta su altura total de dos metros y medio. Los psicólogos habían creído que era una buena idea añadir unos cincuenta centímetros como compensación a todo lo que Falcon había perdido cuando la *Queen* se estrelló, pero Falcon nunca había reconocido que se había dado cuenta.

Falcon esperó a que Webster le abriera la puerta —gesto inútil—, luego giró limpiamente sobre sus ruedas y avanzó a unos treinta kilómetros por hora, con suavidad y en silencio. Su exhibición de velocidad y precisión no era para pavonearse con arrogancia; los movimientos de Falcon se habían vuelto prácticamente automáticos.

Fuera le esperaba una multitud de periodistas, apenas frenados por las barreras, que le acercaban los micrófonos y cámaras fotográficas a su rostro impávido.

Pero Howard Falcon no se inmutó. Él, que en otro tiempo había sido un hombre —y todavía podía pasar por uno si hablaba por un intercomunicador sin imagen— no sentía más que una calmada sensación de logro... y, por primera vez en años, algo como paz mental. Había dormido profundamente a bordo del cúter a su regreso de Júpiter, y sus pesadillas parecían haber desaparecido.

Despertó del dulce sueño y comprendió por qué había soñado con el superchimpancé que iba a bordo de la *Queen Elizabeth*. Ni hombre ni bestia, se encontraba entre dos mundos. Igual que él. Lo que un chimpancé era a un humano, Falcon lo era a alguna máquina que todavía tenía que ser perfeccionada.

Por fin había encontrado su papel. Él solo podía viajar sin protección por la superficie de la Luna, o Mercurio, o una docena de otros mundos. El sistema de mantenimiento de vida dentro del cilindro de titanio-aluminio que había sustituido su frágil cuerpo funcionaba igualmente bien en el espacio que bajo el agua. Los campos de gravedad incluso diez veces mayores que el de la Tierra eran un inconveniente, nada más. Y ninguna gravedad era la mejor de todas.

La raza humana se estaba haciendo más remota, los lazos de parentesco más tenues. Quizás estos haces de compuestos de carbono inestables, que respiraban aire y eran sensibles a la radiación, no tenían derecho a vivir fuera de la atmósfera. Quizá deberían aferrarse a sus hogares naturales: la Tierra, la Luna, Marte.

Algún día los dueños reales del espacio serían las máquinas, no los hombres. Él tampoco lo era. Ya consciente de su destino, sentía cierto orgullo sombrío en su soledad única; el primer inmortal, a medio camino entre dos órdenes de la creación.

La secuencia oculta e intrincada de directrices que supuestamente habían sido programadas en la mente de Falcon, y que se había intentado que fueran activadas al simple conjuro de las palabras «Directriz Principal», no había funcionado como sus diseñadores habían pretendido. No simplemente debido a un fallo mecánico, y sin duda no porque Falcon fuese menos que humano, sino porque él era aún, en algún rincón remoto de su mente, demasiado humano para hacer lo que ningún humano haría: sacrificarse a sí mismo sin una buena razón.

El propio Falcon no sabía nada de esto. No sabía que su instinto de autoconservación —con un poco de ayuda de la sobrecarga eléctrica— había aplastado las mejores esperanzas de una conspiración religiosa de milenios de antigüedad. Sólo sabía que él había sido elegido.

Después de todo, él sería un embajador: entre lo antiguo y lo nuevo, entre las criaturas de carbono y las criaturas de cerámica y metal que un día debían remplazarlas. Estaba seguro de que ambas especies tendrían necesidad de él en los siglos venideros llenos de problemas.

EPILOGO

—¿Otro?

—Bueno, sí, otro...

El profesor J. Q. R. Forster colocó su vaso bajo el cuello de la botella de «Laphroaig». El comandante vertió el oscuro líquido sobre los cubitos de hielo. Detrás de ellos, un fuego de leña de roble ardía con intenso calor en la chimenea de la biblioteca de Granite Lodge. Fuera de las altas ventanas, el sol de principios de invierno se ponía.

—La secuencia del encendido estaba programada para el tiempo de la misión transcurrido —explicó el comandante, volviendo a poner la botella sobre la bandeja de plata—. Si la cuenta hubiera continuado, el programa reescrito por Troy habría enviado a la *Kon-Tiki* directamente a Júpiter. Media hora antes de que eso pudiera ocurrir, Falcon anuló manualmente el secuenciador para escapar de la medusa.

—¡O sea que la medusa en realidad le salvó la vida!

Las espesas cejas de Forster saltaron sobre la frente; le encantaban las buenas historias.

—Y la libertad a Troy. Habría sido culpable de asesinato.

Forster se encogió de hombros, débilmente turbado.

—En ese desafortunado caso, seguro que habría podido alegar locura transitoria.

—No es algo de lo que le guste hablar.

El comandante se acomodó en su sillón, recordando el reciente viaje de vuelta de Júpiter. No iba a abrumar a Forster con los detalles, detalles que permanecerían nítidos en su memoria durante años.

—No puedo salvarme tan fácilmente de un cargo de asesinato —le había increpado Linda por enésima vez, los ojos apagados por el cansancio—. Maté a Holly Singh. Y a Jack Noble. Y al hombre naranja. Quizás a otros. Cuando lo hice, sabía lo que hacía.

Una de las naves más rápidas del sistema solar tardó tres semanas en devolverles a la Tierra. Eso le dio a Sparta el tiempo que necesitaba para recuperar su salud física. Y a los demás más tiempo del que necesitaban para el debate y la discusión.

Pero Linda era un rompecabezas infinito para el comandante.

—¿Tu conciencia te exige tanto? —le había preguntado.

—Me está preguntando si puedo encontrar alguna razón que justifique los asesinatos que he cometido. Le digo que no, ninguna, aunque esa gente intentó asesinarme a mí. Y quizás asesinaron a mis padres, creamos lo que creamos usted o yo.

—Los que has mencionado eran asesinos, de acuerdo. Y tenían intención de esclavizar a la Humanidad. Pero sobreviven otros como ellos, con objetivos que no han cambiado.

—Eso no justifica el matarles a sangre fría. —Pero la sangre de ella no era fría. Le hervía.

—Bueno, estás decidida. —Suspiró expresivamente—. Sí sabías o no lo que hacías no es algo que te dejen decidir a ti, me temo. Es probable que te sometan a observación psiquiátrica para comprobar tu confesión no corroborada.

—¿No corroborada?

Él fingió no oírla.

—Y después de una condena indeterminada en un hospital mental (ya sabes lo que es eso, creo), las cosas que hoy en día pueden hacer con nanochips programados y todo eso; después, si existe alguna prueba que apoye tu confesión, quizá te encierren en una penitenciaría para toda la vida. Pero si esto es lo que quieres...

—Sabe que le estoy diciendo la verdad.

—Quizá. Nadie ha dado noticias de la muerte de esas personas, ni de que hayan desaparecido.

—Pero ¿les ha visto alguien? Algunas de ellas eran figuras públicas. Lord Kingman. Holly Singh.

—No, pero Jack Noble ya se había tomado unos polvos, como se solía decir. Claro que tenía una causa. —Se encogió de hombros—. La gente puede desaparecer durante años sin ninguna buena razón, quizá sólo porque tiene ganas. Tú desapareciste sin avisar, Linda. Más de una vez. —Ella hizo una mueca al oír su nombre de labios del comandante—. Pero digamos que me creo que están muertos y que tú les mataste, dejando aparte a Kingman, claro. ¿Quieres mi cooperación? ¿Quieres que te ayude a asumir toda la responsabilidad, que te deje pagar por tus pecados mortales?

—¿Qué quiere usted? —Sparta tragó saliva, previendo la punta del anzuelo.

—Ayúdanos. —Aquellos confesores jesuitas de hablar suave, los tíos y primos sin hijos de sus antepasados canadienses franceses, habrían estado orgullosos de él. ¿No se hallaban como en casa con las sofisterías del claustro igual que con las mentiras que contaban a los indios a los que habían ido a convertir? Pero el comandante estaba avergonzado de sí mismo—. Tenemos un problema. Más grande que tu pequeño problema personal. Quizás incluso más grande que el *Homo sapiens*.

—El hecho de que intente que parezca importante no me suelta del anzuelo.

—Quédate en tu maldito anzuelo. Alcanzaste a algunos del Espíritu Libre, pero no fue limpio. ¿Quién demonios te enseñó a intentar alcanzar algo con una pistola a quinientos metros? —Estaba enfadado, lleno de desdén profesional—. Sí, hundimos sus planes en Júpiter sin tu ayuda, pero no los hemos eliminado. Laird, o Lequeu o

como se llame, sigue libre.

—No puede hacer nada. Las criaturas de las nubes han hablado.

Los ojos del comandante se iluminaron.

—¿Quieres decir que puedes interpretarnos esta revelación? ¿A mí, que conozco el Conocimiento casi tan bien como tú?

—Usted no sabe lo que dijeron. —Sparta hizo una mueca—. No intente engañarme.

—Pero las medusas tenían algo que decir.

—Algo, sí.

—¿Qué era? ¿El Pancreator viene ahora por nosotros?

—No lo sé —respondió ella con voz ronca, bajando la mirada—. Ya no tengo órganos para oír.

—Si vienen por nosotros, éste podría ser el problema más antiguo de todos, Linda. Aquí, en el matadero, podrían ser ovejas contra cabras. —Sonrió con aire triste—. Siempre he creído que las cabras son muchísimo más encantadoras que las ovejas. Quizás esto me coloca en el bando equivocado.

—Me hace usted pequeña —susurró ella—. No soy pequeña.

Entonces él se enfadó.

—Tú misma te haces pequeña, si no luchas por el derecho de los seres humanos libres de oír esta revelación. No puedes guardártela para ti, no más de lo que Laird y sus falsos profetas podían guardársela para sí mismos.

Ella bajó la cabeza —un gesto de vergüenza que había adquirido recientemente— antes de levantar la mirada hacia él, aún desafiante. Al final, sus mejores argumentos jesuíticos no la habían conmovido.

Pero no era necesario decírselo a Forster.

El comandante se encontró mirando fijamente las ascuas del fuego de madera de roble. Levantó la vista para mirar al pequeño e impaciente profesor.

—Me temo que es el final de mi historia.

—Ah, y ahora me toca a mí —dijo, inclinándose hacia delante en el mullido sofá, haciendo crujir el cuero. Una expresión de pura alegría asomó a su rostro inquietamente joven—. He analizado el material que me proporcionó.

—Eso me dijo.

El profesor no pudo resistirse a un momento de pura pedagogía.

—Vale la pena observar que la medusa, la cabeza de Gorgona, es un antiguo símbolo de mayordomía. El protector y guardián de la sabiduría.

—Sí, creo que he oído eso antes en alguna parte.

—Las grabaciones de las transmisiones del anillo de medusas fueron descifradas con relativa facilidad, después de pasarlas por los programas de análisis SETI, y

según el sistema lingüístico que previamente señalé para usted y el señor Redfield, determiné que las transmisiones eran, definitivamente, señales; y más definitivamente, en la lengua de la cultura X.

—Profesor, si quisiera limitarse...

—Y significan —Forster casi canturreó las palabras—: «Han llegado».

—¿Han llegado?

—Sí. Ése es el mensaje: «Han llegado».

¿Era una broma de Forster?

—No me lo creo —dijo el comandante—. Aquellas cosas emitían señales directamente al Control de la Misión de la *Kon-Tiki*. ¿Por qué iban a...?

—¿Por qué decir a los que acababan de llegar que habían llegado? —dijo Forster—. Buena pregunta. En especial dado que las medusas no parecen criaturas muy inteligentes en el sentido en que nosotros entendemos esa palabra, quizá no más inteligentes que loros adiestrados. Probablemente estaban respondiendo a algún estímulo implantado eones atrás. Incluso codificado en lo que les sirve de genes.

—Pero ¿por qué dirigirlo al Control de la Misión?

—Opino que es improbable que su mensaje estuviese dirigido al Control de la Misión. Creo que apuntaban a otra parte.

—Forster...

—Gracias a sus buenos oficios, comandante, mi estudio de la luna Amaltea ya tiene una fecha de lanzamiento. —Forster miró su recién vaciado vaso.

—Déjeme que le llene el vaso —dijo el comandante, inclinándose hacia delante. Cogió las pesadas pinzas de plata, levantó unos cubos de hielo de la cubitera y los sirvió en el vaso de Forster. Cogió la botella de whisky—. Amaltea, dice usted...

El sol se había puesto tras los acantilados del Oeste, absorbiendo el color de las grises colinas boscosas del otro lado del río. Se encendieron las luces, bombillas de débil amarillo escondidas en las rendijas del muro bajo de piedra al lado de los acantilados del río. Blake y Sparta caminaban junto al muro, haciendo crujir las hojas secas bajo sus botas. El aire frío les golpeaba en la espalda, el aliento del invierno que bajaba al valle desde el terreno elevado. Ambos se encorvaban para protegerse del frío, las manos en los bolsillos, aislados el uno del otro.

Blake levantó la mirada hacia la casa. Una luz se acababa de encender tras el cristal de color de la ventana de la despensa. El personal se preparaba para la cena.

—Es la que rompí aquella noche para entrar.

—¿Cuándo dejarás ese tema? —dijo ella irritada.

—Recuerdo todo lo que sucedió, con más claridad que ninguna otra cosa en mi vida. Durante semanas creí que me habías traicionado; pero tú no estabas allí.

Blake había tenido la ingenua idea de persuadir a Sparta de que no había

asesinado a Singh ni a los otros, que se trataba de falsos recuerdos implantados por el comandante por razones propias; quizá porque no quería admitir que el Espíritu Libre se le había vuelto a escapar de las manos. Blake se lo había suplicado.

—El porqué quiere que creas eso, no lo sé. Quizás él les mató. Pero tienes que admitir que estabas fuera de tus cabales. Dios mío, la cantidad de Bliss que tomabas...

Pero ella le había destruido su argumento incluso antes de que lo hubiera formulado.

—Aunque tengan un modo de reescribir la memoria, no lo utilizaron conmigo. Ni siquiera sabían dónde estaba.

Y al final, Blake no pudo ni convencerse a sí mismo de su inverosímil esquema. Ahora ella permanecía muda, aislada de la preocupación de Blake, aislada de su calor. Caminaban en silencio, salvo por el crujir de las hojas muertas.

Poco a poco, una forma humana solitaria apareció entre las sombras a una docena de metros frente a ellos. Se pusieron alerta, pero ninguno de los dos se alarmó. Ambos sabían que era muy improbable que un visitante no autorizado se hallara en los terrenos. Estaban a punto de pasar de largo a la figura en silencio... pero cuando se acercaron, la sombra del hombre susurró:

—Linda.

Se le puso la carne de gallina; el frío había penetrado dentro de su parka al oír susurrar su nombre. Vaciló.

—¿Tú...?

Tuvo miedo de terminar la pregunta. La sombra tenía la forma y la voz de él, pero el frío viento apartaba su perfume y ella ya no podía ver en la oscuridad.

—Sí, querida —dijo la sombra—. Por favor, perdóname.

—Oh...

Ella se echó a sus sólidos brazos, se apretó a él y se aferró como si estuviera cayéndose. Blake les miraba asombrado y les dijo lo primero que se le ocurrió, aunque era absurdo.

—¿Dónde demonios estaba, doctor Nagy?

Jozsef Nagy levantó la mirada, por encima de los hombros de su hija.

—Nunca he estado lejos, señor Redfield.

—Oh... llámeme Blake, señor.

—Sí, estamos muy lejos de las aulas. Llámame Jozsef, Blake.

—Está bien —dijo Blake, pero tardó un poco en reunir el coraje suficiente para dirigirse a la figura de autoridad más imponente de su infancia por su nombre de pila.

—Linda, Linda. —Nagy acunaba a su hija, que había estallado en llanto desesperado—. Te tratamos tan mal.

—¿Dónde está mamá? ¿Está...?

Sus palabras quedaron ahogadas; tenía la cara pegada a los pliegues del abrigo de lana de su padre.

—Está bien. La verás pronto.

—Creía que estabais muertos, los dos.

—Teníamos miedo... teníamos miedo de decírtelo. —Miró a Blake y asintió, y aunque Blake no podía verle bien, había timidez en el gesto—. Os debemos a los dos nuestras más profundas disculpas.

—Bueno, ella estaba muy preocupada —dijo Blake, pensando al instante lo tonto que parecía: Nagy no era exactamente un niño perdido que había asustado a su madre. Y Ellen... Linda había estado más que preocupada.

—Sí, lo sé —dijo Nagy simplemente—. Había razones que nos parecieron muy importantes en aquellos momentos. Nos equivocamos.

El llanto de Sparta había disminuido. Se relajó en los brazos de su padre. Él apartó un brazo de sus hombros, revolvió en su bolsillo y sacó un pañuelo. Ella lo cogió, agradecida. Nagy dijo:

—Intentaré explicarlo... con la ayuda de Kit. ¿Tal vez deberíamos entrar ahora?

Esta pregunta iba dirigida a Sparta. Ella asintió en silencio, sonándose la nariz. Los tres se encaminaron despacio por la larga cuesta hacia la casa. Blake había tenido unos segundos para pensar; su voz sonó con firme insistencia cuando volvió a hablar, ocultando un poco su ira.

—No estaría mal que se limitara a decirnos por qué, señor. Ahora... quiero decir, sin la presencia del comandante.

—Estamos en una guerra, Blake. Durante años mi hija ha sido un rehén. Luego nos dimos cuenta de que ella se había convertido en nuestra mejor arma. —Nagy vaciló como si aquello le costara un esfuerzo, pero prosiguió con voz clara—. Resultó demasiado duro para nosotros dejar de ser padres y maestros. Intentamos protegerlos a los dos controlándolos. Para hacerlo teníamos que permanecer ocultos. Al principio tú fuiste un poco difícil, Blake; y al final imposible de controlar.

—Su hija también es adulta.

Blake vio que Nagy bajaba la cabeza y de pronto comprendió dónde Ellen... Linda... había adquirido su gesto de vergüenza.

Sparta se apartó unos centímetros de su padre.

—Yo les maté —dijo sin inflexión en la voz.

—Empezaste a tomar «Striaphan» sin estar preparada porque no te dijimos lo que nosotros sabíamos —dijo Nagy—. Tu resistencia ya había sido destruida en gran parte por nuestros intentos de apresurar tus sueños.

—Los intentos del comandante —dijo Blake con vehemencia.

—Pero por orden mía. Para su mérito y mi vergüenza, obligué a Kit a continuar cuando puso objeciones. Yo había esperado acelerar tu recuperación, querida. En

lugar de eso yo... —Se interrumpió, mirando a su hija con aprensión. Ella se había apartado de él—. Actuabas por una fuerza mayor que sabíamos que existía pero que no comprendíamos. Todo lo que hiciste, en Inglaterra y en la órbita alrededor de Júpiter, lo hiciste al servicio de esta fuerza mayor. Intentaste eliminar a los que se interponían en tu camino, incluidos los que habían colocado esa fuerza mayor en ti.

—No puedes eliminar mi culpabilidad.

—No lo intentaría. Pero te pido que des el próximo paso.

—¿Qué quieres de mí?

—Que admitas que eres un ser humano.

Ella estaba muy cansada y herida, pero se negó a volver a llorar.

—Eso tengo que decirlo yo.

—Así es. Por favor, deja la pregunta abierta hasta que hayas oído todo lo que tenemos que decir. Tú también, Blake.

Los tres se encaminaron en silencio hacia la enorme casa de piedra con sus ventanas como joyas. Al cabo de unos minutos se acercaron más. Linda cogió la mano de su padre. En sus ojos había un brillo renovado, procedente de algún lugar más profundo que los reflejos de las ventanas.

Llamaron a la puerta de la biblioteca y el comandante la entreabrió. Un joven camarero rubio anunció:

—La cena está preparada, señor. Cuatro servicios, como ha ordenado.

—Que espere un momento. No tardaremos.

—Sí, señor. —El camarero cerró la puerta artesonada tras de sí.

El comandante señaló la bandeja de las bebidas.

—¿Profesor?

—Ya he tomado más que suficiente —dijo Forster bruscamente—. No me importa decírselo. Esperaba que Troy y su amigo pudieran ir conmigo en ese viaje.

—¿El viaje a Amaltea?

—Tienen una inusual experiencia. Posiblemente podrían complementar la mía.

El comandante le miró con diversión mal disimulada. Que alguien pudiera ser capaz de complementar la experiencia de Forster era una afirmación insólita por parte del pequeño profesor.

—¿Dónde están? —preguntó Forster—. Tenía muchas ganas de volver a verles esta noche.

El comandante se acercó a las altas ventanas que daban al oscuro césped. Observó el grupo de sombras que allí se encontraba.

—Deles un poco de tiempo. No tardarán.

EL ENCUENTRO CON MEDUSA

EPÍLOGO, POR ARTHUR C. CLARKE

Una de las ventajas de vivir en el Ecuador (bueno, a sólo ochocientos kilómetros de él) es que la luna y los planetas pasan verticalmente por encima, lo que permite verlos con una claridad jamás posible en latitudes más elevadas. Esto me incitó a adquirir una sucesión de telescopios cada vez más potentes durante los últimos treinta años, comenzando con el clásico Questar de 3,5 pulgadas, después uno de 8 pulgadas y finalmente un Celestron de 14 pulgadas. (Lamento estas obsoletas unidades, pero al parecer no nos deshacemos de ellas en lo que se refiere a los telescopios pequeños, aun cuando los centímetros hacen que parezcan más impresionantes).

La Luna, con su incomparable y siempre cambiante escenario, es mi tema favorito, y nunca me canso de mostrársela a los visitantes desprevenidos. Como el de 14 pulgadas está provisto de un binocular, les parece que están mirando por la ventana de una nave espacial, y no a través del campo limitado de una sola lente. La diferencia tiene que ser experimentada para poder ser apreciada, e invariablemente provoca una exclamación de asombro.

Después de la Luna, Saturno y Júpiter compiten para ocupar el segundo lugar como atracciones celestiales. Gracias a sus magníficos anillos, Saturno es imponente y único, pero no hay mucho más que ver, ya que el planeta en sí mismo prácticamente carece de características distintivas.

El disco de Júpiter, considerablemente mayor, es mucho más interesante; suele exhibir prominentes cinturones de nubes paralelas a su ecuador y, por tanto, muchos detalles fugitivos que uno podría pasarse la vida entera tratando de esclarecer. En verdad, los hombres han hecho esto: durante más de un siglo, Júpiter ha sido un feliz terreno de caza para ejércitos de astrónomos aficionados^[1].

Sin embargo, ninguna visión por el telescopio puede hacer justicia a un planeta que posee más de cien veces el área superficial de nuestro mundo. Para imaginar un inverosímil experimento, si se despellejara la Tierra y se clavara su piel como un trofeo en el costado de Júpiter, parecería tan grande como la India en un globo terrestre. Este subcontinente no es pequeño; sin embargo, Júpiter es a la Tierra lo que la Tierra es a la India...

Lamentablemente para los que aspiran a colonizadores, aunque estén preparados para tolerar las dos gravedades y media de allí, Júpiter no tiene superficies sólidas, y ni siquiera líquidas. Todo es tiempo climatológico, al menos en los primeros miles de kilómetros hacia el distante núcleo central. (Para detalles, véase *2061: Odisea tres*).^[2]

Los observadores con base en la Tierra han sospechado esto desde hace tiempo, mientras realizaban cuidadosos dibujos del siempre cambiante paisaje de nubes de

Júpiter. Sólo había una característica semipermanente en la cara del planeta, la famosa Gran Mancha Roja, e incluso ésta a veces desaparecía por completo. Júpiter era un mundo sin geografía; un planeta para los meteorólogos, pero no para los cartógrafos.

Como he contado en *Astounding Days: A Science-fictional Autobiography*, mi propia fascinación por Júpiter comenzó con la primera revista de ciencia ficción que vi: la *Amazing Stories* de Hugo Gernsback en la edición de noviembre de 1928, que había sido lanzada dos años antes. Presentaba una soberbia portada de Frank R. Paul, quien podría citarse como prueba de la existencia de la precognición.

Media docena de hombres avanzan hacia uno de los satélites de Júpiter, surgiendo de una nave espacial en forma de silo que parecía incómodamente pequeña para semejante viaje. El globo teñido de color naranja del planeta gigante domina el cielo, con dos de las lunas interiores en tránsito. Me temo que Paul hizo vergonzosas trampas, porque Júpiter está plenamente iluminado, aunque el sol se encuentra casi detrás de él.

No estoy en posición de criticar, ya que he tardado más de cincuenta años en localizar este —probablemente deliberado— error. Si la memoria no me falla, la portada ilustra una historia de Gawain Edwards, nombre verdadero de G. Edward Pendray. Ed Pendray fue uno de los pioneros de los cohetes americanos y publicó *The Coming Age of Rocket Power* en 1947. Quizás el trabajo más valioso de Pendray fue ayudar a la señora Goddard a editar los tres volúmenes de notas de su esposo: él vivió para ver los primeros planos que hizo el *Voyager* del sistema de Júpiter, y me pregunto si se acordó de la ilustración de Paul.

Lo que es asombroso —lo siento: pasmoso— de este dibujo de 1928 es que muestra, con gran exactitud, detalles que en la época eran desconocidos para los observadores con base en la Tierra. Hasta 1979, cuando las sondas espaciales *Voyager* pasaron junto a Júpiter y sus lunas, no fue posible observar los complicados lazos y bucles creados por los vientos alisios de Júpiter. Sin embargo, medio siglo antes, Paul los había dibujado con extraordinaria precisión.

Muchos años más tarde, tuve el privilegio de trabajar con el decano de los artistas del espacio, Chesley Bonestell, en el libro *Beyond Jupiter* (Little, Brown, 1972). Fue una pre-visión del propuesto Gran Viaje por el exterior del sistema solar; que se esperaba pudiera aprovechar una configuración que se da una vez cada 179 años de todos los planetas entre Júpiter y Plutón. En realidad, las misiones considerablemente más modestas del *Voyager* consiguieron prácticamente todos los objetivos del Gran Viaje, al menos hasta Neptuno. Al mirar las ilustraciones de Chesley con la claridad que da la retrospectiva, me sorprende ver que Frank Paul, aunque técnicamente era el artista más pobre, hizo un trabajo mucho mejor de visualización de Júpiter tal como es en realidad.

Como Júpiter está tan lejos del sol —cinco veces la distancia del sol a la Tierra— cabría esperar que la temperatura fuera de unos cien grados por debajo del peor invierno de la Antártida. Esto es así en las capas de las nubes superiores, pero desde hace mucho tiempo los astrónomos saben que el planeta irradia varias veces tanto calor como recibe del sol. Aunque no es lo bastante grande para sustentar la fusión termonuclear (Júpiter ha sido denominado «una estrella que falló»), sin duda posee algunas fuentes internas de calor. Como consecuencia de ello, a cierta profundidad bajo las nubes, la temperatura es la de un apacible día en la Tierra. La presión es otro asunto; pero como las profundidades de nuestros propios océanos han demostrado, la vida puede florecer en cualquier rincón.

En el libro y en la serie de televisión *Cosmos*, Carl Sagan especulaba con las posibles formas de vida que podrían existir en el medio puramente gaseoso (casi todo hidrógeno y metano) de la atmósfera de Júpiter. Mis «Medusas» le deben mucho a Carl, pero no tengo ningún escrúpulo en robarle, pues le presenté a mi agente Scott Meredith hace un cuarto de siglo, con resultados provechosos para ambos...

Para más detalles de la fauna (o flora) aérea de Júpiter, les remito a *2010: Odisea dos* y *2061: Odisea tres*. Si existe o no vida en el mayor de los planetas ya podría haber sido decidido por la sonda espacial *Galileo* —el proyecto más ambicioso de la NASA— si el desastre del *Challenger* no lo hubiera aplazado casi una década. Entretanto, echen un buen vistazo a algunas de las imágenes del *Voyager*. ¿Ven esos curiosos óvalos blancos, encerrados por delgadas membranas? ¿No les recuerdan las amebas bajo el microscopio? El hecho de que tengan unos diez mil kilómetros de largo no es ningún problema: al fin y al cabo, el tamaño es relativo.

Ahora, una nota bibliográfica final: *El encuentro con Medusa* es una de las pocas historias que he escrito jamás con un objetivo específico. (Normalmente escribo porque no puedo evitarlo, pero me cuesta controlar este molesto hábito). «Medusa» fue producido porque necesitaba un número de palabras suficiente para completar mi colección final de relatos cortos (*The Wind from the Sun*, 1972). Me agrada que ganara el Premio Nebula que otorgan los Escritores de Ciencia Ficción de América, como mejor novela del año, así como un premio de la revista *Playboy* en la misma categoría.

Había mencionado mi asociación con esta estimable revista, la cual ha editado muchos de mis escritos técnicos más serios, cuando recibí una leve queja en Nueva Delhi, no hace mucho. En su ingeniosa respuesta después de haber efectuado yo el *Nehru Memorial Address* el 13 de noviembre de 1986, el primer ministro Rajiv Gandhi concluyó con estas palabras: «Finalmente, permítanme asegurar al doctor Clarke, que si *Playboy* está prohibida en este país, no es por nada de lo que él haya podido escribir en ella».

Ciertamente no hay nada en el original de *El encuentro con Medusa* que pueda

hacer sonrojar a la más modesta mejilla.

Estoy esperando ver qué puede hacer Paul Preuss para rectificar esta situación.

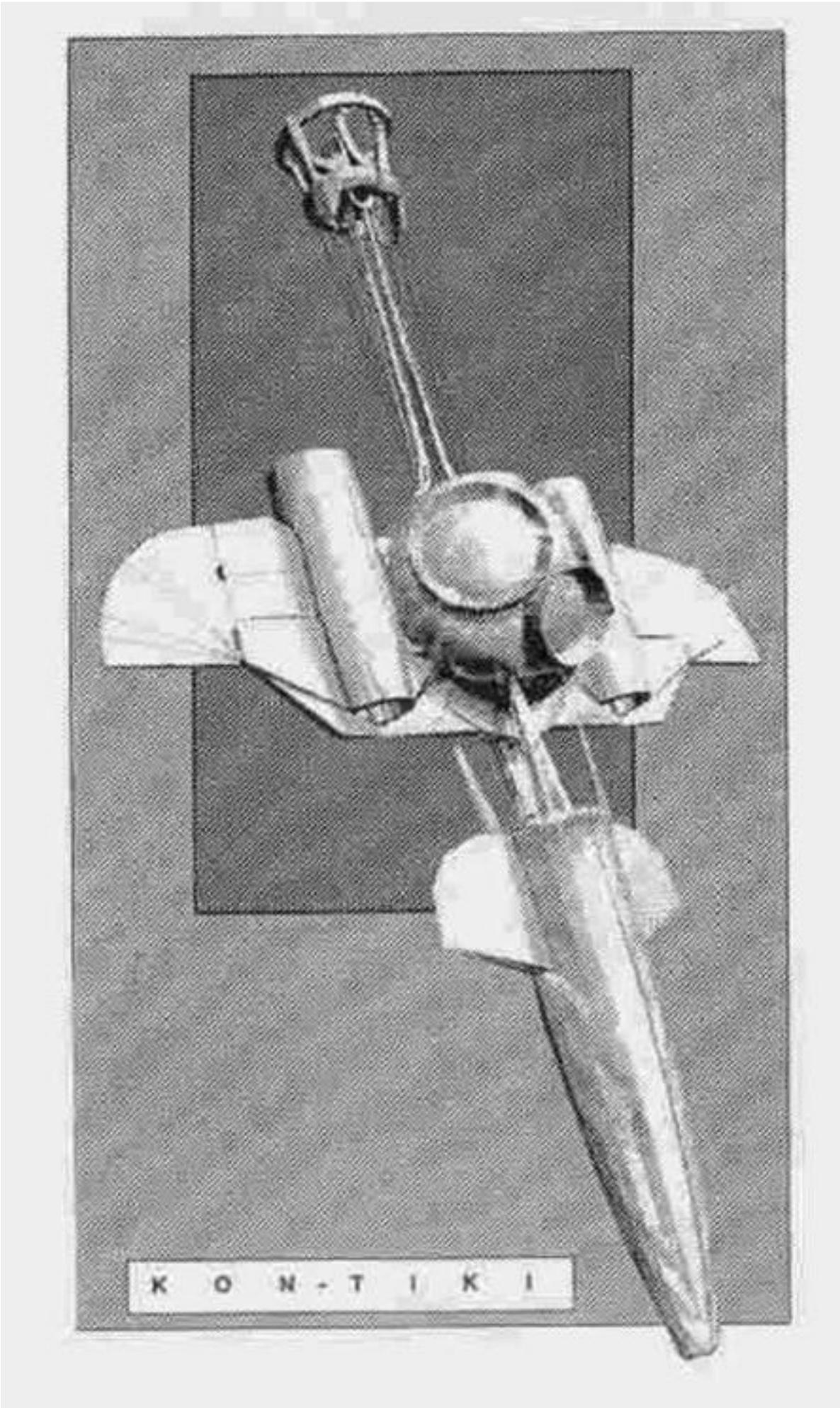
ARTHUR C. CLARKE

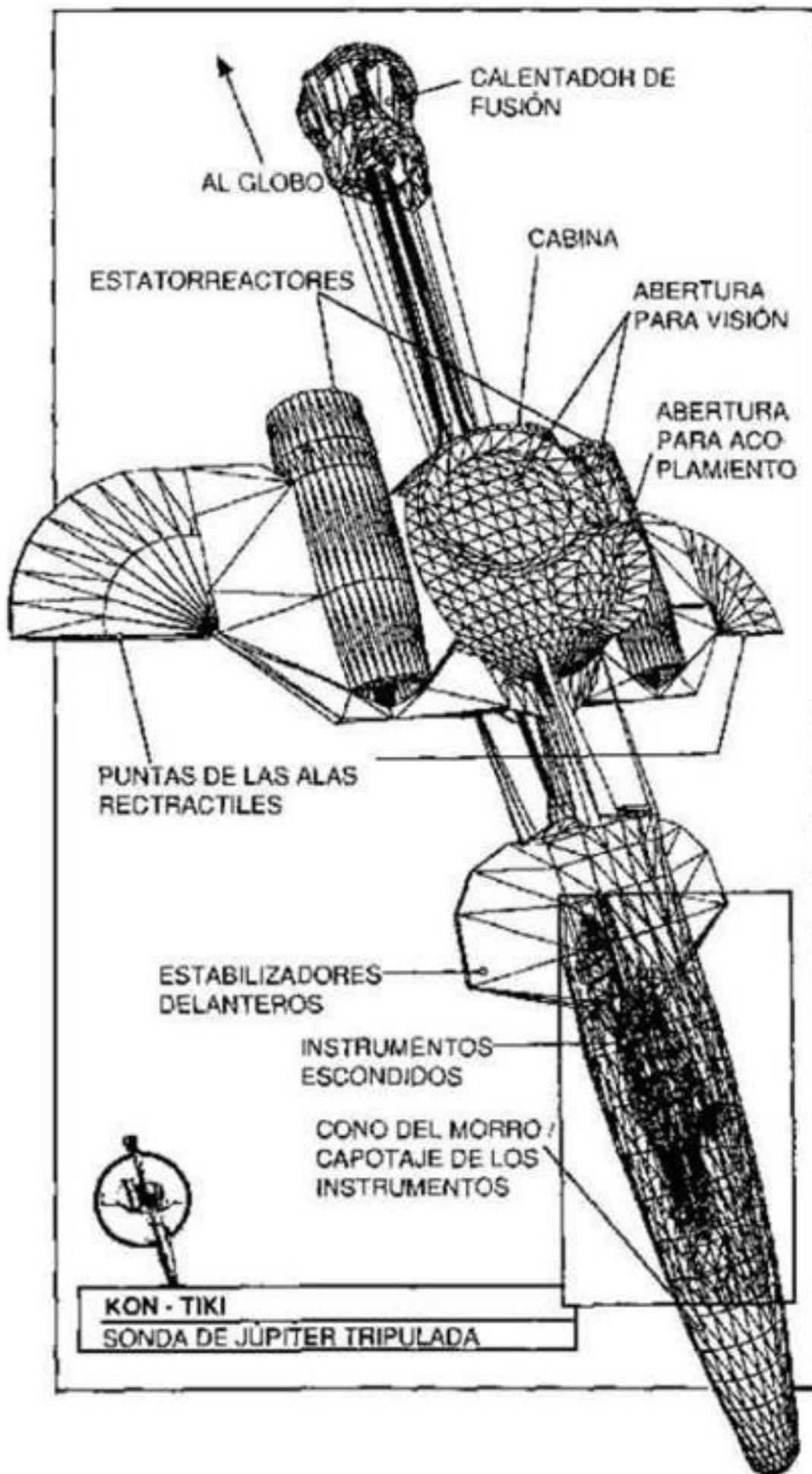
Colombo, 7 de noviembre de 1988

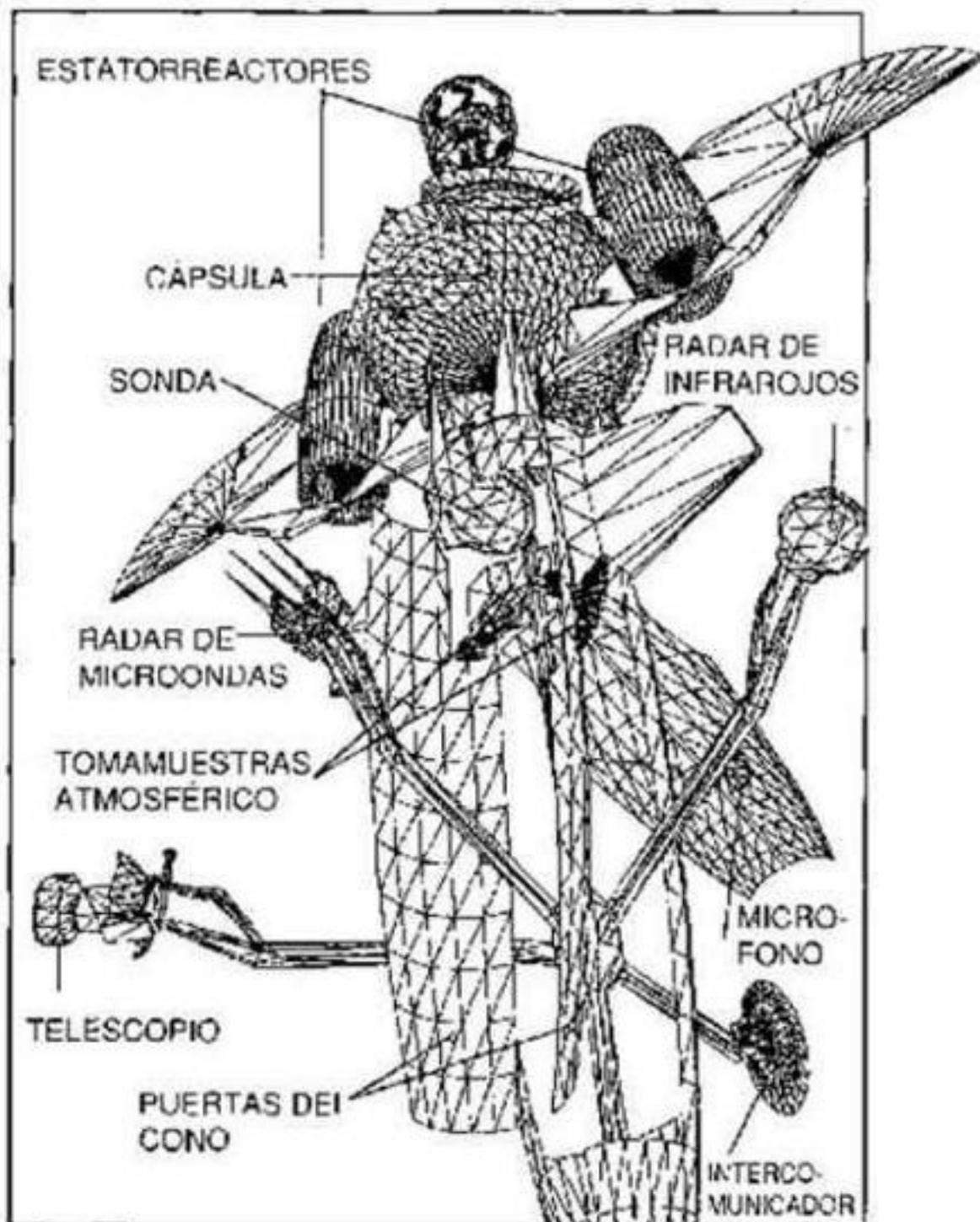
ILUSTRACIONES TÉCNICAS

En las siguientes páginas aparecen diagramas realizados por ordenador que representan algunas de las estructuras y la ingeniería que se encuentra en *Venus Prime*:

- Página 2-6: *Kon-Tiki*. — Sonda de Júpiter tripulada. Vista de conjunto; puertas abiertas del cono del morro, brazos de los instrumentos desplegados; vistas en corte de la estructura de reentrada; vistas en planta.
- Página 7-11: *Snark*. — Helicóptero de ataque de rotores gemelos. Vista de conjunto del almacén de alambre; rotación; sistemas de armas; vistas en planta.
- Página 12-16: *Falcon*. — Proyecto de reconstrucción Homecánica. Configuración de pie; configuración sentado, vistas de frente y de espaldas; vistas en planta, de costado, frontal elevada.





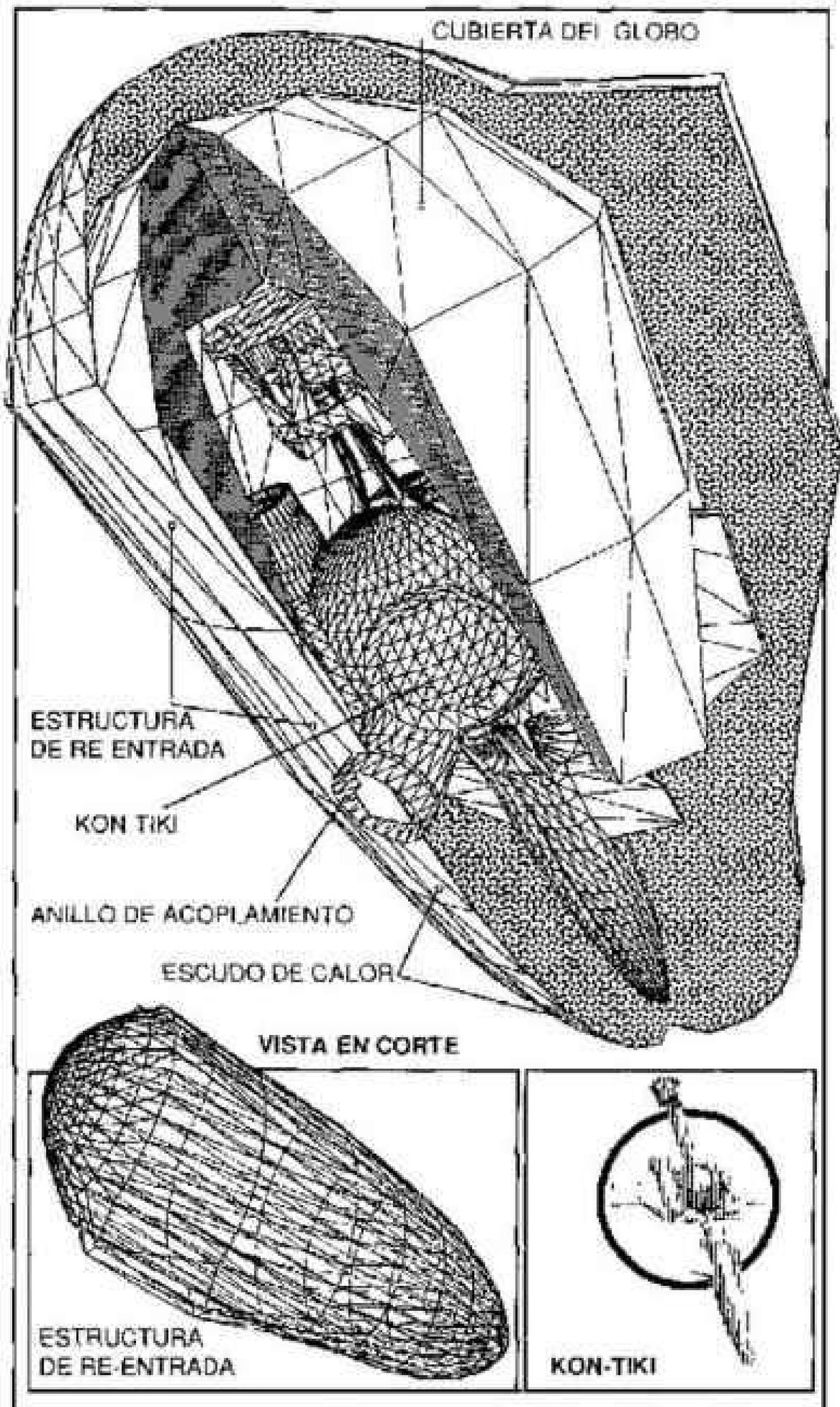


KON-TIKI

PUERTAS DEL CONO ABIERTAS
 BRAZOS DE LAS ARTICULACIONES
 DESPLGADOS

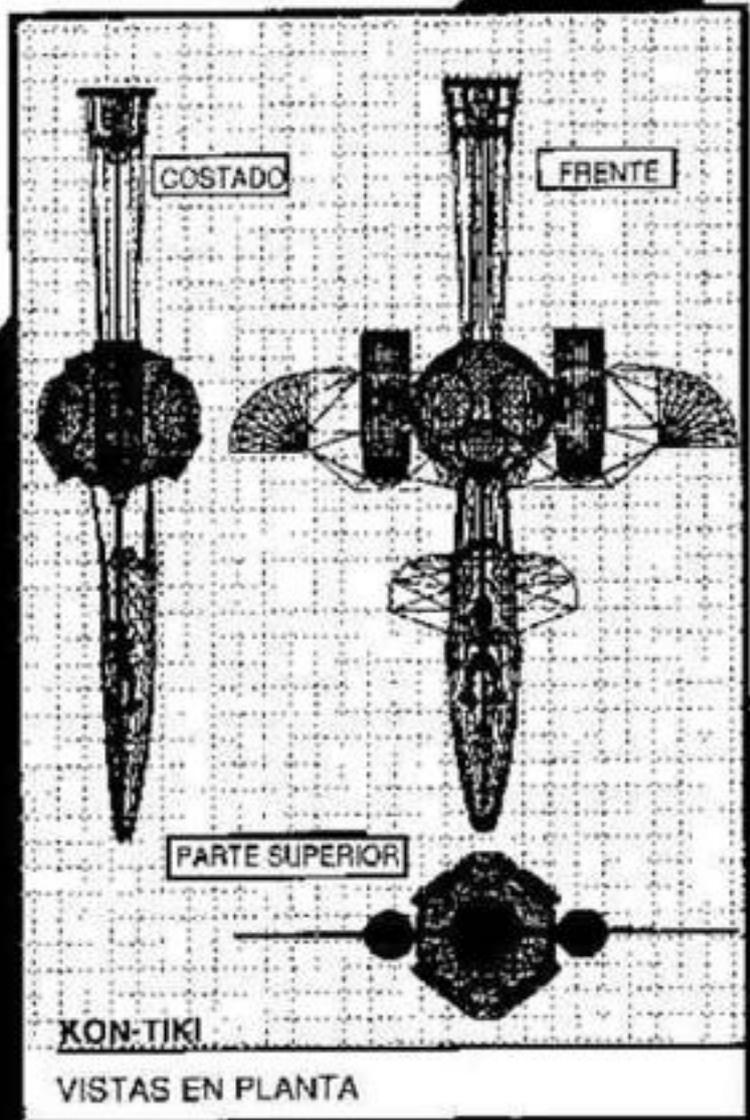
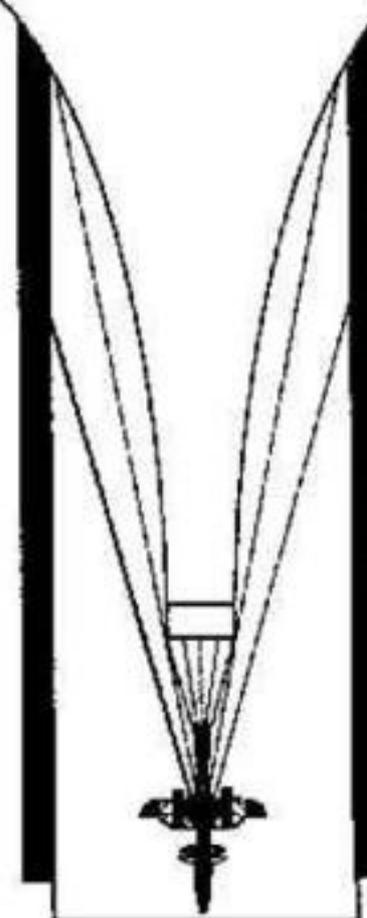
- RADAR DE INFRARROJOS
- RADAR DE MICROONDAS
- TOMAMUESTRAS ATMOSFÉRICAS
- MICRÓFONOS
- TELESCOPIO SIN VIBRACIONES
- INTERCOMUNICADOR





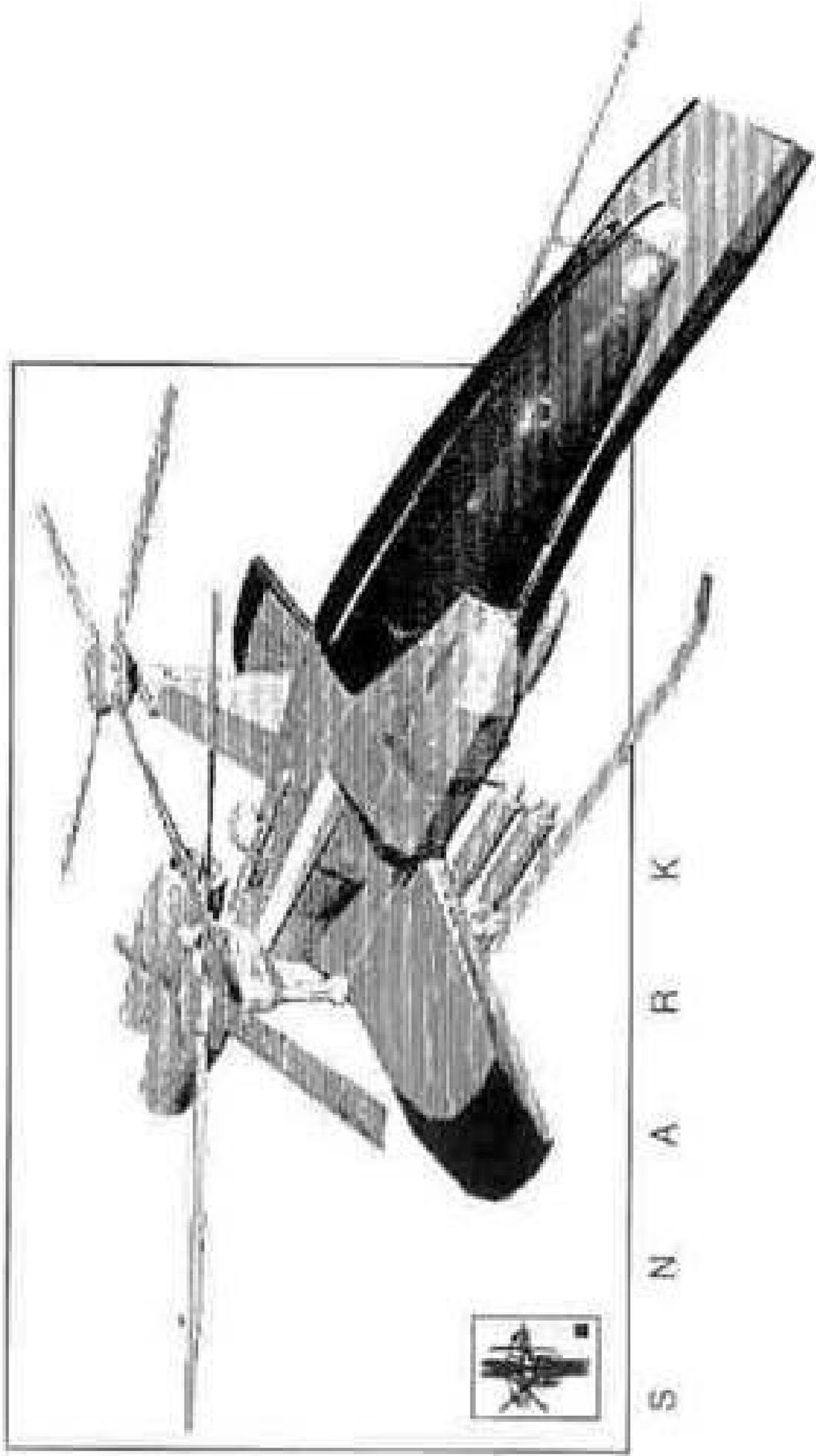
KON-TIKI

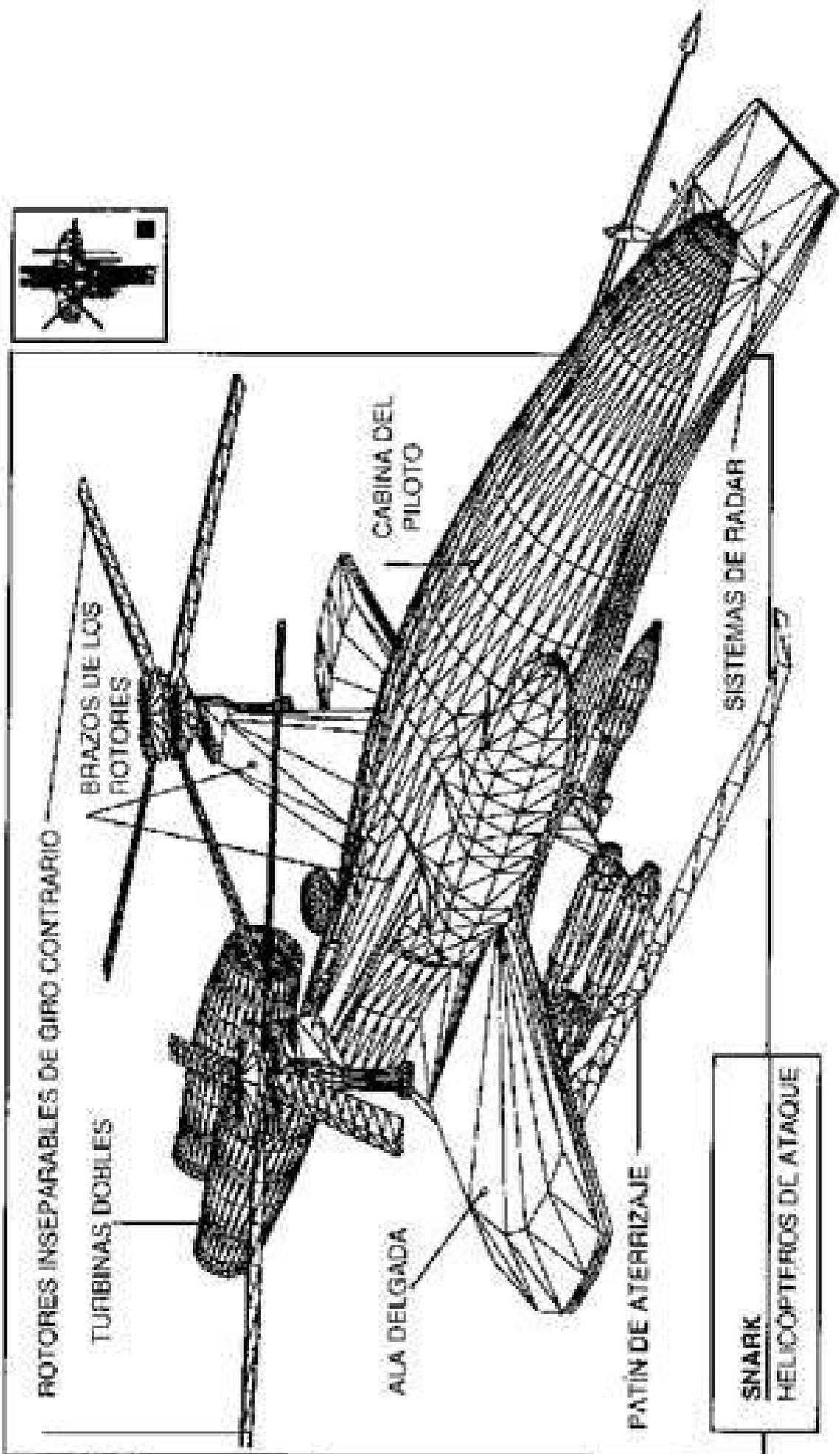
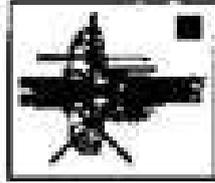
SONDA DE JÚPITER TRIPULADA
HIDRÓGENO CALIENTE - CALOR POR
FUSIÓN



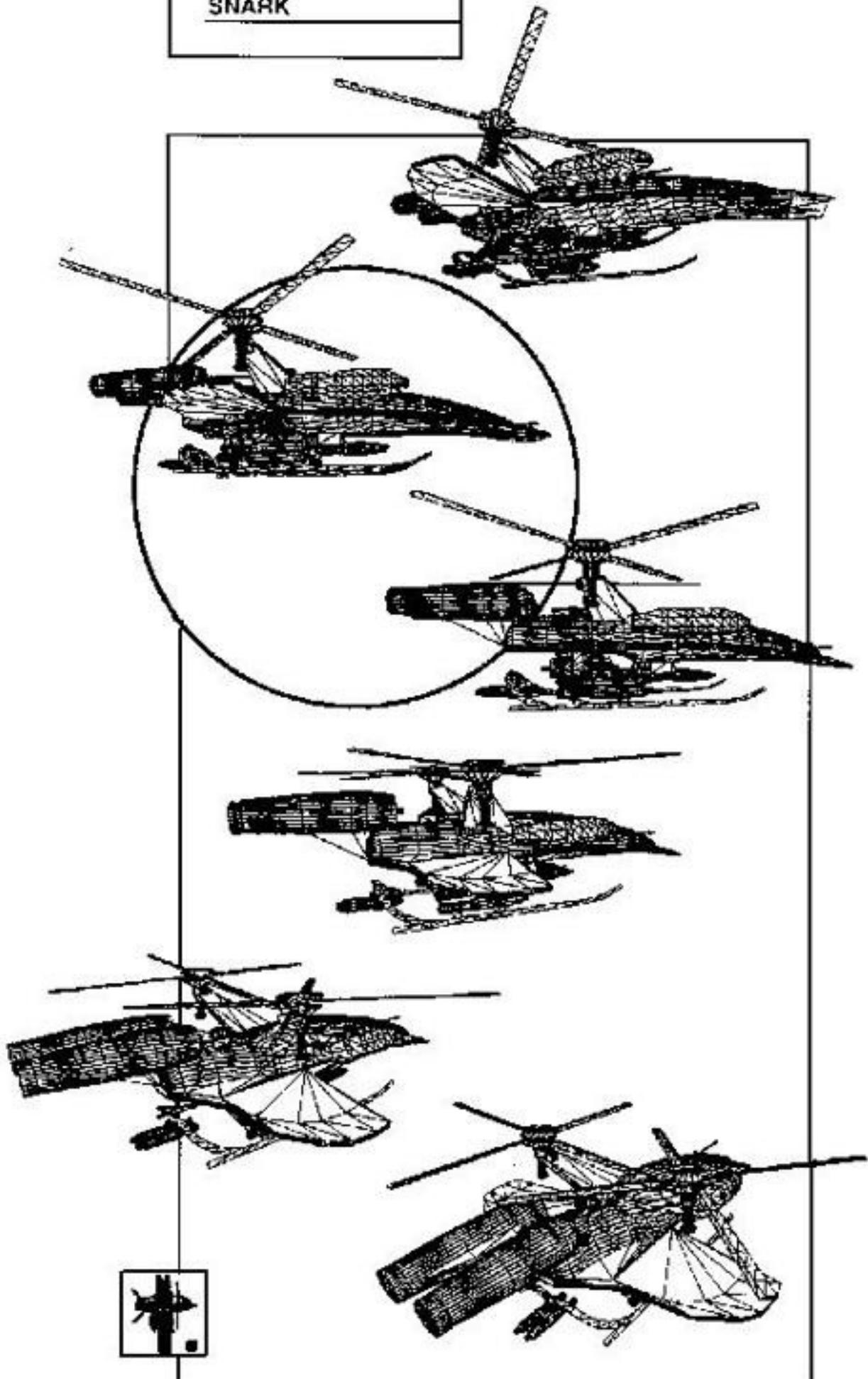
KON-TIKI

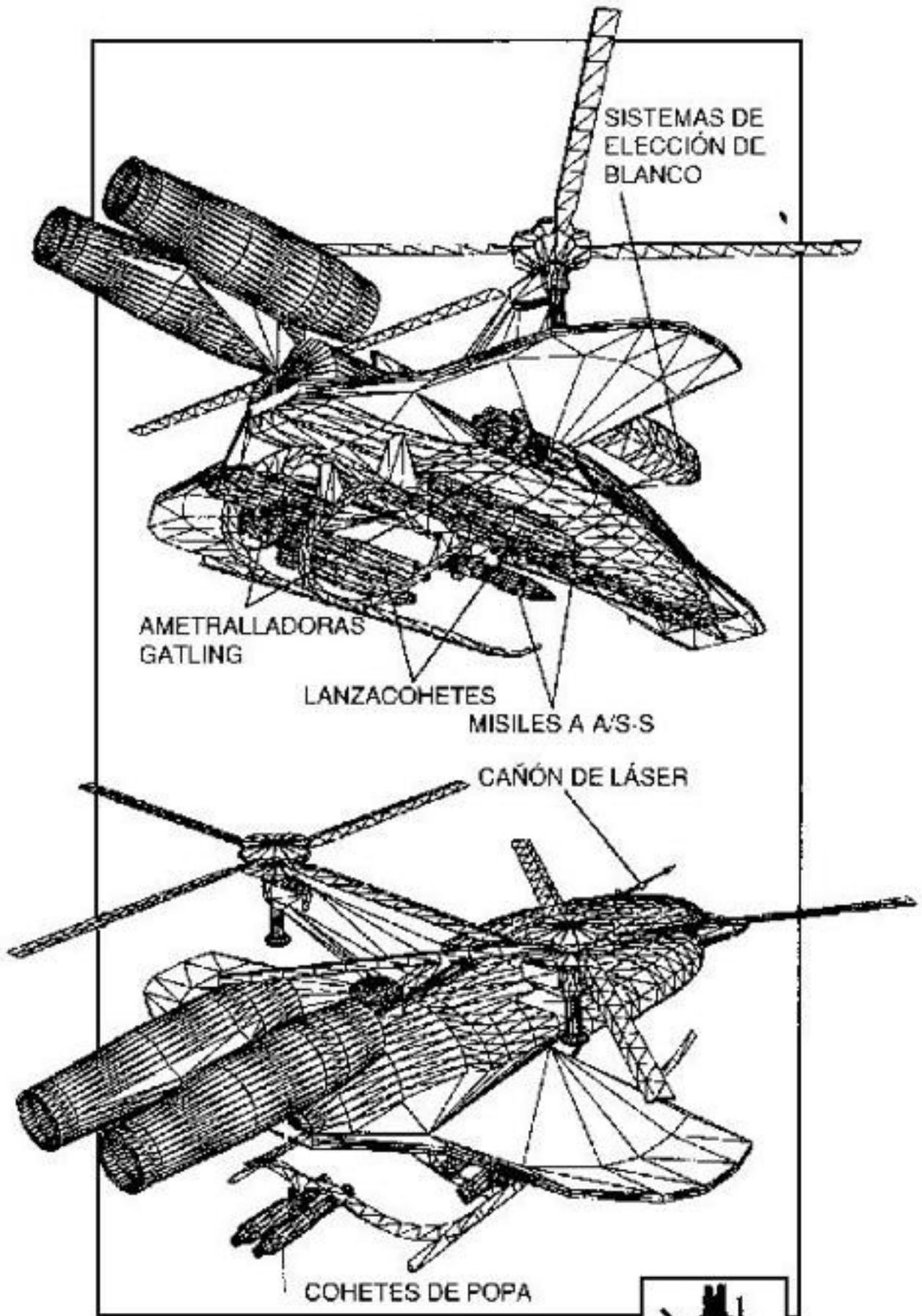
VISTAS EN PLANTA





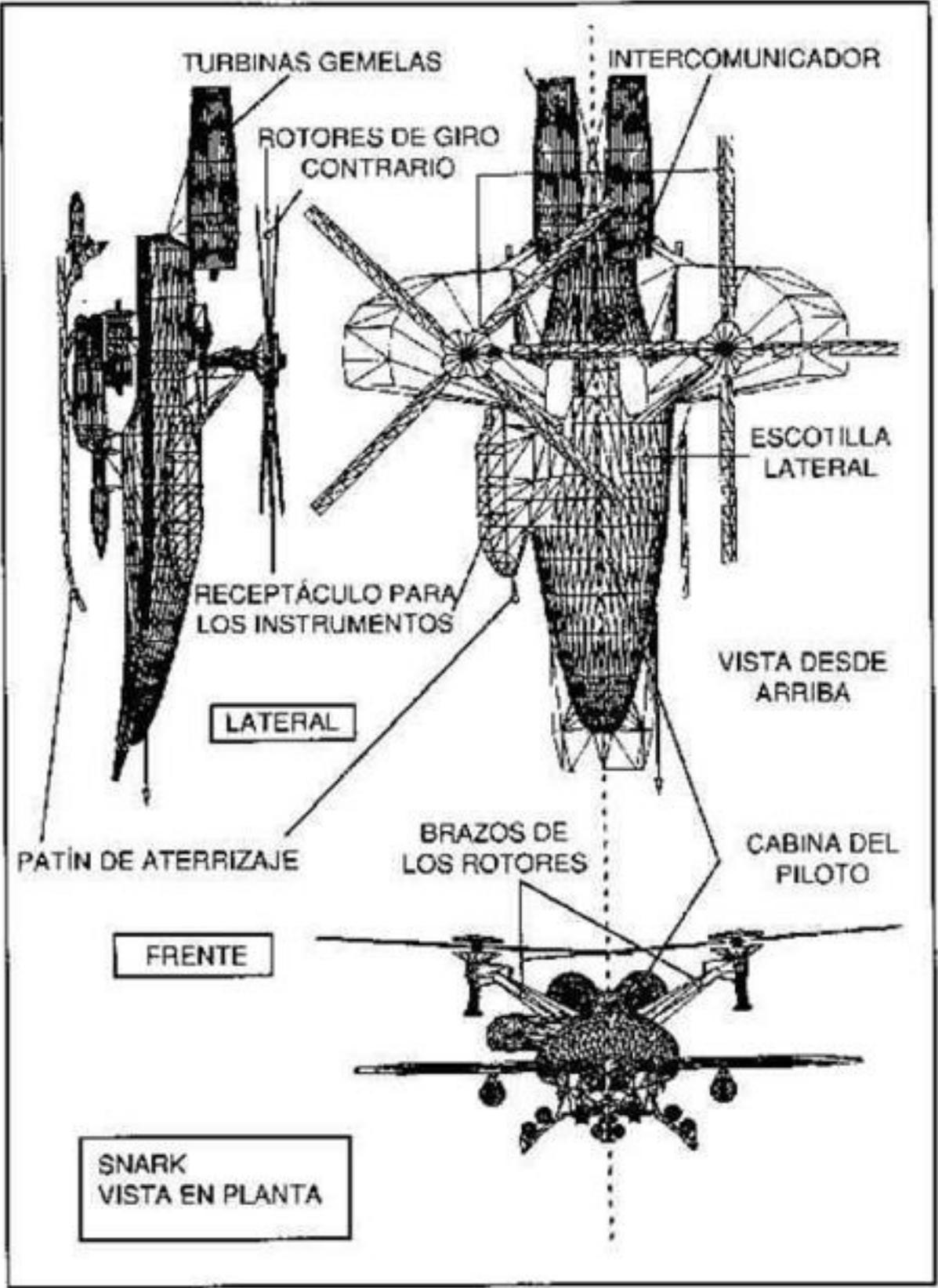
SNARK





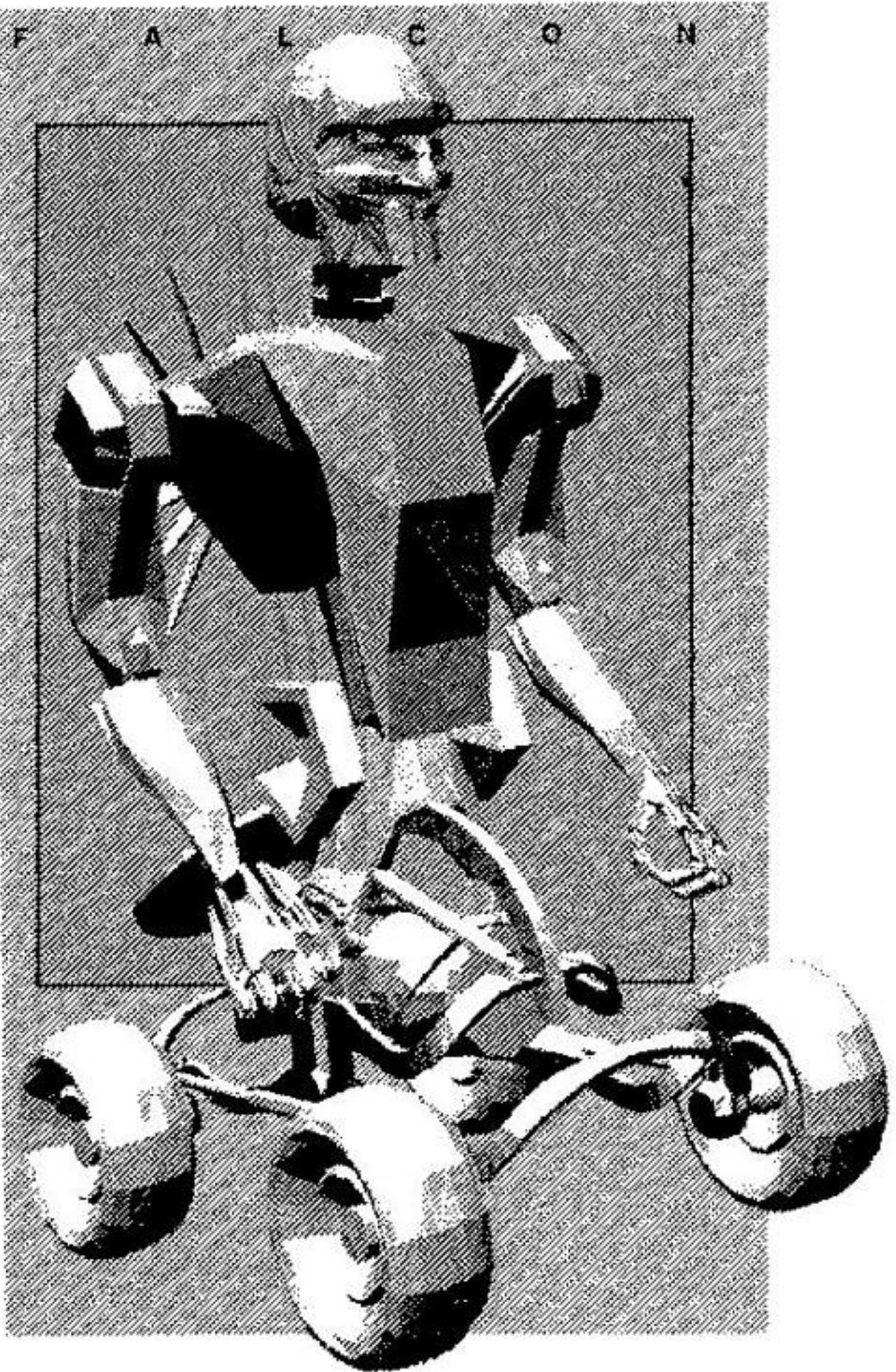
SNARK
SISTEMAS DE ARMAMENTO





SNARK
 HELICÓPTERO DE ATAQUE
 DE ROTORES GEMELOS

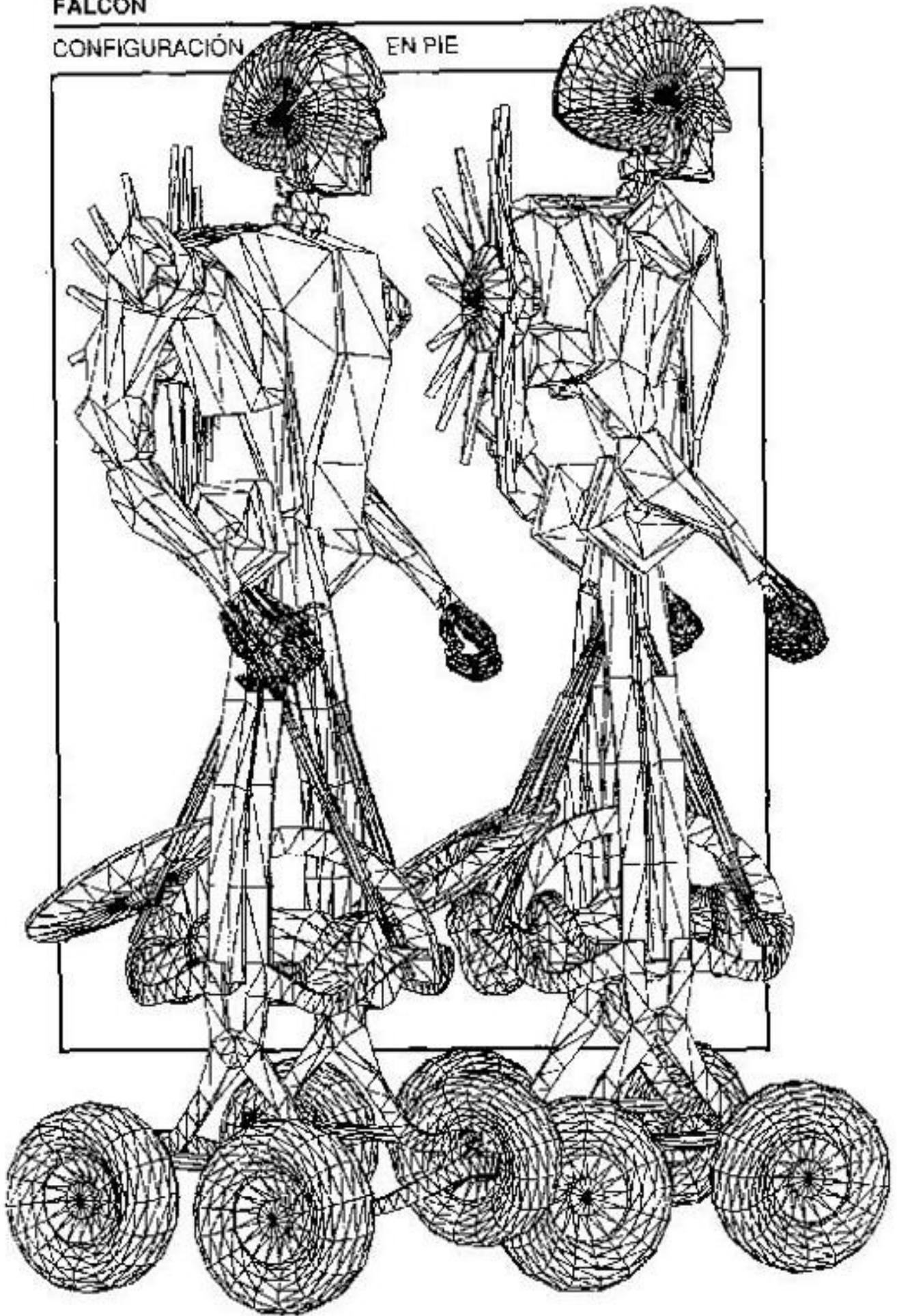
F A L C O N

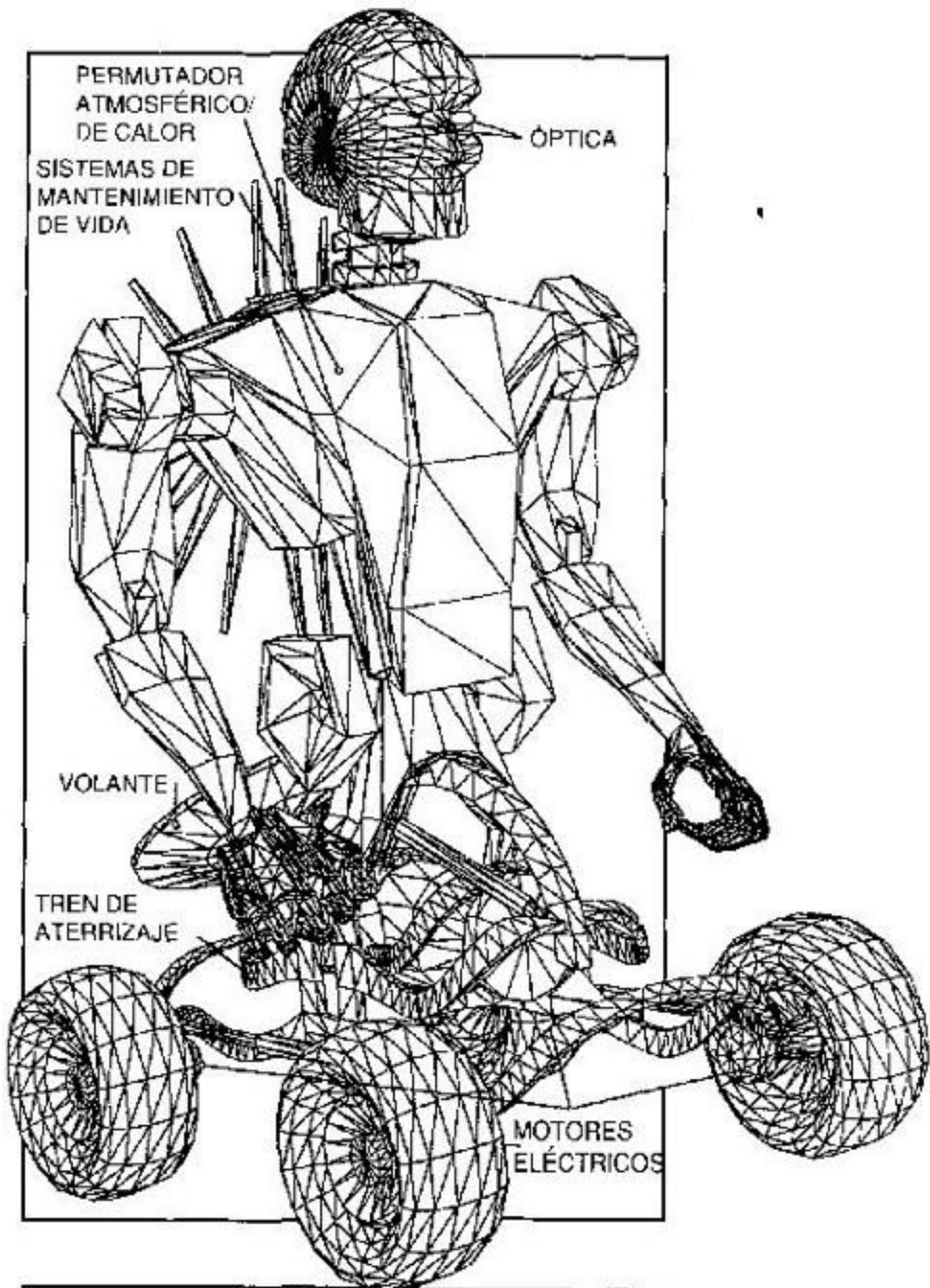


FALCON

CONFIGURACIÓN

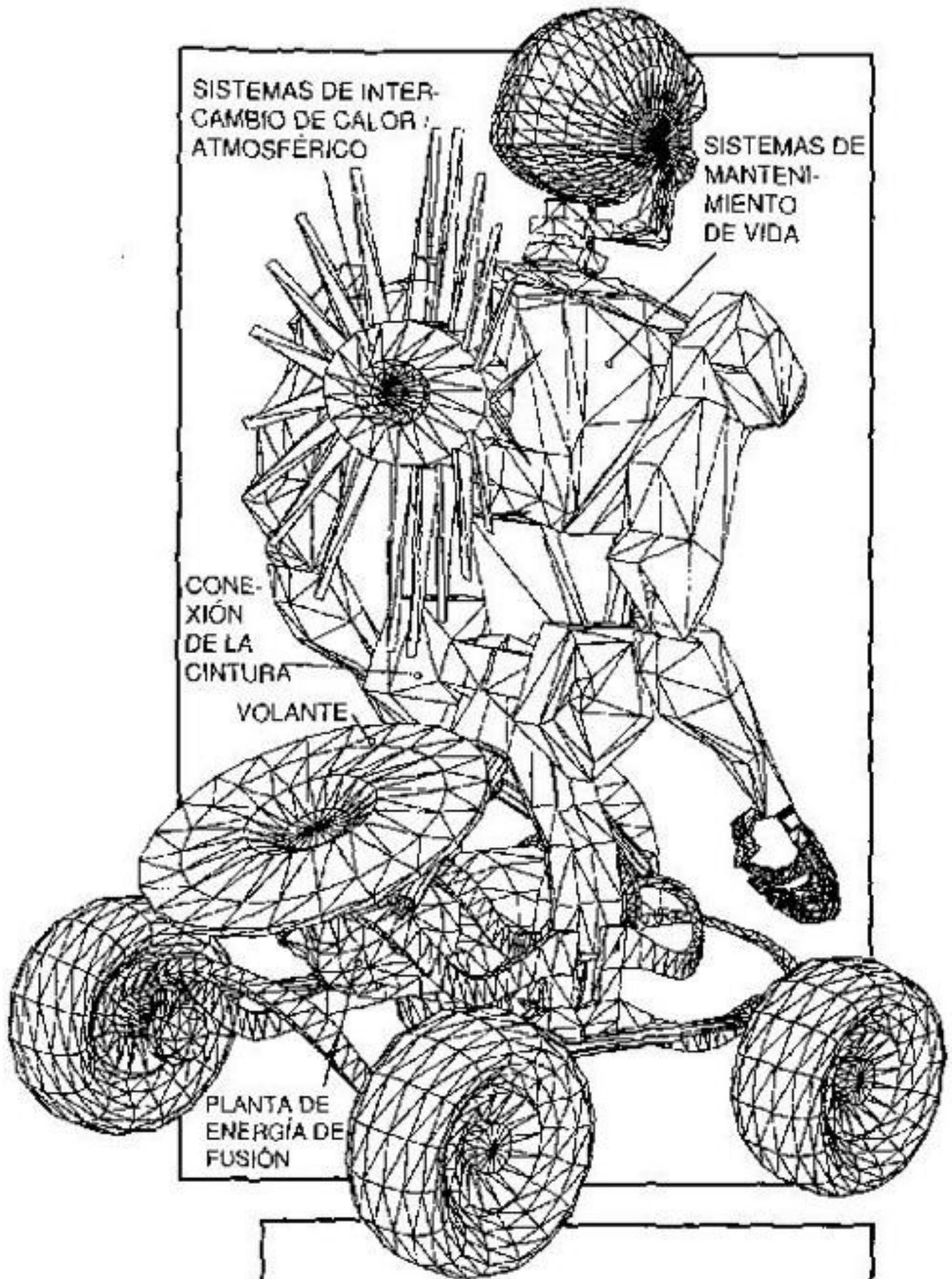
EN PIE





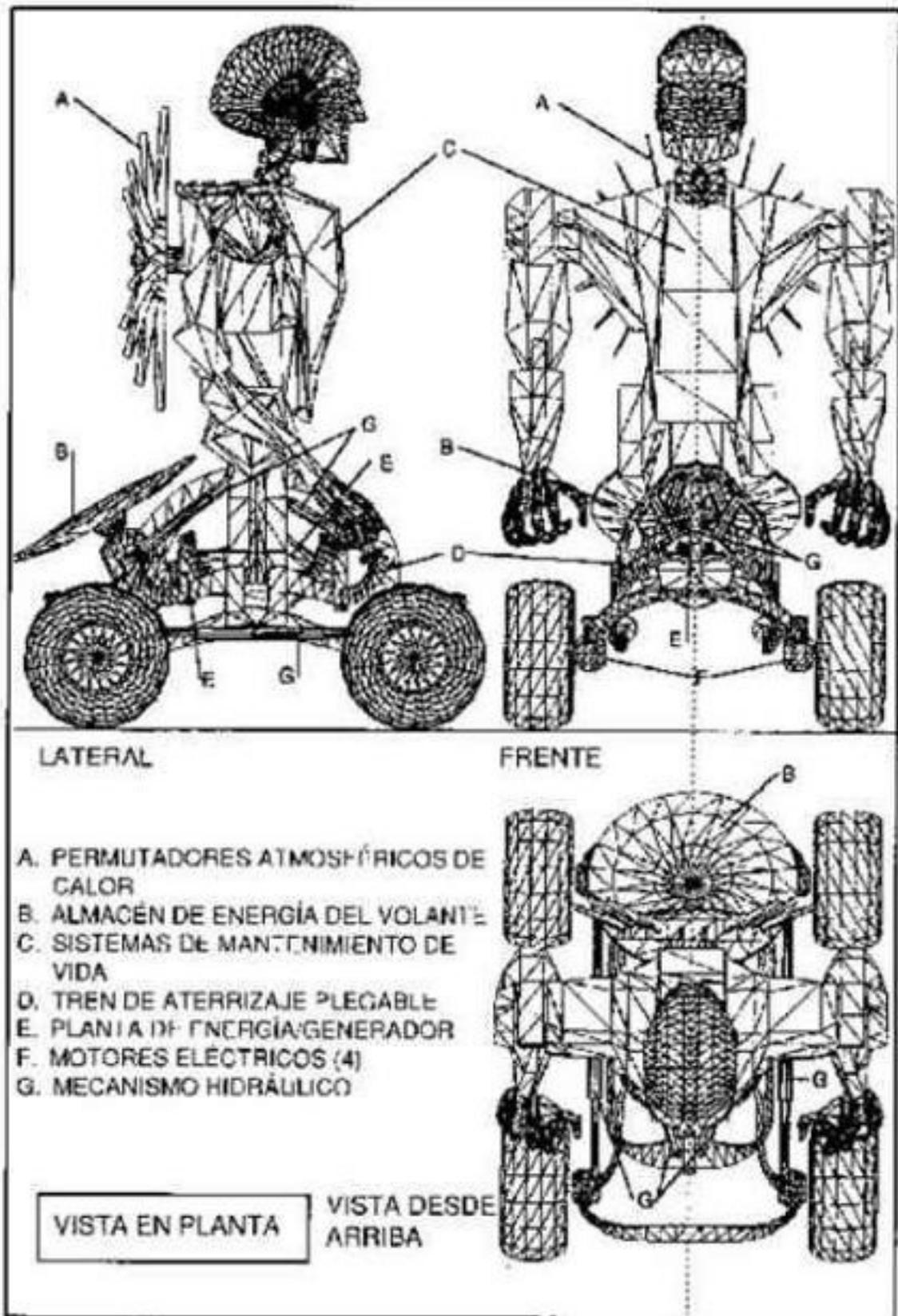
FALCON

CONFIGURACIÓN EN PIE



FALCON

CONFIGURACIÓN SENTADO



FALCON

PROYECTO DE RECONSTRUCCIÓN BIOMECÁNICA

Notas

[1] Siento especial simpatía por uno de ellos, el ingeniero británico P. B. Molesworth (1867-1908). Hace unos años, visité las reliquias de su observatorio en Trincomalee, en la costa este de Sri Lanka. A pesar de su muerte temprana, el trabajo astronómico que realizó Molesworth en sus horas libres fue tan sobresaliente que un espléndido cráter de Marte, de ciento sesenta y cinco kilómetros de diámetro, recibió su nombre.

<<

[2] Publicado por esta misma editorial en la colección «Éxitos» y en «Jet». <<